

A man is shown from the back, wearing a grey t-shirt with brown stains and blue jeans. He is holding a handgun in his right hand. The background is a mottled green and brown.

MAFIA

Alessandra Neymar

se

Soy yo, esa parte que habita en cada uno de vosotros. Que os roba la razón, que os corrompe, que os envía a un lugar del que ya no podréis regresar. Soy yo quien os extorsiona, quien os arrebatara un sentimiento noble y puro.

Dime, ¿de verdad quieres enfrentarte a mí? ¿Resistirás la pérdida? ¿El dolor? ¿El vacío? Sabes que no...

Pero ya no puedes huir de mí. Ya me he convertido en parte de ti mismo. Soy Roma. Soy Mafia.

Cierra los ojos y siente el final.



Alessandra Neymar

Mafia

Mírame y dispara - 05

ePub r1.0

Eibisi 06.07.17

Título original: *Mafia*
Alessandra Neymar, 2016

Editor digital: Eibisi
ePub base r1.2



A mí madre.

Y a todos mis maravillosos lectores; esto es para vosotros.

Nos vemos en la siguiente aventura.

*En el pasado, aquellos que locamente buscaron
el poder cabalgando a lomo de un tigre,
acabaron dentro de él.*

John FitzGerald Kennedy.

PRÓLOGO

Mauro

Miré a Sarah y leí sus labios.

<<*Huye.*>> Y podría haberlo hecho. Era el único de los dos que gozaba de esa oportunidad. Pero no era egoísta, no estaba creado para abandonar a alguien que me importaba. Mucho menos cuando lo había prometido.

Por eso me quedé muy quieto, saboreando el regusto amargo de la traición más inesperada mientras valoraba las posibilidades que teníamos los dos de salir de allí.

Resultaba muy irónico que aquel aeródromo privado en Civitavecchia fuera tan espacioso y sin embargo siquiera pudiéramos movernos. Quizás tenía que ver el hecho de que nos había rodeado un séquito de diez hombres.

Uno de ellos había capturado a Sarah y dos más me apuntaban con un arma sabiendo que sus compañeros no intervendrían, pero lo harían si fuera necesario. No venía al caso, pero me sentí poderoso. Si mi padre había necesitado de refuerzos para capturarme seguramente se debía a que me consideraba bastante habilidoso.

Apreté los dientes.

Alessio Gabbana dio varios pasos al frente con lentitud. La oscuridad que resaltaba casi parecía una extensión perversa de su sombra.

—No vas a dejar esta ciudad. —Señaló la puerta de su coche—. Y ahora obedece, hijo mío.

Joder...

—¿Por qué? —Quise saber creyéndome una autoridad que no sentía.

—Deja que me ahorre las explicaciones.

Resoplé una sonrisa y negué con la cabeza conteniendo unas estúpidas lágrimas que amenazaban con caer. Aquello era surrealista.

—Resulta que en la mafia un hombre si puede traicionar a su sangre, ¿no es así? —murmuré notando como mi fuero interno se desgarraba.

Alessio asintió con la cabeza, pero no pareció que me estuviera dando la razón. Sino más bien fue un gesto de altivez. Quería demostrarme que no le importaban mis palabras.

—Arrestadles —ordenó.

Pero mis dedos enseguida se hicieron con el arma que tenía en la parte baja de la espalda. Le apunté justo cuando él se daba la vuelta, importándome una soberana mierda que ahora me estuvieran amenazando cinco armas. Si decidían matarme, me llevaría a mi padre conmigo.

—¿Por qué? —pregunté de nuevo al tiempo en que cargaba la pistola.

Mi padre me miró de reojo y soltó una sonrisilla pesada y aburrida mientras agitaba las manos para calmar a sus esbirros. No le conocía. No sabía quién era ese hombre, ni tampoco cómo demonios podía parecer tan retorcido dentro de aquel traje de firma.

—Adelante, dispara —me animó—. Dispara a tu propio padre para salvaguardar el bienestar de tu primo y esa cría.

Que mencionara a Cristianno con aquel desdén me produjo un escalofrío. No iba a tolerarle que despreciara de aquel modo mi relación con él. No se trataba solo de su bienestar, sino de poder ser libres. Los dos juntos.

—Hay ocho balas en este cargador —mascullé enfatizando mi postura.

—Vacíalo, entonces. —Estuve a punto—. Dispara, Mauro. —Quería hacerlo... Pero... Alessio sonrió—. No puedes, porque eres

igual de leal que él. —Un comentario tan nostálgico como cruel.

¿A quién se refería? ¿De quién coño estaba hablando?

—¡DIME POR QUÉ! —grité hasta rasgarme la garganta.

Me descontrolaba. Porque en el fondo no me preocupaba lo que pudiera pasarme a mí tras aquella noche. Jamás previmos que uno de los nuestros nos traicionaría de esa forma.

Un quejido. Un forcejeo. No me hizo falta mirar para saber que Sarah ahora corría más peligro que hacía unos minutos. Era la forma que Alessio tuvo de incitarme a aceptar sus órdenes.

—Suelta el arma —impuso, ahora mucho más severo.

—No lo hagas, Mauro... —Sarah siquiera pudo terminar su súplica.

Y yo, poco a poco, me asfixiaba.

De haber estado solo no me hubiera importado iniciar una reyerta, siquiera el final que eso pudiera darme. Pero..., no solo se trataba de cuidar de Sarah. Sino también de su hijo.

Bajé el arma.

—Buen chico —sonrió mi padre al tiempo en que amordazaban a mi amiga.

Eché a correr hacia ella.

—¡¿Adónde la lleváis?! —chillé antes de que dos esbirros me interceptaran con una fuerza que me cortó el aliento— ¡Soltadla!

—¡Mauro, no! —Me suplicó ella cuando me vio caer al suelo.

—¡¿Por qué haces esto, papá?! —Me retorcí—. ¡¡MÍRAME!!

Pero Alessio no me miró. Y permitió que me golpearan sin miramientos hasta sentir como se me escapaba la consciencia.

A través de una mirada borrosa pude ver a Sarah. Gritaba mi nombre y se resistía... No iba a poder hacer nada por ella.

Me imaginé volando a Japón. Mirando a mi primo mientras besaba a Kathia, sobre un puente, en mitad de la noche. El sonido del río bajo nuestros pies, la luna reflejándose en el agua, el aroma de las flores del cerezo. Imaginé a Enrico sosteniendo a su hijo y a Giovanna despertándome con un beso una mañana cualquiera...

Imaginar...

Maldita fuera esa palabra.

<<Lo siento, *Cristianno...* No voy a poder ayudarte,
compañero.>>

Sarah

Nunca creí que tendría que herirme a mí misma. Pero tampoco imaginé que apenas sentiría dolor.

Había despertado en una celda de paredes rocosas, sumida en una profunda oscuridad que desprendía humedad en exceso y un corrosivo temor. Estaba amordazada, maniatada y cada vez que intentaba respirar sentía que iba a asfixiarme.

Continué rasgando la piel de mi muñeca porque sabía que estaba muy cerca de empezar a sangrar. Eso me daría la oportunidad de liberarme de aquellas esposas, arrancarme la tira que me cubría la boca y respirar con algo de normalidad antes de pensar en el modo de huir de allí.

No sabía dónde estaba. Tan solo recordaba a Mauro perdiendo el conocimiento mientras yo gritaba su nombre antes de que unos tipos me cubrieran la cabeza con un saco y me obligaran a inhalar cloroformo.

Ni siquiera sabía el tiempo que había estado dormida o lo que me habían hecho.

Mi piel comenzó a humedecerse gracias a la sangre. Ahora el dolor era un poco más intenso, pero me dio igual al notar como mi mano se escurría por entre las esposas. Un tirón más y me soltaría.

Así fue.

Jadeé al caer al suelo por la inercia de la maniobra. Gesto que no habría tenido importancia si no hubiera pensado en Enrico y en nuestro hijo.

<<¿Cómo demonios llego hasta él?>>, pensé entre sollozos.

Fue entonces cuando supe que no estaba sola allí.

Miré a mí alrededor, desconcertada y notando un frío tremendamente agudo. Había deducido la presencia de alguien más al escuchar un aliento que no era el mío.

—¿Hay alguien ahí? —Gemí ayudándome de mis manos para moverme. Todo estaba tan oscuro que apenas se diferenciaba nada. Hasta que toqué unas piernas. Me sobresalté—. ¡Oh, Dios mío! —Exclamé queriendo protegerme.

Muy en el fondo había esperado estar equivocada y creermelo a solas en aquella celda.

Traté de recomponerme y volví a avanzar.

—¿Hola? —Pregunté forzando la vista.

Lentamente diferencié el cuerpo de una joven. Estaba tumbada en el suelo, en posición fetal y me pareció que se cubría con una manta roída. Tuve la sensación de que llevaba demasiado tiempo allí encerrada.

—Hola... —Esta vez susurré mientras extendía una mano. Le toqué el hombro y ella siquiera se inmutó.

—¿Puedes incorporarte? —Vislumbre sus ojos confusos y enseguida pensé que quizás no me entendía. Lo que me hizo temer estar fuera de Italia—. ¿Entiendes lo que te digo? —Pregunté en inglés haciendo todo lo posible por ahorrarme las ganas de llorar—. ¿Cuál...? ¿Cuál es tu nombre? —Tartamudeé.

<<No dejes que esto te supere. Debes ser fuerte por tu hijo. Debes volver con Enrico...>> Me animó mi fuero interno. Y obedecí limpiándome las lágrimas.

—Xiang... —Una voz débil, muy aguda. Y rota—... Xiang Ying.

—Yo soy Sarah Zaimis...

Aquella débil joven china luchó por incorporarse y me miró de frente con timidez pero sabiendo que no podría ver del todo bien la

corrosión de su rostro. Tampoco necesité mucho más para saber que había sido maltratada una y otra vez.

Apreté los dientes y tragué saliva. Me empeñaba en no decaer, en resistir. Ambas debíamos salir de allí lo antes posible.

—Bien, Ying —susurré apartándole el pelo de la cara—, tenemos que salir de aquí, ¿de acuerdo? ¿Puedes caminar? —La incité a levantarse.

—No podemos. —Tuve un escalofrío.

—¿Qué?

Ella señaló la pared rocosa y le dio varios golpecitos. Esa actitud dejada y sin voluntad me confirmó la degradación de su personalidad y energía.

—Estamos bajo tierra, no podemos salir —confesó en un inglés torpe y desganado—. Es... imposible. —Seguramente porque ella ya lo había intentado.

Cogí aire.

—Pero tenemos que buscar una salida. —No supe bien si se lo decía a ella o trataba de convencerme a mí misma.

Un fuerte crujido que se expandió por toda la celda. Alguien pretendía abrir la puerta. Y lo supe al tiempo en que Ying me cogía por los hombros y me zarandeaba.

—Son ellos —gimió aterrorizada—. Son ellos.

—¿Quiénes? —Siseé.

Y ese terror penetró en mí y me arrasó.

La luz del exterior me ardió en los ojos. Pero pude vislumbrar una sombra masculina.

—Vaya, vaya... —Una voz maliciosa—. Mirad a quien tenemos aquí. La putita de Enrico.

Poco a poco, pude reconocerle y me compadecí de las ocasiones en las que Kathia había tenido que luchar contra él.

—Valentino. —De pronto aquella fue la primera vez que deseé la muerte de alguien con demasiada violencia. Ni siquiera Mesut Gayir me había proporcionado tal descontrol. Supongo que se debía a que por aquella época yo no era la misma que era ahora.

—Sarah Zaimis. —Recalcó el Bianchi. Él me conocía—. La muerte te sienta realmente bien.

Por tanto, sabían que Enrico había mentido.

Cristianno

Tor Sapienza no era un distrito para ser visitado por un aristócrata que incluso había llegado a ser comisario general de Roma. Principalmente por su ligera actividad conflictiva. Pero si Silvano Gabbana había elegido aquella zona como punto de encuentro, entonces la información que iba a proporcionarme era realmente comprometida.

Entré en el paso subterráneo del metro del distrito en torno a las cuatro de la madrugada. No había ido solo, sabía que me cubrían bien las espaldas, pero no pude evitar mantener el contacto con mi arma. Al menos hasta que vi a mi padre parado a unos metros de mí apoyados en su bastón.

Sentí un latigazo de rabia. Me dolía que un hombre tan imperativo como él hubiera terminado de ese modo por culpa de una maldita bala Carusso. Pero no había ido hasta allí para fustigarme con el pasado.

Tragué saliva y acaricié la espalda de mi padre sabiendo que él me miraría enternecido.

—Papá, no deberías estar de pie —dije mirando de reojo el bordillo de la vía.

Él sonrió.

—Ahora mismo los malditos dolores me importan un comino —comentó revolviéndome el cabello—. ¿Cómo estás, hijo?

Suspiré.

—¿Has venido hasta aquí para preguntarme eso? —Por suerte, mi voz sonó con calma—. Estoy bien, papá. Estoy preparado.

Porque sabía que le preocupaba mi estado emocional. Silvano era así, un gran padre que siempre había antepuesto el bienestar de sus hijos y su esposa al suyo propio.

—Eres fuerte. —Me dio una palmada en el hombro—. Por supuesto que lo estás. —Y después volvió a apoyarse en el bastón. Esta vez con dos manos. Gesto que me bastó para saber que lo que quería decirme me trastocaría demasiado.

Una parte de mi mente se puso a cavilar en busca de las posibilidades. Pero la otra no dejaba de observar. Mi padre no se andaba con rodeos, era estricto con la sinceridad, demasiado quizás. Pero cuando pensaba mucho las palabras con las que comunicarse era irremediable tensarse.

—Papá...

—He organizado un protocolo de evacuación.

Contuve el aliento. Y su mirada azul se clavó en la mía dándole más énfasis a su confesión.

De pronto nuestros planes no me parecieron tan fiables como hacía unos minutos. Si mi padre recurría a pensar en una forma de escapar era porque contaba con que algo saliera mal. Pero supe que no lo había hecho él solo. Seguramente Enrico también lo sabía.

Me humedecí los labios.

—¿Por qué íbamos a necesitarlo? —Quise saber.

—Porque probablemente no conocemos a todos nuestros enemigos.

Kathia

—Bueno, Kathia, aquí estamos —dijo Angelo mientras caminábamos por el pasillo. Él, con una sonrisa orgullosa en la boca. Yo, con la mano apoyada en su brazo y la tensión golpeándome el vientre.

—Así es —resoplé.

—Has cumplido maravillosamente bien tu función...

—Lamento no compartir tu alegría —mascullé apretando los dientes.

Angelo pretendía que perdiera el control, que su supremacía me desbordara y terminara conmigo. Pero no lo conseguiría. Enrico estaba allí, Cristianno estaba allí, todo su equipo estaba allí. No estaba sola, no tenía nada que temer, eso mismo me había dicho Thiago.

<<Confío...>>

Y si de verdad lo hacía, debía levantar la cabeza y enfrentarme a ese momento fuera como fuera. Por muy difícil que me pareciera.

—Yo lamento que esto me haga disfrutar tanto —añadió el Carusso colocándose delante de la gran puerta por la que entraríamos a la iglesia—. Gracias, Gabbana —comentó mirando al frente.

Me permití mirarle de reojo, pero contuve mi odio. No debía dejarlo expandirse en una situación como aquella. Aun así, lo percibí subiendo y bajando por mi garganta. Pero no era odio...sino desolación.

No sabía que podía llegar a existir un mundo tan devastador como el nuestro.

A partir de ese momento, todo lo que me deparara el mañana ya no dependía de mí. Valentino Bianchi tendría mi vida en sus manos.

Lentamente, se abrieron las puertas.

Y Giovanna echó a correr hacia mí...

Esa mirada suya, húmeda y estremecida, me lo dijo todo.

PRIMERA PARTE

1

Kathia

Valentino capturó el brazo de la que creía su amante con un disimulo tan extraordinario como violento. Un instante más tarde, mostrando una sonrisa dulce en los labios, se acercó a su oído y le murmuró algo que hizo que el rostro de Giovanna cambiara por completo.

Nadie allí se percató del pequeño arrebató de la Carusso al estar completamente concentrados en mí. Pero sé lo que vi. Sé que Giovanna había pretendido huir... Conmigo. Que aquel tierno susurro había sido una amenaza. Y por eso empecé a temer.

Miré a mi alrededor.

Deslizándose del brazo de Angelo por aquel pasillo enmoquetado, mi presencia era el foco absoluto de atención de todas aquellas personas. Ninguno de ellos se dio cuenta de la forma en la que Angelo me sujetaba. Me hizo mantener un ritmo acorde al suyo, creyéndome capaz de escapar. Pero aparte de su estúpido empeño en fingirse un padre orgulloso, me preocupaba algo mucho más importante: las armas. Había guardias por todos lados. Si alguno de ellos daba con Cristianno...

Pero ni a él ni a mi hermano parecía importarles que su seguridad pendiera de un hilo. Probablemente porque sabían algo que yo ignoraba.

A medida que el tiempo pasaba, mi corazón latía diferente, mucho más lánguido y pronunciado. Lo sentía atronándome en los

oídos, me oprimía. Una extraña fuerza me engullía... Quizás provocada por esa parte envenenada de mí que insistía en que aquella era la única realidad que debía creer. Una cruel batalla que no estaba destinada a ganar. Ciertamente, me lo habían dicho y yo les había ignorado creyéndome capaz de vencerles. No parecía que hubiera otra opción más que dejarse atrapar por el momento.

Iba a ser devorada por la mafia. Lo sabía, ya lo había imaginado, pero no creí que sucedería de una forma tan violenta. Sin embargo, aunque todo parecía perdido, no quise asumirlo. Tal vez porque Enrico me miró desde su asiento, encargándose de que sus ojos hicieran desaparecer todo lo demás. O quizá porque Cristianno estaba allí, caminando conmigo, entre las sombras, sabiendo que su presencia sostenía mi resistencia.

Él era aquella poderosa parte de mí que insistía en arder y que no se resignaba, la misma que le pertenecía desde el momento en que decidió entregarse a mí. Me provocaba un sentimiento infinito. Pero, al parecer, incluso el infinito tiene un límite.

Me estaba asfixiando en la ambigüedad. Confiaba con todas mis fuerzas, pero temía casi con la misma energía. Era insoportable.

<<*Esto se acaba...*>> Me había dicho Cristianno.

Lo más lógico hubiera sido sentirse desesperada y desprovista de esperanza, era inútil pensar en que todavía nos quedaba una opción. Pero si Cristianno creía y confiaba, entonces no era tan estúpido sentirme rebelde.

Alcé el mentón y tragué saliva.

Todos mis sentidos codiciaron la mirada de Cristianno, pero me contuve y me concentré en la corrosiva satisfacción que me producía saber que, aunque no pudiera verlo, sus ojos me seguían.

Cristianno

No solía sentir turbación en una situación que parecía tener controlada. Pero cuando vi a Valentino evitando que Giovanna

abandonara su posición en el altar y a Enrico incomodarse en su asiento, noté como una amarga sensación se enredaba en mis entrañas.

Una estrategia requiere silencio, habilidad y delicadeza. Calcular cada movimiento, evaluar todas las opciones y nunca olvidar las posibles respuestas que pueden darnos nuestros enemigos, porque no hay margen para imprevistos.

Cuando se reflexiona sobre todo eso, se establece el tablero.

Y comienza el juego.

Sin reglas, sin límite.

Unos podían llamarlo deshonestidad o maldad. Yo, sin embargo, lo llamaba mafia en estado puro. Ese tipo de mafia que solo la razón puede manejar. Nadie había contado con la posibilidad de reacción de un Gabbana. Y ahora venía la mejor parte: las consecuencias.

Pero eso no nos ahorra estar en peligro. No, en peligro no. Era el pase ganador a una muerte asegurada y muy dolorosa.

<<Porque probablemente no conocemos a todos nuestros enemigos.>>

Mi padre ya había empezado a prevenir un hipotético desastre. No descartaba que algo impensable pudiera suceder. Y, aunque yo lo creyera innecesario, jamás se me hubiera ocurrido contradecirle.

Tal vez por pensar en ello tan de repente, dudé. Un poco.

Tragué saliva mientras acariciaba el filo de mi arma. Jugué con las yemas de mis dedos. Calculaban la distancia y el tiempo que tardarían en desenfundar y disparar, en el caso de que fuera necesario hacerlo. Pero aun notando esa extraña suspicacia, estaba tranquilo, demasiado quizás. No me había apoderado de todos los rincones de aquella maldita iglesia para llevar a cabo una masacre, por mucho que me incitara la idea. Todavía no había llegado el momento, y, de hecho, la prudencia también podía ser excitante.

Avancé con pausa.

Kathia marcaba mi ritmo.

Ella permanecía ajena a mi posición, seguramente más concentrada en su inminente llegada al altar que en cualquier otra

cosa. Pero su cuerpo me buscaba. A mis ojos no pasaba desapercibido su lenguaje corporal. Kathia temía que pudieran descubrirme, pero no debía hacerlo. Tenía perfectamente controlados a los esbirros más poderosos que había en aquella iglesia.

No era consciente de lo fundamental que era su intervención en aquel plan. Sólo había confiado ciegamente en Enrico y en mí, abandonándose a nuestras decisiones y tragándose su temor porque creía en nuestras palabras. Yo sabía el desenlace que tendría aquella ceremonia y también lo mucho que nos lo merecíamos, pero siendo asquerosamente sincero no estaba orgulloso. En cierto modo, me sentía un traficante de su amor.

Me consolaba que, después de ese día, ya no hubiera mentiras, y podría entregarle el mejor de los regalos: una vida como ella quisiera vivirla.

Estiré los músculos de mi cuello y me permití observar a la mujer de mi vida con detenimiento. Que estaba extraordinariamente hermosa era un hecho para todo el mundo, parecía una auténtica diosa dentro de aquel impresionante vestido. Pero para mí, Kathia era perfecta en todas sus versiones.

Suspiré.

De pronto aquella corta distancia que me separaba de ella, me pareció kilométrica. La necesitaba pegada a mí cuanto antes.

Analiqué a Angelo. Parecía satisfecho. Estaba llevando al altar a la que creía hija de mi tío Fabio y ni siquiera se había planteado verificarlo. Su absoluta confianza nos había regalado la mejor de las ventajas.

Sonreí con disimulo. Todavía era muy pronto para vanagloriarse, pero era inevitable disfrutar. Hasta que Valentino cogió la mano de Kathia que Angelo le ofrecía. Ella se movió por inercia y se colocó junto al Bianchi. Ese instante también era indispensable para la prensa invitada, que lanzaron sus flashes casi desquiciados por capturar el momento. Aquella ceremonia poco a poco parecía el enlace de unos monarcas.

El cardenal comenzó su discurso. Pero ni Kathia ni yo le prestamos atención. Nos ahogamos en una mirada que nadie percibió.

Kathia

No hay opción en el fracaso. Se pierden todas las reservas de resistencia y valor, dejándote a la deriva en unas aguas que terminaran por devorarte sin aviso, en cualquier momento. Pero, puestos a caer en ese abismo, preferí hacerlo mirándole a los ojos.

Cristianno respondió. En silencio, en la lejanía, me abrazó y dejó que el recuerdo de su voz me dijera en un susurro que no debía temer, que él estaba allí conmigo y el tiempo no jugaba en nuestra contra.

Yo le respondí del mismo modo. Le dije que no estaba hecha para la mentira ni la falsedad, pero, si debía actuar, me enorgullecía que fuera por ese motivo; por él y por su vida. Sin embargo fue imposible disimularle lo mucho que me hubiera gustado que él fuera a quien le entregara mi vida en aquel altar. No en ese momento, pero sí después de haber vivido nuestro romance sin restricciones.

—¿Señorita Carusso? —Me alertó el Cardenal. Al parecer no era el primer aviso.

—Kathia, por favor —masculló Valentino fingiendo entereza.

Había llegado a esa parte del ritual y yo ni siquiera me había dado cuenta. Tuve que abandonar mi refugio en la mirada de Cristianno y prestar atención.

—Sí... —murmuré sin estar muy segura de sí correspondía esa respuesta—. Acepto. —No sé por qué, pero llegados a ese punto todo me importó una mierda.

El Cardenal asintió con la cabeza y me regaló una muesa cariñosa y bastante confusa antes de continuar con la ceremonia.

La entrega de las alianzas hubiera corrido a cargo de Marzia Carusso si esta hubiera estado viva. Pero como no era el caso (y a

la gran mayoría no parecía importarle), se lo encargaron a una niñita de unos diez años sobrina de Danilo Pirlo, el cuñado de Olimpia. A la gente le tentaba aplaudir en cuanto vieron a la chiquilla darnos los anillos.

—Bendice, Señor, y santifica el amor de estos hijos tuyos, y que estos anillos, signo de la fidelidad que se deben, sirvan para recordarles el amor que los une. Por Jesucristo Nuestro Señor. — Más palabrería. Pocos allí sabían que aquel anillo era una maldita parafernalia—. Valentino, entrega esta alianza a tu esposa, Kathia, y recuerda que es signo de tu amor y fidelidad.

Se me contrajo el vientre y me concentré en la profunda lentitud con la que el aire entraba en mis pulmones. Se suponía que era una maniobra sencilla y fisiológica, algo que llevaba toda la vida haciendo. No debería haber parecido que aprendía a respirar ni que estaba al borde de desplomarme. Maldita sea, sabía que todo aquello era una mentira.

—Kathia, entrega esta alianza a tu esposo, Valentino, y recuerda que es signo de tu amor y fidelidad.

Miré a Enrico. Estaba sentado junto a Olimpia, cruzado de piernas en una pose tan insinuante como insolente. Derrochaba una tranquilidad tan férrea que apenas dejaba lugar a dudas. Y me vigorizó, tanto que por poco me echo a reír.

Me mordí el labio antes de colocar el anillo en uno de los dedos de Valentino. Los invitados contuvieron un murmullo de alegría.

—El señor confirme el consentimiento que habéis manifestado delante de la iglesia y realice en vosotros lo que su bendición os promete. Que el hombre no separe lo que Dios ha unido —sentenció el Cardenal.

Valentino se acercó lentamente.

Iba a besarme.

Cristianno

El Bianchi ya había cerrado los ojos cuando Kathia desvió su mirada hacia la mía. Hubiera preferido que imitara el gesto de su maldito esposo y me ahorrara la inquietud de saber que iba a besarle pensando en mis labios. Pero ella insistía en mí, segura de que yo no apartaría la mirada siquiera cuando recibiera el beso de mi peor enemigo.

El amor y la sensatez nunca fueron buenos compañeros. Al menos no en todo el mundo. Sin embargo, aun sabiendo lo importante que era prolongar mi sensatez por el bien de la integridad de mi familia, en ese preciso instante, no me hubiera importado exponerme y mandarlo todo a la mierda. Pero, como casi siempre, la suprema energía de Enrico me detuvo. Aquel hombre no solo era extraordinario sino que también sabía leer el puto pensamiento. Y si a él le molestaba todo aquello y se mantenía firme, ¿por qué no iba yo a hacer lo mismo? Llevaba toda la ceremonia soportándolo, solo tenía que hacerlo un poco más.

Ese maldito beso desencadenó la dicha de todos los invitados. Comenzaron a aplaudir y vitorear, ajenos a mí, a todas las intenciones que guardaba.

—¿Cristianno? —La voz de Thiago surgió del dispositivo que llevaba en la oreja. Me instaba con serenidad.

Tragué saliva, agaché la cabeza, apretando con fuerza los ojos, y me acerqué la muñeca a la boca para poder responderle.

—Sí, lo sé... —repuse muy bajito.

Debía salir de inmediato si quería llegar a tiempo. Y también debía iniciar la cuenta atrás.

Miré el reloj. 18:47 p.m.

Pulsé el botón. El temporizador se puso en marcha.

Con ese gesto, empezaba la venganza.

2

Kathia

Si alguien me hubiera preguntado en ese momento cómo había llegado hasta allí no habría sabido responderle. Sé que los invitados gritaron, que la prensa enloqueció y que la plaza de la Basílica Santa María Maggiore se había convertido en un hervidero de gente esperando a ver cualquier rastro de nuestra presencia. Pero todo lo demás, se redujo a la aversión que me producía tener la mano de Valentino pegada a la mía.

—Aquí ya no hace falta que finjamos, ¿no es cierto? —Me alejé de sus dedos de un tirón en cuanto aquella limusina se puso en marcha.

Pero Valentino no se daría por vencido tan fácilmente. Capturó mi mano de nuevo, esta vez con demasiada fuerza y se acercó a mí permitiéndome sentir su aliento resbalar por mi hombro.

—Digamos que me gusta sentir la piel de mi esposa pegada a la mía —susurró orgulloso, acariciando mi brazo.

Apreté los dientes.

—Eres todo un romántico, Valentino. —Quizás si no hubiera dicho nada, Valentino no me habría cogido de la barbilla y obligado a mirarle.

—No sabes cuánto deseo que llegue el momento en que vomites ese sarcasmo tuyo —habló elegante. Y le siguió un silencio que se dilató hasta llegar al club Costa di Castro.

Mi cuerpo se encargó de interpretar el papel asignado y respetar el minucioso protocolo que se había establecido para la recepción y el convite. Pero eso fue todo. Nadie dijo que tenía que parecer feliz y eso mi mente supo aprovecharlo. Estaba cumpliendo a rajatabla con la promesa que me había hecho durante la ceremonia: no pensar, simplemente actuar.

Me obligué a ignorar que ahora era la esposa de Valentino Bianchi, y lo conseguí. Hasta que la sonrisa de Enrico me empujó a recapacitar. Lo hice tan abrumadoramente rápido que creí que me desplomaría en el suelo. Mi hermano se comportaba como si aquel fuera el momento más feliz de su vida, jamás le había visto tan radiante y orgulloso. Supongo que era producto de la enorme información de la que disponía.

Contuve un suspiro mientras me retorció los dedos bajo la mesa. Era el único gesto que estaba paliando mi repentina inestabilidad.

Valentino no dejaba de parlotear a mi lado. Él sabía que yo no querría hablar, así que lo hizo por los dos y los comensales que había en nuestra mesa le miraban encandilados. Le adoraban y adoraban la idea de saber que un Bianchi había entrado en el imperio Gabbana por la puerta grande. Ahora que estábamos casados y que nuestro contrato matrimonial se basaba en bienes gananciales creían que, esa parte proporcional de la fortuna Gabbana que a mí me pertenecía al ser hija de Fabio, al fin era suya.

Comencé a sentir la pesadez (que en cierto modo no era de extrañar teniendo en cuenta que el vestido pesaba varias toneladas) y cometí el error de mirar a Enrico de nuevo. Le maldije un poco porque por su culpa era consciente de todo a mi alrededor. Pero, aunque se dio cuenta de mis pensamientos, le dieron igual. Volvió a sonreír y me guiñó un ojo.

Estaba agotada, en todos los sentidos. Quería terminar con aquello cuanto antes. Pero... ¿tenía fin?

<<*Dime, Enrico, ¿esto terminará algún día?*>> Creo que tembló y después entrecerró los ojos y agachó ligeramente la cabeza.

Algo de mí captó la respuesta justo cuando Giovanna se levantó de la mesa y, tras disculparse, desapareció. Ambas sabíamos que no había sido la misma desde su extraña reacción en la iglesia.

Cristianno

Era el cuarto cigarro que me encendía y todavía no había comprendido cómo demonios los invitados conseguían respirar rodeados de tantísimas flores. Ya puestos habría estado bien que alguno de ellos muriera por asfixia.

El club Costa di Castro, que ya era un lugar exuberante de por sí, había sido sometido a transformación. Olimpia había hecho un trabajo excesivo. Había querido que aquella boda fuera la más comentada por su ostentación y sin duda lo había logrado. Nada escapaba al detalle, el despilfarro brillaba allá donde se mirara. Incluso entre bastidores.

Por allí apenas pasaba nadie, algún que otro empleado de tanto en tanto que ni siquiera reparaba en mi presencia, pero nada más. Era una zona de carga y descarga rodeada de recovecos y árboles.

Me había sentado en el bordillo de un escalón y no dejaba de otear los ventanales. Desde mi perspectiva apenas podía ver a Kathia, pero tenía perfectamente controlada su mesa y de vez en cuando veía sus manos. Cuando eso sucedía, mi vientre se contraía y masticaba la espera. El tiempo se dilatava demasiado, joder. Quería tener a Kathia conmigo cuánto antes.

Escuché unos pasos sobre la grava y miré en la dirección controlando mis impulsos. Temer habría sido estúpido teniendo las espaldas tan bien cubiertas, pero no me hubiera gustado tener que pegarle un tiro a alguien cuando el evento había llegado al ecuador de su programación. Un imprevisto tan necio era innecesario.

Un instante más tarde, Thiago apareció caminando con parsimonia dentro de su impecable traje de Dior. Sostenía un plato y un tenedor y comía sin importarle una mierda lo demás. Dicho gesto

me hizo acordarme de Mauro; él habría hecho lo mismo de haber estado allí.

Mauro. Tragué saliva al pensar que todavía no había recibido una llamada suya.

—¿Quieres? —preguntó Thiago ofreciéndome el plato.

Negué con la cabeza conteniendo una risa.

—¿Qué coño haces? —dije, incrédulo.

Vale que él podía entrar y salir a sus anchas, que nadie le diría nada porque todo el mundo sabía que era el segundo de Enrico. Pero no creí que se lo tomaría tan a rajatabla. Ni que entraría en la cocina y se serviría comida a su antojo.

—Comer —repuso masticando ruidosamente al mismo tiempo—. Creo que es pato. Con algún tipo de ciruela o algo. —Se puso a revolver la carne con aire pensador—. No tengo ni la menor idea, pero está bueno.

—Me alegro. —Al final no pude evitar sonreír.

Miré de nuevo a los ventanales al tiempo en que las manos de Kathia desaparecían bajo la mesa. Valentino no dejaba de hablar, Olimpia no dejaba de comérselo con la mirada y Enrico reía con una malicia que solo yo supe reconocer. Porque habría sido la misma que yo habría empleado de haber estado en su lugar. El Materazzi era un maldito demonio disfrazado de ángel, y era mi hermano postizo.

Me mordí el labio un instante antes de que Thiago cortara mi visión colocándome frente a las narices una petaca de plata bastante cuca.

—¿Y esto? —Fruncí el ceño, aceptando sin dudar.

—Se lo he confiscado a uno de los sobrinitos del ministro.

¡Genial!

Lo desenrosqué y me lo coloqué en los labios segundos antes de saborear el contenido. Era una ginebra bastante delicada que no tardó en encender placenteramente mi garganta. Cerré los ojos y sin saber muy bien por qué pensé en la piel de Kathia sobre la mía. Fría y caliente al mismo tiempo, vulnerable a mis caricias.

—No es tonto —murmuré en referencia al sobrino.

Si continuaba pensando en ella de esa forma, no tardaría en sufrir los síntomas. Thiago había dejado de comer porque en cierto modo se dio cuenta de mis pensamientos, pero continuaba masticando. No sé si lo hacía por inercia o porque todavía tenía comida en la boca. Lo cierto era que el puñetero ruidito contuvo mi ramalazo de excitación y lo agradecí.

Bebí una vez más de la petaca.

—En fin... —aventuró Thiago—. Procura no emborracharte. No llegarías ni a desvestirte.

—Ahora mismo necesitaría tres o cuatro de estos para conseguirlo. —Agité la petaca—. Y tampoco sería necesario desvestirme al completo. —Porque con solo desabrochar el pantalón...

—¡Ja! —Sonrió Thiago—. ¡Buena respuesta, Gabbana!

De pronto su móvil empezó a sonar. El gesto risueño que ambos teníamos se endureció de golpe mientras yo optaba por volver a mirar hacia los ventanales. Allí todo parecía en calma, nada había cambiado.

Thiago cogió el teléfono y miró la pantalla antes de colgar y volver a guardarlo. No se dio cuenta de que yo ya había visto el nombre de quien había llamado, pero percibió mi extrañeza y mis ganas de preguntar

—¿Cuelgas? —Quise saber. Ser directo en situaciones como aquellas no siempre era lo mejor.

—No es nada. —La evasión me insinuó demasiado.

—¿Chiara Gabbana no es nada?

¿Qué tenía mi prima con él que le permitía llamarle a su número personal?

Thiago me robó la petaca, le dio un sorbo y me la lanzó.

—No me acorrales, Cristianno —protestó súbitamente agobiado—. Ya tengo suficiente con Enrico. Regreso. —Se fue. Sin más. Sabiendo que me dejaba lleno de preguntas que se reducían a una sola respuesta: Chiara y Thiago compartían algo que nadie sabía.

Kathia

Agoté todas mis reservas de paciencia en cuanto terminé el maldito ritual de la tarta y el brindis nupcial. Al tratarse de un enlace de exagerado lujo, al que habían asistido tantísimas personalidades importantes, nos ahorraríamos ciertas tradiciones estúpidas, pero no fue así. Tuve que fingir sonrisas, posar mostrándome enamorada y besar a Valentino constantemente. De nada servía cerrar los ojos e imaginar que eran los labios de Cristianno. Ese tacto posesivo y cruel jamás podría parecersele.

Tras esa pantomima, me arrastraron a una pequeña sala que habían acomodado para mi estilismo. Según el riguroso programa que Olimpia y Annalisa habían establecido junto a los organizadores que habían contratado, ahora venía el baile nupcial. La atención sería incluso más grande que durante la ceremonia porque se habían encargado de convertirlo en un momento que mostrara la intimidad y conexión entre la pareja.

Así que me vi subida en una plataforma mientras corregían maquillaje, peinado y demás. Todo debía ser más perfecto de lo que ya era.

—¿Eres consciente de que el diseño que llevas cuesta más de medio millón euros? ¡Deja de encorvar los hombros! —Exclamó el estilista, repasando mi atuendo. Le enfadaba mi insolencia—. Estás haciendo que el corsé parezca un camisón.

Sí, era muy consciente del derroche, pero al parecer nadie se daba cuenta de lo poco que me importaba. Suspiré, fruncí los labios y contuve un jadeo en cuanto aquel tipejo de metro cincuenta ciñó el vestido a mi cintura.

—No sabía que una prenda que está completamente adherida a mi cuerpo pudiera ensancharse —comenté con ironía, haciendo malabarismos para no asfixiarme. Si continuaba ajustando el corsé, terminaría pareciendo un puñetero folio—. Es un misterio —gemí.

Pero al estilista no le hizo gracia mi comentario e hizo una mueca mordaz.

—Querida, eres mucho más atractiva con la boca cerrada —intervino Olimpia que se había puesto un tocado tan extravagante que daba la sensación de haberse peleado con un ave rapaz.

—Suerte que en poco tiempo dejarás de oírme, ¿no? —Yo y esa costumbre mía tan popular de no saber permanecer callada.

Olimpia dejó que su imagen se reflejara en el espejo, justo detrás de mí, y me mostró una espléndida sonrisa.

—Exacto, es una suerte —sentenció.

Sibila hizo una mueca. La asistenta de los Carusso, que me había acompañado en las peores circunstancias y me había apoyado incondicionalmente, apenas pudo remediar lo mucho que le molestó el comentario.

Agaché la cabeza y busqué su mano con disimulo. Su dulce sonrisa disparó el afecto que sentía por ella. Por un instante solo quise aferrarme a su torso y perderme entre sus brazos.

Minutos más tarde, salí de allí tras el pequeño grupo de víboras. Creí que casarme había sido la peor parte, pero resultó que estaba equivocada. Se apagarían las luces, se haría el silencio y toda la atención recaería sobre mí aferrada a mi marido bajo una tenue luz blanca que solo nos iluminaría a nosotros.

Me acerqué a la entrada. Enrico esperaba allí con las manos escondidas en los bolsillos del pantalón. Él sabía que estaba endiabladamente hermoso, que su presencia era pura supremacía y que al mirarle todo mi mundo sería un poco menos oscuro.

—¿Puedo pedirte algo? —mascullé en un susurro, mirando a mi alrededor.

—Puedes pedirme lo que quieras. —Un murmullo que estremeció hasta el último rincón de mi piel.

Le miré, directamente a los ojos, sin importarme que alguien pudiera notar la devoción que desprendía mi cuerpo.

—Entonces sácame de aquí —espeté—. Creo que no es necesario continuar con esto. —Y no lo era si tan solo se miraba

desde nuestro punto de vista. Pero, llegados a esa parte, no podíamos echarnos atrás. Lo que se había empezado, se debía terminar. Todo eso me lo dijeron sus pupilas increíblemente azules.

Después Enrico se colocó a mis espaldas y acercó sus labios a mi mandíbula con la excusa de apartarme un mechón de cabello.

—Está ahí fuera, Kathia —susurró y mí se me contrajo el vientre al imaginar a Cristianno entre las sombras de aquel lugar.

De repente dejé de sentir incomodidad o recelo. No temí lo que pudiera pasar a partir de aquella noche. Todo careció de valor si Cristianno me permitía notar su presencia.

Sin embargo, una vez más, esa pequeñísima parte de mí fue mucho más allá; iba a herirme levantar la cabeza y encontrarme con una mirada que no fuera la suya.

—No... —jadeé sin apenas aliento.

—¿Qué...?

—Dile que se vaya —ordené dándome la vuelta para mirar a Enrico de frente—. No quiero que esté aquí.

Se apagaron todas las luces.

—Kathia...

—Hazlo. —Ojalá hubiera podido gritar—. Por favor.

<<*Esto se acaba...*>>, de nuevo las palabras de Cristianno en mi cabeza. Mi fuero interno insistía en repetírmelo una y otra vez.

—O imagínale. —Enrico me cogió del brazo, me dio un pequeño y brusco empujón y me obligó a mirar hacia el salón. Valentino esperaba mi llegada ensayando una pose tentadora—. Solo tú puedes convertir este momento en algo pasajero —terminó susurrándome al oído.

Apreté los dientes. La música comenzó a sonar.

—Valentino jamás podrá ser Cristianno.

Avancé.

3

Cristianno

Lo escuché todo.

Cada una de las palabras que Kathia había mencionado se grabó a fuego en mi mente. No había dicho nada que no hubiera escuchado antes, pero fue la forma en que las mencionó lo que me volvió completamente loco.

Hubo un apagón. Tardé unos segundos en acostumbrarme a la oscuridad, pero tras pestañear varias veces lo logré. Y vi a Kathia resplandeciendo como una estrella dentro de un círculo de luz blanca que solo iluminaba el centro del salón mientras todo lo demás permanecía en las sombras.

Me levanté enseguida y me acerqué al ventanal hechizado por su presencia. Caminaba confiada y decidida, con la cabeza alta y el gesto tranquilo. Incluso su porte resultaba mucho más erguido. Esa Kathia parecía satisfecha y observaba a Valentino con una pasión que solo había visto en su mirada gris plata cuando... me miraba a mí.

<<¿En qué estás pensando, amor?>> Quise colarme en su mente. Quise recorrer su cuerpo formando parte de él, como si fuera una de sus emociones, fusionarme con ella. Y quemar la distancia que se interpusiera entre nosotros, aunque apenas fueran unos centímetros.

¿Se podía llegar a amar de aquella manera? Yo lo hacía. Y me fascinaba.

Apoyé una mano el cristal y me acerqué un poco más. Por un segundo me creí allí dentro, delante de todos, e imaginé que era yo quien extendía mi mano y esperaba la suya.

Kathia

Enrico había sabido bien qué decir para hacer aquel instante terriblemente soportable. Cristianno era lo que siempre había soñado, así que no me costó imaginarle. Tenía experiencia, conocía a la perfección todas las líneas de su cuerpo y el deseo que estas me despertaban. Solo tenía que respirar hondo y avanzar hasta él ignorando todo lo demás. Sería muy sencillo aceptar aquella mano y perderme en su abrazo.

Comencé tocando la punta de sus dedos. La caricia se deslizó por la palma de su mano y bordeó la muñeca, encaminándose hacia el antebrazo. Supe que Valentino me observaba confundido. Sabía bien que jamás le había tocado de esa forma. No tenía ni idea de que él había dejado de existir.

Poco a poco, noté como sus brazos rodeaban mi cintura y me atraían hacia su cuerpo. Mi mente recreo el erotismo con el que me habría tocado Cristianno. Y me estremecí aferrándome con fuerza a sus hombros y conteniendo un jadeo.

Notaba el corazón estrellándose con fuerza contra mis costillas y un calor naciendo de mi vientre. Acaricié su mejilla con la mía y le clavé las uñas en el cuello. La excitación lentamente me exigía, reclamaba más piel, más contacto. Hasta que me topé con su mirada. Su poder fue superior al de las sombras que se interponían. Cristianno estaba allí y se encargó de que sus ojos azules me devolvieran la sensatez.

La imaginación no bastaba.

—Me sorprende que puedas bailar —murmuró Valentino, pegado a mi oreja—. Debo reconocer que lo estás llevando con demasiada entereza.

—¿Es un halago? —Mascullé. Ahora era muy tarde para dejar de actuar.

Seguramente había asombrado a todos los invitados y no era bueno que notaran un cambio tan brusco en mí teniendo en cuenta que Cristianno estaba allí. Así que continué pegada a su cuerpo.

—Digamos que sí —contestó jocoso—. Observa a la gente, Kathia. Nos miran fascinados, saben que somos la pareja perfecta. —Cierto, lo creían. Excepto una persona. Enrico no me quitaba ojo de encima—. ¿Crees que habrían pensado lo mismo de haber estado Cristianno en mi lugar?

Cerré los ojos y no pude contener el temblor que se paseó por mis labios. Los apreté con fuerza.

—Acordamos que no le mencionarías —gemí.

—No, cariño, tú lo impusiste. —Su voz se volvió más ronca. Estaba muy seguro de que la espera había terminado, que le pertenecía e iba a empezar a manifestármelo. Apretó un poco más mi cintura—. No creo que esté contento en este momento. —Insistía en Cristianno porque sabía que me hería—. Eres mía, Kathia. Mi esposa y ahora que te poseo puedo hacer lo que me plazca contigo... Como terminar lo que empezamos en Génova. —Tragué saliva. Sus palabras contradijeron la exquisita pieza de Craig Armstrong que sonaba de fondo.

Temblé de nuevo. Pero esta vez esa convulsión se extendió por todo mi cuerpo y me azotó con fuerza. Recrear lo que podría haberme pasado en aquella fiesta privada agravó el frío que calaba en mis huesos. Sabía que Enrico y Cristianno no iban a permitir que eso pasara, pero fue inevitable ponerme nerviosa.

Incomprensiblemente, busqué a mi hermano, y mastiqué una aterradora soledad al no encontrarle por ningún lado.

<<¿Dónde estás, Enrico? ¿Adónde has ido?>>, pensé conteniendo las sacudidas.

—Vas a morir atada a mi cama, cubierta de heridas y moratones —cuchicheó Valentino, aprovechando nuestra cercanía. Continué indagando en las sombras, buscando a mi hermano, cada vez con

más desesperación—. Haré que grites su nombre mientras te follo hasta hacerte rogar por tu maldita muerte. Te arrepentirás de haberle amado. —Cerré los ojos con fuerza.

Si el haberme enamorado de Cristianno me proporcionaba ese final, lo aceptaría más que satisfecha. Solo me arrepentiría del tiempo que no podría compartir con él.

—Gracias —susurré provocando que mi respuesta detuviera el balanceo de su cuerpo. Valentino se apartó un poco y me miró con el ceño fruncido. Parecía impresionado, algo que me animó a continuar—. Después de eso podré volver a estar con él. —Rescatar el dolor del falso recuerdo de la muerte de Cristianno me hirió—. Y ni siquiera tú podrás impedirlo.

Quise irme cuando Valentino me cogió del brazo y tiró de mí.

—Ni se te ocurra... —masculló y pretendió decir más, pero Enrico le interrumpió.

Le colocó una mano en el pecho, empleando una fuerza disimulada que le obligó a liberar mi brazo.

—Valentino —aseveró sabiendo que el Bianchi no podría hacerle frente—. Es mi turno.

Me quedé mirándole a medio camino entre la fascinación y el miedo. Mi hermano había aparecido de la nada justo cuando más le necesitaba y eso terminó por desatar aquella incompresible inestabilidad. Una reacción que me produjo un escalofrío al ver la sonrisa perversa y retorcida que el Bianchi le regalaba a mi hermano.

Enrico me atrajo hacia su pecho, ignorando el murmullo que se había despertado entre la gente, y me instó a caminar. No le importó que nos miraran o que Valentino se hubiera puesto a dialogar para atraer la atención de sus invitados. Simplemente se concentró en mí y buscó una salida.

—Necesito respirar...—susurré cabizbaja, sin entender muy bien por qué demonios me sentía de aquella manera.

No presté atención al camino ni tampoco hice mucho por mantenerme en pie. Él me guiaba y lo hacía con una resistencia que

envidié.

—Te llevaré fuera —sugirió con ternura. A continuación se acercó la mano a la boca—. Thiago, despeja la entrada del recinto. Voy para allá. —Hubo un pequeño silencio, seguramente porque su segundo le estaba hablando—. De acuerdo. Estad atentos.

Esa bocanada de aire frío que me rodeó al salir al exterior invadió mis pulmones con rapidez. Tuve un escalofrío.

Cristianno

Enrico debió escuchar lo que Valentino le había susurrado a Kathia mientras bailaban. De lo contrario, no se habría comportado de aquella manera.

Le vi entre la gente, aparentemente tranquilo, cuando de pronto se tensó. Nadie percibiría la disimulada tirantez que se le instaló en los hombros, ni el gesto amenazante que adquirió su cuerpo. Pero yo le conocía bien y supe que había escuchado algo muy desagradable. Me ayudó mucho a confirmar mi sospecha la evidente degradación en la mirada de Kathia. Y también el modo en que se abandonó a los brazos de su hermano cuando este decidió sacarla de allí.

—Joder... —mascullé bajito, apoyando la frente en el ventanal.

Algo había sucedido y eso disparó todos mis instintos. Mi aliento se precipitó y se estrellaba contra el cristal cada vez con más fuerza. La presión de mis músculos ascendía por momentos, esa parte de mí más irascible deseaba un enfrentamiento abierto. Anhelé la violencia y la sangre.

—Cristianno, ve a la verja principal. —La voz de Thiago retumbó en mi oído derecho. Y yo retorcí los dedos hasta convertirlos en un puño.

—Disponéis de un canal al que yo no tengo acceso, ¿por qué no se me ha informado de ello? —Gruñí feroz.

Seguramente Enrico, en alguna de las ocasiones que había tenido con Kathia, le había colocado un dispositivo en el vestido.

—Son órdenes de Enrico —repuso Thiago tras unos segundos pensando bien qué decir.

Apreté los dientes y me puse en movimiento. Casi eché a correr.

—¿Qué le ha dicho, Thiago? —Jadeé—. Tú lo sabes.

—Cristianno, déjalo estar y ve a la entrada principal. —No estaba previsto un movimiento como ese, pero tampoco hizo falta que dijera más porque enseguida comprendí que, si Enrico decidía exponerme por encima de cualquier cosa, no cabía la menor duda de que Kathia me necesitaba.

Aunque ella no lo supiera todavía.

4

Cristianno

Mis pies se estrellaban acelerados contra la grava. Había echado a correr y durante el proceso el auricular se me había caído. Ahora colgaba de uno de mis hombros mientras el aire se me amontonaba en la boca y el cuerpo me exigía un poco más de frío. Lo hacía, pero yo no lo sentía.

Lo primero que hice fue ojear los recovecos que formaban los árboles y las sombras que le rodeaban. Estaba solo, quizás demasiado, y eso era muy peligroso.

Pero no tuve tiempo de ahogarme en la desconfianza porque enseguida sentí la presencia de Kathia.

La miré aprovechando que ella todavía no sabía de mí cercanía. Se había llevado las manos a la cintura y la presionaba como queriendo arrancarse el maldito corsé. Respiraba descontrolada y echó la cabeza hacia atrás creyendo que el gesto la tranquilizaría. Puede que en cierto modo lo lograra, pero no dejaron de temblarle los brazos.

Un escalofrío me atravesó fuertemente tras recorrerme la espalda. Si la mierda que Valentino le había dicho no hubiera sido grave, no habría despertado esa reacción en ella.

<<¿Qué demonios le ha dicho?>>, me pregunté. La necesidad por saberlo casi me corrompía. Pero me topé con los ojos de Enrico.

Había ido hasta allí con ella ignorando nuestros límites, había querido que yo estuviera y supe por qué: solo yo lograría

tranquilizarla. Por tanto había supuesto que algo así terminaría pasando y prefirió mantenerme al margen e idear por sí solo las posibles vías de escape. No, sólo no. Nunca podría estarlo teniendo un compañero como Thiago.

Asentí con la cabeza aceptando su comportamiento al entender que había sido lo mejor para todos; mis impulsos no nos habrían dejado alternativas. Después suspiré con ímpetu y me dejé ver.

Al principio, a Kathia le costó asimilarme, pero, conforme me acercaba lentamente a ella, su mirada se abrió y dejó que su habitual plata volviera a resplandecer. Mentiría si no admitiera que casi me paraliza; siempre que me observaba de esa forma, como si todo lo demás no existiera, conseguía ponerme muy nervioso.

Me mordí el labio y guardé las manos en los bolsillos de mi traje sin dejar de avanzar. Kathia dejó caer los brazos sin fuerza. No sabía que le temblaban las pupilas y también los labios, ni que su cuerpo mostraba la evidente angustia que sentía. Estaba al borde del llanto y supe que ahora que me tenía frente a ella no tardaría en llorar. Pero me propuse ahorrarme ese momento y creé una risa dulce y tímida.

—Hola, compañera —siseé a solo un palmo de su cara.

Pude ver una débil sonrisa. Lo que me indicó que había captado mi plan. Eso me daba cierta comodidad.

De soslayo vi que Enrico también sonreía y desviaba un poco la mirada. No podía dejarnos completamente a solas, pero nos daría esa intimidad que necesitábamos.

—Hola —resopló Kathia. Odiaba verla de aquel modo—. ¿Cómo te va?

Alcé las cejas y me hice el interesante.

—Genial. ¿Sabes qué? —Me incliné hacia delante—. He conocido a alguien.

—¿Ah, sí? —Coqueteó justo cuando una lágrima resbalaba por su mejilla.

Se me contrajo el vientre, pero era muy tarde para echarse atrás. Yo mismo había iniciado ese juego, y si ella estaba luchando, debía

hacer lo mismo.

—Ajá. —Acomodé mi mano en su mejilla y limpié aquella lágrima con el pulgar. Kathia se dejó llevar por la caricia cerrando los ojos y soltando el aliento. Rebotó suave y caliente sobre mi boca—. Es una chica. —Casi tartamudeé. Me moría por besarla.

—Lo suponía.

—Debería presentártela, es increíble.

—¿Eso crees?

—Por supuesto —aseguré dejando que mis dedos se deslizaran por la piel de su brazo—. Es toda una guerrera, ¿no te parece eso asombroso? —Bromeé.

—Entonces, ¿qué haces aquí? Deberías estar con ella. —Se quedó sin voz conforme terminaba la frase.

Ya no pude remediarlo más. Capturé su rostro entre mis manos y me acerqué todo lo que pude a ella. La falda de su vestido se coló entre mis piernas.

—Precisamente por eso he venido —susurré mirándola fijamente a los ojos—. Al parecer no puede vivir ni un segundo sin mí.

—Estúpido. —Kathia me dio un golpecito en el brazo. Esa vez sonreímos los dos. Pero yo lo hice apenas un segundo.

Apoyé mi frente en la suya y dejé que mis labios se aproximaran hasta llegar a rozar los suyos.

—Y yo tampoco puedo vivir sin ella. —Un jadeo que a ambos nos cortó el aliento.

Cerré los ojos y me abandoné a la sensación de sus manos rodeando las mías.

—Cristianno —gimió ella.

—Estoy aquí, mi amor. —La besé con calma. No buscaba que fuera un beso apasionado y ni siquiera tierno. Simplemente quise que me sintiera todo lo cerca posible de ella—. Era yo quien bailaba contigo —murmuré y Kathia no se alejó de mi boca para responder.

—¿Acaso lo dudas? —Eso nunca. Ni siquiera en nuestro peor momento.

—Pero no me has dejado terminar ese baile.

Extrañamente, empecé a balancearme con suavidad. Puede que si bailaba con ella, ese momento que estábamos compartiendo, sustituiría todo lo que Valentino le había dicho. Quizás era desear demasiado, pero no me detuve. Y Kathia se dejó llevar por mis manos. Los movimientos eran casi imperceptibles, pero se acompasaron a los suyos y creamos un ritmo suave acorde a la música que se oía a lo lejos.

Fue increíble sentir a Kathia pegada a mi boca, compartiendo mi respiración y dejando que mis dedos resbalaran por su cintura hasta hacerse con ella. La abracé, posesivo y delicado, y continué meciéndome hasta que su cuerpo se olvidó de la pesadumbre y el miedo.

Esa vez Enrico no pudo evitar mirarnos. Me costó descifrar su pensamiento, pero tampoco fue necesario. Aquel gesto suyo, de serenidad y fascinación, lo dejó todo muy claro. Deseaba casi con el mismo fervor que yo que llegara la madrugada, pero, a la misma vez, se sentía tremendamente orgulloso de haber llevado a su hermana hasta mí. Había logrado tranquilizarla. Por eso ahora debíamos despedirnos.

La besé de nuevo y esperé en sus labios.

—Solo un poco más... —jadeé.

No solté su mano hasta que la distancia se interpuso.

Kathia

Me quedé muy quieta, saboreando la maravillosa sensación que su boca me había dejado en los labios mientras Cristianno se alejaba de mí. Otra vez. Me sobrevino un espasmo. Apenas había pasado un minuto y mi piel ya echaba de menos su contacto. Por eso el frío que le siguió fue tan cruel.

Abracé mi torso y me obligué en vano a contener el temblor de mi aliento. Era cierto que ya no sentía desolación, que todos mis instintos se habían estabilizado y que mi cuerpo casi me parecía

que flotara. Pero no era suficiente. Yo ya sabía que Cristianno tenía ese poder sobre mí, lo había experimentado en todas las ocasiones en las que me había tocado, pero de pronto mi fuero interno exigía más. Y esa exigencia no pretendía ser en una necesidad fugaz.

—Un poco más, eh —dije repitiendo las palabras que me había dicho. Me escocieron en la lengua—. ¿Cuánto tiempo es eso?

Me di la vuelta y pasé de largo junto a Enrico creyéndome dispuesta a regresar al evento. Esa no era la verdad y fue él el primero en reconocer que simplemente me movía por inercia, por eso me detuvo y tiró de mí contra su cuerpo.

Sus brazos me consumieron en un abrazo que toda mi piel reclamó. Me enganché a su cuerpo un tanto desesperada y saboreé esa sensación hasta que le hablaron. Al estar tan pegada a él pude escuchar vagamente una voz que surgía de su auricular.

Enrico suspiró antes de responder.

—Proceded con el psicotrópico. —Fruncí el ceño y me alejé un poco de su abrazo—. Despejamos en quince minutos.

—¿Qué psicotrópico? —Quise saber, pero él me ignoró y me cogió de la mano.

—Tenemos que volver.

Me solté con furia.

—Enrico, ¿qué droga? —Insistí—. ¿De qué hablas?

Se pellizcó el puente de la nariz y se humedeció los labios manteniendo un silencio un tanto tenso. No es que yo le hubiera puesto nervioso, si no que no quería contarme más. Al menos, no todavía...

—Cuando dices que confías en mí —habló—, ¿hasta dónde alcanza esa seguridad?

Tragué saliva y le miré todo lo poderosa que pude en ese instante. No le consentiría que subestimara mis creencias. Ni siquiera en un momento como ese.

—Hasta donde tú me pidas —sentencié. Y él torció el gesto inclinándose hacia mí.

—Pues entonces extiéndela un poco más —susurró—. Soy tu hermano, recuérdalo.

Después de eso, regresamos al salón. Nos mezclamos entre la gente, asumimos nuestro papel allí dentro y contuvimos nuestros deseos. Pero no dejamos de seguirnos con la mirada ni un segundo.

Supongo que Enrico quería que recordara lo que me había dicho en cuanto entré en la suite con Valentino.

5

Kathia

Me detuve en mitad de la suite, permitiendo que aquella espectacular panorámica de Roma me abofeteara. No tardé en sentir la impotencia aferrándose a mis entrañas. Me temblaban las manos, hacía demasiado frío y la oscuridad poco a poco me engullía.

Valentino cerró la puerta.

Le escuché avanzar, lentamente se acercaba a mí. La turbación se disparó con ferocidad. Lo que iba a suceder en ese momento solo él lo sabía, pero no me hacía falta mirarle para intuir que arrastraba crueldad consigo.

Fue muy estúpido creer que todo terminaría en el evento. Cuando regresé al salón y le vi un tanto desinhibido junto a sus colegas, pensé que me libraría de él, que no sería capaz de mantenerse en pie durante mucho tiempo si continuaba bebiendo de aquella manera. Pero resultó que estaba equivocada y abandonamos el club de campo sabiendo que la mayoría de invitados preferían seguir con la fiesta y que prácticamente estaríamos solos en el hotel.

Cerré los ojos con fuerza al sentir sus manos palpando la cremallera de mi vestido y apreté los dientes.

<<Confía, Kathia... Un poco más.>>, me dije, pero temí que no fuera suficiente. Luchar contra aquello confiando en algo tan abstracto comenzaba a perturbarme. Sabía que si me permitía tener

esa clase de pensamientos, por muy fugaces que fueran, de alguna forma, traicionaba la confianza que había depositado en Cristianno y Enrico, pero era casi inevitable.

El frío se intensificó cuando el vestido se deslizó por mi cuerpo y cayó al suelo. Quise llevarme los brazos al pecho y protegerme, pero Valentino no me dejó y aprovechó la maniobra para darme la vuelta y colocarme frente a él.

Me observó con una fascinación corrosiva que fue en crescendo conforme acariciaba mi piel. Fruncí el ceño al toparme con sus ojos verdes. Valentino me deseaba y esa emoción era demasiado radical.

—Dios mío... —susurró jugando con la goma de mi ropa interior—. Haces que me sienta hambriento.

Tuve un escalofrío al tiempo en que tragaba saliva. Sus dedos me estaban quemando la piel. Por suerte no duró demasiado. Se apartó un poco, se quitó la chaqueta de su esmoquin y se descalzó. Se movía torpe, inestable, lo que me produjo un latigazo; tal vez si echaba a correr, no sería capaz de alcanzarme. Y casi me convencí de ello, pero sus movimientos me lo impidieron. Puede que estuviera demasiado ebrio, pero su fuerza continuaba siendo la misma. Lo supe en cuanto capturó mi rostro entre sus manos.

Esperó, me intimidó dejando que el tiempo se convirtiera en una losa y desquiciara mi miedo. Él sabía bien lo asustada que estaba y jugó con ello.

Hasta que me besó con rudeza. El sabor amargo de la mezcla de alcohol que habitaba en su aliento por poco me asfixia. Su lengua me obligó a abrir la boca mientras su cuerpo me empujaba y me acorralaba contra la pared. Intenté resistirme, forcejeé tirando de su camisa, empujando sus hombros, esquivando sus besos. Todo su cuerpo me reclamaba, lo notaba pegado a mí, y me hería. La obstinación solo me regalaría más dolor.

De pronto Valentino perdió el equilibrio y comenzó a toser. Aproveché para intentar alejarme, pero lo evitó cogiéndome del cuello.

—Has bebido de más, Valentino —protesté intentando apelar con calma a su sentido común, si es que alguna vez lo había tenido—. No creo que sea buena idea...

Me puso un dedo en los labios y apoyó su frente en la mía. Apreté los ojos aferrándome con fuerza al brazo con el que me apresaba.

—Eso lo hará todo mucho más interesante —balbuceó.

—Valentino...

—Eres mi mujer, Kathia. —Sus labios pegados a los míos. Su fiereza colándose en mi boca—. Mi esposa.

—Por favor... —Un sollozo.

Cristianno

Tuve un calambre en los muslos al comprender lo que estaban hablando aquel grupo de hombres capitaneado por Enrico y Thiago. Habíamos improvisado una reunión en la zona despejada. La noche se helaba y se nos echaba encima.

—¿Qué cojones está pasando? ¿A dónde han ido? —protesté, en exceso perturbado, porque, en cuestión de segundos, Kathia había desaparecido del salón. Y Valentino también.

Thiago había analizado las cámaras tras verificar que no estaban en el recinto. Lo que en cierto modo nos había hecho perder quince minutos. Una ventaja que se le regalaba a Valentino.

—Escaparon por la puerta de atrás —reconoció el segundo de Enrico, precipitado, sorprendido con el extraño giro de los acontecimientos. Nadie allí hubiera podido imaginar que Valentino podría escabullirse con Kathia. ¿Qué coño había ocurrido?—. Nadie sabe a dónde se dirigían.

—Estaba previsto que eso sucediera y todos estabais preparados para ello. ¡¿Cómo demonios ha podido ocurrir así, joder?! —Terminó gritando Enrico, dándole voz a mis pensamientos,

porque ninguno de los dos entendíamos que algo tan estúpido hubiera podido pasar.

Eso, en el mejor de los casos, precipitaba un poco nuestros planes y no era buena señal. Por eso todos los músculos de su rostro estaban en tensión.

Uno de sus hombres quiso responder, pero se detuvo al ver como uno de los compañeros corría hacia nosotros.

—Jefe, lo tenemos —jadeó sin aliento—. Les han visto entrar en la suite del hotel.

—Preparaos de inmediato —ordenó Enrico y me sorprendió la eficacia con la que respondieron. Todos sabían qué hacer—. Empezaremos con el plan. —Me señaló a mí, sabiendo que de esa forma evitaba que me uniera a la acción—. Nos vemos en Ciampino, lárgate de aquí.

—Enrico...

—¡Lárgate de una vez!

Me quedé allí plantado, observando cómo se marchaba y asimilando el torbellino de ira que me asfixiaba.

Kathia

Valentino no me dejaría respirar. De pronto me cogió del cabello por la parte de la nuca y tiró un poco de él sabiendo que el gesto dejaba mi garganta completamente expuesta. La lamió desde la clavícula hasta la barbilla y me besó de nuevo ignorando mi resistencia. Le dieron igual mis quejas en forma de jadeos o mis uñas clavándose duramente en sus brazos. Gozaba.

—Me encanta que reclames, amor —gimió escondido en mi cuello.

Un fuerte temblor me sobrevino cuando escuché el tintineo de su cinturón. La hebilla impactó fría en mi vientre antes de verme arrastrada al suelo. Mis rodillas se hincaron en la alfombra provocándome una punzada de dolor que quedó silenciada al

reconocer lo que Valentino pretendía. Sin soltar mi cabello, colocó mi rostro frente a su pelvis y terminó de desabrochar su pantalón.

—Abre la boca, Kathia —masculló mirándome perverso desde arriba. Me negué apretando los labios entre lágrimas y resuellos que me hacían daño en la nariz.

Pero no se detendría por mucho que mi obstinación se impusiera. Soltó mi pelo y me obligó a obedecer introduciendo con brusquedad su dedo pulgar en mi boca.

—Eso es... Buena chica —suspiró emocionado.

<<*Estoy atrapada...*>>, murmuró mi fuero interno mientras las lágrimas se intensificaban. Era imposible escapar y sentir aquella certeza me hirió mucho más que saber lo que iba a pasar.

Hasta que de improviso Valentino se tambaleó y perdió el conocimiento. Se desplomó sobre mí y el peso de su cuerpo inconsciente nos arrastró al suelo con brusquedad. Me llevé la peor parte, pero el desconcierto fue tan grande que apenas tuve tiempo de quejarme por el dolor.

Le miré aturdida, sin saber qué demonios le había pasado, asimilando que desgraciadamente todavía respiraba, pero que su aliento surgía demasiado pausado. Mientras que sus pulsaciones descendía, las mías se disparaban. El miedo me atronaba en los oídos, el corazón se estrellaba desquiciado contra las costillas, no me dejaba respirar, ni tampoco pensar con claridad.

Tenía que apartarle y huir de allí cuanto antes, era la mejor oportunidad que tendría. Pero cuando me creí capaz de hacerlo, la puerta de la suite se abrió de par en par, robándome toda la valentía.

Dicen que cuando se desconoce algo, la turbación es mucho más desesperante. En ese instante estuve completamente de acuerdo.

Entrecerré los ojos por la luz que entró del pasillo, pero mientras mi visión se aclimataba a la repentina luminosidad, pude diferenciar la silueta de cuatro hombres entrando a la habitación. Me bastó eso para reaccionar aunque solo fuera un poco. Aparté a Valentino a

empellones y me arrastré por el suelo, encogiéndome en una esquina.

¿Qué coño estaba pasando?

—Preparad el escenario. ¡Rápido! —Aquella voz...— Empezad por la habitación. Moveos. —La conocía...

Las órdenes de Enrico no tardaron en obtener la respuesta de sus hombres, que empezaron a moverse con habilidad. Se dispersaron por la habitación y comenzaron a hacer su trabajo mientras su superior se acercaba a mí observando a Valentino con un amago de sonrisa en la boca.

Esa versión de Enrico, tan magnífica y perturbadora, me acobardó, pero también logró hipnotizarme cuando le vi guardar su arma en la parte baja de la espalda y apartar las piernas de Valentino de una patada.

—¿Qué es todo esto? —Pregunté desconcertada y con la mirada empañada. No sabía si ponerme a llorar o hacerlo lanzándome a sus brazos.

Enrico se remangó los pantalones de pinzas y se acuclilló ante mí.

—No pensarías que iba a dejarte sola en este momento, ¿no? —Torció el gesto dándole más énfasis a sus palabras y apartó un mechón de mi cabello en una caricia que me hizo temblar—. Escúchame, cariño, tenemos ocho minutos para abandonar el hotel. ¿Crees que puedes vestirme en uno? —Sonrió.

Abandonar el hotel.

Miré a mi alrededor. Reconocí a Gio, el esbirro que me acompañó durante la cena con Valentino hacía unas semanas. Y también a Thiago. Al tercer hombre no pude verle, pero di por hecho que era agente de Enrico; de otro modo no estaría allí.

Estaban desordenando la habitación basándose en las instrucciones que Thiago leía en su teléfono. Todo estaba perversamente estudiado.

<<Un poco más...>> Cuando dijo aquello, Cristianno sabía lo que iba a pasar. Porque probablemente él había sido el mentor.

Jadeé y miré de nuevo a mi hermano asintiendo con la cabeza. No había tiempo para mi aturdimiento.

—Eso es —dijo dulcemente antes de que su segundo me entregara una muda de ropa. Al mirarle, me regaló una sonrisa muy tranquilizadora.

Me levanté tambaleante y comencé a vestirme apresurada ignorando el hecho de que cuatro hombres me habían visto casi desnuda. Ahora el corazón me latía en la boca y apenas me permitía coger aire, pero me dio igual. No dejé de moverme. Si Enrico había impuesto un límite de tiempo significaba que no podíamos equivocarnos. Ya respiraría después.

—Enrico, marchamos. Ya —comentó Thiago trasteando su arma.

Descubrí que le había puesto un silenciador, lo que insinuaba que quizá nos haría falta para salir de allí. Pude confirmarlo en cuanto mi hermano imitó el gesto de su compañero.

—Bien, Kathia. —Se acercó a mí y me colocó bien la chaqueta mientras me observaba fijamente—. Tienes que hacerme un favor.

—¿Qué? —Tartamudeé.

—Tienes que permanecer callada, ¿de acuerdo? —Silencio. Absoluto. Eso no sería difícil.

—De acuerdo —jadeé—, pero antes... —me quedé sin voz.

No debería haberme costado decirle que le quería, pero mis instintos todavía estaban demasiado trastornados. Aun así, Enrico leyó en mi mirada mis pensamientos y me entregó esa sonrisa suya que tanto adoraba.

—Enrico —protestó Thiago, pero su jefe le ignoró y me besó en la frente.

—Y yo a ti. No te imaginas cuánto —susurró al volver a mirarme—. Vamos —me instó.

Abandoné la habitación con Enrico cubriendo mis espaldas y Thiago abriéndome el camino.

Me asustaba que un lugar que a simple vista resultaba tan pacífico nos coaccionara de aquella manera. Ese insidioso silencio que se respiraba podía sorprendernos en cualquier momento, pero

al parecer yo era la única allí que lo pensaba y se cagaba de miedo. Thiago y Enrico se movían como si ellos mismos fueran la amenaza.

Me recordaron a las historias paganas que leía cuando todavía no podía hacerlo. En ellas se contaban que los vikingos eran los reyes de las emboscadas y que nadie se daba cuenta de su presencia hasta que se sentía su violencia.

Eso me hizo pensar que quizás, por primera vez, estaba en el otro bando; en el de los que conspiraban. Ciertamente, la parsimonia e insolencia de los movimientos de mis acólitos evocaba esa crueldad a la perfección. Las líneas de sus hombros en sintonía, sus dedos completamente tensionados en torno al gatillo de un arma. Sus pasos impactando en el suelo con decisión y destreza.

—Recibido —murmuró el segundo de Enrico tras acercarse la muñeca a la boca.

—Te cubro, Thiago —comentó mi hermano y su compañero enseguida cargó el arma.

No me hacía falta confirmación para saber que alguien les estaba informando a través de un dispositivo de comunicación que seguramente llevaban en la oreja. Por tanto, la información que les habían dado había llegado a los dos al mismo tiempo.

Enrico me cogió del brazo y me guió tras de él al llegar a la esquina que nos cambiaba de pasillo. Me obligó a apoyarme en la pared y me indicó con un gesto que permaneciera callada. Me entraron ganas de decirle que se lo había prometido y que yo siempre cumplía con mis promesas, pero habría sido contradictorio.

Se miraron. Thiago y Enrico se comunicaron en silencio y después asintieron con las cabezas. Segundos más tarde, Thiago estiró sus brazos, disparó a un objetivo que no pude ver desde allí y Enrico echó a correr. Le vi coger al fallecido antes de que se desplomara y lentamente lo tumbó en el suelo. Querían evitar un escándalo y esa tensión por poco me hace sonreír y llorar al mismo tiempo.

Después de todo, en el fondo, era una sádica como todos los que estábamos allí.

—Despejado —avisó Thiago a sus compañeros mientras me cogía de la mano. Me empujó con suavidad hacia delante—. Seguimos por el cuarto ascensor.

Tuve que sortear las piernas del muerto al tiempo en que Enrico se levantaba y nos seguía.

—¿Situación de la entrada? —Preguntó mi hermano en cuanto se abrieron las puertas del ascensor.

Entramos enseguida y agradecí que estuvieran pendientes de las voces de sus pinganillos porque así no escucharían mi desquiciante respiración. Se me amontonaba en la boca y me oprimía el pecho.

—Recibido. Pasamos al plan B. —Enrico me miró y a la vez entrelazó sus dedos a los míos sabiendo que el gesto me calmaría—. Paramos en la uno y salimos por la puerta de servicio. Confirmad.

Varios hombres de la comitiva de Enrico nos rodearon en cuanto salimos del elevador. Mi hermano se rezagó un poco, prestándoles atención a sus agentes mientras Thiago me cogía de los hombros y me colocaba la capucha de la chaqueta.

Se suponía que no debería haber prestado atención, pero lo cierto fue que todos mis sentidos estaban puestos en la conversación y la presencia de absoluto control de Enrico. Joder, él no era consciente de hasta qué punto llegaba su autoridad. O tal vez sí, por eso hacía tan condenadamente bien su trabajo.

Me hubiera gustado ver a Cristianno a su lado.

—Ciampino está lista, jefe —le dijo uno de sus agentes—. Sugerimos la segunda ruta.

—Tiempo de llegada estimado veinte minutos —comentó otro, sin molestarse en mirar a su superior. No apartó los ojos de la pantalla de su dispositivo móvil.

—¿No hay alternativa? —resopló Enrico.

—No, jefe —confirmó el primero—. Angelo y su séquito viene de camino.

—Buen trabajo. Replegaos. —Miró a Thiago—. Nos vamos. —Y enseguida me vi arrastrada hacia el exterior.

—Hecho —dijeron varios a la vez.

El segundo de Enrico abrió la puerta trasera del aquel Audi SUV Q7 y me obligó agachar la cabeza antes de empujarme dentro. Fue algo brusco, pero los latidos de mi corazón estaban más pendientes de la tensión del momento que de otra cosa.

Enseguida se subieron al coche: Thiago frente al volante y Enrico a su lado.

Me quedé mirando el hotel mientras nos alejábamos pensando en lo que me habría sucedido de no haber sido por todo aquello. Y fue ese pensamiento lo que hizo que sintiera placer al respirar por primera vez esa noche. Cerré los ojos y me dejé llevar por un repentino y pacífico sueño.

6

Cristianno

Tengo a Kathia, describía el mensaje que me había enviado Enrico. Y la enloquecedora reacción en mi cuerpo que le siguió al momento me devolvió la respiración de una manera bastante dolorosa.

Cuando llegué a Ciampino (custodiado por dos guardias que mi hermano postizo me había asignado porque no se fiaba de mí), lo primero que necesité fue gritar y romper algo con mis propias manos. Una sensación que se incrementó al verme encerrado en el jet privado.

Pero Enrico no era quien era por ser conciliador ni un buen chico. Que él fuera el protector de Kathia debía darme calma y seguridad. No le pasaría nada si estaba con él.

01:53 a.m.

Debía llamar a Mauro y avisar de que todo había salido bien. Compartir esa ansiosa y desconocida alegría con él. Pero una vez más, no cogió el teléfono y eso me fastidió bastante. Le necesitaba, Mauro debería haber sabido que era completamente adicto a él.

Apagué el cigarrillo y le di un último trago a la copa de brandy que me había servido volviendo a mirar por la ventanilla. Esa maldita oscuridad que rodeaba el aeródromo todavía no se veía interrumpida por ningún faro de luz.

Tragué saliva al tiempo en que el piloto salía de la cabina.

—Señor Gabbana —me llamó, captando toda mi atención—. La torre de control nos da permiso para despegar en 15 minutos.

—Gracias por la información, Sordi. —El piloto asintió con la cabeza, pero no vi su regreso a la cabina porque volvía a estar pendiente de la visión que me regalaba la ventanilla.

Y dos faros alumbraron el camino. Contuve el aliento. Después de haber sufrido demasiados reveses en las últimas semanas. Sentir la certeza de que, aunque solo fuera por esa noche, habíamos vencido, casi me asustaba. Me iría de Roma, pero Kathia vendría conmigo. Y eso me produjo una euforia casi corrosiva.

—Señor Gabbana... —La voz de la azafata me sobresaltó. Me topé con una modesta sonrisa al mirarla.

Asentí con la cabeza un tanto incrédulo. Siendo honesto no me lo creía. Lo que me llevó a pensar en lo emocional que me había vuelto desde que Kathia entró en mi vida.

—¿Ahora si puedo salir? —Fui un poco brusco y la azafata hizo una mueca.

Me levanté ignorando las quejas de mis músculos y me encaminé a la puerta del jet notándome engarrotado. Ya estaba abierta, solo tuve que asomarme y lo hice apoyando los brazos en el marco. Temí no ser capaz de permanecer en pie.

Enrico fue el primero en bajar del coche y lo hizo sonriendo por algo que le había dicho Thiago. Lo supe en cuanto descubrí que su segundo también reía.

Verles tan tranquilos me produjo un estado casi narcótico. De pronto me sentía agotado, tenía una fuerte necesidad de dormir. Lo había logrado, estaban allí y Kathia con ellos. Tanto sosiego me aturdió.

Comencé a bajar las escaleras con lentitud, calculando muy bien los pasos. No quería terminar resbalando y dándome de morros contra el asfalto. Joder, eso habría sido demasiado ridículo. Así que me moví, como si estuviera aprendiendo a caminar de nuevo, consciente de las miraditas jocosas de mis compañeros.

—¿Os han seguido? —Tontamente, fue lo primero que pregunté cuando puse un pie en el suelo.

Enrico alzó las cejas y Thiago abrió la boca en una mueca que de no haber estado tan desconcertado me habría hecho reír.

—¿Por quién nos tomas, Gabbana? —Dijo incrédulo y yo negué con la mano a modo de disculpa. Sí, desde luego había sido una gilipollez.

Me acerqué al coche. Desde fuera no podía ver a Kathia por culpa de los cristales tintados y, aunque sabía que estaba allí dentro, noté un ramalazo de miedo que Enrico enseguida descifró.

—Se ha quedado dormida nada más salir del hotel —aclaró en voz baja.

Y yo acaricié la ventana con la punta de mis dedos y cerré los ojos.

—¿Le ha hecho daño? —Quise saber sin poder evitar imaginar el temor por el que Kathia había pasado al estar a solas con Valentino.

—No... —suspiró Enrico—. Hemos llegado a tiempo. Y el estupefaciente había hecho efecto.

—¿Qué crees que pensará cuando despierte? —Un susurro que terminó ardiendo en mi garganta.

Busqué la mirada de Enrico y supe que me habría respondido con una ironía si no se hubiera tratado de un momento como aquel.

—A estas alturas, hacer esa pregunta es algo innecesario.

Resoplé una sonrisa.

—Gracias por ser tan delicado. —Esa vez el irónico fui yo.

Abrí la puerta y me topé con el rostro tranquilo de Kathia. Dormía profundamente con los labios entreabiertos y su largo cabello amontonándose en los hombros.

Tragué saliva mientras agachaba la cabeza. Tanto tiempo deseando ese momento... Y había llegado... Había llegado.

—Esta es la primera vez que la tengo a mi alcance y no temo que nos peguen un tiro en la cabeza. —Mi voz trepidó dándole un énfasis mucho más intenso al contexto de mis palabras.

Ambos éramos conscientes de mi estado, pero escuchar mi confesión nos sorprendió por igual. Colocó una mano sobre mi hombro y se acercó a mí.

—Bueno, si dejas de portarte como un hombre, nada te librará de recibir ese tiro. —Se esforzó en bromear, pero era evidente que algo en su interior no terminaba de permitírselo. Enrico me ocultaba algo. Desvió su mirada hacia el asfalto y frunció los labios con disimulo, gesto que me indicó que, lo que diría a continuación, no iba a gustarme—. Tenéis que subir a ese avión...

Entrecerré los ojos. Era lo suficientemente inteligente como para intuir el contexto real que aquellas palabras. De hecho ya había barruntado esa posibilidad, pero no quise creer que pudiera darse.

—¿«*Tenéis*»? —Torcí el gesto para encontrar su mirada y así instarle a que me respondiera algo que en el fondo ya sabía. Pero no habló—...Enrico —le exigí.

—¿Sabes cuál es una de las cosas que más me gustan de ti? —Sus ojos destellaron al mirarme y contuvieron mi irritación contra todo pronóstico. No había persona en la faz de la tierra que pudiera oponerse—. Que siempre has sabido comprender a las personas sin necesidad de hablar. Solo con una mirada ya destripas sus pensamientos.

Apreté los dientes y me acerqué un poco más a él.

—No juegues conmigo, Materazzi.

—No lo hago. —Incisivo y elegante, como un cuchillo recién afilado—. Sube a ese avión. Ahora.

El enfado me atizó en la espalda y se concentró en mi cabeza. Miré de reojo a Thiago. Él procuraba mantenerse al margen, lo que me indicó que estaba al tanto de las decisiones de su jefe. Seguramente él había sido el único en saberlo. Y lo entendía. Joder, si lo hacía. Pero...

—¿Cuándo planeaste esto? —Protesté—. ¿Cuándo pensabas decirme que no vendrías con nosotros?

—Si te hubiera informado antes, no me habrías dejado actuar con libertad.

Por supuesto que no.

—Eres un cabrón... —gruñí.

Enrico se mordió el labio, se pellizcó el entrecejo y miró al cielo. Aunque no tan bien como él, era cierto que yo sabía leer a las personas, por eso no me costó descifrar lo que estaba pensando en ese momento.

—Si me voy...

—Cállate —le interrumpí—. Ni se te ocurra decirlo.

—Porque sabes que pasaría, Cristianno.

—Maldita sea, claro que lo sé —jadeé.

Le matarían. Si Enrico dejaba Roma al mismo tiempo que Kathia no podría justificar su desaparición y le juzgarían como traidor de inmediato. Aunque hubiera estado fuera un par de días.

Pero eso ya lo habíamos hablado y no parecía importarle porque confiábamos en nuestras posibilidades. Jamás quisimos una batalla campal, la idea era un derramamiento de sangre lento y silencioso.

Aun así, imaginar que Enrico podía morir en tal posición, me mareaba. Comprendió el análisis que estaba haciendo mi mente y lo detuvo colocando sus manos en mis hombros. Los aferró con fuerza antes de capturar mi cuello de un modo fraternal y obligarme a mirarle.

—Eres tú quien lo planeó todo —murmuró—. Dominas el procedimiento perfectamente. No me necesitas.

Qué estúpido era si así lo pensaba.

—Yo siempre te necesitaré, incluso cuando creas lo contrario —sentencié.

—Y sabes que es recíproco. Pero ahora mismo hay alguien a quien necesitas más. —Señaló a Kathia con una ojeada rápida. Ella continuaba durmiendo ajena a todo lo que me estaba diciendo su hermano. El muy cruel supo donde darme para que cediera—. Concéntrate en ese objetivo, ¿de acuerdo?

—¿Qué le diré cuando despierte? Querrá verte, querrá tenerte al lado en ese momento. Eres consciente de ello, joder.

—Te tendrá a ti. Eso ya es suficiente. Lárgate, vamos —me empujó.

Me quedé inmóvil durante unos minutos, observando a Kathia sin saber muy bien qué hacer. Bueno, realmente si lo sabía, pero no estaba del todo conforme. Quería que Enrico subiera a ese avión conmigo y con ella. Quería que estuviera presente en el momento más importante de mi vida. Sin embargo, fue más frío que yo al pensar que mantener una vida era mucho más trascendental que experimentar una situación.

Sarah iba a enfadarse muchísimo.

Volví a tragar saliva y me metí en el coche. Mi intención era coger a Kathia entre mis brazos y subirla al avión. No estaba previsto que me entretuviera con su belleza. Pero observarla sin barreras me embrujó y no pude evitar acariciarla. Lo hice suave, deslizando mis dedos por su mejilla. Kathia suspiró temblorosa y giró la cabeza en mi dirección. Todavía dormía, pero algo de ella me sintió a su lado.

—Cristianno... —jadeó entre sueños y yo me mordí el labio, loco por su boca.

Me incliné lentamente y la besé mientras envolvía su cuerpo con mis manos.

—Te haré libre, mi amor —siseé antes de cogerla en brazos y sacarla del coche.

Miré una vez más a Enrico y después a Thiago. Este último comprendió mi petición tácita y asintió con la cabeza. Él protegería a mi hermano postizo por encima de cualquier cosa, incluso de su vida. Podía irme tranquilo.

Comencé a caminar.

7

Enrico

Hubo una época en que creí que podía ser un hombre benévolo. Pero por aquel entonces todavía era demasiado inocente y no había sentido el calor de la sangre de mis enemigos resbalando por mis manos. Sin embargo, con el tiempo, comprendí que era esa clase de persona fría y reservada, que se corrompería con la edad y llegaría a dominar con absolutismo todos esos aspectos.

Quizás si no hubiera visto la muerte desde tan pequeño, a día de hoy no sería ese Enrico Materazzi que hasta en ocasiones yo temía.

No me importaba mentir, actuar, traicionar, ejecutar. Cada uno de esos atributos formaba parte de mí, me definía. No había hecho falta que me adaptara a ello porque esa era mi verdadera personalidad. Algo incuestionable. Había sido creado para la... mafia. En la más oscura y siniestra de sus versiones.

Pero justificar mi naturaleza era casi tan cobarde como huir de ella.

Me mantuve impertérrito mientras el jet iniciaba su ascenso. Mi principal objetivo, pensando a corto plazo, se había efectuado con éxito. Kathia estaba fuera de peligro entre los brazos de su mejor protector: Cristianno. Y había garantizado la seguridad de Sarah.

Pensar en ella me produjo un escalofrío.

Suspiré y presté atención al jet hasta que el cielo nocturno lo engulló.

—Deberías llamarla... —dijo Thiago mientras conducía. Él sabía bien que tras toda esa crueldad y frialdad que me determinaba, habitaba un hombre moldeado por los sentimientos. Sarah pertenecía a ellos con una fuerza que me quemaba.

—Dame un poco más de tiempo. —Porque en realidad todavía no estaba listo para contarle que no me reuniría con ella en Tokio.

—Se enfadará de todas maneras, Enrico.

Sí, eso ya lo sabía. Pero prefería su enfado a que la muerte me separara para siempre de ella. De pronto, todo mi cuerpo y mente se llenaron de Sarah, hasta el último de los centímetros.

Apreté los dientes.

—Hay cosas mucho más importante por las que preocuparse en este momento. —Un comentario tan razonable como gélido, que se enfrentó de lleno a mis sentimientos.

Thiago logró mostrarse indiferente a mis palabras, pero había demasiada confianza entre los dos como para no darme cuenta de hasta qué punto había comprendido mi perspectiva. Logró que el silencio que se instaló dentro de aquel coche fuera de lo más cómodo. Y disfrutamos de él el tiempo suficiente como para imaginarme la reacción de Kathia cuando despertara dentro de aquel avión privado.

Pero de pronto una llamada alteró el mutismo. Enseguida miramos a la pantalla interactiva que había en el salpicadero de aquel profuso SUV de Audi. Se trataba de uno de mis hombres a cargo del perímetro del hotel. No estaba previsto que nos llamara, a menos que hubiera surgido algún imprevisto de proporciones imprudentes.

Ese rumor insistente me perturbó y miré a Thiago sin saber que él ya lo estaba haciendo de antes. Esos impetuosos ojos verdosos fueron muy sutiles a la hora de indicarme sus sospechas.

Acepté la llamada con un resoplido. Fuera lo que fuera, terminaríamos rápido con ello.

—Sandro —dije a modo de saludo.

—Jefe, nos ha surgido un pequeño contratiempo. —No parecía nervioso, pero sí algo mosqueado.

Fruncí el ceño y me recompuse en mi asiento. De pequeño más bien debía de tener poco, sino ¿por qué me habría llamado?

—¿De qué se trata? —Quise saber.

—Tello ha intentado escapar. —Entrecerré los ojos. Tello era un joven siciliano, recién asignado a mi unidad por su persistente empeño en trabajar a mi lado. No le había encomendado trabajos excesivos porque no estaba seguro de su lealtad. Y teniendo en cuenta lo que acababa de pasar, mi olfato no estaba en absoluto desencaminado—. Lo cazamos en el aparcamiento a punto de coger un vehículo de alta gama. Lo curioso ha sido que disponía de las llaves.

Por tanto había previsto traicionarnos. Qué soñador...

—¿Sigue vivo? —pregunté con el indicio de una sonrisa asomando en mi boca.

—Sí —resopló Sandro, algo juguetón. Tanto él como Thiago ya se estaban haciendo una idea de lo que se paseaba por mi cabeza. Y es que ese tipo acababa de perder lo que toda persona protege por encima de cualquier cosa: la vida. Lo que más me gustaba era que él todavía no lo sabía—. Le hemos interrogado.

—Bien —miré a mi alrededor—, estamos en Leonida Bissolati. Tres minutos para la llegada. Establece la seguridad y prepárame el utillaje —ordené.

—Hecho, jefe.

En cuanto Sandro colgó, Thiago se puso a reír como hacía siempre que se nos presentaba una oportunidad de entretenimiento como aquella.

—Suenas divertido —comentó malicioso. Y yo me quedé mirándole con esa curiosidad mía que siempre me despertaba la simbiosis que compartía con él.

—Al menos espero que lo sea. —Extraje un cigarro del paquete y lo prendí sabiendo que Thiago todavía tenía algo que decir.

—No te hagas el noble conmigo —repuso socarrón.

¿Yo, noble? Resoplé una sonrisa.

—Lo siento, cariño —bromeé un instante antes de detenernos.

En la puerta del servicio nos esperaban varios de mis agentes de confianza. Bajé del vehículo y me dirigí a Sandro.

—Jefe —me saludó él ajustándose a mi paso. Entré en el hotel con Sandro a mi izquierda y Thiago a mi derecha.

—Informe de situación —exigí.

Todo estaba extraordinariamente controlado. La cantidad de escopolamina suministrada con cautela al Bianchi durante los momentos finales al convite le mantendría fuera de juego al menos hasta las primeras horas de la mañana. Tiempo suficiente para llevar a cabo todo lo demás sin que él fuera consciente de nada.

Mi comitiva también había llevado a cabo toda la operación manteniendo las precauciones necesarias en rastros dactilares, así como en los biológicos, verificándolo hasta en tres ocasiones. Habían terminado de hackear el sistema de seguridad visual, y modificado las imágenes. Lo primero que Angelo querría ver en cuanto se enterara de la desaparición de Kathia serían las grabaciones. Pero ahora, en ellas solo encontraría a su supuesta hija en ropa interior optando por irse a la cama tras ver como Valentino se desplomaba en el suelo.

Mientras caminábamos, Sandro me mostró el montaje final en un dispositivo portátil; no se percibía manipulación alguna, lo que les pondrían las cosas muy difíciles a los Carusso y Bianchi.

El protocolo B de seguridad había sido activado en cuanto lo ordené.

Un sencillo procedimiento de vigilancia que verificaba y controlaba la llegada paulatina de todos los invitados al hotel. Teniendo en cuenta que Angelo todavía estaba de camino, no se le esperaba hasta dentro de un rato. Pero en el caso de Olimpia y demás mujeres, ya habían llegado. Se encontrarían con todo tal y como lo habían dejado.

—La señorita Sacheri se acaba de hospedar en tu habitación, como ordenaste. —Me gustó que lo comentara con tanta tibieza—.

Hemos revisado con ella el plan previsto. Todo en orden.

Sofía Sacheri era una reputada modelo a nivel internacional que conocí hacía unos cinco años en una de las típicas fiestas benéficas que organizaba Angelo Carusso. Tenía un año más que yo, pero su aspecto la hacía parecer mucho más joven. Enseguida conectamos. Nos convertimos en grandes amigos que compartían una relación bastante estrecha y peculiar. De esas en las que puedes confiar plenamente y de vez en cuando incluso disfrutar sexualmente. Por eso ella estaba allí. Sofía sería mi coartada.

—Número de incidentes: uno, Tello Scolari. El resto, ya has sido informado —terminó de explicar Sandro, asombrosamente orgulloso de su trabajo.

Aquel tipo había sido un militar al servicio de la Inteligencia italiana y dominaba con precisión todo lo relacionado con sistemas informáticos y de vigilancia. Era uno de mis mejores y más confiables hombres, mi mano izquierda teniendo en cuenta que Thiago era la derecha.

—¿Utileja? —Le pregunté sonriéndole de reojo.

Él respondió rápido a esa sonrisilla, devolviéndome un gesto divertido. Acto seguido se rodeó y dejó que otro guardia le entregara una especie de estuche cilíndrico.

—Listo —concretó entregándome el estuche.

Thiago me hizo la zancadilla, algo que me proporcionó mucha más gracia de la que esperaba. Le fastidiaba que yo quisiera divertirme solo.

—Bien, ¿dónde está nuestro amigo?

—En la sala dos. —Curiosamente, nos habíamos detenido a las puertas.

—Inhabilitar cámaras —pedí.

—Hecho.

Sandro y los demás se dividieron dejándome a solas con mi segundo.

—Thiago —le nombré a punto de abrir la puerta.

—Necesitarás un equipo de limpieza. —Le dio voz a mis peticiones—. Yo me encargo.

—Perfecto. —Entré y cerré la puerta tras de mí, lentamente.

La imagen con la que me topé contenía un matiz un tanto dramático. Tello estaba amordazado y maniatado con cinta aislante a la silla en la que estaba sentado y una sutil iluminación le recortaba la silueta. Tuvo miedo al verme allí plantado observándole fijamente, demasiado quizás. Pero eso fue lo que lo hizo todo un poco más interesante.

—Tello, Tello —tarareé antes de arrancarle la cinta adhesiva de la boca.

—Jefe, se lo juro, no intentaba escapar. —Si no hubiera tenido nada que esconder no se habría justificado de inmediato.

Torcí el gesto.

—¿Optas por escudarte? ¿No prefieres empezar de otra forma? —Fui indulgente y le di una innecesaria nueva oportunidad.

—No es lo que parece, de verdad. —No, claro que no. Nunca era lo que parecía.

Ver arder los cimientos de mi casa con toda mi familia dentro no era lo que parecía... Apreté los dientes hasta que me crujió la mandíbula.

—Eso no es lo que dicen mis hombres y tampoco las cámaras —comenté manteniendo la calma.

Siendo justo, Tello no tenía culpa de mis demonios del pasado.

—Solo quería comprobar el perímetro —lloriqueó. Me ahorraba tiempo que sospechara lo que iba a pasarle.

Me acerqué a la mesa, desabroché el estuche y lo extendí hasta que quedó completamente abierto. Los elegantes trazos de acero de aquel juego de armas destellaron bajo la luz.

—Pero resulta que no se te había asignado esa tarea —continué llevando a cabo mi elección.

—Se lo juro por lo más sagrado.

—Odio la gente que blasfema. Principalmente porque soy agnóstico. —Capturé un alicate de cirugía ósea. Me apetecía

empezar por los huesos.

—¿Qué es eso? —La mirada de Tello se dilató asombrosamente atemorizada con el instrumento—. ¿Qué va hacer?

<<*Sí ya lo sabes, ¿por qué preguntas?*>>, pensé, pero preferí guardarme ese comentario y travesear con su miedo.

—Hoy no es tu día de suerte —comenté con voz ronca—. ¿Sabes por qué? —Porque si él hubiera logrado escapar a tiempo, toda la gente que amaba habría estado en peligro inminente. Pero eso tampoco se lo diría... Sonreí y me acerqué a su oído—. Porque tengo unas ganas terribles de jugar —susurré.

—Enrico, por favor... —me suplicó él—. No... ¡NO!

8

Enrico

No me gustaba el ensañamiento. Si debía torturar a alguien o simplemente eliminarlo me gustaba hacerlo con la cautela necesaria para no cruzar la línea entre lo que corresponde y el exceso. Pero en aquella ocasión quise excederme. Porque Tello lo merecía al haberme guardado información. Y terminé lleno de sangre. La misma que se estaba yendo por el desagüe del plato de ducha de mi suite.

Aun así, después de unas horas interminables, tuve tiempo de sorprenderme a mí mismo cavilando en algo completamente diferente. Pocos pensamientos me provocaban reacciones físicas. Muy pocos. Quizás ninguno. Porque era lo suficientemente imperativo como para controlar tales reacciones. Pero cuando se trataba de Sarah, todo cambiaba. Me era inevitable pensar en ella.

La echaba de menos... Mucho más de lo que ella pudiera imaginar. Sin embargo me sentía orgulloso de tenerla tan lejos porque sabía que así jamás podría estar en peligro.

Suspiré mientras el agua hirviendo caía sobre mí. Me produjo un placer tan excesivo que tuve que apoyar los brazos en la pared para sobre llevar mi peso. Mi cuerpo oscilaba, lo sentía agotado. Y también ansioso.

Tragué saliva. En realidad sabía bien que aquella sensación era un cúmulo de emociones. Mis instintos más profundos reclamaban la presencia de Sarah con urgencia. La necesitaban tanto que por

un segundo fui incapaz de controlarme. De hecho no era la primera vez que me pasaba en los últimos días.

Me equivoqué al cerrar los ojos. Porque la imaginé dentro de aquella ducha conmigo. En mi fantasía, Sarah estaba desnuda y el agua resbalaba por todos los rincones de su cuerpo. Me observaba con media sonrisa en los labios mientras sus manos repasaban la curva de mis caderas... Íbamos a hacer el amor hasta perder la razón y no me importaba saber que lo haríamos de pie o lo que nos deparara fuera de allí. Siempre habría tiempo de repetir en la cama. Siempre habría tiempo de aplastar las adversidades.

Negué con la cabeza e incomprensiblemente sonreí. Aquella niña de veinte años tenía todo mi maldito sentido común en sus manos.

Y resoplé. Sí, aquello era excitación. Tan poderosa como la ira y tan sutil como la tranquilidad.

No me molesté en secarme cuando salí de la ducha. Esperé, de pie en mitad del baño, observándome desnudo en el espejo hasta que mi cuerpo comprendió que debía moverse de nuevo. Me coloqué una toalla en torno a la cintura y salí de la habitación sabiendo que Sofía Sacheri me esperaba. Lista para interpretar su papel.

La oscuridad de la madrugada resplandecía, la única iluminación que entraba pertenecía a las sombras de la ciudad y acariciaban las curvas del exuberante cuerpo de aquella mujer. Esas líneas que conocía bien y que ahora esperaban mis órdenes.

La miré con fijeza. A Sofía siempre le había intimidado mi forma de observarla cuando llegábamos a un momento así, pero no tardaría en responder y lo hizo. Solo que con más complicidad que de costumbre. Seguramente jactándose de lo poco que nos íbamos a tocar esa noche. Aun así, saber eso no le hizo disfrutar menos de la vista de mi torso desnudo.

Ella se acercó a mí mientras se quitaba el albornoz y me mostraba su bonito conjunto de lencería. Después repasó mi clavícula con la punta de los dedos y se enroscó a mi cuello.

—Sí solo piensas follarme, no hace falta que seas tan condenadamente erótico —gimió empleando el tono exacto de voz para que quedara grabado en las cámaras.

Sus labios mordisquearon mi mandíbula y la cogí de las caderas para apretar su cintura contra la mía. No sentiría nada, pero eso no tenía por qué saberlo nadie, excepto nosotros.

Ella sonrió.

—No puedo evitarlo —admití desabrochando su sujetador—. Es algo natural.

—Maldito cabronazo, eso ya lo sé. —La expuse. Noté como sus pechos se acomodaban sobre mi piel—. Dime, Materazzi, ¿lo quieres encima?

—Tú marcas el ritmo. —Porque si lo hacíamos de aquella manera, la ficción sería mucho más realista.

—Eso es lo que quería oír —susurró en mi boca, sin llegar a besarme. Y me empujó hacia la cama.

Caí de espaldas sobre el colchón antes de que ella se desprendiera de sus braguitas y se colocara a horcajadas sobre mi cintura. Disimuló cuando fingió apartar la toalla e interpretó los gestos necesarios para hacer creer que acababa de penetrarla. Después comenzó a moverse sabiendo que yo le seguiría el juego, entre gemidos y embestidas, y se acercó a mi cuello.

—Me debes una... —siseó tremendamente bajito.

Cristianno

Exhalé.

Y después me di cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, no tenía nada que temer. Eso en sí ya era un triunfo.

Supongo que tenía lógica sentir confusión después de todo lo vivido. No había habido ni una sola noche en la que pudiera conciliar el sueño sin que mis preocupaciones o remordimientos me

perturbaran. Dormir había sido demasiado complicado. Pero en ninguno de esos días lo había intentado estando al lado de Kathia.

La miré y volví a exhalar. Esta vez al darme cuenta de que todo lo que había hecho en las últimas semanas me daba aquel momento como recompensa. Más allá de ganar o perder, justo en ese instante, yo ya me sentía satisfecho.

Kathia aún dormía. Tenía los labios entreabiertos y, aunque apenas había iluminación, pude ver que su tez lucía un poco más pálida de lo normal. Un rastro grisáceo rodeaba sus ojos e incrementaba la hinchazón. También resultaba evidente la huella en sus mejillas de las lágrimas que había derramado. Sentí algo de rabia al recordar quien se las había provocado, pero una parte de mí insistió en vivir ese momento y aparcas todo lo demás. Creo que ambos nos lo merecíamos.

Más allá de todo eso, Kathia mostraba una expresión suave. Parecía tan frágil y pueril que me sorprendió que se tratara de la misma chica capaz de desafiar a toda una mafia.

No pude evitar una sonrisa.

Tragué saliva y bajé la mirada. Quería continuar observándola, lo necesitaba. Jamás había vivido un momento así con ella, tan seguro y leal. Sin miedo, ni restricciones. De hecho, ni siquiera podía decir que habíamos compartido una situación de pareja corriente. Probablemente despertar al lado de la persona que se ama es algo demasiado básico para casi todo el mundo. Sin embargo para mí... era algo extraordinario.

Deslicé la sábana por su cintura. Kathia permaneció quieta y ajena a que poco a poco mi respiración empezaba a titubear. Noté un punzante frío derramándose por mis extremidades. Se me pegaba a las piernas, pero desaparecía en los muslos y se transformaba en un calor dilatado que presionaba mi pecho. Era un efecto extraño, que me producía una serenidad a la que no estaba acostumbrado, pero me gustó experimentar aquella contradicción. Tuve la sensación de que mi cuerpo apenas pesaba...

Hasta que su aliento acarició mi boca. De pronto el calor comenzó a ser insoportablemente intenso. Y me sobrevino un escalofrío cuando decidí acariciarla. Acerqué una mano a su mejilla y la ahuequé. Me enloqueció la forma en que mi piel conectaba con la suya a causa de un simple roce. Se me erizó el vello y comencé a masticar mis pulsaciones. El corazón me latía en la boca.

Suspiré, me humedecí los labios y tragué saliva de nuevo mientras deslizaba mis dedos por su cuello. Bajé un poco más, hasta su clavícula y después su pecho. Lo rodeé con suavidad y sin apenas presión, tragándome las repentinas ganas de ir más allá. Llegados a ese punto, maldije que estuviera vestida y dormida.

La excitación comenzaba a captar toda mi atención. Me latía en el vientre. Era una quemazón que lentamente se apoderaba de mi cintura. Me estaba volviendo loco.

Temblé al alejar mis manos de su cuerpo y al pensar que estaba completamente abandonado a mis miradas. Por primera vez mi estado físico superó al psíquico. No pude pensar en otra cosa más que en el modo en que me perdería dentro de ella.

Cerré los ojos y enterré el rostro entre mis manos.

<<*Joder...*>>, mascullé en silencio. Todavía no sabía que reacción tendría Kathia cuando despertara. No era el momento de pensar en sexo.

Tenía que tragarme aquella dolorosa exaltación y no se me ocurría mejor forma que una ducha helada.

Me incorporé despacio, me pasé las manos por el cabello y lo restregué con ímpetu. Me froté las mejillas mientras me levantaba, capturé unas prendas de la maleta y mi móvil y miré por la ventanilla, a través del filo de la cortina. Fue un poco desquiciante descubrir que había despertado al atardecer, cuando en realidad apenas había dormido ocho horas. Pero es lo que tenía el desfase horario. Seguramente estábamos a punto de llegar a Tokio.

Resoplé, entré en el baño y me apoyé en la puerta echando la cabeza hacia atrás.

—Me cago en la puta...—jadeé más que concentrado en la parte baja de mi pelvis. Mi excitación era más poderosa que nunca.

La física de una emoción a veces no tenía sentido. Ni siquiera era comparable. Y yo no estaba en absoluto acostumbrado a tener ese tipo de sentimiento recién levantado.

Justo en ese instante la espantosa melodía de mi teléfono comenzó a sonar. Tuve ganas de reír al ver el nombre de Alex latiendo en el centro de la pantalla.

—Ha llamado al teléfono del increíble Cristiano Gabbana. —Dije al descolgar, apoyándome en el lavamanos—. En estos momentos está muy ocupado. Por favor deje su mensaje...

—¡A la mierda! —Exclamó mi amigo y no pude evitar reírme. Dios, ya les echaba de menos.

—Avanzas, Alex —sonreí—. Ya tienes un poco más de paciencia.

—Veremos hasta dónde alcanza cuando tenga tu careto delante.

—Tu amor por mí hace que se tambalee el mundo. Te adoro.

—Qué gilipollas —se carcajeó.

—¡Alex! —La vocecita de Eric se impuso dándole un toque de atención a su amigo.

De pronto recordé que les había dejado rodeados de confusión. Alex todavía no había aclarado las cosas con Daniela y Eric sufría por Diego. Que estuvieran tragándose sus preocupaciones y atendiendo las mías dijo mucho de hasta dónde estaban dispuestos a llegar por nosotros. Ni siquiera podía considerarlos mis amigos, eran muchísimo más que eso.

—¿Está el señorito listo? —Preguntó el de Rossi.

—Así es. ¿Te interesa decirle algo? —Sugerí bromista.

—Tu inteligencia me abruma.

—¡Gracias!

—¿Tanto me echáis de menos? —Comenté haciéndome el arrogante. Bueno, en realidad lo era un poco así que no hizo falta que me esforzara demasiado.

—Cabrón, hijo de tu madre, nos debes una despedida de soltero —exigió Alex.

—Y quiero un stripper —le siguió Eric, lo que me indicó lo poco que tardarían en ponerse a parlotear entre ellos.

No era la primera vez que sucedía.

—Pues te lo llevas a un cuarto privado —se quejó el grandullón —, no quiero los huevos de un depilado cerca de mí.

—¿Qué problema tienes con las pelotas depiladas? —Tuve que deducir el final de la frase porque mi sonrisa no me dejó escuchar.

No manteníamos ese tipo de conversaciones (triviales, adolescentes, puede que sin sentido) desde hacía semanas.

Poder hablar así, nos hizo un poco más ricos.

<<¿Mauro, qué demonios estás haciendo, joder? Mira lo que te estás perdiendo, compañero>>, pensé mucho más nostálgico de lo que esperaba.

—No sé... —tartamudeó Alex—...me ponen nervioso. —Él seguía a lo suyo.

—Tío, ¿qué coño tienes entre las piernas? —Quise saber—. ¿El Amazonas?

—Vete a la mierda.

—¿Cristianno? —La voz del Albori sonó tímida y devota.

—Dime, Eric. —Definitivamente, ese chico podía hacer que cualquiera cayera rendido a él con solo un suspiro. Era tan tierno que hasta sorprendía.

—Ya sabes cómo es Alex para todo eso de los sentimientos —no hacía falta que lo jurara, él era más de demostrar—, pero yo te lo puedo decir... —Silencio—. Disfruta mucho... —Y temblor. Eric no parecía poder hablar—. Disfruta...

—Os queremos —le interrumpió Alex porque seguramente se dio cuenta de que a Eric le costaba seguir—. Sois nuestros hermanos y aunque no podamos estar allí, no cambia el hecho de que, a través de vosotros, lo estamos. —No dudó, lo dijo con fuerza—. Te mereces esto, y Kathia también, así que disfrútalo. Nosotros os

estaremos esperando. —Y terminó dejándome completamente apabullado.

—Siempre juntos...—confesé apretando los dientes porque la debilidad llamaba a mi puerta.

—Hasta la muerte, ya lo sabes —Aseguró Alex—. ¿Quieres dejar de llorar, Eric?!

—¡Me he emocionado!

—Chicos, yo... —Pero no pude terminar.

Aun así, Alex se dio cuenta y lo comprendió todo.

—Lo sabemos. Y si tu puñetero primo coge el teléfono, dile que no te deje huir. —Sonó jocoso. Y podría haber seguido con la broma si no me hubiera visto fustigado por un escalofrío muy desagradable—. Llamarnos en cuanto podáis.

—Dale besos a Kathia —añadió Eric.

—Y vosotros tened cuidado por allí —les dije.

—No os preocupéis por eso.

Corté la llamada y me llené de suspiros. Hablar con Alex y Eric me había gustado, pero también me había dolido porque deberían haber estado allí.

—Joder...

Abrí la ducha y me desnudé de forma mecánica, casi parecía un robot con problemas en la fuente de alimentación. Mis movimientos eran demasiado prolongados, muy lentos. Me costó horrores colocarme bajo el agua. Y para cuando creí que ya estaría más calmado, me di cuenta de que aquel ardor no me abandonaría tan fácilmente.

9

Enrico

Casi sentí alivio cuando empezó a amanecer.

Esa había sido una de las noches más largas de mi vida. Toda la calma que había respirado me había inquietado mucho más que un contratiempo. Necesitaba que la acción tomara el protagonismo, que todo empezara a desmoronarse dentro de la cúpula Carusso. Ansié que llegara el momento y yo pudiera verlo todo desde la primera línea.

Pero era cauto, me gustaba jugar a la perversión que deja ese espacio en blanco entre mis enemigos y mis decisiones, listo para que yo lo escriba. Realmente debía disfrutar de ese silencio característico que precede al conflicto. Hace que la venganza sea bastante más seductora.

Sin embargo, incluso una persona como yo puede llegar a impacientarse y saborear ese doble sentido.

Mucho más si pensaba en Sarah...

Me perdí el momento en que el sol rayó el horizonte al cerrar los ojos. Estaba muy cansado, pero no debía dejar que eso me afectara. Me froté las mejillas para despejarme, me encendí un cigarrillo y miré el reloj.

En Tokio ya eran las cinco de la tarde, era una buena hora para llamar. Había llegado el momento de contarle a

Sarah que no iba a verme bajar de aquel jet privado.

Saqué el móvil del bolsillo, busqué su número y lo observé durante unos minutos. No era para tanto, solo íbamos a estar unos días separados. Pero resultaba que era yo quien no estaba seguro de poder soportar la distancia.

Tomé una fuerte bocanada de aire y llamé.

Pero nadie contestó y esa ya era la sexta vez que sucedía en los últimos tres días. Fruncí el ceño y estrujé el teléfono entre mis dedos. ¿Dónde demonios estaba? ¿Por qué no contestaba?

—No deberías fumar sin antes comer algo —dijo Sofía entrando en la terraza con dos tazas de café en las manos.

Me entregó una y tomó asiento a mi lado encargándose de que pudiera ver el bonito conjunto de lencería que llevaba bajo el albornoz. Como si no lo hubiera visto ya.

—Gracias —murmuré risueño mientras negaba con la cabeza.

A Sofía le encantaba provocar. Sabía que era una belleza y que cualquiera se volvería loco por ella. De hecho más de una vez había tenido que intervenir para alejarle a alguien.

—¿Has podido dormir? —Preguntó acariciándome la nuca con un movimiento casual. Desde luego así lo era, no buscaba nada más. Compartíamos esa clase de amistad.

—Algo... —Inconscientemente hice una cuenta atrás sobre el tiempo que tardaría en darse cuenta de que le había engañado.

—Miéntele a otro, monada —espetó con descaro y yo solté un risita—. ¡Mira qué ojeras! Con lo guapo que eres, eso es imperdonable. —Tiró de la piel de mis mejillas.

Sí, nos llevábamos un año, pero ella insistía en tratarme como a un adolescente. Siempre y cuando no decidiéramos terminar en la cama...

Se quedó mirando el horizonte y dejó que permaneciéramos unos minutos en silencio. La conocía bien, me estaba dejando analizar cuánto le iba a contar. Ella era así, tenía una mente muy masculina, no exigía lo que normalmente las mujeres exigen; supongo que por eso había tenido tantos problemas con los hombres. Pero para mí ese fue uno de los factores por el que se

convirtió en una gran amiga. Sofía me dejaba ser exactamente como quería ser, sin límites.

—Tus hombres me lo contaron todo, pero me dijeron que algunas cosas me las explicarías tú. ¿Piensas hablar o tendré que sacarte la información a mordiscos? —Comentó sin dejar de mirar al frente, sabiendo que en aquella terraza podríamos hablar sin apenas restricciones.

—Te has levantado demasiado fiero... —bromeé dándole un pequeño empujón con la pierna.

—¡Ja! Lo soy, querido.

Vaya si lo era.

Cogí aire.

—Ya sabes que eres mi justificación —admití.

En cuanto descubrieran que Kathia había desaparecido se iniciaría una investigación que nos pondría a todos en el punto de mira, incluido yo mismo aunque fuera impensable y gozara de la total y absoluta confianza de Angelo. Sí resultaba que yo había pasado la noche con alguien y me encargaba de que hubiera pruebas y testigos de vista, tendría el camino despejado para concentrarme en lo que verdaderamente importaba.

—Y también que crees que la necesitas —apuntó antes de mirarme—. Pero no sé el porqué. —Ella insistía en saber qué tan peligroso era todo para que yo hubiera tenido que recurrir a ella.

Bebí de la taza y fruncí el ceño.

—Bueno, si se enteraran de que yo tengo la información del paradero de Kathia, probablemente no tardarán en matarme.

Los traidores tiene una muerte muy desagradable y yo sería visto como tal en el seno Carusso. Ningún Gabbana podría hacer nada por protegerme, a menos que se expusieran más de lo debido. Algo que no permitiría.

Sofía enmudeció y se me quedó mirando intentando disimular lo mucho que le había afectado mi rotunda sinceridad para con el tema. Ella sabía quién era y el poder que ostentaba, pero jamás esperó que mi vida corriera peligro por ello.

—Una de las cosas que más me molestan de ti es que trates estos temas de forma tan trivial —protestó—. Enrico, estás insinuando que puedes morir, joder.

—Por eso estás aquí —le recordé—. Para protegerme.

Eso ya lo sabía, pero, aun así, escucharlo de mi boca no terminó de complacerle.

—¿Crees que conmigo basta? —Cabizbaja, dudó, y no me gustó.

Recogí su cabello tras la oreja y me acerqué un poco más a ella.

—Por supuesto.

Si a alguien se le ocurría sospechar de mí, tan solo tendría que ver los vídeos para darse cuenta de lo equivocado que estaba.

Para los ojos de mis enemigos, yo me habría pasado toda la noche entre los brazos de mi amante.

—Se me hace raro que me pidas ayuda. —Nunca había sucedido, pero eso no significaba que algún día pudiera necesitarla. De hecho, ella era de las pocas personas fuera de mi círculo familiar en las que más creía.

—Siempre he confiado en ti —admití.

—Lo sé, pero... —Tragó saliva. Seguramente estaba pensando en el momento en que salvé a su hermano pequeño de una de las peores bandas radicales del país—...Nunca pareciste un hombre desprotegido. —Siquiera en ese momento lo era.

Pasé una mano por sus hombros y atraje su cuerpo hacia mí en un abrazo cariñoso y protector. Ella suspiró confortada.

—No deberías preocuparte tanto, Sofía —le pedí—. No es más que una mera precaución.

—Esa es otra cosa que me molesta de ti. —Me pellizcó el brazo—. Que le quites hierro al asunto.

Sonreí y puse los ojos en blanco.

—¿Hay algo que te guste? —Quise saber y ella hizo una mueca pícara. Supe lo que venía a continuación.

—Tú, en mi cama —confesó.

Nuestra relación había tocado aspectos sexuales en varios de nuestros encuentros, pero ninguno de los dos lo priorizaba, principalmente porque Sofía era lesbiana. Así que entenderlo como una broma era lo más adecuado.

—¿Y Lara? —Le recordé a su novia. Apenas llevaban unos meses, pero la cosa funcionaba muy bien.

—Uf, Lara... Esa chica es increíble, pero ya sabes que tengo debilidad por ti. —Cierto. Al parecer yo era el único hombre que le había despertado esa, digamos, curiosidad.

Le di un beso en la sien y volví a recordar a Sarah. Tuvo que ser bastante evidente porque Sofía enseguida percibió el cambio en mí.

—Hum..., hay algo que no me cuentas —comentó alejándose de mis brazos. Entrecerró los ojos y me escudriñó—. ¿El gran Materazzi cazado?

Era tan hábil...

Apreté los labios y asentí con la cabeza.

—Muy cazado —revelé y las pulsaciones se me dispararon.

Sofía puso los brazos en jarra sin importarle que en esa posición pudiera ver todo su cuerpo en ropa interior.

—Esta relación no marcha, Enrico. —Solté una carcajada—. ¡No me cuentas nada! ¿Quién es la afortunada que ha tenido los enormes ovarios de sacarte del mercado, cabronazo?

Me levanté y guardé las manos en los bolsillos mientras miraba la ciudad.

<<¿Qué estás haciendo ahora mismo? ¿Por qué no me coges el teléfono?>>, pensé en ella.

—La única que podía hacerlo —murmuré.

—Estás hasta las trancas. ¡Me encanta! —Exclamó Sofía empujándome.

—¡Para de una vez!

Jugueteamos y Sofía continuó parloteando, haciendo que disfrutara de ese momento tan corriente. Se me olvidó el cansancio y contuvo mis oscuras necesidades de venganza. Al menos hasta que empezó a sonar mi móvil.

—Sí...—dije al descolgar. De inmediato, mi fuero interno se convirtió en ese extraño ser cruel y siniestro que domina perfectamente todas las características del buen mentiroso.

Casi sentí placer.

—Angelo Carusso se dirige a tu habitación con un séquito de siete hombres; cuatro de ellos son de los nuestros. —Mi segundo sonaba encendido, muy complacido—. Acaban de informarle de lo sucedido. He dado luz verde.

—Bien hecho —admití—. Todo controlado aquí. Déjame el resto a mí.

Una ronca sonrisa vibró en mi oído.

—De acuerdo. Te veo en un rato.

—Perfecto. —Colgué y miré a Sofía sin saber que ya estaría desnuda bajo las sábanas. Se había deshecho de la ropa interior como lo habría hecho yo de haberme acostado con ella—. ¿Estás lista? —Le pregunté sonriente.

—Cariño, yo nací preparada —respondió ensayando una pose realmente atrayente.

Me acerqué a ella y me incliné para besarla en la frente.

—Esa es mi chica.

—Ten cuidado —susurró ella sabiendo que le guiñaría un ojo en respuesta.

Me ajusté la camisa, cogí la chaqueta de mi traje y me la coloqué justo en el momento en que escuché como se abría la puerta.

Apenas pude evitar una sonrisa torcida. Nunca había sentido la mafia recorriéndome de una forma tan poderosa. Ese momento que tanto había ansiado, había llegado.

Miré a Angelo y a todos sus hombres fingiendo sorpresa mientras ellos reparaban en la presencia de una Sofía soñolienta y desnuda en mi cama.

—¿Sucede algo, caballeros? —Pregunté.

—Kathia ha desaparecido. —El Carusso no se dio cuenta del gran gozo que me produjo su tono de voz tan desconcertado.

Kathia

Extrañamente, pude soñar. Y lo hice con él, con sus besos y con sus caricias.

Lentamente despertaba. Primero sentí el hormigueo típico de la consciencia y después el cambio de mi respiración, de lánguida a briosa. Notaba el cansancio pegándose a mi piel, haciendo que mis músculos fueran rocas. Empezaba a recapacitar, visualizando mis recuerdos con una nitidez que los dotó de un enorme realismo. Casi creí que lo estaba viviendo de nuevo: a Valentino esperándome en el altar, sus labios sellando mi vida con un beso. Sus manos desnudándome... aferrándome a él...

Hasta que Enrico se cruzó en mis pensamientos. Fue entonces cuando recordé su entrada en aquella suite y el modo en que me sacó del hotel. Después de eso, todo era silencio y quietud. Una mente completamente en blanco.

Excepto por una cosa... El aroma de Cristianno impregnado en el ambiente, adherido a mí.

Con los ojos todavía cerrados dejé que una de mis manos se aventurara bajo las sábanas en busca de algo que no me atrevía a admitir. Quizás, con un poco de suerte, me toparía con la cintura de Cristianno, pero solo encontré un hueco vacío. Y precisamente ese espacio fue lo primero que vi.

Me incorporé con torpeza y salí de la cama. No podía creer que mi fuero interno insistiera tanto en la presencia de Cristianno cuando era evidente que no estaba allí.

Con todo, súbitamente dejé de pensar en él, y contuve el aliento. De pronto el suelo tembló bajo mis pies y miré a mi alrededor preocupada dándome cuenta del entorno. No estábamos en una de las típicas habitaciones de hotel de cinco estrellas y tampoco se respiraba ese ambiente. Aquella era una alcoba pequeña en donde apenas cogía una cama y sus respectivas mesillas de noche. No

había espacio para mucho más, pero se respetaba el lujo y resultaba de lo más cómoda.

Entrecerré los ojos al tiempo en que notaba un nuevo temblor. Mis instintos se activaron de golpe. No tenía ni la menor idea de cómo había llegado hasta allí, pero estaba segura de que no tardaría en averiguarlo. Era demasiado perspicaz.

Mis pulsaciones se precipitaron un poco. Puede que a simple vista nada fuera extraño, pero había algo allí que desentonaba. Las ventanas se parecían demasiado a las de un avión, quizás un barco.

Otro temblor. Esta vez tragué saliva y dejé que mi corazón latiera acelerado. Evidentemente no estábamos en tierra firme, y sé que lo mejor hubiera sido ahorrarse las dudas e investigar fuera de allí. Pero hubo algo mucho más importante que todo eso. Me sorprendió que al intentar respirar lo consiguiera con tanta facilidad. Era como si mi cuerpo intuyera que estaba a salvo.

Saboreando aquella ambigua confianza, me acerqué a una de las ventanillas, capturé la arista de la persiana y tiré de ella. Supe que me toparía con el cielo justo antes de levantar la tela. Pero aun así liberé un jadeo. Las nubes se arremolinaban frente a mí y dejaban entrever como el horizonte mostraba los colores de un extraño atardecer. Apenas unos centímetros de acero me separaban de esa maravilla.

No sabía muy bien qué hacer o pensar. Si no me hubiera quedado dormida en el coche de Enrico, hubiera sabido dónde me encontraba. No, hacía a dónde demonios iba.

¿Atardecer?

Fruncí el ceño.

En todo caso... <<*Debería estar amaneciendo...*>>

Sentí un terrible vértigo. Supongo que se debió a la confusión, a no saber si Cristianno estaba cerca de mí. Pero hubo al igual de chocante que estar a miles de pies del suelo: el sonido del agua cayendo.

Enrico

—Convoca una reunión e informa de la situación al resto de guardias —Le pedí a Sandro conforme caminábamos por el pasillo a paso ligero.

La verdad es que no esperé tanto desconcierto. Al principio, todos los esbirros hablaban uno encima de otro. No terminaban de aclarar lo que ocurría y se perdían en incoherencias, fruto de la confusión. Lógicamente, no hacía falta que me explicaran nada porque yo mismo había sido el creador de tal caos, pero eso no podía decirlo. Por ahora.

En cuanto terminaron de informarme, todos nos precipitamos hacia los ascensores. Angelo apenas dijo nada porque sabía que yo tomaría las riendas con supremacía y no sería necesario un tiempo para pensar qué hacer, dado que no disponíamos de él. Así que tácitamente me encomendó la dirección de la investigación regalándome unas extrañas miradas de soslayo que no fui capaz de descifrar.

El destino era la suite nupcial. Kathia no estaba en el hotel, Valentino ya había despertado y los efectos de la escopolamina le habían producido exactamente la reacción que esperábamos: amnesia, trastorno y desorientación.

Todo marchaba incluso mejor de lo previsto.

—Quiero que todas las salidas estén completamente controladas —continué justo cuando Thiago se nos unió—. Que no entre ni salga nadie del hotel hasta nueva orden. Y, en caso de que alguien haya salido, traerle de vuelta, ¿entendido?

—Sí, jefe. —Respondió Sandro como hacía habitualmente, pero noté que se moría de ganas por bromear conmigo y Thiago. Le guiñé un ojo en un gesto cómplice antes de subir al ascensor y perderle de vista.

Lo que mi agente en realidad haría sería iniciar el protocolo C. Una medida que daba luz verde a la organización de mis hombres. Se les había asignado un papel y había llegado el momento de interpretarlo. Puro teatro, muy necesario y bastante eficaz, dado que a partir de entonces cualquier comportamiento, por desapercibido que fuera, podía ser el detonante de nuestra caída. No podíamos andarnos con licencias. Mucho menos cuando el ambiente de los capos parecía tan... desconfiado.

Entré en la suite de Valentino. Todo estaba como habíamos establecido. Un escenario que señalaba el típico comportamiento de una pareja de recién casados. Cada rincón era un sinónimo de sexo, diversión y alcohol. O por lo menos eso creyó Adriano Bianchi y la casi veintena de hombres que ya había allí.

—Tienes que explicarnos qué ha pasado, Valentino —dijo uno de sus guardias personales.

El Bianchi no había tenido tiempo de vestirse. Apenas llevaba una toalla en torno a la cintura. Había tomado asiento a los pies de la cama y tenía la cabeza apoyada entre las manos. De pronto se levantó, cogió el primer objeto que encontró a mano y lo lanzó contra el cristal de uno de los ventanales haciendo que este reventara casi al instante.

—¡No tengo ni puta idea, joder! —Gritó sin saber muy bien dónde mirar. Se le veía excesivamente desorientado, y muy cabreado—. ¡Quiero saber qué coño ha pasado aquí! ¡Ahora!

Aparté al esbirro y me acerqué él antes de obligarle a mirarme buscando sus ojos con severidad. Valentino puso una expresión de furia al notar mi cercanía, pero no se opuso a mi examen visual. Tenía las pupilas muy dilatadas y la esclerótica bastante enrojecida.

—Llama a científica —le dije a Thiago—. Necesitamos un examen toxicológico.

Valentino me mostró los dientes y se inclinó hacia mí. Su aliento a alcohol por poco me provoca náuseas.

—No he tomado ningún estupefaciente, Enrico —masculló y enseguida me dio un empujón con el hombro al pasar de largo.

—Eso no es lo que dice tu cuerpo, Valentino.

Sudaba, temblaba y ni siquiera era capaz de mantener la mirada fija en algún blanco, le titilaba demasiado.

—Puede que tú tengas la respuesta. —Me retó con la mirada. Nos enfrentamos en silencio. Él intentando descubrir si sus palabras habían provocado algún efecto en mí. Yo, impertérrito, notando un retorcido sentimiento de prevención que me empujaba.

Pero aquello no duró demasiado. A Angelo le interesaba mucho más saber que percepción tenía yo de la situación.

—Valentino, harás lo que se te pida —interrumpió el Carusso.

Después, mientras me incorporaba, me hizo una señal con la cabeza, dándome a entender que me apartara del grupo; necesitaba hablarme a solas y obedecí guardándome las manos el pantalón.

—Enrico... —dijo bajito—. Quiero que descubras qué demonios está pasando y quién es el causante. Encuéntrale y haz lo mismo con Kathia.

<<*Gilipollas, Kathia está muy lejos de tu alcance.*>>, pensé y habría estado genial poder decírselo, pero preferí mirarle fijamente.

—Por supuesto.

—Lo dejo en tus manos. —Quiso dar por zanjada la conversación.

—Pero... —le interrumpí— si quieres que haga mi trabajo y sobre todo consiga frutos, tendrás que permitirme que sospeche de todo el mundo.

Le reté con la mirada, solo que él no se dio cuenta y lo tomó como signo de autoridad. Aun así no le gustó en absoluto y apretó los dientes, desafiante. Mi comentario era razonable, pero eso no le ahorraba las molestias.

—Haz lo que sea necesario —espetó—. Aquí, ahora mismo, cualquiera puede ser el culpable. —Me miró de arriba abajo—. Incluso tú.

Torcí el gesto y, sin saber por qué, sonreí.

—Incluso yo. —Tardé en desviar la mirada—. Thiago, llama a Trevi. Que el equipo se encargue de recoger todas las pruebas. Yo

recopilaré la información de las cámaras de seguridad.

—Enseguida, jefe.

Ahora solo quedaba liberar la farsa. No encontrarían nada, no sabrían qué hacer. Iban a darse cuenta de que su enemigo era un maldito fantasma, invisible y soberano.

Todo ello si el plan funcionaba como estaba previsto...

10

Cristianno

Corté el agua y salí de la ducha dando tumbos como un gilipollas. No me había calmado. De hecho, y siendo asquerosamente sincero, estaba tan preocupado por la reacción que tendría al encontrarme de nuevo con Kathia que apenas podía pensar en otra cosa. Bueno, en nada más siempre y cuando no tuviera en cuenta el persistente hormigueo en mi pelvis.

Apoyé los brazos en la encimera del lavabo y me miré al espejo. Gotas de agua resbalaban de los mechones de pelo y caían en mis mejillas enrojecidas; estaban bastante frías, pero me dio igual porque mi concentración se fue a la intensidad que había adquirido el azul de mis ojos. Me sorprendió lo ardiente que parecía.

Liberé un profundo jadeo y comencé a secarme con la toalla. Llegados a ese punto podía parecer el típico perverso que solo piensa en meterla. Pero no era una simple excitación. Iba mucho más allá. Supongo que lo que mi cuerpo necesitaba era unirse a Kathia de todas las formas posibles para asegurarse de aquella realidad y pasar de los idealismos.

Pero había algo más, mucho más importante. Nuestro actual entorno iba a convertirse en el perfecto alimento para las dudas de Kathia en cuanto despertara. En el pasado, ya le había ocultado cosas y respondió con un justificado rechazo y enfado, dado que había fingido mi muerte y permitido que me llorara. Pero incluso

ahora seguía ajena a varios factores tan importantes como el hecho de no haber muerto en aquella casa en ruinas.

Era a eso a lo que debía enfrentarme.

Me coloqué la ropa interior, los pantalones a medio abrochar y la camisa desabotonada y me acerqué a la puerta. Dudé cuando mis dedos tocaron la cerradura. Solo tenía que arrastrar aquel pedazo de madera y salir, no era en absoluto una maniobra complicada, joder.

Me lancé. La oscuridad, el silencio y el calor me abofetearon.

Cogí aire y me adentré un poco más en la habitación advirtiéndole que la cama estaba vacía. Me inquietó bastante que no estuviera allí, pero enseguida me topé con ella. Estaba apoyada en el fingido alfeizar de la ventana y curioseaba el exterior a través del filo de la cortina, seguramente matando el tiempo mientras me esperaba.

Se me contrajo el vientre y el hormigueo se hizo más poderoso al observar sus piernas encogidas. En esa posición, la forma de sus muslos era impresionante.

Pensé que, si la miraba un poco más antes de alertar mi presencia, no sería tan malo. Kathia no sabía que la observaba, ni que casi podía escuchar el caos de sus pensamientos.

De pronto suspiró y, todas las suposiciones que hubiera podido hacer sobre su reacción, se perdieron tras sus ojos, más plateados que nunca.

Nos miramos como si no lo hubiéramos hecho en mucho tiempo.

No, no... Nos devoramos en silencio.

Ella me estudió, luchando por no dejarse llevar por las emociones que le despertaba mi cuerpo húmedo y a medio vestir. Y yo la observé dosificando mis tremendas ganas de ir hasta ella y atrapar su boca con la mía.

Kathia se dio cuenta de mis deseos y cerró los ojos dándome la impresión de que se le escapaba el control. Esa corta distancia que nos separaba acumulaba todas nuestras pretensiones por tocarnos.

Kathia

Había decidido esperarle tragándome la inquietud que me producía saber que solo nos separaba una maldita puerta. Pero, por momentos, me había costado muchísimo no entrar en aquel baño y observarle desnudo bajo el agua; de haberse dado ese momento, quizás me habría duchado con él. Había notado como esa necesidad se me pegaba a la piel y me empujaba.

Aun así lo sobrellevé porque realmente había cosas mucho más importantes que atender, por encima de mi absorbente deseo por Cristianno.

Me convencí de que resistiría, incluso cuando le tuviera delante; que sometería ese imperialismo que desprendía su presencia y antepondría las exigencias de mi fuero interno. Pero, en ese concreto instante en que su mirada me engulló, no creí que mis instintos adquirirían voluntad propia. No creí que sería tan extraordinario verle. Toda la basura que habíamos experimentado se evaporó en cuanto le vi allí plantado, a solo unos pocos metros de mí.

Temblé y esta vez no fue por las turbulencias, si no por Cristianno y su implacable mirada. Esa forma de mirarme tan urgente y ardiente, su poderosa apariencia, hizo que todas las preguntas que tenía que hacerle ya no tuvieran importancia. Todas mis ambiciones se reducían a estar con él. ¿Qué más daba todo si le tenía? ¿Qué más daba a dónde me llevara?

Alimenté mi necesidad de él y le devoré en silencio sin importarme lo que estuviera pasando por su cabeza. Quizás, después de ese instante, todo se rompería en pedazos, pero en lo único que fui capaz de pensar fue en tumbarnos en la cama y sentirle entrando y saliendo de mi cuerpo. Olvidar el tiempo y sus causas. La verdad es que ni siquiera pude imaginar un centímetro de distancia entre nosotros.

Cristianno aceptó mi mirada y lo que esta seguramente le estaba provocando. Permitted que ese espacio que nos separaba nos abrasara, y suspiré desviando la atención de sus ojos. Me fijé en el modo en que la camisa se le acomodaba a los hombros, la forma en que la tela acentuaba las líneas de su maravilloso torso, la manera en que el pantalón colgaba sensual de su cadera.

Lentamente enloquecía, y Cristianno lo sabía, por eso se mordió el labio de aquella manera.

Después agachó la cabeza y empezó a moverse.

—¿No... preguntas? —Titubeó, pero supe que no era por timidez, sino por el estímulo.

Cristianno no quería obedecer a las imposiciones de sus deseos hasta saber cómo me sentía. Él siempre actuando en esa línea entre el erotismo y la delicadeza... Esa línea que solo me había mostrado a mí.

—No sé por dónde empezar... —admití en un susurro sabiendo que eso le detendría y volvería a mirarme.

Me pareció ver una sonrisa en sus labios, pero fue muy débil. Supongo que no quería mostrarme lo intimidado que le tenía mi reacción. Y ciertamente quería exigirle una explicación, pero una parte de mí lo impedía y tampoco sabía muy bien qué preguntar primero.

Ahora era yo la que agachaba la cabeza.

—Podría enfadarme contigo —siseé mientras tocaba el suelo con los pies—, pero cuando te miro... —Callé y Cristianno se acercó lentamente a mí.

—Cuando me miras...

Dejó que su aliento resbalara por mi mejilla y me estremeciera, obligándome a apoyarme en el alfeizar.

—Soy incapaz de reprocharte nada.

Cristianno torció el gesto y se humedeció los labios mientras yo notaba como su pecho poco a poco se acercaba al mío. Si continuaba por ese camino sería incapaz de seguir hablando.

—Porque sabes que jamás haría algo que pudiera ponerte en peligro —jadeó y mi excitación se elevó a lo más alto.

Lo que acababa de decir era incuestionable, pero aun así seguía pareciéndome indescifrable. No lo sabía todo de él y eso hacía que mis recuerdos y sentido común estuvieran en confrontación. Deseaba una cosa y necesitaba otra.

—¿Qué tienes que contarme, Cristianno? —Le clavé una mirada impetuosa, en todos los sentidos.

—¿Qué quieres saber? —Si no hubiera murmurado, tal vez no me lo habría puesto tan difícil. Su boca estaba volviéndome loca. Su cercanía lentamente me desesperaba.

—¿Qué hora es? —No era mala idea empezar por preguntas sencillas. Eso, quizás, me daría valor.

Sentí un cosquilleo en las mejillas al ver como resoplaba una sonrisa.

—Son las 19:42 p.m. hora local.

¿Cómo? Fruncí el ceño.

—¿Local?

Se quedó muy quieto, sus pupilas completamente inmóviles. Y después tragó saliva.

—Supongo que hemos terminado de sobrevolar Corea.

¡¿Corea?! Sentí como se me descolgaba la mandíbula y me quedé mirándole como si se tratara de un fantasma. Notaba como la sangre me bombeaba desquiciada en las venas.

—¿Cuánto llevo en este avión?

—Once horas.

—Dios mío... —Me llevé las manos a la cabeza.

Casarme con Valentino Bianchi para después despertar en la habitación de un jet privado aparentemente sola ya era extraño. Pero ¿sobrevolar Corea? Miré al techo. El corazón me latía a toda prisa y notaba una extraña sensación hormigueante bajo mi piel.

De repente le miré. No sé muy bien lo que quise expresar con esa mirada, pero desde luego Cristianno comprendió todo mi desconcierto y fue lo suficientemente comprensivo como para

menguar la tensión sexual que habitaba entre los dos. Solo un poco...

—¿Adónde me llevas? —Le exigí.

—Tú misma elegiste ese destino, Kathia. —Su voz, más y más cerca de mí—. Yo solo cumplo tus deseos.

Supongo que en otra situación le habría entendido mejor, pero en ese instante no sabía ni qué pensar. Fruncí el ceño e imaginé que le mandaba a la mierda empujándole hacia la cama. Se suponía que era una reacción de enfado, pero terminó siendo mucho más. Por suerte ese pensamiento no pasó de ahí y pude controlarme. No debía mezclar las cosas, no tenía sentido.

—Pero hay más... ¿verdad? —Indagué, aunque ya sabía la respuesta.

—Solo un poco más.

Apreté los dientes. Habría dado cualquier cosa por destripar sus secretos.

—Y eso es lo que no vas a contarme.

—Prefiero que lo experimentes a que yo mismo lo explique.

Cristianno era una persona objetiva, demasiado quizás. No se andaba con rodeos a menos que sus reservas fueran lo suficientemente despiadadas. Lo que me indicó que quizás si me lo contaba no terminaría de creerle. Porque cabía la posibilidad de que fuera demasiado inverosímil. O tal vez yo había perdido la cabeza y estaba empezando a divagar gilipolleces.

Entrecerró los ojos e indagó en los míos. Supe que no tardaría en dar con mis conjeturas. Cristianno sabía leerme muy bien. De hecho, su mirada me dijo cuan acertada había estado al pensar aquello.

—Te dije que confiaras en mí, que no permitiría que nadie te hiciera daño, incluido yo —Casi masculló al referirse a sí mismo.

De repente mi mente aparcó todas las dudas y se concentró en un solo objetivo. No quería que creyera que dudaba de él porque esa no era la verdad. No debíamos confundir las ganas de saber con la desconfianza.

Esa vez me acerqué yo y lo hice hasta que su cuerpo quedó completamente pegado al mío. A Cristianno no le intimidaron mis movimientos, ni el modo en que mis dedos acariciaron su vientre.

—¿Has pensado que tal vez solo me basta con estar a tu lado?
—Le susurré en los labios.

Cristianno resopló excitado al tiempo en que sus dedos acariciaban mi espalda. Con tremenda lentitud, se acercó a mi cuello y rozó mi piel con sus labios. Cerré los ojos y liberé un jadeo perdiéndome en la sensación tan placentera que me regalaron sus caricias deslizándose hacia mis caderas. Introdujo una de sus manos bajo la tela del pantalón, mostrándome el calor que albergaba su contacto.

Se me contrajo el vientre al notar la fricción de sus yemas volviendo a ascender por mi espalda mientras tiraba del jersey hasta quitármelo. Estaba desnudándome de forma erótica y sensitiva. Y me sentí culpable por desearle tan fuertemente en una situación como aquella. La tensión sexual lentamente se apoderaba de mí. Mi respiración se descontrolaba, todos mis sentidos estaban puestos en Cristianno.

Me dio la vuelta, apoyando su pecho sobre mi espalda, y tuve un escalofrío al notar su endurecida vigorosidad presionando ligeramente mis nalgas. Me enloquecía. Le quería dentro, embistiéndome con fuerza.

—¿Quieres volverme loca? —Jadeé inclinando la cabeza hacia atrás. Terminó apoyada en su hombro.

—Parece ser que lo estoy consiguiendo. —Susurró acercando sus labios a la comisura de los míos a la vez que envolvía mi pecho desnudo con sus manos.

—Confías demasiado en ti mismo.

—¿Tanto se me nota? —Susurró algo agitado. Él estaba sintiendo la misma locura que yo. Las yemas de sus dedos se hicieron más fuertes sobre mi piel.

Inesperadamente se acuclilló en el suelo haciéndose con la cinturilla de mi pantalón. Deslizó la tela por mis piernas y yo

lentamente, me di la vuelta. Le observé arrodillado ante mí mientras sus manos luchaban por no desprenderme de la única prenda que me cubría. Besó mi vientre, se apoyó en él unos segundos y después clavó sus ojos azules en los míos dejándome sin aliento.

—Lo siento...

Fruncí el ceño.

—¿Por qué? —Pregunté confusa. Su mirada lentamente se hacía más oscura y peligrosa. Por un instante creí que me ahogaría en él.

Volví a tragar saliva, empezaba a notar una ligera presión en el estómago.

—Por ser algo rudo... —Su voz sonó ronca, y feroz—... Por no poder controlarme. —Sus dedos se clavaron en mis muslos. Ese ligero quemazón que me produjeron encendió mis deseos más ocultos.

—Rudo —siseé empezando a comprender a qué se refería.

—Así es... —jadeó él. Esa vez sus pupilas me recordaron a los de un depredador justo antes de cazar a su presa.

Súbitamente se levantó y consumió mi expectación con su boca. Noté como sus manos rodeaban mi cuello y se tocaban en mi nuca ejerciendo una fuerza que me empujaba aún más a él, a sus labios, a su lengua. Todo su cuerpo bloqueó el mío, me arrinconó con desesperación contra la pared y no le importó que soltara un quejido al notar la fuerza con la que me acorraló, porque Cristianno lo ahogó con un beso frenético. Y me lanzó por un precipicio de descontrol e irracionalidad.

A esto se refería cuando se disculpó, a este tipo de rudeza y a la que vendría a continuación. No había podido resistirse más, mucho menos teniéndome casi desnuda frente a él. Cristianno era ardiente, muy vigoroso. No tenía lógica que soportara la excitación. Y yo no quería que lo hiciera. Una parte de mí siempre había deseado disfrutarle salvaje y desinhibido y supe que al fin le tendría de aquella manera.

Enredó los dedos entre mi cabello, tiró con sutileza de él obligándome a inclinar la cabeza hacia atrás e inició un recorrido de besos y pequeños mordiscos por mi cuello mientras su otra mano resbalaba por mi vientre. Capturó con fuerza el filo de mis braguitas. Aunque, poco a poco, perdía la razón, supe lo que se preponía.

Noté el ligero crujido de la tela antes de recibir el brusco empujón de su pelvis contra la mía. Después, aquella insignificante prenda caía desgarrada al suelo. Gemí mucho más agudo de lo que esperaba porque me había dejado completamente expuesta y porque saberlo me produjo más placer del imaginado.

No tardó en acercar sus dedos al centro de mi cuerpo. Pero fue astuto, sabía que no podría controlar mis gemidos con lo que iba a hacerme. Así que se detuvo, me miró y cubrió mi boca con la mano que le quedaba libre. Fue entonces cuando, sin apartar sus ojos de los míos, introdujo un dedo en mi interior. Me retorcí de placer, no solo por aquella caricia, sino por el calor que me produjo su ardiente mirada y a la forma en que me penetraba.

Cristianno sabía que era el dueño de aquel momento, que podía hacer lo que deseara y que yo respondería a esos deseos en exceso complacida. Me invitaba a la locura. Jamás había estado tan a su merced como esa vez. Jamás le había visto enloquecer de aquella manera.

—Cristianno... —jadeé en la palma de su mano.

—¿Qué? —Dijo pero no dejó ni un instante de hacer presión con sus dedos—. Dime, Kathia... —Su voz y sus caricias hicieron que me retorciera de satisfacción.

Apartó la mano y volvió a besarme.

Esa desesperante necesidad de tenerle creció entre mis piernas al tiempo en que él se desabrochaba el cinturón. Alejó sus caricias de mí y me dio la vuelta antes de aferrarse a mis caderas. Apoyé los brazos en la pared y abrí un poco más las piernas.

—Dímelo... —Lamió el lóbulo de mi oreja provocando que inclinara la cabeza hacia atrás y mi cintura se retorciera—...

¿Necesitas esto? —jadeó. Le sentí peligrosamente cerca... Jugó con la sensación. Porque quería que volviera loca.

Esa expectación terminó logrando lo que Cristianno quería: que cuando entrara en mí no fuera capaz de pensar en otra cosa que no fuera su miembro invadiendo mi interior con supremacía.

—Sí... —dije sin aliento. Cristianno rodeó mi cuello y se acercó un poco más.

—Dilo. —Imperativo.

Me mordí el labio y le miré de soslayo.

—Te necesito. Dentro. Ahora.

Me embistió con rudeza. Una y otra vez, rápido y lento... Más y más húmedo... Escuchaba sus jadeos y su aliento precipitado al recorrer mi espalda con su boca. Acarició mi pecho y mis caderas y me obligó a besarle. Tenerle entrando y saliendo de mi cuerpo de aquella manera mientras me miraba a los ojos entre beso y beso me envió al clímax de un modo violento. Aquel fervor me llenaba, me trastornaba y no podía evitar pedirle más. Apenas fui capaz de mantenerme en pie, pero Cristianno me sostenía. Y me volvía a empujar al delirio mientras sus jadeos me nombraban y los míos le seguían.

11

Cristianno

Podría haberme pasado el resto de mi vida haciéndole el amor de aquella manera. Pero necesité más. Y era ambiguo que lo necesitara de todas las formas existentes.

La embestí con fuerza una vez más mientras me quitaba la camisa. Kathia volvió a gemir y tembló cuando salí de ella y le di la vuelta. Me lancé a su boca. Probablemente no esperaba una respuesta como esa, pero me dio igual. Me lo había puesto tan difícil...

La besé contradiciendo mis ganas de hacerlo lentamente y saborear el momento. Sus labios me dieron una ansiosa bienvenida mientras mi lengua se enroscaba ansiosa a la suya. Conocía su boca, sabía qué movimientos necesitaba hacer para volverla loca, pero esa vez yo perdí la cabeza mucho antes que ella. Fui puro pasto del deseo y la codicia.

Rodeé su torso provocando que su pecho quedara completamente atrapado por el mío. Kathia se aferró con fuerza a mi cuello emitiendo un excitante resuello. Un segundo más tarde deslicé las manos por sus caderas y la levanté del suelo. Ella enseguida comprendió lo que quería y enroscó las piernas a mi cintura mientras la llevaba a la cama. Nos lancé sobre el colchón sin importarme nada más que el hecho de estar entre sus muslos. Sentía como mi pelvis se endurecía un poco más por la presión de

la suya y como ese calor me azotaba en las piernas llegando incluso a creer que me paralizaría.

Me alejé de sus labios y resbalé por su barbilla, hacia la clavícula, mientras mis dedos buscaban su pecho. Kathia arqueó la espalda para dejarme más espacio y me permitió levantar la camisa. En apenas un instante perdí el control y capturé uno de sus senos con mi boca.

La sensación que le siguió al gesto me enloqueció. Kathia jadeaba de placer al tiempo en que mi corazón se desbocaba. Su piel me exigía y no le importaba que estuviera siendo rudo. Quería más, así que abandoné su pecho y deslicé mi lengua por su vientre. Me incorporé sobre las rodillas, terminé de desnudarme y me quedé observándola fijamente mientras su torso se encorbaba con la entrada del aire en sus pulmones.

Apreté los dientes. La incontinencia había estado a punto de hacer que me perdiera aquel momento. Si lo hacía aprisa y obedeciendo a mis necesidades más salvajes, sabía que no lograría saciarme del todo. No quería que ese momento fuera a quemarropa.

Así que me contuve y decidí equilibrar las sensaciones y el hambre que tenía de ella.

Acerqué un dedo a sus labios. Sin apartar la vista ni instante de la mía, Kathia lo lamió y después suspiró al notar como ese mismo dedo, ahora húmedo, resbalaba por su escote. Seguí la línea hacía su ombligo, deteniéndome en el centro húmedo y ardiente de su cuerpo. Kathia abrió un poco más las piernas y me miró con fijeza sabiendo que mi boca estaba muy cerca de ella. Esa química que desprendía cada uno de nuestros movimientos casi parecía surrealista. Había deseado mil veces no ser Kathia y Cristianno. Sin embargo no serlo nos habría robado sentir ese fuerte deseo desgarrador. Estábamos demasiado conectados.

Coloqué las manos sobre la almohada, dejando su rostro entre medias, y flexioné los brazos para regresar a su boca de nuevo. Esa parsimonia con la que sus labios se aferraron a los míos hizo que tuviera un escalofrío que aumentó en cuanto mi pelvis se apoyó en

la suya. Justo en aquella zona, la excitación se desbordaba, nos reclamaba. Y me acerqué al balcón de su cuerpo.

—No sabes lo mucho que necesitaba tocarte de esta manera —suspiró y después dejó que la punta de su lengua rozara mi labio inferior.

Poco a poco me introduje de nuevo en ella. La humedad me estremeció. Su interior me absorbió con firmeza, oprimiendo mi miembro hasta el punto de hacerme rozar el clímax con las yemas de mis dedos. Y me contuve, apretando los dientes y reprimiendo la respiración porque quería compartir el orgasmo con ella. Hice presión en su cintura con la mía al tiempo en que la besaba y engullía uno de sus gemidos.

—Pienso llegar hasta el final... Lo sabes, ¿verdad? —jadeé al tiempo en que ella sacudía las caderas. Me quería mucho más adentro.

—Sí...

—¿Y lo quieres? —Tartamudeé.

—Quiero todo de ti —me susurró al oído—. Todo...

—E incluso más, mi amor...

La embestí de nuevo, suavemente. Entrando y saliendo de un modo en que pudiera sentirme con total plenitud, al completo. Kathia encorvó la espalda, se retorció de placer mientras sus uñas se clavaban en mis glúteos e incrementaban la presión.

Siempre habíamos hecho el amor, pero jamás pudimos disfrutar de un sexo tan cargado de erotismo y dureza. Nos fusionamos, fuimos uno en todos los sentidos.

Kathia

Apoyé mi cabeza en el pecho de Cristianno mientras él acariciaba mi hombro y acompasaba su respiración a la mía. Nuestros cuerpos desnudos, sin barreras, enredados y completamente pegados. El esplendor de nuestras emociones

lentamente volviendo a la normalidad después de haber alcanzado una y otra vez orgasmos profundos y descontrolados.

Esa forma que tuvimos de hacer el amor, intensa y desmedida, sin reservas ni barreras, compensó con creces cada uno de los minutos que habíamos pasado separados. Durante ese momento no creí en nada que no fuera aquello.

—¿Estás bien? —Susurró Cristianno, acariciándome el cabello.

Le miré y fruncí el ceño.

—¿Acaso aparento lo contrario? —Ambos sonreímos mientras me acercaba a su boca y la besaba una vez más. Ese gesto hizo que mi cintura prácticamente quedara sobre la suya. Noté como el centro de su cuerpo se agitaba.

—Por un momento creí que me había excedido —confesó él acariciando mis caderas.

—Eso no ha sido exceso, Cristianno. —Había sido pasión en estado puro. El deseo más profundo. Ciertamente, había sido brusco, pero yo se lo había exigido. Ese había sido nuestro momento y lo habíamos vivido como deseábamos.

—Me encanta cuando me nombras de esa manera —gimió repasando el arco de mi espalda. Tuve un escalofrío cuando rozó mi pecho.

Me quedé mirándole, venerando aquella mirada suya, ahora de un azul que hasta dolía.

—Cristianno. —Siseé su nombre. Esa vez con toda la intención de enloquecerlo.

Él soltó una carcajada.

—Eres una bruja —bromeó antes de besarme.

Cristianno

Kathia no se dio cuenta de que había abierto las piernas y se había colocado a horcajadas sobre mi pelvis desnuda. Notaba el

calor que desprendía aquella parte de su cuerpo y el deseo por repetir de nuevo lo que habíamos hecho.

Así que me incorporé y la acomodé sobre mi regazo, de sobra preparado para el siguiente nivel. Pero recordé toda la ingente cantidad de insultos que sabía cuando de pronto escuchamos el crujido de un altavoz. Le siguió la melodía típica de apenas un par de notas que indicaba la advertencia de los pilotos. Supe que habíamos llegado a Tokio un instante antes de que hablara.

—Al habla el comandante.

—Qué oportuno, joder... —Resoplé escondiéndome en el cuello de Kathia. Ella contuvo una sonrisilla excitada.

—Le informamos que estamos a punto de aterrizar en el aeropuerto internacional de Haneda. —Su cuerpo se contrajo—. Les rogamos tomen asiento en sus butacas y abrochen sus cinturones. Efectuaremos el descenso en veinte minutos. Gracias.

Genial. Kathia era un lince, sabía perfectamente a qué país pertenecía aquel aeropuerto. No sería de extrañar que al mirarla me encontrara con un ceño fruncido y una mirada suspicaz.

—¿Cristianno? —Habló tímida y un tanto insegura. Fue bastante inesperado—. ¿Qué hacemos en Japón?

Volví a suspirar, cabizbajo. Ahora toda mi efervescencia se había mezclado que con algo de la incertidumbre que había arrastrado la voz de Kathia al preguntar. La miré de reojo, ella me observaba indecisa. Desde luego no sospechaba absolutamente nada y era de esperar. Habían pasado demasiadas cosas desde que hicimos aquella promesa.

Tragó saliva dejando que su alborotado largo cabello enfatizara la mirada que me estaba regalando. Si todo salía bien, iba a pasar el resto de mi vida con ella. Acaricié su rostro.

—Se nos ha acabado ese té verde que tanto te gusta —comenté y ella enseguida hizo una preciosa mueca y me empujó.

—No te burles de mí.

—No lo hago...—sonreí.

Y entonces ella agachó la cabeza, enroscó mi muñeca con sus dedos fríos y besó la palma de mi mano.

—Dímelo... —jadeó sabiendo que la miraba completamente fascinado.

—Ya te lo he dicho antes: solo cumplo tus deseos —susurré—. ¿Tan mala memoria tienes? —Le di un corto y suave beso en los labios.

—Tú tampoco me lo pones muy fácil que digamos —dijo aún con mi boca sobre la suya.

—Puede...

Nos vestimos, después llevé a Kathia al salón, tomamos asiento y nos abrochamos los cinturones. Aterrizamos en Tokio con las manos entrelazadas.

12

Enrico

Cuando me convertí en comisario del distrito de Trevi, Silvano me dijo que, a partir de ese momento, mi trabajo consistiría en simplificar las cosas. A priori supuso un consejo demasiado impreciso, pero no necesité de mucho tiempo para entender lo que quiso decirme. Y, desde entonces, mi rendimiento, a la hora de llevar a cabo cualquier tipo de operación, superó las expectativas.

Simplificar.

Obtener resultados en el menor tiempo posible.

No solo era una orden de Angelo, sino también una necesidad básica para nuestros planes. Aunque no sería algo que tuviera que idear en poco tiempo. Esta parte de nuestro objetivo llevaba semanas preparada. Así que no me costó nada organizarlo todo. Debía resolver una investigación que nos llevaría semanas en apenas unos días. Mejor dicho, debía fingir que resolvía una investigación.

Había seleccionado a más de un centenar de inspectores y psicólogos forenses cualificados para un interrogatorio de entre todas las comisarías de la ciudad; su desconocimiento sobre la realidad de todo aquello haría que el proceso fuera incluso más real. Después había distribuido a todos los invitados alojados en el hotel en grupos de horario de llegada al recinto con el fin de minimizar la carga de trabajo y obtener resultados de inmediato.

Habíamos organizado las evidencias para que pareciera que Kathia había desaparecido en torno a las cuatro de la madrugada. Por tanto eso facilitaba en gran medida la distribución de grupos.

En apenas tres horas, mis agentes descartaron a más de doscientos invitados como posibles culpables, demostrando coartadas bastante sólidas, y los desalojamos del hotel.

Sí, lo sabía. El culpable no estaba entre ninguno de ellos, pero debía fingir y eso se me daba extraordinariamente bien. Hasta el momento.

No había nadie en el aparcamiento cuando abrí la puerta de un sencillo Ford que había junto a una columna. De haber sido visto no habría tenido ningún tipo de problema dado que yo era el jefe de la investigación y no tenía por qué dar explicaciones sobre mis movimientos. Pero preferí ser prudente y salir sin ser visto. Mucho más si tenía en cuenta con quien iba a reunirme.

Silvano me había enviado un mensaje encriptado. Señal de que debía ir hasta él de inmediato. Lo que me puso bastante nervioso porque no se había establecido ningún tipo de contacto durante el proceso, en caso de que todo marchara como lo teníamos previsto.

Algo no debía estar funcionando.

Fui menguando la marcha conforme me acercaba a mi destino. Silvano había elegido un pequeño aparcamiento junto a las vías de tren que había tras unos edificios en la Via Prenestina. Era un lugar tranquilo, donde un vehículo tan sencillo como el que llevaba no levantaría sospecha.

Él ya esperaba allí, dentro de un vehículo negro acompañado de Emilio, su jefe de seguridad. Salió del interior y comenzó a caminar hacia mi coche, sabía bien cuál era el procedimiento. Segundos más tarde tomó asiento junto a mí.

No nos miramos, no parecía que ninguno de los dos tuviera intención de hacerlo. Silvano respiraba tranquilo, pero mostraba la tensión en sus manos.

Suspiré y me ajusté las gafas de sol mientras inspeccionaba la zona.

—Que tú le des tantos rodeos a lo que vas a decirme no es buen indicador, Silvano —admití comenzando a ponerme más tenso de lo que ya estaba.

El Gabbana me miró y frunció los labios. Iba a hablar y me preparé para cualquier respuesta.

—Alessio lleva dos días en paradero desconocido —dijo con voz ronca—. Ha deshabilitado su número de teléfono. Es imposible localizarle.

Tragué saliva e intenté controlar el extraño frío que me recorrió las piernas. Que uno de los nuestros estuviera en esa situación alertaba, pero lo hacía aún más el hecho de que Silvano no pareciera impresionado.

—Sin embargo no es algo que te sorprenda. ¿Por qué? —Quise saber, quitándome las gafas y mirándole de frente.

—Intuición.

—Esa es una respuesta demasiado mística. Es evidente que sospechabas algo...

—No lo sé —Me interrumpió—. No tengo ni la menor idea. Soy un hombre adulto, Enrico. He visto de todo. —Casi pude ver sus recuerdos delante de mis narices—. He confiado y dudado. Es de sobra natural que mis instintos me alerten. Simplemente intuyo. —Sí, era razonable que un hombre como él creyeran en sus corazonadas, porque nunca fallaban y porque a mí me sucedía lo mismo. Le entendía. Por eso no pude refutarle, y apreté el volante con fuerza.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —Una queja.

—Es mi hermano, Enrico. —Lo dijo agotado, cansado de tanta farsa y porquería—. Es difícil ponerte en contra de tu propia familia.

Lo era, hasta que nos traicionaban. Ahí estaba la diferencia entre un hombre leal y otro miserable.

—Cuéntame más —suspiré—. Si Alessio está desaparecido, no es de extrañar que esté preparando una respuesta. Y esa respuesta debe estar fomentada por algo, aunque sea una gilipollez. Háblame, Silvano. Le conoces mejor que nadie.

Dudó y, aunque lo noté muy vagamente, ese gesto tan disimulado no pudo escapar a mis ojos. Silvano sabía cosas, cosas que jamás había contado. Algo que podía cambiar el curso de todo.

—Hace años Patrizia tuvo una aventura —confesó dejándome completamente desmarcado. Fruncí el ceño—. Con Fabio. —Y me quedé sin aliento—. No sé si Alessio es consciente de ello o no.

Me mordí el labio y me quedé concentrado en un punto que ni siquiera fui capaz de asimilar.

—¿Por qué no iba a saberlo? —Casi gruñí.

—Ni siquiera tú lo sabías —espetó Silvano, dándome a entender que, si esa información había escapado de mis manos, a Alessio no era extraño que le sucediera lo mismo. Aun así, me pareció que Silvano debería haberlo tenido presente, debería haberlo contado—. No es una información que pareciera transcendental —añadió al darse cuenta de mis pensamientos.

—Cualquier cosa lo es, Silvano. Incluso después de tanto tiempo. —Pero ¿Quién podía esperarse que Alessio pudiera ser uno de los dispuestos a traicionarnos?

Silvano se pellizcó el puente de la nariz y después se frotó la cara.

—Tengo Prima Porta preparada.

<<*El protocolo de evacuación inminente.*>> El mismo del que me había informado hacía apenas unos días.

—De acuerdo. Evitaremos que los chicos se enteren. —No quería que su estancia en Japón se viera alterada. Lo solucionaríamos nosotros—. Procura estar preparado para un posible traslado.

—También reubicaré a mi esposa. —Por si no había sido suficiente, aquella confesión terminó por alertar todos mis instintos. Silvano no era extremista, y sin embargo allí estaba, reorganizándolo todo con el temor de perder.

Asentí con la cabeza.

Para mí, la conversación había llegado a su fin. Creí que Silvano se bajaría del coche y regresaría junto a Emilio al edificio Gabbana a

esperar nuevas. Pero no se movió y se me quedó mirando como si aquella fuera la última vez que pudiera verme.

—Enrico... —murmuró fraternal. Demasiado quizás.

—¿Qué? —Gemí rozando la adoración por aquel hombre.

—No sabemos a qué nos enfrentamos.

—No me pasará nada. —Le interrumpí. No estaba dispuesto a que me hablara disfrazando una posible despedida entre nosotros.

—Eso mismo decía Fabio. —Joder...—. No creo que deba ser más concreto. —No, no era necesario.

Agarré una de sus manos.

—Tendré cuidado. Sabes que protegeré a esta familia cueste lo que cueste.

—Es por eso que temo. No te arriesgues más de lo necesario.

Pero que Silvano Gabbana me dijera aquello, no me libraba de sentir algo de miedo. Era un hombre fuerte, resistente, pero hombre al fin y al cabo. Y padecía las mismas emociones y debilidades que cualquier otro.

No quería que llegados a ese punto tuviera que despedirme de mi familia.

Estábamos muy cerca del final.

Kathia

A la par que el avión descendía, mis pensamientos evocaban una caída imperiosa y agresiva; de esas en las que se duda si uno podrá volver a levantarse. Me inquietó tanto que apenas fui capaz de contener los escalofríos que me produjo. Algo se avecinaba, podía sentirlo.

Miré a Cristianno y después me fijé en el modo en que sus dedos se aferraban a los míos, cálidos y posesivos. Era estúpido pensar que podía caer si aquella mano me sujetaba de esa manera.

Tragué saliva y me concentré en el tacto de su piel cerrando los ojos. Supongo que él no sabía que en ese preciso instante tenía un

poco de miedo. Pero si era consciente, no me lo diría. De ese modo le habría regalado más espacio a esa perturbadora emoción.

Apreté los dientes cuando las ruedas rallaron el asfalto. Todo tembló, pero aun así fue un aterrizaje limpio y elegante. Cuando abrí los ojos me topé con la mirada atenta de Cristianno. No me hablaría porque sabía que no sería capaz de escucharle. Pero si podría sentirle, por eso apretó un poco más mis dedos mientras me desabrochaba el cinturón con la mano que le quedaba libre. Después me instó a levantarme entregándome una mirada que se me clavó en el pecho. Fui incapaz de pensar en otra más que en sus ojos, al menos hasta que llegamos a la puerta.

Comenzó a bajar emitiendo un sonido mecánico que terminó de disparar los latidos de mi corazón. Repentinamente lo noté palpitándome en la lengua y constriñendo mi garganta.

Creí que los nervios se aplacarían en cuanto tocáramos tierra dado que estaba demasiado influenciada por mi repelús a las alturas, pero no fue así. Ahora incluso me sentía mucho más inquieta.

—No me sueltes... —No sé por qué lo dije, pero, con su cercanía, Cristianno evitó que le diera vueltas al asunto.

—Ya deberías saber que eso jamás pasará —me susurró dejando que su aliento resbalara por mi nuca.

Respiré hondo. Por un segundo todo mi cuerpo quedó a meced de esas palabras. Me poseyeron.

Hasta que tras la puerta apareció una enorme explanada bañada por la noche tokiota y la iluminación de los edificios que la rodeaban. Podría haber captado más detalles, como la buena observadora que era, pero el frío no tardó en azotarme. Era húmedo y penetrante y apenas me dejó controlarlo.

Aun así lo vi. Un helicóptero. Inconscientemente di un paso hacia atrás topándome con el pecho de Cristianno. Él colocó las manos sobre mis hombros dejando que la yema de sus dedos acariciara mi yugular.

No tenía nada que temer.

Absolutamente nada que temer.

Y aunque seguía sin comprender bien que hacíamos allí, supuse que tenía un gran sentido para Cristianno. Incluso más grande que mi profundo deseo por visitar el país nipón.

Gradualmente todos mis sentidos se encendieron. Fui capaz de analizar el escenario mucho mejor que hacía unos minutos. Haneda, aunque estaba calificado como un aeropuerto internacional, en realidad no recibía con normalidad esa clase de vuelos; eso le correspondía a Narita, a unos cien kilómetros de allí aproximadamente. Por tanto aquello se trataba de una pista privada que habían alquilado para que pudiéramos aterrizar directamente en Tokio. Lo supe porque el edificio que teníamos enfrente pertenecía a la parte trasera de la terminal principal y porque la actividad allí era de lo más moderada.

Después analicé a los hombres que había junto al helicóptero. Eran japoneses, pero no me pareció que trabajaran para la seguridad del aeropuerto. Por tanto seguramente pertenecían a la guardia privada que Cristianno había contratado para nuestra estancia allí.

—Dime... —suspiré sin dejar de mirar al frente—. ¿Cuánto cambiará mi vida si bajo de este avión?

—Dependerá de ti... —me susurró Cristianno al oído—. Todo siempre ha dependido de ti, Kathia. —Lentamente le miré—. Tú defines cada uno de mis pasos.

—¿Aun si no soy consciente de ello?

Reveló una corta sonrisa antes de asentir con la cabeza.

—Aun así...

Me mordí el labio y ojeé mis pies, algo intimidada por el contacto de su cuerpo con el mío.

—Me da miedo tanta influencia.

—A mí no —dijo cogiéndome de la barbilla, obligándome a mirarle de nuevo—. Quizás ahora no lo recuerdes, después de todo es muy lógico. —Por supuesto que lo era—. Pero en el fondo sabes bien por qué estás aquí. Este era uno de tus deseos.

<<*Mis deseos...*>>

Observé su boca. Después su garganta. Y por último su torso, justo antes de acercar una mano. La coloqué sobre su pecho y cerré los ojos a la espera de poder conectar con él.

—Mi único deseo late bajo la palma de esta mano —musité notando como los latidos de su corazón impactaban contra mis dedos.

Cristianno supo en ese momento que todo lo que ocurriera a partir de entonces, que todo lo que nos deparara la vida, jamás podría tener más sentido que el hecho de tenerle vivo y a mi lado.

Comencé a bajar las escaleras, decidida a cualquier cosa.

Enrico

Siempre me había considerado un observador en exceso. De hecho me sentía tan cómodo con esa parte de mi personalidad que con los años me esforcé en desarrollarla hasta alcanzar casi la perfección. Podría decirse que nada escapaba de mi vista. Por eso no me costó deducir que aquel vehículo me estaba siguiendo.

Habían pasado treinta minutos desde que me despedí de Silvano y salí de aquel aparcamiento. Seis minutos después vi un SUV gris oscuro reflejado en mi retrovisor y, aunque todavía estaba aturdido con nuestra conversación, no era momento de dejarse atrapar por la opresión. Así que decidí jugar al despiste para confirmar si estaba en lo cierto o simplemente se trataba de un civil siguiendo la misma ruta que yo; lo que era altamente improbable.

Llamé al mejor ingeniero en informática que conocía.

—Sí. —Valerio siempre estaba preparado para recibir mis peticiones.

—Cambia a línea segura —le exigí.

Apenas esperé unos segundos.

—Listo. ¿Qué ocurre?

—Tengo una sanguijuela pegada al trasero desde hace un rato.

Justo en ese instante me desvié por la Via Venti Settembre, muy cerca de la Piazza della Repubblica.

—Distancia. —Valerio había entendido inmediatamente lo que sucedía.

Eché un vistazo al retrovisor. El maldito Mazda insistía.

—Nunca altera la barrera de los cincuenta metros.

—De acuerdo, ¿puedes ver la matrícula?

—CZ 019 PR. —De hecho, me la sabía de memoria después de haberle tenido un buen rato en el punto de mira.

Escuché el sonido veloz de los dedos de Valerio contra el teclado de su ordenador. No le costaría mucho meterse en las bases de datos de la dirección general de tráfico y averiguar la información.

—Bien, Mazda CX 3 matriculado en noviembre de 2013 bajo el nombre de Vittorio Schiavone —comentó.

—Rastrea a ese tipo.

—Ya estoy en ello. —Eso no me sorprendía—. Treinta y cuatro años, natural de Roma... ¡Vaya! —Terminó exclamando.

Fruncí el ceño y curiosamente volví a mirar por el retrovisor.

—¿Qué?

—Es un fantasma —sonrió Valerio—. Ese tipo lleva muerto casi diez años, Materazzi. Te están siguiendo.

Confirmado, entonces.

—Podemos eliminarlo —sugirió. Y estuve muy cerca de aceptar la propuesta, pero pensé rápido.

—Probablemente llamaría la atención. —Si Angelo esperaba un informe de mis movimientos, era seguro que sospecharía de mí al ver que su espía no regresaba—. Informa a mi equipo en comisaría. Seguramente les interrogaran para saber si he estado allí.

Sería sencillo reorganizarnos dado que aquel tipo había empezado a seguirme demasiado tarde.

Empecé a descender la rampa que llevaba al aparcamiento subterráneo del hotel.

—No pensaba que Angelo sería tan suspicaz contigo.

—Ni yo tampoco. —Lo que me incomodaba más de lo que ya estaba. Quizá el Carusso gozaba de información que yo no tenía—. Te llamaré luego.

—Vale, ten cuidado. —Valerio colgó a la par que yo detenía el coche.

Realmente, no había tenido demasiado tiempo para estudiar el entorno, pero tampoco me hizo falta. Le sentí allí, queriendo intimidarme, creyendo que lo conseguía.

Bajé del coche con naturalidad, disimulando en la medida de lo posible las ganas de retarle. Angelo se había guardado las manos en los bolsillos de su pantalón de traje y mantenía las piernas entreabiertas queriendo darle un poco de ferocidad a su pose. Lo conseguía en realidad, pero a mí no me afectaba.

—¿Te has marchado en mitad de una investigación tan importante? —Me dijo a modo de saludo.

Me eché a reír mientras cogía un cigarrillo. Le ofrecí, pero se negó, olvidándose de ser altanero. En el fondo, él ya sabía que yo me había dado cuenta.

Encendí el cigarrillo.

—¿Desde cuándo me controlas, Angelo? —Sentí curiosidad.

—Desde que Kathia ha desaparecido —espetó—. Tú mismo lo has dicho: que nadie entre ni salga de este hotel hasta nueva orden.

Me tomé mi tiempo para darle una calada a mi cigarro y soltar el humo sin perderme detalle de la mirada desafiadora del Carusso.

—No sabía que el director de una investigación policial, que a su vez es comisario general, tenía que dar explicaciones. —Susurré perverso.

Angelo quería coaccionarme, creía que lo conseguía, y no se estaba dando cuenta de la oportunidad que su silencio me estaba dando. Que sospechaba de mí ya era un hecho. Pero, que estaba preparado para ello, él no tenía por qué saberlo. Lo mejor era actuar como siempre había hecho.

—¿Yo también soy sospechoso? —Preguntó irónico.

—No me hagas responder a esa pregunta.

Fin del juego.

—Enrico. —Había empezado a avanzar hacia la puerta cuando de pronto me llamó. Angelo no era de las personas que se conformaban con ese tipo de finales.

—¿Sí? —Le miré por encima del hombro.

—¿Nunca se te ocurriría ocultarme información, verdad?

<<*Ni te imaginas cuánta...*>>, sonrió mi fuero interno.

—No soy un Carusso.

—No, no lo eres, pero te has criado en el seno Gabbana. —Lo comentó como si fuera un insulto, algo que me alertó bastante—. Eso no te excluye.

—¿Qué es lo que quieres realmente, Angelo?

Miró de reojo el coche que yo había utilizado.

—Ven conmigo. —Y sonrió, más ruin que nunca.

13

Cristianno

Para cuando mis pies tocaron suelo japonés, ya me había dado cuenta de que algo no funcionaba. De que se avecinaba una gran tormenta. Pero las expectativas humanas a veces no nos permitían asimilar con objetividad lo que realmente podía pasar. Algo de mí insistía en mantener una esperanza que mi sentido común se había encargado de pisotear con violencia en cuanto eché un vistazo a la terminal del aeropuerto.

Ken Takahashi ya había salido de su coche y esperaba junto a él con las manos cruzadas sobre el regazo sabiendo que una decena de sus hombres nos custodiaban. Como había acordado conmigo, el helicóptero nos esperaba y todo estaba perfectamente preparado, pero me impresionó que pareciera tan confundido.

Por un instante me pasmé. Apenas fui consciente de nada y nadie a mi alrededor, como si una capa de niebla lo sepultara todo. Mi mente se quedó completamente en blanco. No había ido hasta Japón para darme un paseo, todo tenía un sentido y había llegado el momento de regocijarse en él. Pero, de pronto, nada de aquello parecía importar. Porque Ken no se atrevía a mirarme a la cara. Y yo no dejaba de buscar a mi primo.

—Señorita Materazzi, un placer conocerla al fin. —Nuestro socio nipón cogió la mano de Kathia con suma delicadeza y la besó mientras ella le observaba fascinada. Disimulaba bien, sabía que yo le estaba analizando cada vez con más frustración y, sin embargo,

aguantó el tipo—. Soy Ken Takahashi, un buen amigo de Fabio Gabbana y tu novio.

—Es muy amable, señor Takahashi —dijo Kathia con una bonita sonrisa en la boca. Ella no sospechaba la cantidad de mierda que se me estaba pasando por la cabeza. De momento—. Para mí también es un placer.

—Pero, por favor, tutéame. —Fin de la cordialidad. Ken me miró—. Cristianno.

Y entonces lo supe. Mauro jamás había puesto un pie en Japón.

—¿Dónde está mi primo? ¿Y Sarah?

—¿Qué? —Me miró Kathia, completamente encandilada. Me hirió que sonriera y les buscara—. ¿Ellos están aquí?

—No lo sé —dije sin apartar la vista de Ken. Este cogió aire y se preparó para hablar.

—Esperé que aparecieran con vosotros —admitió dándole voz a mis peores temores—. Estuve horas esperando, pero nunca llegaron. —Para cuando terminó de confesar yo ya me había llevado las manos a la cabeza y me alejé unos pasos de ellos.

Poco a poco... No, no fue así. Abrumadoramente rápido sentí como una retorcida ansiedad se expandía por mi cuerpo.

—¡JODER! —Chillé golpeando el capó del coche. Hiqué los codos en él y apoyé la cabeza cabizbaja entre las manos—. Maldita sea...

—Cristianno... —murmuró Kathia tras de mí, acariciando mi espalda. De no haber estado ella, quizá habría perdido la razón mucho más rápido. La miré de soslayo—. Si no me dices qué demonios está pasando, yo...

—Sarah y Mauro cogieron un jet privado la madrugada del viernes —dije de pronto, sin pensármelo demasiado. El japonés nos observaba apesadumbrado. Él no había sabido qué pensar hasta verme—. Se suponía que ellos y Ken lo prepararían todo.

—¿Qué es todo? —Preguntó.

—Así no es como deberías haberlo descubierto, Kathia. —Joder... todo se iba a la mierda.

Ella me cogió de los hombros y me obligó a incorporarme y mirarla de frente.

—¿Crees que eso me importa ahora? Háblame. —Casi suplicó. Y miré al cielo temiendo no volver a ver a mi primo.

—«Quiero casarme en Japón...» —Era mi voz la que comenzó a susurrar y la que le produjo aquel extraordinario escalofrío a Kathia—. «Bajo un manto de estrellas y la luz de la luna...» —Cerré los ojos al tiempo en que mi pulso se ralentizaba. Sabía que Kathia me observaba estupefacta porque estaba repitiendo exactamente las mismas palabras que ella había dicho hacía unos meses—. «Me esperarás en un puente forrado de pétalos e iluminado con velas, con el río fluyendo tranquilo bajo nuestros pies...» —Abrí los ojos y descubrí los suyos enrojecidos y humedecidos—. ¿Lo recuerdas?

Kathia

Contuve un gemido.

Y después temblé con brusquedad al tiempo en que mis recuerdos me absorbían con violencia. No podía creer que Cristianno recordara todas y cada una de las palabras que le dije aquella noche que parecía tan lejana.

Me llevé las manos a la boca. Odiaba hacer ese gesto, odiaba sentir que el corazón podía escapárseme por la boca en cualquier momento y que mis ojos apenas pudieran enfocar, pero fue irremediable evitarlo. Al tragarme mis lágrimas, noté como la saliva se me acumulaba en la boca y se me hacía un nudo en la garganta. Había experimentado esos síntomas en muchas ocasiones, pero esa vez fue la más desconcertante de todas.

—Este era tu regalo de cumpleaños —dijo Cristianno con una voz susurrante y ronca—. Pensé que si organizaba todo esto y después te explicaba que nunca habías llegado a estar casada con Valentino la sorpresa te causaría mayor impresión. Pero supongo

que si planeas algo demasiado, no termina de salir como uno espera. —Terminó mascullando con la mirada perdida.

—Eso era lo que escondías —murmuré—. ¿Cómo lo hiciste? Toda esa gente... La prensa...

Cristianno se encogió de hombros y alzó las cejas, gesto que daba por hecho su influencia en la ciudad de Roma.

—Un cardenal sobornado —admitió—. Un acta de matrimonio falsa. Y dejar que todo fluya como si fuera real.

Porque si yo lo hubiera sabido, mi comportamiento no habría resultado tan extraordinario. No habría podido disimular del todo, Valentino se habría dado cuenta. Él era demasiado analista. Por eso Enrico había estado tan tranquilo, por eso Cristianno había sido capaz de soportarlo.

Por eso...

—... no me lo dijiste. —Terminé en voz alta.

—Lo que si te dije fue que no debías tener miedo. Que confiaras en mí. —A veces se me olvidaba que era el Gabbana más autoritario y oscuro—. Ahora todo el mundo cree que eres la esposa de un Bianchi.

—¿Y cuándo pensabas contármelo?

—Quizás después de hacerte el amor tras haberte convertido en mi esposa —jadeó, antes de dejar que la crueldad inundara sus ojos—. Pero ahora... —Jadeó estremecido y volvió a llevarse las manos a la cabeza y a balancearse con indignación. Le conocía bien, sabía que estaba pensando qué hacer a toda velocidad. Sin embargo, olvidaba que no estaba solo.

Le detuve y cogí su rostro entre mis manos.

—Vamos a subir a ese avión y regresaremos a Roma. Les encontraremos. ¿Me has oído? —Hablé entre dientes.

—Esa es la idea, amor —susurró casi en mi boca. Enseguida desvió la vista—. Ken.

—Puedo tenerlo todo listo en unos veinte minutos. —El japonés ya sabía lo que tenía qué hacer.

—Bien. —Echó mano a su teléfono móvil.

—¿A quién vas a llamar?

—Si Mauro y Sarah han desaparecido, los Carusso tendrán algo que ver, lo que empeora las cosas.

—Enrico. —Me llevé las manos a la boca.

—Así es. —Pero por mucho que Cristianno se empeñara en protegerle de inmediato, él no respondió a la llamada.

Enrico

Conduje hasta que salí del perímetro de Roma.

Angelo no había dejado de parlotear sobre gilipolleces sin sentido. Pero no me costó descifrar esa retorcida naturalidad interrogativa con la que hablaba y él lo sabía. Así como también sabía que le estaba estudiando y que no me alarmaban sus tacitas intimidaciones.

Que había empezado a sospechar de mí ya no era ningún secreto. Pero ninguno de los dos lo dijo con claridad, y yo tampoco quise demostrarle nada. No dejé de ser el Enrico de siempre. El mismo que sabía que el punto débil de Angelo era yo.

—Me sorprende que no preguntes —dijo tras indicarme que tomara un desvío.

—¿Por qué debería preguntar? —Aquel camino no estaba asfaltado, era de tierra y conducía al antiguo hospital psiquiátrico que había en la zona. Un recinto que llevaba cerca de cuarenta años abandonado—. ¿Acaso debo tener miedo? ¿Vas a cortarme en pedazos y tirarme al vertedero para que los buitres se coman mis restos? —Sonreí porque me pareció divertido imaginar cómo lo intentaba.

—Tú siempre tan ocurrente —bromeó él señalándome el lugar donde debía detenerme—. ¿Es lo que harías tú de estar en mi lugar?

Paré el coche frente a la entrada del recinto. Cuatro hombres nos esperaban.

Miré a Angelo por encima de mis gafas de sol. Tal vez ese gesto limitaba mis intenciones de inspeccionar, pero pude darme cuenta de que el edificio disponía de tres plantas y probablemente un sótano por las ventanillas a ras del suelo que medio ocultaba la maleza roída.

—Probablemente —admití—. Y ahora, ¿qué hacemos en Riano, Carusso?

—Hay algo que te interesa ver.

Angelo continuaba sonriendo, pero no me pareció que se sintiera tan tranquilo como hubiera esperado. Algo en su interior insistía en seguir confiando en mí, me adoraba y ese era un sentimiento que le costaba ignorar.

—Me mata la expectación —susurré y bajé del coche ajustándome la chaqueta con autoridad mientras los esbirros me observaban con bastante respeto.

No era un secuaz, todo el mundo allí sabía qué tipo de mafioso era, y no lo había conseguido por ser estúpido, sino por ser intransigente y sumamente meticuloso con la observación.

—Buenas tardes, caballeros —dije a modo de saludo concentrándome en exclusiva en uno de los tipos que portaba una metralleta colgada del pecho. Sus miradas buscaron amedrentarme, pero finalmente encontró un hombre que le importaba una mierda las balas de su maldito cargador.

Desde luego había una sensación de traición pululando en torno a nosotros y la asociaban conmigo. Pero, aun así, no me importó, y todos se dieron cuenta.

Seguí a Angelo hacia el interior del recinto sorteando los restos de los tabiques y la porquería que había en el lugar. Las paredes estaban pintadas con grafitis y llenas de grietas y humedades, los rincones cubiertos de botellas de alcohol, alguna que otra jeringa, un ligero aroma a orina. Aquel sitio era deplorable, el punto de encuentro de chavales sin mucho sentido común y demás situaciones ilícitas. Puede que también el parque temático del terror para los amantes de lo sobrenatural.

Dimos un rodeo por los pasillos hasta unas escaleras. Me limité permanecer en silencio con las manos guardadas en los bolsillos y el cincuenta por ciento de mis instintos recogiendo todo tipo de información mientras Angelo y sus grupitos de esbirros marcaban mi ritmo.

Pero de pronto mi móvil comenzó a vibrar. Miré con disimulo. Ese número codificado que mostraba la pantalla de mi teléfono pertenecía a Cristianno. Habíamos acordado comunicarnos por mensajes de texto, evitar las llamadas a excepción de casos extremos. Que estuviera llamando me hizo contener el aliento. Pero si decidía responder a una llamada suya en ese momento, me ganaría un pase ganador hacia la peor de las muertes.

No quedó más remedio que ignorarle, por el momento.

En el segundo piso, la cosa no cambiaba. Más bien empeoraba teniendo en cuenta que teníamos que sortear los socavones que mostraban el piso de abajo. Nos encontramos con más esbirros conforme nos acercábamos a una doble puerta. La abrieron de inmediato al vernos y nos saludaron. Pero me olvidé del saludo y me dije a mí mismo que, si ahora no fingía como se esperaba, no sería el único en morir allí.

14

Mauro

Recuerdo que perdí la consciencia.

Y también que me despertó un dolor que jamás había experimentado. Me atravesó la espalda, me obligó a gritar. Estremeció hasta el último rincón de mi cuerpo, una y otra vez. Un dolor que me desgarró y buscaba hacerme suplicar.

Pero no lo hice.

Siquiera pensé en hacerlo. Mis enemigos no conseguirían absolutamente nada de mí, más que satisfacción por mis heridas. Quizás por eso no dejaron de latigearme hasta que volví a desmayarme.

Me ardían las muñecas.

Las cadenas de acero que las rodeaban casi acariciaban mis huesos y lentamente desencajaban mis hombros. Pero era un hecho que yo mismo me había provocado. Había querido tirar con tanta furia y había insistido tantísimas veces que ni siquiera me había importado herirme más de lo que ya estaba. Tan solo podía pensar en escapar de allí, en buscar a Sarah, en reunirme con mi primo.

Creo que llevaba dos días en aquel lugar, no estaba muy seguro; las ventanas habían sido tapiadas. No era mucho tiempo, pero se duplicaba su efecto cuando te negaban la hidratación. Me habían encadenado a unas columnas con la perfecta intención de no poder siquiera arrodillarme. Esa posición les facilitó la golpiza que me dieron en cuanto fui consciente de lo sumamente jodido que estaba.

Solo disponía de la visión de un ojo, tenía contusiones en todo el torso. Pero lo realmente doloroso estaba en mi espalda. No me dejaron ver al tipo que me latigueó, pero debía de ser una maldita bestia. Tampoco tenía la sensación de que las heridas fueran demasiado profundas, pero la sangre se había secado en ellas y ahora me escocía mucho más que cuando las recibí. Sentía como una débil supuración me resbalaba por la piel aumentando el picor. Me desesperaba, pero apenas tenía fuerza para moverme o simplemente quejarme.

Debía mantener esas pocas energías en resistir. Porque estaba absolutamente seguro de que tarde o temprano vería a Cristianno entrar por las puertas de aquella puñetera sala ruinosa y consumida por los destrozos del paso del tiempo.

Llegados a ese punto, decir que sentía rabia o desesperación no se aproximaba ni un poco. Era algo mucho más inmenso, más hondo y salvaje. Lentamente todas mis emociones se distorsionaban. Cualquiera de mis reacciones me condenaba a algo bastante más insoportable.

Y ahí estaba. Ese traidor inesperado que había resultado ser el más destructivo de todos. Alessio entró con parsimonia en la sala, portando una botella de agua y un vaso entre sus manos. No me miró. Se fue directamente a la mesa cochambrosa que había en uno de los laterales y apoyó los enseres mientras los dos esbirros que lo acompañaban se mantenían al margen.

Yo en cambio preferí mirarlo con descaro. Todavía no salía de mi asombro. No podía creer que mi propio padre estuviera haciéndome eso, ni tampoco que estuviera traicionando a su familia de esa manera. No hacía falta ser un lince para saber qué tanto a mí como a Sarah nos utilizarían como cebo. Él sabía bien cómo funcionaba un Gabbana: nunca se abandonaba a un compañero. Fuera quien fuera, de sangre o simplemente de amistad. Por tanto esperaba la llegada de su hermano y sus sobrinos.

Abrió la botella y sirvió agua en el vaso. Mentiría si dijera que no me desesperé por tomar un trago.

—¿Tienes sed, hijo mío? —Alessio se acercó a mí y puso el vaso a solo un palmo de mi boca.

Salivé, porque me moría de ganas por aceptarlo, pero la obstinación fue mucho más grande. Escupí en el agua.

—Hijo de puta —gruñí bajito. Algo que a mi padre le hizo bastante gracia.

Sonrió y después derramó el contenido del vaso sobre mis pies desnudos. Esa agua tardaría días en secarse por completo debido a la terrible humedad del lugar. Por tanto el gesto guardaba la intención de torturarme. Porque cuando estuviera solo, ese agua me ardería.

—¿Sabes? —Su voz se había tornado jocosa. Alessio se guardó las manos en los bolsillos del pantalón y empezó a caminar como el niño que se divierte con un juego—. Creí que te conocía un poco más. Por ejemplo, no pensé que soportarías con tanta entereza tu lealtad hacia la familia. —Me pareció increíble que me hablara de ese modo. ¡Era su hijo, maldita sea!—. Ni tampoco que pondrías tanta resistencia a algo tan evidente.

Esa evidencia de la que hablaba hacía referencia a que la situación estaba completamente a favor de nuestros enemigos. Por tanto no era de extrañar que las cosas hubieran salido mal y que Cristianno ya estuviera sufriendo las consecuencias, teniendo en cuenta que nadie podría haberse esperado que mi padre resultara ser un oponente más que añadir a nuestra lista.

Apreté los dientes. El gesto me dolió, pero supe disimularlo. Ciertamente y aunque las cosas estaban muy en contra, yo no me resignaba. Me mantenía firme, guardaba esperanza.

—Lo que para ti es evidente, para mí tal vez no lo es. —Me mantuve cabizbajo. Mi débil voz rebotó en mi pecho desnudo.

—¿No vas a preguntar por qué estoy haciendo esto?

—No necesito saberlo. —Mentí. E hice bien porque no tenía ganas de escuchar los hechos que le habían llevado a estar en ese lugar. Nada podría justificarlo.

—¿Esto si resulta evidente para ti? —El muy cabrón estaba jugando con mis palabras. Me contuve. Él quería que perdiera la cabeza, pero no le daría el gusto. Necesitaba mantenerme firme.

Con lentitud, caminé hasta colocarse a mis espaldas.

—Defiendes a alguien que ni siquiera es honesto contigo —me susurró al oído. Su aliento pesado y caliente me acarició el cuello—. Deberías ser un poco más flexible y mirar más allá de lo que te dice Cristianno. —Fruncí los labios—. Él no te ha contado toda la verdad. No te ha contado que... Fabio es tu verdadero padre.

Mi corazón dejó de latir.

No fui capaz de encontrar lógica en lo que decía. ¿Cómo iba yo a ser hijo de Fabio? Aun así, mi cuerpo pareció procesarlo de un modo muy diferente a mi mente. Un fuerte calor me asfixió, mi respiración comenzó a convulsionarse. No tuve margen de reacción, y agradecí estar encadenado porque de lo contrario me habría caído al suelo.

Todas mis extremidades aceptaron esa idea de una forma majestuosa, como si una parte de mí se sintiera agradecida por no ser parte de Alessio Gabbana. Justificaba que él estuviera comportándose así conmigo. Pero, por otro lado..., todo aquello era una endemoniada locura. No podía creerlo. De hecho, no quise hacerlo.

—Tu madre siempre ha creído que su secreto estaba a salvo —continuó. Estaba disfrutando de mis reacciones—. Pero les vi, follando como locos sobre el escritorio. Y Silvano lo sabía. —Cerré los ojos, no podía respirar con normalidad. Alessio se colocó frente a mí y me obligó a mirarle—. ¿Te puedes hacer una idea de lo que sentí? Más tarde me pidió el divorcio, dijo que no era feliz, que no le gustaba mi carácter. Seguramente esa fue su forma elegante de decirme que no la satisfacía como lo hacía mi hermano. —Mascullaba, el aliento se le amontonaba en la boca. No reconocí aquellos ojos desquiciados—. Pero soy un buen mentiroso. La convencí y le regalé unos buenos años de felicidad mientras te

criaba como mi hijo. Supongo que imaginas la intención que había tras eso.

Quizás si no me hubiera acariciado de aquella manera, no habría sentido la rabia consumirme.

—Tal vez he heredado la inteligencia de Fabio —gemí con violencia. Sabiendo que podía obtener una respuesta a la altura de mi comentario.

Y así fue.

Alessio tiró de mi cabello y me obligo a echar la cabeza hacia atrás notando una punzada de dolor en el cuello.

—¿Sabes lo difícil que es vivir a la sombra del gran Silvano, a la sombra del magnífico Fabio? —Lo dijo con desprecio, con demasiado rencor—. Yo nunca he sido importante porque creían que no tenía nada que aportar. Siempre he estado por detrás de ellos, siempre era el último en opinar sobre las cosas. Todo giraba en torno a esos dos. —Sonrió y seguramente no se dio cuenta de la nostalgia que habitaba en su sonrisa—. Mis hermanos... Me he cansado. —Al tiempo en que mis latidos me aporreaban en el pecho, miré a los ojos de aquel estafador—. Fui yo quien advirtió a Angelo. Yo le dije lo que Fabio tramaba. Estuve semanas observando.

Esa confesión daba respuesta a una de las preguntas que más nos torturaban. ¿Quién había sido el delator de Fabio? ¿Cómo supieron los Carusso las intenciones de Fabio? Su esposa, Virginia, sí, pero ella sola no pudo con todo, no era tan hábil.

Alessio era el verdadero asesino de mi... tío... padre... Dios mío no podía pensar con claridad.

—¿Ni siquiera eso te hace preguntar? —Quiso saber Alessio.

—¿Qué quieres que te diga? —Mascullé.

—Habla. Di lo que sea. —Había desesperación en su voz. Mientras que en mí se amontonaban las preguntas, las dudas, los temores. Cientos de emociones.

Pero no le daría lo que quería. No. No.

<<No...>>

Le miré, cara a cara.

—Tengo hambre —murmuré. Y él me dio un puñetazo en el estómago.

Me contraí sabiendo que el gesto me lastimaría los hombros y las muñecas. Pero no pude resistirlo. El dolor comenzó suave y se extendió con decisión. Contuve un jadeo.

—Se te olvida que sigo siendo un Gabbana —Volvió a susurrarme al oído—. ¿Sabes lo que eso significa? Lo sé todo. Cuentas, estrategias, pensamientos. Todo. —Sí, lo sabía. Y eso fue lo que más daño me produjo. Porque no podría hacer nada por detenerle. Aun así no esperé que pudiera herirme más—. Incluso el paradero de tu madre.

Me enderecé. Noté como las pupilas se me dilataban, como mi cuerpo se ahogaba en el calor, se tensaba hasta la dureza más extrema.

—Ni se te ocurra meter a mi madre en esto. —Lo dije demasiado atrapado en la ira. Me sentí impotente, me desesperé. Perdí el control de nuevo.

—Te he dado alternativas, Mauro. Y estoy aquí porque todavía las tienes. ¿Qué decides?

—Qué te jodan —gruñí entre dientes y el chasqueó la lengua antes de darme la espalda.

—Bien, pues si esa es tu elección, no me queda más remedio. —Supuse que aquello era el final. Miró a sus esbirros.

<<Mamá...>> Sollocé mientras volvía a insistir en tirar de las cadenas.

Entonces, las puertas de aquella jodida sala se abrieron.

Y Enrico me miró a los ojos.

Enrico

Cuando Silvano me contó aquella mañana que había posibilidad de que Alessio fuera un traidor, no esperé encontrarme con esa

evidencia cara a cara.

Mauro estaba encadenado a unas columnas. Los huesos de sus hombros sobresalían más de lo normal, amoratados y de una manera que me hizo creer que en cualquier momento se desencajarían. Eran la señal de cientos de tirones, de horas de resistencia. De agotamiento. Y su rostro... Ese rostro dulce y sonriente, ahora dañado y desolado. Con la agonía reflejada en su mirada enrojecida.

Desesperación, impotencia. Rabia. Quizás más emociones, pero no se me ocurría la manera de describirlas. Porque, si uno de mis queridos compañeros, mi familia, estaba allí, era probable que Sarah estuviera bajo mis pies.

Aquella se convirtió en la primera vez en que disimular suponía un calvario. Sin embargo, me obligué a hacerlo, del mismo modo en que me obligué a que mi silencio le transmitiera a Mauro lo poco que tardaría en regresar a casa.

Le inspeccioné, fingiéndome alguien que no siente nada por lo que ocurría allí, y verifiqué que no tuviera heridas importantes. Pude ver más de cerca sus pupilas dilatadas, mostrando verdaderos signos de desfallecimiento. Seguramente, le habían drogado.

—¿Conoces la escopolamina, Enrico? —Por supuesto, que conocía ese tipo de droga, y Angelo lo sabía. Pero buscaba acorralarme, luchaba por encontrar alguna señal en mí que me convirtiera en un traidor. Y eso significaba que alguien le había hecho sospechar.

Alessio Gabbana.

—Por supuesto que la conoce —intervino este. Y rápidamente me sentí orgulloso de no haberle hecho participe de nuestros planes. De lo contrario, Kathia siquiera podría haber subido a ese avión. Y Cristianno...

Sonreí de medio lado y le miré, todavía con las manos en los bolsillos. Jugaría a desquiciarle.

—Interesante —dije, enervándole.

—¿Es lo único que se te ocurre decir?

Fruncí el ceño y también los labios.

—En realidad no. —Mordaz, irónico—. Pero soy paciente, dejaré que vosotros me expliquéis.

De pronto el silencio me indicó dos cosas. La primera: si consentía que pasara demasiado tiempo, la probabilidad de salir a tiros de allí era bastante alta. La tensión se masticaba. En el fondo, todos los presentes queríamos matarnos, ensañarnos. Pero la segunda cosa era que el balón estaba en mi tejado. De mí dependía cualquier respuesta.

Así que empecé a reírme con fuertes carcajadas que no tardaron en contagiar al resto. Angelo se rió hasta saltársele las lágrimas, se sentía extrañamente cómodo. Y Alessio, aunque no sonrió abiertamente, se obligó a hacerlo. Sin embargo aquellas sonrisas estaban llenas de malicia. En la mafia ese gesto no trae nada bueno.

—Enrico, eres tan jodidamente astuto que incluso me ofende —bromeó Angelo—. Concédeme el placer de oírte preguntar. Vamos. —Me animó como quien anima a introducir un billete de cien euros en las bragas de una stripper.

Chasqueé la lengua y me balanceé sobre los tobillos antes de comenzar a caminar despreocupadamente. Todavía no había visto la espalda de Mauro, así que aproveché ese gesto para hacerlo.

—No es exactamente una pregunta lo que se me viene a la mente —comenté haciéndome el interesante—. Pero como bien sabes, no soy hombre de dar oportunidades, así que lo diré, te guste o no oírlo. —Las heridas de Mauro no eran demasiado profundas, pero habían adquirido un tono morado y verdoso que no me hacía gracia. Estaban infectadas. Miré a Angelo—. Te quejas de los secretos, cuando eres tú quien más guarda.

—¿Eso supone un problema para ti? —El sarcasmo del Carusso apenas tuvo fuerza. Le tenía completamente encandilado. Se resistía a verme como un traidor.

—No, en absoluto. Simplemente me alivia saber que no tendré que informarte de todo lo que decida. —Algo que le molestó

sobremanera—. Pero eso no es lo importante aquí. —Me acerqué a Alessio—. Dime, tienes que tener un buen motivo para secuestrar a tu propio hijo.

Me mostró los dientes cual perro rabioso.

—Yo no soy Angelo, a mí no puedes mentirme.

—Buscas exponerme. Buena jugada. —Le guiñé un ojo.

—Ciertamente, Alessio. Tú no eres como yo, así que te pediría que si no quieres enfadarme cierres esa puta boca. —Se miraron hasta que el Gabbana no pudo resistirlo. Estaba completamente a merced de Angelo—. Y tú Enrico... Supongo que tienes tu propia guerra.

Fue increíble ver la lucha que se estaba abriendo en el interior del Carusso. Quería justificarme.

—Supones bien —admití antes de ir hasta él—. Aun así me has traído aquí para advertirme de quien es el que manda. Aunque te diré una cosa. No necesito escuchar ninguna de tus gilipolleces, porque mientras tú dudas, tu preciosa fortuna está desaparecida. Así que, si me disculpas, iré a hacer mi trabajo.

Tenía que salir de allí cuanto antes para iniciar el protocolo de evacuación que Silvano tenía preparado y organizar el rescate de Mauro y Sarah. Contando con que ella también estuviera allí.

—Bien —Angelo me detuvo—, pero no descartes que sea un Gabbana.

Porque iba a utilizar a Mauro como moneda de cambio. Por tanto, su vida no corría peligro inmediato. Eso en cierto modo me daba ventaja.

—Bueno, tú ya has hecho esa parte del trabajo —espeté mirándole por encima del hombro.

Quise reanudar la marcha, pero de nuevo su voz me detuvo. Esta vez, arrancándome el corazón.

—Y Enrico... Mauro no fue el único polizón. —Eso ya lo sabía.

Tragué saliva y apreté los dientes con disimulo.

—Esa es una gran noticia. —Ni siquiera me molesté en mirarle.

Salí de allí rogando a mis músculos que no me empujaran a correr. Eso habría alertado demasiado. Pero, en cuanto subí a mi coche, aceleré a toda prisa concentrado en memorizar el perímetro desde el retrovisor.

Me incorporé a la carretera principal. Estaba pensando a toda velocidad, no quería detenerme a cavilar sobre mis sentimientos porque me colapsarían y no me dejarían encontrar una solución rápida y eficaz. Así que continué conduciendo hasta desviarme hacia Tufello, un distrito de Roma. Allí, cuando supe que nadie me había seguido y no corría peligro, cogí mi teléfono y llamé a Cristianno. No quise darme tiempo ni para respirar.

—Lo que tengas que decir, dímelo rápido. —Porque no descartaba que estuvieran espiándome. Tendríamos dos minutos a lo mucho.

—Mauro y Sarah no están en Japón. —Cristianno ya se había dado cuenta del desastre que se nos venía encima y comprendí que no iba a quedarse fuera sabiendo que su otra mitad estaba atrapado.

—Lo sé —resoplé cabizbajo, el pecho subiendo y bajando aprisa.

—¿Lo sabes? ¿Qué sabes, Enrico?

—Acabo de ver a Mauro.

Un jadeo. Y seguramente un temblor.

—¿Dónde coño está? —Susurró.

—En centro psiquiátrico abandonado de Riano, y probablemente Sarah también esté allí —confesé sin restricciones.

—Joder... —Y yo pensé lo mismo, porque conocía bien a aquel chico. Nos habíamos criado juntos. Le había visto nacer, a él y a Mauro. Eran mis hermanos y sabía de la devoción que sentía el uno por el otro. Así que sabía bien lo que iba a pasar.

—Cristianno, dime que no estás regresando, por favor. —Soné suplicante, tímido. No, temeroso, porque de ser así, Kathia regresaría con él. Y su silencio me bastó como respuesta. Cogí aire. No podía impedirle nada—. Escúchame. —No sé por qué bajé la

voz—. Las cosas se están poniendo serias aquí. No puedo hablarte ahora, no sé si me están investigando. Así que estate pendiente. — Miré a mi alrededor. Descampado solitario, nada alarmante a la vista —. En cuanto lleguéis, iniciaremos el protocolo de evacuación y organizaremos el rescate. Mientras tanto enviaré un grupo de reconocimiento a la zona.

—Entendido. —Cristianno colgó porque sabía que en ese momento no teníamos más que decirnos. Ambos trabajábamos bien cuando estábamos acorralados, así que no perdimos tiempo en comentar tonterías.

Enseguida busqué la extensión codificada de Silvano en mi móvil y escribí un mensaje de texto.

<<Inicia el protocolo Prima Porta.>>

SEGUNDA PARTE

15

Kathia

Hacía más de tres horas que habíamos dejado Tokio y se me habían hecho terriblemente largas.

En todo ese tiempo, Cristianno y yo no habíamos tenido valor a dirigirnos siquiera una mirada de soslayo. Inconscientemente, creíamos que, si lo hacíamos, todos los malos presentimientos cobrarían vida. Y sabía que él no dejaba de pensar en lo sencillo que habría sido sobrellevar la situación si yo no hubiera escuchado la conversación que había mantenido con Enrico antes de despegar.

Pero fue inevitable.

Ambos estábamos metidos de lleno en todo lo que estaba pasando. Dejarme fuera habría sido una batalla innecesaria entre los dos. Porque ninguno de los dos se atrevería a dejar al otro.

Ni siquiera una ducha de agua caliente me calmó. No dejaba de pensar en las horas que me separaban de mi hermano, de Mauro y de Sarah. Todos estábamos en peligro ahora. Que el silencio y esa quietud existieran, me martirizaba, porque quizá en Roma se estaba desatando una tormenta.

Resoplé y me froté el rostro antes de empezar a vestirme. Lo hice rápido y de forma mecánica. Después salí de la habitación y me propuse regresar al salón, junto a Cristianno, pero cometí el error de mirar hacia el otro lado.

Ken dormía en aquella parte del jet, una especie de sala de descanso abierta que se comunicaba con el pasillo. Había insistido

en venir con nosotros. Pero cuando subió al avión y vi como guardaba su maletín me pregunté demasiadas cosas. Probablemente el contenido de aquello no tenía nada que ver conmigo. Pero ahora estaba abierto y, desde mi perspectiva, pude ver su interior. Un libro llamó mi atención.

Entrecerré los ojos. Mis pies ya habían comenzado a moverse en aquella dirección. No era un tomo cualquiera. Me parecía más una agenda o un diario cuyo contenido quizás no me incumbía.

Sin embargo, ya lo tenía entre mis manos.

Muy despacio, lo abrí al azar.

19 de Agosto. 2003

El examen genético realizado a Enrico Materazzi ha dado positivo.

Los resultados concluyen que Kathia Carusso y él comparten la secuencia de ADN. Ambos son descendientes de Leonardo Materazzi.

Contuve el aliento.

Aun sabiendo la verdad de aquello, no me restó estremecimiento. Todavía no me había habituado a ser la hermana de Enrico. Y aunque aquello, de por sí era perturbador, lo fue mucho más comprender que tenía entre mis manos unos de los diarios de Fabio, escritos de su puño y letra.

Me llevé una mano a la boca y traté de controlarme. No podía dejar que la confusión me dominara. Pero creo que si no la hubiera sentido de aquella manera, no habría sido capaz de dar con el error.

Enrico me había contado que Fabio descubrió la verdad cuando Hannah le extorsionó y aquello sucedió tras la muerte de los Materazzi. Por tanto no tenía sentido que Fabio nos hiciera un examen genético a Enrico y a mí, dado que yo por aquel entonces tenía seis años y se suponía que él ya sabía que no era su hija.

Tantas preguntas debían tener respuesta, y sabía quién podía dármelas.

Le tenía muy cerca.

Cristianno

Cerré los ojos.

Las navidades de mi séptimo año las pasamos en Maranola, un pequeño pueblo costero en la provincia de La Spezia, al norte de Italia. Había sido empeño de mi madre. Quería hacer algo nuevo por las fiestas y mi padre no dudó en satisfacerla. Ella misma decidió el destino y todos nosotros la seguimos muy ilusionados con la idea.

La tarde de Nochebuena, Mauro y yo salimos a jugar. Éramos intrépidos, no reconocíamos el peligro y, aunque nos alertaron de que no nos alejáramos demasiado, no hicimos caso.

Curiosamente ese año nevó y todo el peñón estaba salpicado de blanco. Era el escenario ideal para dos niños que querían explorar y divertirse. O eso creíamos antes de que Mauro cayera en un escarpado y profundo hoyo que había entre las rocas.

El agua que le llegaba a las rodillas se tiñó de rojo. Se había herido en la pierna y mi constitución no podía hacer nada por sacarle de allí, por mucho que insistiera. Era un puto crío, joder. Tan solo pude alcanzar su mano.

Me quedé con él, sosteniendo sus dedos hasta que cayó la madrugada. Mauro no apartó la mirada de mí ni un instante, siquiera para acomodarse. La mantuvo fija en mis ojos como si de ese modo la conexión que había entre los dos fuera a sacarle de allí. No me importó nada más, solo el hecho de estar con mi primo; ni siquiera sentí el frío o el hambre. Solo necesité estar con él.

Alrededor de las dos de la madrugada nos encontraron unos guardias. Mi familia había levantado a todo el pueblo para encontrarnos.

Mauro se desmayó por hipotermia cuando le sacaron de allí. Había resistido para no preocuparme, para demostrarme que lo único que le importaba era tenerme a su lado.

Grité porque su pierna tenía un aspecto muy feo y porque su piel había adquirido un grisáceo bastante alarmante.

Esa misma noche me prometí a mí mismo que jamás me separaría de él. Que cualquier cosa que nos deparara el destino la compartiríamos juntos, porque era mi primo y no quería entender una vida lejos de él.

Pero, de vuelta a la realidad, ya no sabía si esa vida continuaría.

Parecía una estupidez recordar el pasado que me unía a Mauro, pero no pude evitarlo.

Alguien nos había vendido y Enrico no había querido decírmelo. Esa estrategia perfectamente confeccionada para la victoria había sido corrompida por alguien de absoluta confianza. Un inesperado traidor nos había expuesto sin importarle nuestro final. Nuestros planes, nuestra integridad, todo acababa de irse a la mierda y, sin embargo, ya no me importaba. Solo era capaz de pensar en que Mauro, Sarah y Enrico ya estaban sentenciados. Muy lejos de mí.

¿Qué iba a hacer yo si ahora perdía a mi gran compañero?

¿Cómo sería mi vida si no le tenía a mi lado? ¿Cómo podría mirar a Kathia sabiendo que habíamos perdido a nuestro hermano? ¿A Sarah? ¿A esa pequeña vida que crecía en su vientre?

Quise perder la cabeza...

Quise volverme loco...

Pero Kathia... me tocó.

Su cálido contacto sobre mi mejilla me hizo saltar de mis pensamientos a los suyos.

Esa mirada que compartimos, todo el poder que había entre los dos se intensificó hasta el punto de cortarme el aliento. No era vulnerable si la tenía a ella. Todavía teníamos una oportunidad. Confiaba.

Confiaba.

Quería creerlo.

Cogí su mano e hice presión sobre ella.

—Lo que sea que estés pensando es tan tuyo como mío, ¿me oyes?

—No soy invencible, Kathia —susurré más tímido que nunca. Sin saber que Kathia se estremecería.

Apretó los dientes y dejó que su rostro adquiriera una autoridad que jamás había visto.

—Tampoco lo son nuestros enemigos —masculló. Y el suelo del jet tembló por una turbulencia sin importancia.

Ajena a mis verdaderos temores, Kathia experimentaba lo mismo que yo. Su hermano podía morir en cualquier momento y sin embargo ella había decidido no acobardarse. Cualquiera habría pensado que era el momento perfecto para la rendición, pero Kathia no lo veía así. Lucharía hasta el final. Y lo menos que yo podía hacer por ella era responderle de la misma manera. Las personas que amábamos se lo merecían.

Extrañamente, Kathia tragó saliva y desvió la mirada hacia sus manos. Sujetaban un diario que me entregó con lentitud y cierta ternura. Lo capturé, cabizbajo, y sintiéndome atrapado. Había llegado el momento. No podía ignorar las respuestas que necesitaba Kathia. Y ciertamente era lo mejor para los dos.

—Quizás si empiezas por el principio, todo tendrá más sentido...
—aventuró, pidiéndome permiso tácitamente.

Asentí con la cabeza.

16

Kathia

Tenía miedo de lo poco que sabía de la verdad y lo poderosa que era. Ciertamente conocía varios aspectos, pero, en resumidas cuentas, no sabía cuáles eran ciertos y cuales estaban adornados. Por eso tener aquel diario delante mí me perturbaba tanto. Esa gruesa libreta contenía la única y auténtica verdad. Nada ni nadie podría rebatirlo.

—No necesitas ser prudente, Cristianno —susurré al ver como él se levantaba de su asiento y se pasaba las manos por la cabeza.

Me dio la espalda al suspirar. No le resultaba difícil explicarme toda la información que su tío había recopilado en ese diario durante años, sino que, a partir de entonces, Cristianno sabía que sería inevitable convertirme en una extensión de él mucho más activa.

—Sabes que no quiero esconderte nada y no estoy pensando en la manera de hacerlo, pero... —Se detuvo, su voz ya había encendido en mí esa fuerza que me empujaba a él.

Caminé hacia su posición percibiendo como esa energía fluía en mí, me exigía y me emocionaba. Acaricié su espalda. Cristianno no me diría lo mucho que necesitaba que le tocara en ese momento, pero su cuerpo le delató liberando un escalofrío fascinante. Lentamente, rodeé su cintura y apoyé mi frente entre sus hombros.

—¿A qué le puedo temer si tengo a mi lado a Cristianno Gabbana? —Murmuré en su nuca. Él envolvió mis manos con las suyas.

Cristianno se dio la vuelta sin deshacer el abrazo y me miró con fijeza. Después de eso, me besó en la frente y se alejó con lentitud. Se encendió un nuevo cigarrillo y volvió a tomar asiento. Supe que hablaría de inmediato, así que le seguí y me senté frente a él con el corazón laténdome sobre la lengua. El diario de Fabio permanecía entre nosotros, rellenando la corta distancia que nos separaba.

—Sabes que Fabio estudio en Oxford.

—Sí —admití.

Cristianno asintió con la cabeza, soltó el humo del cigarro y apoyó los codos en las rodillas.

—Allí conoció a Hiroto Takahashi y a su familia. Fue su profesor de química...

Aquel hombre apenas llevaba unos años impartiendo clase en la universidad de Oxford cuando se conocieron. El japonés se había trasladado desde Osaka con su esposa y su hijo, Ken, que por aquel entonces tenía diecinueve años. Era un químico mundialmente reconocido y no dudó en aceptar un puesto en una de las mejores instituciones académicas del planeta.

Cristianno no dejó de incidir en el gran cariño y respeto que Fabio le profesaba a la familia Takahashi, señal de lo insistente que seguramente eran sus comentarios en los diarios. Fue una relación que enseguida prosperó, llegando hasta el punto de confesarse demasiados secretos. Como por ejemplo que Hiroto padecía Alzheimer precoz y que apenas Fabio y Ken lo sabían.

Tragué saliva.

Al principio creí que Cristianno no estaba siendo concreto con lo que le había pedido, pero no me costó suponer que aquella explicación era la introducción a algo mucho más importante.

—Por entonces, Fabio estaba muy interesado en la evolución de aquella enfermedad. —Poco a poco, la voz de Cristianno se hacía más débil. Señal de lo mucho que le costaba hablar de su querido tío—. Así que no dudó al iniciar un proyecto en busca de erradicar o, al menos, menguar su progreso.

Tuve la sensación de que el pasado se aferraba a mis piernas y me enviaba allí, a vivirlo en plenitud. Casi pude apreciar el delicado perfume que desprendía la piel de Fabio o el tenue sonido que hacían sus pies al caminar.

No me sorprendía que él hubiera decidido embarcarse en un proyecto como aquel. La forma de amar y respetar que tenía Fabio era leal. Tenía lógica que quisiera dejarse la vida por salvar la de alguien a quien quería.

Tomé asiento junto a Cristianno empezando a comprender por qué Fabio le tenía tal devoción; eran increíblemente similares, intensos y arrebatadores. Cristianno me regaló una tenue sonrisa en cuanto me tuvo a su lado. Le acaricié el cabello y dejé que suspirara tranquilo.

—Después de un largo tiempo de investigación —continuó—, Fabio y Ken creyeron dar con un tratamiento óptimo que suavizaba los efectos del Alzheimer.

Fruncí el ceño. Faltaba algo demasiado importante.

—¿Y Hannah? —Dije en un suspiro.

—Eres muy sagaz —bromeó dándome una pequeña cabezada, pero, aquel reflejo de buen humor, duró poco—. Ella entró a formar parte del grupo unas semanas después de que Hiroto muriera.

Contuve el aliento y en cierto modo me molestó que mi mente dedujera tan rápido el motivo de su muerte. Supe que el nudo que se estaba formando en mi vientre no se desharía fácilmente.

—Fue el paciente cero... —murmuré y Cristianno lo admitió asintiendo con la cabeza—. Pero si los resultados parecían óptimos, ¿qué fue lo que sucedió?

Cristianno me clavó una mirada que hizo que se me olvidara todo lo demás. Solo fui capaz de observarle sabiendo que mi cuerpo se contraía a la espera de su respuesta.

—El tratamiento parecía óptimo, pero su desarrollo dentro del organismo humano destruía las células. —No hizo falta que dijera más para entenderle.

—Se convertía en un virus...

<<*El proyecto Zeus...*>>

Mi cuerpo se puso en tensión. Jamás creí que lograría comprender cuál fue el inicio de todo. Fabio no quiso crear una bomba epidémica, solo quiso salvar a su gran amigo y eso lo provocó todo. Inició un experimento en humanos demasiado pronto. No, le insistieron en experimentar en humanos sin estar completamente seguro de la respuesta que tendría el tratamiento.

<<*Fabio...*>> Al decir su nombre en mi mente todo mi cuerpo reaccionó convulsionándose.

—La respuesta del medicamento fue tan poderosa y veloz que no fueron capaces de reaccionar. Hiroto murió de una hipoxia cerebral. —Cristianno apoyó la cabeza entre sus manos—. Su cerebro fue incapaz de seguir procesando y se degeneró hasta terminar con su vida. En menos de 72 horas. —Terminó susurrando.

El silencio que le siguió a esa confesión, se asentó vigoroso entre nosotros. Ninguno de los dos nos atrevíamos a continuar, aun sabiendo que era trascendental. No podíamos pasar por alto la culpa que Fabio debió sentir cuando vio morir a su amigo.

Pero Hiroto Takahashi sabía bien que no tenía por qué conseguir buenos resultados. Arriesgó su vida porque creía en la causa y porque no quería olvidar a su esposa ni a la gente que amaba. Lo explicó bien en una carta que le escribió a Fabio la noche antes de iniciarse el tratamiento. Era una especie de testamento; en ella instaba a Fabio a continuar investigando, a conseguir erradicar esa enfermedad que ambos tanto temían.

—Hannah apareció en su vida en un gran momento de debilidad —dijo Cristianno con una voz un tanto más dura que antes—. Aprovechó ese instante porque los Carusso sabían que Fabio sería débil. No costaría hacerle caer en las redes de una persona que fingía comprenderle y admirarle.

Por supuesto que no. Así como tampoco le importó a Angelo. Él solo pensaba en el poder del imperio Gabbana. Una obsesión que Olimpia se encargó muy bien de engrandecer debido a sus profundas ansias de venganza incitadas por los celos.

Por entonces Fabio ya estaba casado, pero aun así, su esposa, Virginia Liotti, no le aportaba nada en absoluto. Hannah Thomas fue para él una ráfaga de viento suave y revitalizador. Ella hizo bien su papel y no tardó en conquistarlo. Así como tampoco tardó en conquistar a Leonardo Materazzi... Mi padre.

—Se conocieron en Milán, en una de las visitas que mi tío le hizo a Leonardo. —Cristianno se puso más cómodo, encogiendo una de sus piernas sobre el sofá—. Hannah insistió en ir con él porque no soportaba la idea de estar separados un fin de semana. Suena patético si lo digo en voz alta.

Sonreí, porque me apetecía y porque sabía que eso le haría más llevadera la situación.

—Podría decirse que al Materazzi le pasó como a mí contigo: se volvió loco por Hannah desde el primer momento.

Podría haber olvidado respirar si no me hubiera mirado de aquella manera. Estaba oscuro, tanto que parecíamos sombras, pero sus ojos nunca dejaban de refulgir. Aquel extraordinario azul era tan intenso como la luz.

—Pero tú no eres como él... —acaricié su mejilla—. No serías capaz de traicionar a tu mejor amigo.

—Se suponía que Leo sabía de los sentimientos de Fabio por Hannah. Pero le importaron una mierda cuando decidió tirársela a sus espaldas. Nunca sabremos que pasaba por su cabeza entonces...

—¿Qué importa ahora...? —resoplé profundamente dolida—. Ya es demasiado tarde...

Aun así Leonardo no traicionó del todo a Fabio. Todavía le quedaba algo de integridad y cuando Angelo le propuso someter a los Gabbana porque estaba cansado de su impecable imperialismo, él se negó. Así como se negó su padre. Semanas más tarde el cadáver del progenitor de Angelo Carusso fue encontrado a la orilla de la playa de Fiumicino. Le habían asesinado y no era difícil imaginar quién había sido. Resultó que en la mafia un hijo era capaz de matar a un padre.

—Me cuesta contarte el resto —añadió Cristianno notablemente cansado.

Me había dado tanta información en un momento que no era capaz de controlarse. Ni yo tampoco. Pero dado que habíamos iniciado aquella conversación, lo mejor era terminar. Debía contármelo todo, aún faltaban cosas...

—Cristianno... —le insté con cariño y él suspiró.

—Hannah se quedó embarazada —dijo de pronto—. Como había mantenido relaciones sexuales con ambos no sabía bien quien era el padre. Pero decidió guardarse esa información y seguir como estaba planeado. Al menos hasta el último mes de gestación.

Torcí el gesto y sentí un poco más la rigidez.

—¿Qué pasó el último mes? —Soné un tanto expectante.

—Hannah robó toda la investigación sobre el tratamiento de Fabio y Ken y se lo entregó a los Carusso.

—¿Por qué?

—Porque a Angelo le pareció una maravillosa idea patentar una pandemia.

Hannah había acordado en darle a Angelo un informe semanal sobre los movimientos de Fabio y no dudó en comentar aquello. Le explicó detalladamente los resultados de esa investigación y lo que era capaz de provocar, lo que despertó el ansia de poder del Carusso. No le costó imaginar los beneficios que podía obtener si resultaba que desarrollaba un antivirus...

Se convirtió en su mayor objetivo.

—Después naciste tú... —Lo susurró mirándome cabizbajo y dejando que sus labios temblaran—... Y te convertiste en el mejor medio de extorsión. —Apretó los dientes—. Tanto los Carusso como Fabio creían que eras una Gabbana. Incluso Leonardo lo creía.

Más tarde los Materazzi murieron al negarse a hacer tratos que perjudicaran a los Gabbana, pero yo ya estaba en manos de los Carusso y Fabio cargaba con más muertes, la de otro de sus grandes amigos y su familia.

—Todo esto es... —Me llevé las manos a la cabeza y aproveché el gesto para apartarme el pelo de la cara en un intento por reponerme de todo aquello. Pero fue inútil.

—Hannah desapareció —confesó Cristianno—. A Fabio no le costó deducir, pero ya estaba demasiado implicado en la extorsión de los Carusso como para lamentarse sobre un amor ingrato. —Lo dijo con rabia—. Dedicó todos sus esfuerzos en recuperarte... Aceptó crear un antivirus si a cambio te mantenían a salvo.

—Estuvo solo... —Un pensamiento en voz alta. Saber que Fabio tuvo que sufrir en silencio todo aquello me hirió demasiado.

—Tenía a Ken a su lado —susurró Cristianno acariciando mi mejilla—. Era el único que sabía la verdad.

Cogí aire y me preparé para la última parte de aquella historia.

—¿Qué más?

Cristianno frunció los labios y negó con la cabeza.

—La maté —no esperé que hablara de ello—, bueno en realidad la obligué a que se quitara la vida. Decidí que una muerte por ahorcamiento era lo más adecuado. —Imaginé a Hannah saltando de una silla y notando el tirón en sus cervicales al notar la presión de su peso—. Pero resultó que no me dejó tan satisfecho como creí. Me hubiera gustado cortarla en pedazos mientras respiraba y me suplicaba.

—Cristianno...

—Lo siento —respiró.

—No. No es eso. —No temía esa parte de él—. Su muerte no nos devolvió a Fabio. Pero lo hiciste. Te vengaste.

—Terminemos con esto, Kathia...

—No, debes continuar, por favor —le interrumpí justo cuando él decidía ponerse en pie. Me miró de reojo—. Lo necesito.

Se guardó las manos en los bolsillos del pantalón y comenzó a caminar de un lado a otro, lento y cansado.

—Cumpliste seis años y Fabio seguía sin dar con la fórmula de un inmunizador —espetó. Sé que me detestaba en ese momento porque sabía que me hería todo aquello, pero también porque en

esa parte yo ya me convertía en protagonista absoluta y no sabía cómo ahorrarme más tormento. Lo que él no sabía, o al menos eso parecía, era que no podía soportar que todo aquello lo cargara solo—. A Angelo se le ocurrió la maravillosa idea de incentivar a Fabio.

Por supuesto.

—Me utilizó como chantaje.

—Así es —asintió y después se mordió el labio y cerró los ojos. Seguramente ahora venía la peor parte—. Te administró pequeñas dosis del virus durante un par de meses antes de amenazar a Fabio. Según historiales médicos, tuviste una salud delicada por entonces.

Se me cortó el aliento al tiempo en que un escalofrío me atravesaba con violencia.

Recordaba que solía quedarme en mi habitación porque cualquier esfuerzo, por simple que fuera, me agotaba y me mareaba. También que apenas asistí a clase y que tenía cuadros de fiebre alta. Pero creí que se trataba de un simple resfriado.

Cristianno apretó los dientes al toparse con mi asombro.

—Fabio comenzó a frecuentarte en el internado. Acordó con la directora del centro no mencionar nada sobre sus visitas.

Negué con la cabeza y fruncí el ceño.

—No recuerdo haberle visto con la frecuencia de la que hablas.

—Porque te sedaban antes de su llegada —sentenció—. Eras una niña no podían arriesgarse a que tu hablaras de Fabio delante de los Carusso.

Una fuerte presión se instaló en mi pecho. De pronto me sentí culpable por la muerte de Fabio. Si él por entonces hubiera sabido que no era su hija, no habría arriesgado su vida de aquella manera. No le habrían podido extorsionar porque no habría nada que le atara a la situación.

—Las dosis que te administraron fueron mínimas —añadió Cristianno—. A Fabio no le costó controlar el desarrollo del virus en tu organismo.

Fue entonces cuando, tras un análisis, descubrió que yo no era su hija. Debido a ello, empezó a sospechar y decidió realizarse un

examen genético. Por supuesto no se vio compatibilidad, pero no tardó deducir quien podía ser mi familia. Fabio sabía que Leonardo había tenido una aventura amorosa antes de morir y eso fue lo que le llevó a realizar una prueba genética a Enrico.

<<...*Comparten la secuencia de ADN... Materazzi...*>>, recordé las palabras de Fabio escritas en el diario.

—¿Por qué? —Súbitamente, me levanté—. ¿Por qué continuar protegiéndome? ¿Por qué no decirle a los Carusso que ya no podían amenazarle?

La calma y la profunda ternura que mostró el gesto de Cristianno casi pudieron compararse con mi desasosiego y culpabilidad.

—¿Tirarías por la borda seis años de creencias y sentimientos? —Murmuró amable—. Fabio no era así, Kathia. Él ya te quería como una hija. Y tampoco iba a poner en peligro a la única familia que le quedaba a Enrico.

Maldita sea...

—¡Pero no lo era! —Exclamé con un sollozo—. ¡Murió por salvarme!

—¡Murió porque nos quería! —Contraatacó brusco y cordial al mismo tiempo. Mis ojos se deshicieron de un par de lágrimas—. ¡A todos! —Cristianno se acercó a mí y cogió mi rostro entre sus manos—. Porque era leal a sus principios. Aunque sea doloroso, no fue en vano...

Agaché la cabeza y cerré los ojos dejando que Cristianno decidiera que inclinación tomaría mi cuerpo. Me abrazó con la suficiente fuerza como para ahorrarse el decirme: «Estaré contigo hasta el último suspiro de mi vida e incluso después de eso...»

—¿Cómo quieres que me sienta ahora mismo? —Susurré pegada a su cuello.

—Orgullosa de él... —murmuró en mi oído. Y yo me alejé para mirarle.

—Eso ya lo hago, pero no puedo evitar sentirme culpable.

—Kathia... —Borró las pequeñas lágrimas que resbalaban por mi mejilla.

Pero por primera vez aquel gesto me inquietó demasiado.

—Una vez me dijiste que era contagioso —mascullé mirando sus manos—. Si mi organismo contiene el virus, tú... Se ha podido transmitir y...

—No —me detuvo—. Fabio tardó en dar con una ecuación que lo resolviera todo, pero lo consiguió.

—¿Cómo? —Jadeé impresionada por la capacidad de aquel hombre. Que aun sabiendo que no estaba unida a él por sangre, insistió hasta en dejarse la vida en ello.

—Hace unos tres años, Ken dio con un componente...

Concretamente se trataba de una planta endémica que se encontraba en las montañas de Tian Shan, en China. No era una especie que pudiera encontrarse así como así, por eso Ken inició tratos con Wang Xiang. Al ser el mayor farmacéutico de su país disponía de... digamos, métodos para dar con esa planta y extraer lo que se necesitaba.

—Empezaron administrándotelo en dosis pequeñas para evitar una respuesta negativa.

—Pero los Carusso lo descubrieron. —Me gustaba saber que mis pensamientos estaban en perfecta sintonía con Cristianno. Jamás creí que lograría conseguir eso con alguien.

—Por Virginia, exacto —sonrió él, pero duró poco. Se había dado cuenta de mi gesto pensativo.

—¿Hasta cuándo me administraron ese antivirus?

Cristianno suspiró y agachó un poco la cabeza.

—No han dejado de hacerlo —dijo bajito, casi rozando mis labios—. Ken le proporcionó a Enrico las dosis pertinentes.

Me quedé completamente inmóvil, ni siquiera fui capaz de pestañear. Aunque logré tragar saliva y notar el hormigueo en mis extremidades.

Lo recordaba. No todo, pero sí algunos momentos. Aquella noche en el hospital después de haber visto como aquella maldita casa explotaba. Esa misma noche, desperté y vi a Enrico administrándome un medicamento. Creí que era un sedante y me

extrañó que estuviera haciendo el trabajo de una enfermera, pero no le di importancia, tenía cosas más grandes en las que pensar.

También recordaba la noche en que me recogió del río y me llevó a aquel extraño piso...

<<Noté un pinchazo en el brazo...mientras miraba los ojos de...>>

—El cuadro... —pensé en voz alta—. Dijiste que Fabio tenía dos cuadros. Uno porque sabía que Virginia lo robaría...

—Está en Civitavecchia.

—Lo vi —suspiré.

—Lo sé...

Por supuesto que lo sabía. Sabía todos y cada uno de los movimientos que yo había realizado. Excepto uno y el más importante... que Valentino...

Tragué saliva.

—Ahora que todo encaja, me parece que puedo volver a ese maldito laboratorio y salvarle —comenté pensando la última mirada que me regaló Fabio.

Por eso me entregó el pendrive, por eso me habló de aquella manera.

—Todo lo que me contaste aquella noche... —Esa noche en la que descubrí el proyecto Zeus.

—Te conté lo que creía saber en ese momento. —Por tanto él también había sido ajeno—. Todo esto lo descubrí en Londres del mismo modo que tú ahora.

—Enrico me contó que Hannah extorsionó a Fabio. Le dijo que yo no era su hija.

—Fabio no quiso contarle la verdad a Enrico para no herirle. No quería que pensara que su padre traicionó a su mujer y a su mejor amigo.

Hasta ese punto llegaba la honestidad de Fabio Gabbana.

—No sabe nada... —sonreí.

—No. —Cristianno me miró incrédulo—. ¿Y esa risa?

—Sería la primera vez que sé algo que Enrico no sabe. —
Susurré en sus labios.

17

Cristianno

La besé y un instante más tarde se me quedó mirando con una fijeza que pocas veces había visto en ella. Me empujó con suavidad hasta dejarme completamente tumbado en el sofá y a continuación se echó a mi lado. Cada gesto sin dejar de mirarme.

Yo ya sabía que Kathia me amaba, pero cuando lo percibía de aquella manera todo mi universo se detenía y me arrasaba. Todavía me costaba creer que alguien quisiera del mismo modo que yo. Que fuera extraordinariamente recíproco.

Me humedecí los labios, cometiendo el error de apartar mis ojos de ella.

—Cuando regresemos a Roma... —Kathia me detuvo colocando un dedo sobre mis labios. Se había dado cuenta de mis intenciones.

—Shhh... No digas nada... Por favor. —Siseó muy bajito.

No pretendía ponerme a prueba ni retarme. Tan solo quería saberlo todo y poder participar en la creación de una venganza que serviría para ambos. Se había cansado de ser una protagonista que esperaba sentada a que le protegieran. Quería formar parte de la acción porque lo merecía, porque también había sufrido y quería proteger a los suyos. Yo no era nadie para impedírselo, pero...

Pero... Pensamientos y más pensamientos.

Supongo que el egoísmo que a veces provoca un sentimiento, no deja espacio para pensar en los deseos del otro.

Y en realidad tampoco sabía lo que nos esperaba.

—No puedo impedir que tomes tus propias decisiones, ¿no? —
No lo mencioné con rencor, sino queriendo hacer constancia de que no volvería a dejarla a un lado cuando tuviera que decidir cómo actuar. No volvería a pasar por lo ocurrido hacía unas semanas y que mis secretos me alejaran de ella.

Acaricié su rostro.

—Somos un equipo, Cristianno —susurró—. Soy tu compañera, pase lo que pase.

Desde el principio, Kathia siempre me había dejado bien claro que entendía y compartía esa siniestra oscuridad que me rodeaba. Sabía que estaba de sobra dispuesta a caer conmigo por cualquier abismo sin importarle lo profundo que fuera o lo difícil que resultara salir de él, si es que tenía salida. La cuestión era que, si uno de los dos se hundía, el otro le seguiría allá donde fuera, sin reproches ni dudas.

Precisamente esa certeza fue la que me sobrepasó. Estaba acostumbrado a ella, pero no dejaba de asombrarme su convencimiento.

—Me asusta —jadeé cerrando los ojos por un momento.

Kathia besó la punta de mi barbilla antes de volver a hablar.

—¿El qué?

—Quererte de esta manera. —Y me besó muy despacio tras devorarnos con la mirada.

Rodeé su cintura y la atraje un poco más hacia mí. Necesitaba abrazarla. Necesitaba dormir y no sentir el miedo. Y hubiera podido conseguirlo de no haber sido por la vibración de mi móvil.

Al principio creí que se trataba de un mensaje y me lancé como un loco a por el aparato, pero me equivoqué. Aquel número era público y tenía el prefijo romano.

Descolgué dubitativo y me llevé el teléfono a la oreja sabiendo que Kathia me observaba atemorizada.

No hablaría. No diría una maldita palabra. Y si mi interlocutor no respondía en menos de diez segundos, colgaría.

—Cristianno... —La voz de Giovanna arrastró un terrible miedo que me enderezó de golpe.

—¿Qué? —dije en un suspiro contraído. Los dedos de Kathia se enredaron con fuerza a los míos mientras se presionaba la boca con la mano que le quedaba libre.

—No sé qué hacer... No sé qué...

La Carusso ostentaba una posición realmente compleja. Si alguien descubría que ayudaba a un Gabbana, estaba perdida. Si a Valentino se le antojaba tenerla, estaba perdida. Si no actuaba como de costumbre... sospecharían de ella. Enrico no permitiría que le pasara nada, pero aun así...

—Cálmate. —Intenté ser lo más agradable posible—. ¿De qué me estás hablando?

—Mauro... —La oí jadear temblorosamente y casi pude escuchar el atropello de sus pensamientos. Giovanna quería decir algo, cualquier cosa, pero no encontraba la manera y a mí me asombró que mi primo fuera el causante de aquella reacción.

De pronto, recordé sus movimientos en la iglesia. ¿Así que ella había sabido de Mauro desde esa vez? ¿Quizás tenía información exclusiva y quiso ponernos a salvo porque sabía lo que iba a pasar? No tenía idea de la respuesta, pero me daba que Giovanna lo único que pretendía era protegernos.

—Deja de llorar, por favor —Casi supliqué—. Si sigues así tendré que colgar. ¿Giovanna?

De pronto, un extraño jadeo, seguida de un rápido forcejeo. Y después un silencio escalofriantemente tenso.

—¿Giovanna? —La llamé, pero no tuve la sensación de estar hablando con ella. Todas las alarmas de mi cuerpo se dispararon al tiempo en que mi mente comenzaba a intuir lo que ocurría.

—Dime, Gabbana, ¿estás listo? —Esa maldita voz... Llena de insolencia y malicia.

Valentino colgó. Ahora las cosas sí que se habían descontrolado. Ahora sí que todo se había ido a la mierda.

El móvil cayó a mis pies y enseguida lo aplasté con el pie hasta destruirlo. Pero supe que ese gesto no serviría de nada.

Nos habían rastreado.

18

Enrico

Esa noche, en el hotel, no hubo cambio alguno. Mis agentes seguían trabajando en la investigación. Los invitados interrogados iban desalojando. Todo seguía su curso, como si nada de lo que hubiera vivido en las últimas horas hubiera sucedido. Nadie me observaba diferente, nadie me pidió explicaciones por mucho que yo las esperase. De alguna manera, creí que al llegar se desencadenaría todo, pero al parecer todavía me quedaba una alternativa.

Así que pude encerrarme en mi habitación y dar rienda suelta a la presión que sentía. La última vez que noté la vulnerabilidad absoluta apenas era un crío y las llamas engullían a mi hermana mayor sin miramientos. Desde ese día, jamás creí que volvería a sentirme tan atrapado. Pero, si ahora caía, ¿qué me quedaba? La mujer que amaba, mi hijo, mi compañero... Me necesitaban más fuerte que nunca. Debía resistir y buscar una solución.

Me serví una copa de licor, me bebí el contenido de golpe y lo mantuve en la boca unos segundos.

<<*Tengo que arreglar esto...*>>, pensé con los ojos cerrados, notando la desesperación, al tiempo en que Sandro irrumpía de súbito en mi habitación con una expresión vacilante y algo más pálida de lo habitual. Su presencia captó toda mi atención con autoridad.

—¿Qué ha pasado?

—Jefe... —Sandro era demasiado jovial, bromeaba incluso en las situaciones más decisivas. Que se mostrara de esa manera me alertaba—. Hemos registrado una grabación. —Enseguida tragó saliva.

—¿Quién participa?

—Valentino y Giovanna. —Torcí el gesto. Aquella información no era tan extraña, ellos habían sido amantes y la Carusso no podía negarse a estar a solas con él si quería disimular. Pero ahí no quedaba la cosa—. Al parecer el Bianchi la capturó y la llevó a su habitación.

Entrecerré los ojos.

—¿Por qué das tantos rodeos para explicarme lo verdaderamente importante, Sandro?

La tensión aumentó con la repentina llegada de Thiago.

—Enrico. —Dijo a modo de saludo.

—Thiago, ¿qué tiene de importante esa grabación? Más allá de lo evidente. —Mi segundo enseguida comprendió que Sandro todavía no me había dado la información trascendental.

Tragó saliva y puso los brazos en jarras.

—Valentino ha amenazado a Giovanna. Se ha ejecutado una llamada desde un terminal público. —Rogar no me ahorraría escuchar el nombre del interlocutor—. A Cristianno.

Sentí como la sangre dejaba de fluir y como mis ojos, aunque observaban un punto fijo, no eran capaces de ver nada. Toda aquella mierda estaba salpicándome incontrolablemente.

Me mordí el labio con fuerza conforme me acercaba a la cómoda. Notaba una insistencia voraz de destruir algo, de liberar aquella repentina violencia que me consumía. Cogí el primer objeto que tuve al alcance y lo lancé contra la pared.

Que se hiciera añicos casi al instante no me calmó ni un ápice.

—Mierda...

Cristianno y Kathia venían de camino. Podrían aterrizar en un aeropuerto que no fuera romano, pero si habían rastreado el número de Cristianno, por mucho que él se hubiera deshecho del aparato,

Valentino no era tonto y se habría encargado de rastrear el avión. No nos quedaba más remedio que aceptar lo que iba a pasar: nos atacarían a todos al mismo tiempo.

—¿Dónde está Giovanna ahora? —mascullé aun sabiendo la respuesta.

—Continúa en la suite. —comentó Sandro cabizbajo.

Por tanto, Valentino seguramente había convertido a Giovanna en su juguete sexual y las cámaras estarían registrando ese momento. Me pellizqué el entrecejo. No me parecía que el Bianchi deseara desfogar de ese modo, simplemente quería que todos nos diéramos cuenta del control que ostentaba. Nos habían acorralado, gracias a Alessio. Y al mirar a mis compañeros supe que intuían lo mismo que yo.

—Enrico... —Thiago aceptó que mi mirada se clavara intensa en él. Gesto que me mostró todo lo que albergaba su mente. La hostilidad que poco a poco crecía a nuestro alrededor, la fuerza que tomaban las emociones que nos implicaban. Todo. Obstinadamente me sentía hecho una mierda.

—Jefe, deberíamos desalojar el hotel —añadió Sandro y yo enseguida negué con la cabeza.

—No podemos hacerlo. —Sí, era una locura seguir allí, pero no teníamos alternativa—. Saben que Cristianno y Kathia vienen de camino, juntos. Si ahora nos movemos, no podríamos saber que pretenden y además pondríamos en riesgo a todo el mundo.

Permanecer en el hotel el mayor tiempo posible era la única alternativa de salvaguardar la evacuación de mi familia y el regreso de mi hermana y Cristianno. Pero a Thiago no le pareció buena idea y entendía por qué. Él estaba empeñado en protegerme, sabía que ahora mismo mi cabeza era la que más peligro corría, incluso por encima de Kathia.

Me miró con violencia y dio un paso al frente señalándome con el dedo.

—Angelo ha empezado a sospechar de ti, Enrico —masculló.

—Lo sé, pero todavía se resiste. —El Carusso no quería convertirme en su enemigo—. Todavía puedo...

—¿No te das cuenta de que puedes morir?! —me gritó como nunca antes lo había hecho y eso me dejó completamente desmarcado. Vi en sus ojos todo el miedo que de pronto le atormentaba.

Súbitamente, la puerta de la suite volvió a abrirse y esa vez apareció alguien que ninguno de los tres queríamos ver en ese momento. Angelo entró con el carisma inquisitivo que le definía y nos observó arrogante.

—Buenas noches, caballeros —dijo mostrándose demasiado accesible. Aquello era su estrategia, venía a darme una alternativa—. Es tarde para una reunión, ¿ha ocurrido algo?

Thiago fue el primero en hablar.

—Señor Carusso, simplemente comentábamos las novedades.

—Hemos rastreado a Kathia —le interrumpí sin pensar demasiado.

Si estaba allí era porque sabía lo ocurrido, seguramente incluso lo había visto. Andarse con mentiras nos hubiera complicado más las cosas. Pero al parecer mis compañeros no pensaron tan rápido como yo, y empalidecieron.

—¡Vaya! —exclamó Angelo, fingiendo alegría—. ¡Es una gran noticia! Algo me han comentado mis hombres.

Ahí estaba la confirmación. Después de todo había hecho bien en ser el primero en mencionarlo.

Volví a servirme una copa y continué con mi papel de cabrón sin escrúpulos.

—Estábamos organizando un dispositivo —le hice saber.

—Eficaz, como siempre —murmuró él y miró a Sandro y Thiago—. ¿Nos dejan un momento, chicos?

—Por supuesto. —Sandro no puso objeción porque supo que era una pérdida de tiempo, pero Thiago...

—Claro. —Se le quedó mirando como si fuera un insecto.

En cuanto salieron de la habitación, reinó un silencio que enseguida me encargué de convertir en algo cómodo, como siempre. Si Angelo percibía el odio descontrolado que le profesaba en aquel momento...

—Te noto extraño, ¿estás bien? —Trivial, algo raro en él.

Estaba empezando a molestarme que no fuera claro conmigo. Si iba a matarme, prefería que lo hiciera de inmediato. Si es que podía.

—Simplemente algo cansado —confesé y le miré por encima del hombro antes de entregarle una copa.

Le insté en silencio y con disimulo a que hablara de una maldita vez.

—¿Por qué me has mentido? —Quiso saber tras darle un sorbo a su copa.

—¿Por qué lo has hecho tú?

—Oh, vamos, Enrico. No te he mentido con respecto a Mauro, simplemente te he ahorrado trabajo. En cambio tú no has dejado de hacerlo.

Sabía por dónde iba, sabía que pretendía meter a Sarah en la conversación.

—Yo también hacia mi trabajo —admití pero él no se dio cuenta del verdadero contexto de mis palabras.

—Fingiendo la muerte de alguien que pedí que eliminaran —espetó—. ¿Quién es ella? ¿Te ha robado el corazón? A mí puedes contármelo.

—¿Qué quieres, Angelo? —Le clavé una mirada impertérrita que aflojó toda su suspicacia.

Le tenía en mis manos, él no quería verme como un traidor. Y eso me fascinó porque podía utilizarlo a mi favor.

—Todavía tienes una alternativa, Enrico. —Casi susurró y en cierto modo noté el lamento en su voz—. Únete a mí. No quiero verte morir. —No mentía.

Me acerqué un poco más a él.

—Aún no lo has entendido, ¿verdad? —Jamás me uniría al monstruo que asesinó a mi familia y era capaz de destruir cualquier

cosa que yo amara.

Angelo parecía desolado. Se acercó a la mesa del mini bar, soltó el vaso y me miró como quien pierde un hijo. Después se acercó a la puerta.

—Dejaré que descanses. —Y se fue.

Aunque hubiera parecido triste y decepcionado, en ese instante, Angelo Carusso me declaró la guerra y ya no había vuelta atrás. Así que escaparía a primera hora de la mañana con todo mi equipo. Y Giovanna.

Pero antes...

Cogí mi móvil y busqué el número del Gabbana más adecuado para hacer el trabajo que tenía en mente.

Descolgó.

—Diego, necesito tu ayuda.

19

Cristianno

Kathia se quedó mirando la hebilla del chaleco antibalas que acababa de colocarle como si mis dedos y aquella prenda fueran a quemarle. No quería demostrarme lo asustada que estaba, por eso no preguntó y optó por tragarse su miedo. No podíamos descartar que Valentino hubiera rastreado nuestro avión y supiera exactamente donde aterrizaría. Lo que no nos libraría de una bienvenida en el aeródromo.

—Ken, no bajaréis del avión hasta que yo verifique la salida —comenté de nuevo. Habíamos repasado esa estrategia un centenar de veces y es que el japonés no estaba acostumbrado a ese tipo de mafia—. Y en caso de que surjan contratiempos...

—...Intentaremos buscar el cobijo más próximo al avión —me interrumpió—. No te preocupes, lo tengo claro.

Seis horas habían sido demasiado tiempo. Nos habíamos agobiado, carcomido, precipitado y derrumbado de todas las formas posibles.

—De acuerdo. —Asentí y cogí un arma del maletín que habíamos dispuesto sobre la mesa—. Toma. —Se la entregué a Kathia y ella la aceptó capturándola con mucho más control del que hubiera imaginado—. Solo por si acaso, no cometas locuras —Le advertí profundamente seguro de lo capaz que sería de arriesgarse si yo estaba en peligro.

—Está bien —murmuró sin más.

—¿No me contradices?

—¿Serviría de algo?

No, no serviría. Así como tampoco serviría de mucho insistirle en que se escondiera.

Kathia desvió la mirada al comprender que estaba estudiándola. Era muy lista, y me cagó de miedo que tuviéramos objetivos muy distintos.

Me propuse enfrentarla, advertirle y hasta incluso amenazarla. Pero la azafata interrumpió mostrándose nerviosa. Ella también se había colocado un chaleco.

—Señor Gabbana, vamos a aterrizar —me advirtió y vi en su mirada que la visita de nuestros enemigos ya era un hecho.

—De acuerdo —afirmé y tomé asiento junto a Kathia. Miré al frente mientras mis dedos se enroscaban a los suyos—. Por favor... —Intenté suplicarle, pero ella siquiera me dejó terminar.

—Solo si no estás en peligro, ya lo sabes. —Respondió a mis pensamientos de una forma inquisitiva, demasiado mafiosa—. Ahora ódiame si quieres.

—Lo hago, no sabes cuánto —gruñí.

—Me alegra.

De haber podido, la habría encerrado y amordazado si hubiera sido necesario. Pero pensar en ello, al tiempo en que las ruedas tocaban tierra firme, era una pérdida de tiempo. La suerte ya estaba echada.

Enrico

El sol siquiera rallaba el horizonte cuando terminé de cargar mi arma y ajustarme los puños de mi chaqueta. Miré al cielo desde los ventanales. A mi izquierda, sobre la mesa: una botella de licor medio vacía, un vaso sin hielo y un cenicero lleno de colillas eran las señales de un hombre que no había dormido en toda la noche, preparándose para el peor de los escenarios.

—Enrico. —La voz de Thiago en mi oído, colándose en mis entrañas—. Seis en punto. —Era la hora de convertirnos en parias. En los hombres más buscados de Roma.

Apreté los dientes. Estaba preparado.

—Salimos todos, ¿entendido? No quiero heroicidades — comenté endiabladamente frío.

Habíamos abierto un canal de comunicación codificado al que solo podía acceder una selección reducida de mis hombres al no estar seguros de cuantos podían traicionarnos. Eso nos daba una ventaja de una hora como máximo, el tiempo preciso para que Cristianno y Kathia aterrizaran y pudiéramos unirnos al protocolo de evacuación Prima Porta.

—De acuerdo. —A Thiago le costó hablar. Él no estaba del todo seguro de poder abandonar el hotel, pero también sabía que no me iría sin él—. En dos grupos. Dos salidas.

—Bien.

Salí de la habitación. El pasillo estaba desierto lo que me beneficiaba a la hora de moverme e ir en busca de Giovanna. Ella había pasado la noche en la suite nupcial, con Valentino, y al parecer no se había movido. En cierto modo me preocupaba, no estaba seguro de lo que el Bianchi había hecho con ella. La última imagen que habían registrado las cámaras era la de una Giovanna que se había arrodillado ante la pelvis de Valentino con los ojos llorosos. Tras eso, una visión estática de la habitación. Nada más.

Subí al último piso. Tenía vía libre dado que Valentino no estaba allí, así que franqueé la puerta. Al principio, no noté nada raro. Hasta que, conforme me adentraba, descubrí a Giovanna atada de pies y manos y amordazada en un rincón junto a la cama. Quizás fue frívolo sentir alivio al verla con la ropa puesta.

Me acuclillé al tiempo en que ella comenzaba a jadear y a mirarme con los ojos desencajados. Había llorado, surcos de lágrimas se había secado en sus mejillas enrojecidas. Le desprendí de la cinta de la boca y me concentré en desatarla.

—¿Estás bien? —Pregunté precipitado, entre susurros—. ¿Te ha hecho daño?

—Enrico... —sollozó ella.

Que sintiera esos deseos de encontrar refugio en mí, hizo que me acordara de lo indefensa que estaba, de su soledad. Su hermano, su madre, nadie se había preocupado por ella. En aquel momento solo me tenía a mí. Sentí aún más ganas de protegerla porque esa chica lo merecía; Giovanna se había ganado muchas cosas en aquellas últimas semanas.

—Contéstame —la insté tras acariciarle la mejilla. Desaté sus brazos.

—No... —admitió para mi calma—. Solo me obligó a... —Cerré los ojos. Obligarla a una felación era casi más humillante y cruel que violarla.

—Tranquila. —Desaté sus pies y permití que me abrazara—. Giovanna, tienes que hacer todo lo que yo diga. —Le dije al oído, rodeando su cuerpo con mis brazos—. Si te digo que corras, tú obedecerás, si te digo que te agaches, lo harás. No preguntes, no hagas nada más, ¿me has oído?

Me miró agradecida; podría haberme ido sin ella y, sin embargo, estaba allí.

—Vale... —Otro sollozo—. Enrico, ¿Mauro está bien?

—No pienses en eso ahora mismo. Tenemos que salir de aquí. —Me puse en pie y la insté a hacer lo mismo.

—¿Y Cristianno...? Valentino me obligó a llamarle, me obligó a...

—Lo sé, Giovanna. Cálmate. Vamos.

Salimos de la habitación justo cuando la luz del ascensor se encendía y emitía un pitido. Las puertas empezaron a abrirse.

Teníamos visita y esta no nos permitiría abandonar tan fácilmente.

20

Cristianno

Eché un vistazo por la ventanilla.

—He contado diecinueve —dijo Ken, que desde su lugar tenía más perspectiva.

Diecinueve hombres. Por el momento. Si no era cuidadoso, nos masacrarían.

—Te quiero —susurró Kathia de súbito.

La miré sorprendido, enfadado por el modo en que me lo había dicho. No quería su amor en ese momento, no de aquella manera, joder.

—No te despidas de mí —gruñí y apreté un poco más su mano.

No estaba dispuesto a dejarle pensar en que aquel sería nuestro final. Todavía tenía que casarme con ella, ser padre, abuelos, envejecer juntos.

El avión se detuvo lentamente. Mentiría si dijera que una parte de mí no deseaba continuar entre las nubes, pero no bajar de allí sería poner en peligro a todos. La cúpula Carusso y Bianchi quería mi cabeza, y la de Kathia. Si no la lograba, empezarían a caer los míos.

Me desabroché el cinturón, me levanté de mi asiento y me dirigí a la puerta. En el proceso, no miré a Kathia, no quería ver el miedo a perderme reflejado en sus pupilas. Me preparé para lo que se nos venía encima sin haberle dicho una vez más lo profundamente enamorado que estaba de ella.

La puerta se abrió. En efecto, diecinueve hombres esperaban allí, apoyados en sus vehículos con las armas a la vista. Amanecía lentamente y se empezaron a formar las primeras sombras de luz. Las siluetas de aquellos esbirros se alargaban en el suelo y se entremezclaban.

Bajé un escalón. Supe que Kathia contenía un jadeo, pero insistí en ignorarla. Al continuar bajando, me pavoneé del asombro de algunos de aquellos tipos al verme. Días antes, nadie allí hubiera esperado que yo continuara con vida.

—¡Vaya, vaya! —Exclamó uno de ellos, quizás el cabecilla, dando palmas de fingida alegría. No vi a Valentino por ninguna parte—. Cristianno Gabbana ha vuelto de entre los muertos. Qué interesante.

Sonreí a la par que torcía el gesto. Acababa de reconocer que tal vez no estaba tan solo como creía. Entre aquellos hombres, había varios que trabajaban codo con codo para Enrico. Por tanto apelé a la lealtad. Quizás podíamos tener una oportunidad.

Toqué el suelo.

—Lo interesante es descubrir que vuestro principito no ha tenido cojones a venir. ¿Acaso me tiene miedo? —A los hombres del Bianchi les enervó mi comentario y enseguida empuñaron sus armas. El resto de esbirros dudaron un poco más, pero nadie allí se dio cuenta, excepto yo—. ¡Oh! ¿Ya vamos a pasar a esa parte?

Levanté las manos fingiendo temor cuando lo que realmente me preocupaba era que Kathia estuviera viendo todo aquello.

—¿Dónde está Kathia? —Preguntó de nuevo el cabecilla—. Sabemos que está contigo. —Claro que lo sabían. Y ciertamente no tardaron en verla.

Kathia envió a la mierda todos mis ruegos en cuanto decidió empezar a bajar las escaleras. Lo supe porque la mirada de todos ellos se dilató al verla. Ni siquiera al principio, cuando me ponía tan nervioso, la había odiado tanto como en ese momento.

Con toda la chulería de la que disponía (que era demasiada), se colocó delante de mí y alzó el mentón.

—Atrévete. —Arrogante, retando con frialdad al esbirro principal.

No le intimidó en absoluto tener una pistola a menos de dos metros apuntándole a la cabeza.

—Niñata, ¿crees que no lo haré? —gruñó el tipo, y yo apreté los puños y los dientes y me eché un poco hacia delante.

Mi pecho tocó la espalda de Kathia y ella sonrió mirándome de soslayo.

—Así es —dijo ella, impertérrita, tragándose todo el miedo que pudiera estar sintiendo.

De pronto, dejé de mirar y agaché un poco la cabeza. Sus dedos me habían llamado la atención. En la parte baja de su espalda, estaba la pistola que le había entregado. Se hizo con ella y cogió aire. No sé si pretendía avisarme de sus intenciones, pero yo lo tomé así y cogí mi arma justo cuando ella empuñaba la suya.

Disparó al esbirro sin tan siquiera darle opción a pensar.

Enrico

Valentino sonrió al ver como empujaba con disimulo a Giovanna tras de mí mientras le clavaba una mirada fija. Me gustó que entendiera que no tenía miedo, que no podía enfrentarse a mí si no era con compañía. Claro está que él desconocía que dos de sus siete hombres eran agentes de mi confianza. Sandro y Gio me miraron, cómplices.

—Enrico Materazzi —canturreó mi enemigo.

—Valentino Bianchi —repuse con una tibieza que incluso a mí me trastornó—. Me sorprende lo madrugador que eres.

Mi trivialidad desquició la calma con la que Valentino quería llevar la situación. Principalmente porque era un gran amante del terror sugestivo, le gustaba jugar con el sentido común de la gente. Pero olvidaba que su oponente era mucho más resistente que él.

No le tenía miedo. No porque la situación no lo mereciera, sino porque, incomprensiblemente, no me nacía.

Valentino chasqueó la lengua y torció un poco el gesto.

—A mí en cambio me sorprende lo bien que has mentido. Debo decir que, aunque nunca me gustaste, siempre creí que podía confiar en ti. —Me miró, fingiendo que se estaba divirtiendo; ambos sabíamos que la seguridad en sí mismo que mostraba ante mí era pura basura—. Pero al parecer mis instintos no estaban tan equivocados.

—Te felicito. —Asentí con la cabeza. Me habría puesto a aplaudirle si Giovanna no hubiera temblando de miedo—. Ahora resulta que eres bastante perspicaz.

Un comentario que molestó al Bianchi.

—Por eso ya sabes lo que viene a continuación —gruñó—. Nosotros te cogemos, tú nos dices todo lo que sabes y mueres rápido. Es sencillo y te ahorras dolor.

Alcé las cejas.

—Es tentador, pero te olvidas de mis posibilidades y recursos.

—¿Los tienes? —Una sonrisa cruel.

—Voy a volar la puta planta, Enrico —dijo Thiago a través del dispositivo de mi oreja. Gio y Sandro también pudieron escucharle y se cuadraron de hombros. Nos iba a tocar correr—. Así que más te vale estar cerca de las escaleras de emergencia. Chicos, atentos. Inicio en cinco...

Cuatro...

Tres...

—Tengo entendido que Kathia está con Cristianno y que vienen de camino. —Valentino optó por atacar mi punto débil—. ¿Te haría cambiar de parecer la bienvenida especial que les han preparado mis hombres?

Dos...

—Qué necio eres. —Esa vez fui yo quien sonrió.

Uno...

—Puede...

Cero.

Empujé a Giovanna hacia atrás al tiempo en que veía como las puertas del ascensor se volvían a abrir y Gio y Sandro echaban a correr.

Una pequeña bomba temporizada estalló con violencia al tiempo en que yo abría la puerta de las escaleras de emergencia arrastrando a Giovanna hacia su interior. Ambos caímos rodando hasta el siguiente rellano. Pude librar a Giovanna de un golpe en la cabeza aferrándome a ella con fuerza. Impactó sobre mi pecho.

No había sido una explosión aniquiladora, sino más bien desconcertante e hiriente que solo pretendía darnos la oportunidad de salir de allí. Por eso no me sorprendió que al incorporarme dos esbirros empezaran a dispararnos.

Giovanna gritó y yo la apegué contra mí.

—¡Agáchate! —La empujé—. ¡¡¡Corre, vamos, vamos, vamos!!! —Y empezamos a bajar las escaleras a toda prisa mientras echaba mano a mi pistola.

Disparé. Al principio lo hice sin mirar, sin detenerme a evaluar el trayecto de mis balas. Pero dos pisos más abajo, me detuve y apunté con autoridad eliminando a esos dos tipos antes de que varios más se unieran en la siguiente planta. Cogí a Giovanna, la empujé contra la pared y cargué mi arma. Ella jadeaba mientras las lágrimas de terror se le escapaban sin control. No podía evitarlo, ella no estaba acostumbrada a todo aquello.

Volví a disparar conforme los esbirros subían.

—¡Necesito refuerzos entre las plantas tres y dos! —grité. Pero nuestra integridad no era lo único que me preocupaba—. ¡Sandro, Gio!

—¡Estamos bien, jefe! —Dijo el primero—. ¡Evacuando por el ala este!

—¡Preveníós en planta principal! —Gritó Thiago, dándole órdenes a otros de nuestros hombres—. ¡Grupos desorientados!

Desde el auricular, todo aquel jaleo de voces en grito y tiros me advirtió que sería casi imposible salir del hotel con vida. Mis grupos se habían dividido debido al repentino ataque, todo el vestíbulo se

había convertido en una batalla campal. Y nadie aseguraba que aquello pudiera darnos una oportunidad.

Kathia

Vi como la cabeza de aquel tipo se partía en dos un instante antes de que Cristianno también disparara. Eso era lo que más me fascinaba de nuestra relación, que aunque estuviéramos contradiciéndonos, no dejábamos que nos influyera en situaciones como aquella.

Diego fue el primero en aparecer. Se cargó a tres, seguido de Alex y Eric y el grupo de agentes de Enrico infiltrados entre los esbirros. Fue la emboscada perfecta y me sentí jactanciosa. Contra todo pronóstico, salimos de esa.

Me acuclillé y cogí aire cuando todo terminó. Cristianno también estaba recuperándose. No porque estuviera cansado sino porque había temido al verme intervenir y también le había impresionado la presencia de su hermano mayor. Esté le tocó la cabeza y Alex le dio un palmetazo en el hombro a modo de saludo mientras Eric se acercaba a mí y me abrazaba.

Aun así, Cristianno no pudo dejar de mirarme como si quisiera descuartizarme allí mismo.

—¡Te dije que no bajaras del avión! —Me gritó.

—¡Desde tu perspectiva no podías verlos, joder! —Le atacé señalando a los chicos.

Ciertamente así era. Les había visto desde la ventanilla del avión, aguardando el mejor momento para intervenir, comunicándose a través de señales con algunos de los esbirros que parecían en nuestra contra.

Cristianno miró a su hermano y se apoyó en su hombro.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó.

—Enrico nos avisó antes de cortar comunicaciones —explicó Diego evitando cruzar la mirada conmigo. Lo que me indicó el

peligro de la situación.

—¿Está incomunicado? —Me precipité hacia ellos recibiendo un silencio muy esclarecedor.

—Joder —farfulló uno de los agentes.

Al mirarle, descubrí el asombro de su rostro y la fuerza con la que se estaba presionando el pinganillo de la oreja. Algo no iba bien.

—¿Qué pasa? —A diferencia de mí, Cristianno supo preguntar. Él sabía manejar el miedo mucho mejor que yo.

—Tenemos problemas —explicó el hombre—. El jefe y el resto de nuestro equipo están en peligro.

Me quedé sin aliento y casi que hubiera preferido que así continuara siendo porque, cuando regresó, se me amontonó en la boca. Me llevé las manos a la cabeza y me obligué a menguar el repentino temblor que se me había instalado en las piernas. Quería echar a correr, quería ir lo antes posible hasta mi hermano.

—Dios mío... —jadeé y entonces Cristianno me miró. Esos segundos que permanecemos el uno perdido en la mirada del otro, cambiaron el curso de las cosas.

—¡Organizaos! —gritó—. Tenemos que sacarle de allí. —Después señaló a dos de los esbirros más jóvenes—. Vosotros, encargaos de Ken Takahashi.

Echamos a correr hacía uno de los coches y tomé asiento junto al conductor al tiempo en que Cristianno arrancaba y trasteaba la emisora. Sabía que aquel era un coche oficial y tendría conexión con la red de transmisores de todos nuestros hombres. Podríamos escuchar que mierda estaba pasando en el hotel.

—No deberías venir... —espetó muy bajito.

—¿Vamos a discutir sobre eso ahora?

No, ninguno de los dos lo queríamos. Así que aceleró y pusimos rumbo a Enrico endiabladamente rápido.

21

Cristianno

Fuera lo que fuese que nos deparara nuestra llegada al hotel, no tenía buena pinta. Había conectado el transmisor y pudimos escuchar todo lo que Enrico y sus hombres se estaban diciendo conforme me metía en el distrito de Rioni i Monti, a unas pocas calles de la Piazza della Repubblica.

Se había desatado un tiroteo, que por el sonido atronador, deduje que comenzaba a descontrolarse. Kathia clavaba sus dedos en los muslos y contenía un temblor con cada disparo que sonaba. Cogí una de sus manos y la apreté con fuerza.

—¡Han tomado la salida principal! —gritó alguien, creo que fue Thiago. No estaba seguro. Pero esa vez Kathia no pudo controlarse y se estremeció con violencia.

—Mierda... —jadeó sin aliento y yo apreté el volante y los dientes notando un remolino de adrenalina envenenando mi sangre.

Quizá si Kathia no hubiera estado allí conmigo, lo habría notado de otra manera. De un modo mucho más abierto e intolerable, pero en esa ocasión temía y el miedo no era buen compañero, joder.

Por eso me mentalicé y me dije a mí mismo que debía adaptarme. Que si era tan bueno como realmente era, tenía que demostrarlo en situaciones límite como aquellas.

—No va a morir, Kathia.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque no voy a dejar que eso pase. —Estaba dispuesto incluso a cambiar mi vida por la de él.

Giré por la Vía Luigi Einaudi. Ya veía el hotel y el pequeño tumulto de gente que se había empezado a congregarse en la Plaza. La prensa había sido alertada

—¡Diego, a cien metros! ¡Voy a entrar! —Grité—. Ponte el cinturón —le dije a Kathia.

—Te sigo, veinte metros —aseguró mi hermano. Vi su furgoneta reflejada en el retrovisor, acompañada de dos vehículos más y las motos de Alex y Eric—. ¡¿Qué vas a hacer?!

Esquivé a varios coches. Alcancé los más de cien km/h.

—Ahora lo verás. —Casi lo mencioné como si estuviera hablándome a mí mismo. Probablemente por eso Diego no insistió—. ¡Agárrate! —Le advertí a Kathia y después volví a dirigirme al grupo que nos seguía—. ¡Activad audio!

—¡Hecho! —dijo uno de ellos. Ahora podría hablar con mi gente del hotel.

—¡Enrico, despeja a tus hombres de la entrada! —Grité al tiempo en que una oleada de disparos distorsionaba los altavoces—. ¡Entraré, así que estate preparado!

—¡De acuerdo! —Él me había entendido. Se había dado cuenta de lo que quería hacer y de que no había tiempo para persuadirme. No teníamos alternativa si quería sacar a mi hermano de allí, a Giovanna, a todos los hombres que pudiera. Solo teníamos una oportunidad.

—¿Lista? —Kathia contuvo el aliento.

—Por supuesto. —Y lo estaba.

Estrellé el coche contra los ventanales de la entrada de hotel.

Fui como una bomba de cristales.

Kathia

Me estampé con violencia contra el airbag al tiempo en que notaba como un doloroso calor me atravesaba el pecho y recorría las piernas. Hubiera querido poder ver a Cristianno y analizar su estado; de hecho fue lo único en lo que pude pensar mientras nos estrellábamos. Pero aquella masa blanca acolchada no me lo permitió. Hasta que se desinfló de súbito.

Vi a Cristianno con un cuchillo en la mano. Se acercó a mí, introdujo la hoja afilada entre mi pecho y el cinturón y lo rasgó con un movimiento brusco y eficaz. Después me cogió del cuello y me obligó a agacharme tanto que terminé metida en el hueco entre el asiento y la guantera. La carrocería comenzó a vibrar a causa de los disparos, salir del coche era una maldita locura si queríamos evitar terminar como un colador.

—¡Enrico, posición! —gritó Cristianno la luna del coche terminaba de hacerse añicos y caía en forma de lluvia sobre su espalda.

—¡Quince metros a tu derecha! —Respondió mi hermano y tuve la inclinación de mirar hacia el lugar. Pero Cristianno me tenía bien sujeta.

—¡En perspectiva! —Diego y el resto su equipo terminó de incorporarse detrás de nosotros.

—¡Salgo del vehículo! ¡Fuego a discreción! —ordenó Cristianno a voz en grito. Tras eso, la intensa actividad del enemigo se vio repelida por nuestros compañeros. No escatimaron en violencia ni habilidad.

Cristianno saltó fuera del coche y echó a correr disparando a todo el que veía mientras se resguardaba tras los obstáculos que iba encontrándose. Entretanto, capturé mi arma del chaleco y me incorporé un poco inspeccionando el lugar antes de optar por trasladarme a los asientos traseros. No nos habíamos contado nuestras responsabilidades, pero conocía a mi hombre y sabía que esperaba de mí.

Abrí la puerta trasera con cuidado. En cuanto Enrico y Giovanna llegaran saldríamos de allí cagando leches, así que no tendrían

tiempo de pararse a abrir puertas y acomodarse.

Un esbirro, que estaba tirado en el suelo, me vio y me apuntó con su arma. Le eliminé antes de que pudiera responder. Y después, tras la nube de polvo que se había originado, pude ver cómo Cristianno caía con Giovanna.

Enrico

Empujé a Giovanna hacia los brazos de Cristianno sabiendo que ambos caerían al suelo. De ese modo tuve tiempo de cargarme a los dos perseguidores de mi hermano postizo.

Cogí a la Carusso de la cinturilla de su pantalón y la insté a caminar agachada mientras Cristianno protegía mi parte descubierta. Iba a ser muy difícil abandonar el hotel, pero ya no lo veía tan imposible como hacía unos minutos.

Hubiera preferido que Kathia y Cristianno no estuvieran allí, pero, de haber estado en su posición, seguramente yo habría hecho lo mismo. Éramos así de intrépidos y leales.

—¡Grupo uno fuera! —Dijo Thiago, lo que significaba que él y varios de nuestros hombre asignados a su equipo ya estaban listos para salir—. ¡Grupo dos fuera! —Añadió Sandro—. ¡Ruta norte! —Ellos saldrían por atrás.

Giovanna resbaló y volvió a caer al suelo justo cuando nos alcanzaba una oleada de tiros. Empujé a Cristianno, viéndome obligado a esconderme a unos metros de ellos, mucho más cerca del coche de lo que esperaba.

—¡Enrico! —gritó Kathia al verme tras disparar a varios tipos. Me estremeció, no esperé que hubiera gestado una valentía tan arrolladora. Se le notaba poco experimentada, pero profundamente decidida—. ¡Tienes que subir!

E iba a hacerlo, pero antes miré a Cristianno. Se había colocado sobre Giovanna y paliaba los disparos como podía. Me acucillé,

cargué el arma e inicié una ofensiva para darle tiempo a que salieran de aquel hueco.

Cristianno se dio cuenta de mis intenciones y comenzó a arrastrarse con Giovanna. No tardaron en llegar hasta mí. Fue entonces cuando salí corriendo, me coloqué ante el volante y arranqué el vehículo. Al principio no creí que fuera a funcionar, pero lo hacía y con bastante energía.

Capturé el brazo de Giovanna y la empujé dentro al tiempo en que Kathia se aferraba a la sisa del chaleco de Cristianno y tiraba de él.

—¡Abandonamos! —grité.

22

Cristianno

Enrico aceleró con violencia.

Arrasó con lo poco que quedaba de la entrada y también con algún que otro retrovisor de los vehículos que pasaban por allí hasta que logró enderezar el coche por la Via Diocleziano.

No hacía falta ser muy listo para saber que nos seguían y que las órdenes de aquellos esbirros eran realmente específicas: eliminarnos a todos, excepto a Kathia.

Pero mientras el dispositivo enemigo se organizaba, gocé de unos minutos para luchar contras las repentinas ganas de perderme en Kathia. Haber salido de aquel maldito hotel no nos aseguraba nada, pero ahora me valía con tener a Enrico a salvo, a mis compañeros cerca y a ella a mi lado. Sentía su corazón acelerado pegado a mi espalda y eso ya era la mejor de las recompensas.

Me di la vuelta sin deshacer el abrazo y capturé su rostro entre mis manos. Deseé con todas mis fuerzas que todo terminara cuanto antes para poder besarla hasta perder la razón.

—¿Estás herida? —jadeé investigando su cuerpo con una rápida ojeada. No había tenido tiempo de ver si había sufrido alguna lesión tras recibir el impacto. Había sido obligado a poner en juego la integridad de los míos por culpa de las ambiciones de otros.

Le eché una ojeada a Giovanna, pero ella estaba cabizbaja y no dejaba de sollozar.

—¿Y tú? —preguntó Kathia examinando mi cuerpo.

Estaba asustada. Realmente ella nunca había vivido algo así a mi lado, pero tampoco le costó deducir que aquello no había hecho más que empezar y la necesitaría valiente.

Resoplé una triste sonrisa y le di un rápido beso en los labios antes de que el tono de una llamada inundara el interior de aquel coche sin cristales.

—Cambiano a línea segura. —Enrico fue listo al llamar a Valerio—. Servidor localizado —dijo mi hermano desconcertado un poco a Giovanna y Kathia.

—Pues ahora sácame de Esquilino, Valerio. Tenemos compañía. —Le vi apretar el volante con las dos manos antes de notar como el coche aumentaba la velocidad por la Piazza Vittorio Emanuele II. Y es que teníamos un Mercedes casi pegado al trasero.

—Dirígete a la puerta Maggiore y coge Prenestina —clamó Valerio algo asfixiado. Señal de que estaban evacuando el edificio Gabbana.

Apreté los dientes. Mi abuelo era demasiado mayor para huir, mi padre siquiera podía hacerlo como requería la situación debido a su pierna y Alessio... No tenía ni puñetera idea de cómo reaccionaría mi tío o qué demonios haría. Lo que me llevaba a pensar que la evacuación del edificio debía de estar siendo un tanto compleja para Valerio y nuestro jefe de seguridad, Emilio. Sin contar con que al mismo tiempo debían evacuar a nuestros aliados: las familias Ferro, Albori y de Rossi.

—Recibiréis refuerzos en la autovía A-24 —añadió Valerio.

—Situación de la autovía. —Quise saber. Lo que menos nos convenía era el tráfico de civiles.

—Despejado.

Enrico miró a Giovanna y esta se hizo incluso más pequeña en su asiento. Pude haberme fijado más en la reacción de la Carusso, pero me perdí en los pensamientos de mi hermano postizo. Aquella mirada estaba cavilando en demasiadas cosas: como lo complicado que sería defenderse dentro de un coche que era un objetivo principal. Aunque lo que seguramente más le preocupaba era que

ahora ya no podría actuar con libertad porque era un traidor declarado. Habían estado a punto de matarle, joder.

—Abre la guantera y coge los cargadores que haya —le ordenó a Giovanna que obedeció con manos temblorosas—. Kathia, cógelos y dispara a todo aquel que nos siga.

Al ver cómo se observaban, me sentí tremendamente estúpido. Aquella simbiosis que surgía cuando estaban juntos debería haberme alertado del vínculo que compartían mucho antes.

Kathia cogió varios cargadores que Giovanna le entregó. El ruido que provocó entre sus dedos al cargar el arma me hizo apretar los dientes y experimentar una emoción de lo más ambigua.

Cogí su mano y enredé mis dedos con los suyos.

—Te recomiendo que te agaches y no digas ni una palabra —le aconsejó Enrico a Giovanna. Esta enseguida se acuclilló en el hueco del salpicadero y nos miró a Kathia y a mí con una súplica en los ojos.

Aquel maldito Mercedes se nos acercaba demasiado. Via Prenestina contaba con algo de tráfico. No demasiado denso, pero el suficiente como para entorpecernos.

—Enrico... —Le alerté sabiendo que comprendería mis intenciones.

—Bien. ¡Agarraos!

Sostuve a Kathia antes de que su hermano pisara el freno. Llevó a cabo la maniobra de un modo tan gobernado que tuve ganas de gritar de la euforia. Fue en ese instante cuando me reencontré con mi típico gusto por la pelea.

Enrico aceleró rápidamente para así evitar la colisión completa. El morro de aquel coche nos embistió un poco, pero reaccionó a tiempo y salimos de allí sabiendo que aquella artimaña nos daría unos minutos de desahogo.

—Situación, Cristianno. —La bendita voz de Alex se expandió por el altavoz y por poco me fascina. Y no fui el único en sentirlo.

Kathia miró de reojo por su ventanilla. Se había dado cuenta de que nos seguían más vehículos por la otra calle.

—Portonaccio —respondí.

—Te seguimos —dijo Eric.

Disparos.

—¡Oh, joder! —Gritó Kathia antes de que yo la obligara a agacharse. La cubrí con uno de mis brazos mientras los cristales de la luna trasera caían sobre nosotros.

—Número aproximado, chicos. —Nos exigió Alex.

Me sorprendió ver como Enrico tenía una de sus manos obligando a Giovanna a mantener la cabeza gacha.

Miré por mi ventanilla mientras me sacudía los cristales, cogí el cargador que Kathia me entregaba, lo armé y me asomé para disparar.

—Nueve coches. —De momento...—. Unos veintidós hombres aproximadamente. —Explicó Enrico.

Entramos en la autovía.

—Me incorporo. —No esperaba que Diego ya estuviera allí e iniciara su participación de aquella manera—. Voy tras cuatro SUV negros.

Él cerraba aquella persecución. Una reacción muy inteligente.

Un nuevo disparo. Pero esta vez fue Kathia quien lo produjo.

Kathia

No nos daban tregua. Teníamos demasiados enemigos. Y cualquiera de las decisiones que tomáramos traería consecuencias.

Me sentí insignificante.

Y sabía que no era el momento para tener ese tipo de sentimientos fustigadores, pero no pude evitarlo.

La cruel realidad se imponía.

Siempre había creído que podría encontrar una solución, que podríamos librarnos de todo aquello y salir indemnes, pero, llegados a ese punto, ya no estaba segura de nada. Cada pensamiento

parecía dibujar un destino diferente, pero con un mismo final: la muerte.

Sin embargo...

<<*Sigo creyéndome insumisa.*>>

Después me obligué a sentir esa certeza que nacía de la versión más feroz de mí misma y temí un poco menos. Extrañamente, esa desolación que me había atormentado con la llegada inminente de aquella situación, se había convertido en una retorcida energía que me alentaba y fortalecía.

Miré a Cristianno y él comprendió mi mirada y me respondió con una rabia silenciosa. Después me asomé por la ventanilla y vacié un cargador con la intención de alcanzar las ruedas de los coches que nos seguían. Pero no logré siquiera rozar mi objetivo, y eso me frustró sobremanera. Me desplomé en mi asiento y gruñí entre dientes.

Cerré los ojos.

<<*No voy a permitir que esto acabe así...*>>, me dije y cargué el arma.

Solté el aire antes de perderme en las diversas reacciones que tuvo mi cuerpo. Mis ojos entrecerrándose, fijados en un solo punto. Mi respiración liviana, acariciándose los labios. Mi dedo presionando el gatillo. La fuerza de la maniobra expandiéndose entre mis manos. Mi pecho contrayéndose por la retorcida adrenalina. Y el impacto.

Aquella maldita bala no alcanzó la rueda del vehículo, sino que terminó con la vida del conductor abriendo un agujero en su pecho. El coche perdió el rumbo y fue dando tumbos contra sus compañeros arrasando con uno de ellos antes de terminar en la cuneta tras dar varias vueltas de campana.

Podría haberme alegrado, pero la inercia de una explosión me absorbió hacia el interior del coche. Vi como Cristianno se agachaba y como Enrico encogía los hombros como si de ese modo pudiera protegerse.

Las llamas crearon un muro que partió la autovía y nos proporcionó una gran ventaja.

—¡Uh! ¡Eso ha sido cojonudo! —Gritó Diego desorbitado de alegría antes de oírle disparar—. ¡¿Eso es todo, Carusso?! —Un comentario que retaba a un omnipresente Angelo. No estaba allí, pero aquella persecución representaba su causa.

—¡Diego se viene arriba! —bromeó Alex.

—Ya sabes lo mucho que me gusta la sangre.

Cristianno soltó una carcajada que se mezcló con la de Enrico. Desde luego tuve ganas de reír y lo hice, pero con el temor oprimiéndome la garganta.

—Pues lamento aguaros la fiesta —añadió Eric algo asfixiado—, pero nuestros refuerzos se han desviado por Tiburtina.

—Joder, eso es un coladero —farfallo Cristianno segundos antes de eliminar de un solo tiro al tipo que estaba a punto de dispararnos con una metralleta.

Curiosamente me encogí por el ruido, pero al mirarle supe que aquel espasmo se debía a las respuestas de mi cuerpo cuando veía a Cristianno disparar. Lamentaba que una acción tan cruel resultara tan atractiva cuando él la llevaba a cabo.

—No. —Espetó Enrico ante el comentario de Cristianno—. Están dividiéndolos. Es lo mejor que pueden hacer.

Por tanto, que parte de su equipo hubiera optado por tomar la circunvalación tan solo tenía como objetivo alejar todo lo posible a los refuerzos de nuestros contrarios y así darnos la oportunidad de escapar. Era una estrategia bastante buena.

Pero Tiburtina bordeaba Roma y era uno de los nervios principales de la ciudad. Era inevitable toparse con civiles.

Noté como se me contraía el vientre. La intención tácita de todos allí era evitar en mayor medida el cruce con los ciudadanos para no involucrarlos en aquella maldita guerra. Pero estaba empezando a comprender que en ocasiones era imposible.

—¿Me necesitas, Materazzi? —Reconocí la voz de Thiago casi al tiempo en que vi como la mirada de Enrico se iluminaba ante la

llegada de su compañero.

Mi hermano resopló y apretó un poco más el volante.

—¿Con cuántos cuento? —Quiso saber y seguramente

Thiago y Cristianno fueron los únicos en entender la pregunta.

—Cinco grupos —especificó su segundo—. Dos en Tiburtina. Dos más tras de ti. Uno uniéndose desde el edificio Gabbana.

Miré hacia atrás sin saber que me toparía con las intenciones de un esbirro. Tenía medio cuerpo fuera de su vehículo y pretendía saltar hacia nosotros. Como Cristianno estaba demasiado ofuscado con el vehículo que tenía próximo a su ventanilla decidí deshacerme yo misma de aquel tipo. Pero murió antes siquiera de poder reaccionar.

El hombre cayó fuera de su coche y fue aplastado violentamente antes de que Alex apareciera tras una capa de humo. Hizo varios giros magistrales con su moto para evitar la colisión con el cadáver y aceleró hasta colocarse paralelo a mi ventanilla.

—¿Me echabais de menos, monadas? —preguntó con una sonrisa perversamente iluminadora.

Cristianno se giró de inmediato y le devolvió la sonrisa antes de recibir un objeto que su amigo le había lanzado. Al verle jadear de la emoción mientras tiraba de una anilla comprendí que se trataba de una granada. La tiró al interior de la furgoneta que teníamos al otro lado.

—Enrico, más te vale frenar —dijo Cristianno antes de echarse sobre mí.

—¡Eso se avisa antes, joder! —clamó Enrico. El chirrido que hicieron las ruedas al hincarse en el asfalto me perforaron los tímpanos.

No sé por qué grité. Quizás porque la explosión se dio a la misma vez que la fuerte presión por el frenazo. Fue como una onda expansiva. Todos mis músculos se contrajeron y me oprimieron con violencia dándome la sensación de que iba a estallar en cualquier momento. Giovanna y yo no fuimos las únicas en sentir algo así, Enrico y Cristianno también gimieron.

—¿Todos bien? —preguntó mi hermano al reanudar la marcha. Atravesó una llamarada.

—¡¿Cómo iba a estarlo?! —Chilló Giovanna entre sollozos—. ¡Quiero que esto termine!

Me recompuse y extendí la mano hacia ella.

—Giovanna... —susurré antes de sentir sus dedos pegados a los míos.

—Kathia... —Su mirada enrojecida, llena de miedo.

—¿Número de opuestos? —gritó Enrico.

—Se han reducido a cinco vehículos —dijo Thiago—. Pero contad con siete más en unos diez minutos, según las indicaciones de la central.

Boquiabierta, busqué a Cristianno con la mirada. Él no parecía tan alarmado por la llegada inminente de más enemigos.

—Perfecto. —¿Perfecto? ¿Qué demonios tenía de perfecto una noticia así?— Nos dispersamos. Confirma situación de la E-80. —A priori no parecía que Enrico estuviera planeando nada que lo expusiera solo a él. Pero le conocía, sabía de lo que era capaz.

Le clavé una mirada furiosa e intensa.

—Enrico si estás pensando en separarme de ti ya te adelanto que no pienso hacerlo. —El chasquido de un arma. Cristianno acababa de cargar su pistola mientras mi hermano decidía ignorarme. Lo que me bastó para confirmar sus intenciones.

—Haremos el cambio en marcha —le confesó a Cristianno y le entregó un pequeño dispositivo rectangular que él enseguida se guardó en el bolsillo.

—Bien. —Y para colmo mi maravilloso chico le siguió el juego.

—¡Enrico! —exclamé. No estaba dispuesta a quedarme de brazos cruzados mientras su vida peligraba por salvar la mía.

—Lo haré yo. —Eric no supo hasta qué punto me enfureció oír su voz. Apareció de golpe a la derecha de su amigo—. Estoy listo, Cristianno.

Quise protestarle. Quise negarme y perder los estribos.

Pero una furgoneta negra se acercaba.

Y supe que su único objetivo era el Albori.

—¡Cuidado, Eric! —grité. Pero no sirvió de nada.

Un ligero golpe en el trasero de su moto y mi amigo se estrelló violentamente contra el suelo.

—¡ERIC! —Mis gritos se mezclaron con los de Cristianno.

Sarah

Temblé.

El dolor empezaba a ser insoportable y no había forma de evitarlo. Si quiera contrayéndome. El frío, la sed, la humedad y también la culpa por no poder cuidar de mi hijo estaban haciendo estragos en mí.

Aquella primera toma de contacto con Valentino no me había facilitado las cosas. Él había querido sacarme toda la información que yo tuviera a golpe de tortura, pero fingí un desmayo y como castigo decidió encerrarme de nuevo quitándome el agua y comida.

No notaba demasiado esa carencia porque apenas llevaba un día, pero estaba segura de que aquello no había hecho más que empezar. Iban a dejarme morir de inanición, algo que me hería demasiado al pensar en mi hijo. Aunque nosotros no éramos los únicos que estábamos en peligro; Mauro probablemente sufría más que yo y eso me volvía loca.

Las lágrimas se me escapaban con demasiada facilidad.

De pronto, noté como Ying me cubría con su manta roída. Procuró tapar todo mi cuerpo mientras yo me concentraba en el fuerte peso de su aliento. No necesitaba saber demasiado para deducir que padecía un problema respiratorio.

—¿Estás bien? —susurró ella. Y yo forcé una sonrisa que supe que vería entre las sombras.

—Nunca había estado mejor —bromeé secándome las lágrimas.

Me acarició la frente y después palpó mis mejillas.

—Estás sudando y tienes un poco de fiebre.

—No te preocupes, Ying —le pedí cogiendo su mano.

Pero ella continuó insistiendo en su inquietud. Se arrastró por el suelo, hurgó en la esquina y regresó a mí antes de abrir una lata. Incluso aquel delicado sonido metálico me retumbó en el vientre.

Segundos más tarde me introdujo algo en la boca.

—Son galletas saladas —comentó—. Las guardo para una emergencia.

—Están ricas. —No, no lo estaban, pero el gesto hizo que su sabor rancio fuera maravilloso.

—Mentirosa —sonrió la joven china, y quise hacer lo mismo, pero un latigazo de dolor me atravesó por completo. Contuve un quejido—. ¿Por qué te llevas las manos al vientre?

—Es un acto reflejo —gemí.

<<*No voy a perderte. Eres mucho más fuerte que todo esto*>>, le dije a mi hijo.

—Sigues mintiendo. —Hubiera jurado que lo estaba haciendo genial, pero al parecer no era así. De lo contrario, no se habría dado cuenta.

—No quiero que cargues con una realidad más.

—¿De cuánto estás? —Insistió ella y me maravilló que fuera tan perspicaz.

Levanté una mano y acaricié su cabello.

—Eres demasiado lista. —Y lamentaba muchísimo que alguien como ella estuviera en un lugar como ese.

La cerradura chasqueó y provocó un sonido aterrador.

Sin más demora, dos esbirros entraron y se lanzaron a por mí. Me cogieron de los brazos y me arrastraron hacia fuera con rudeza. Las piedras del suelo me rasparon los pies.

—¡No! ¡No! —me quejé sin apenas fuerza.

—¿Adónde la lleváis? —Maldije a Ying porque, si hacía algo para protegerme, estaría tan en peligro como yo y no podría soportarlo. Su cuerpo ya había sufrido bastante.

—¡Basta! —grité al ver como un tercer esbirro le daba un guantazo. Cayó al suelo bruscamente—. ¡No le hagáis daño! ¡Haré lo que me pidáis! —Me tiré de rodillas al suelo—. ¡Lo que me pidáis!

Unos pasos tras de mí.

—Es bueno saberlo, Sarah. —Angelo Carusso.

Le miré por encima del hombro y dejé que su presencia me consumiera.

Esta vez el temblar no fue suficiente.

—Vas a ser el cebo perfecto para atraer a mi presa. —Enrico...
—. Veremos cómo reacciona cuando sepa que te tengo.
—No... —Empecé a llorar.

24

Cristianno

Vi como Diego cogía a Eric y lo subía a su SUV con la misma desesperación que yo habría empleado de haber estado en su lugar.

—¡Quiero información, Diego! —gritó Enrico perfectamente consciente de que nos acercábamos al desvió a la carretera E-80 y eso complicaba la idea de dividirnos.

—¿Estás bien? —Preguntó mi hermano cuando Eric se desplomaba en el asiento del copiloto—. ¡¿Te han dado?! —Sonó desquiciado, en exceso preocupado. Seguramente todo lo que había pasado entre ellos cobró más importancia que nunca. Pesó demasiado, yo lo sabía. Y Diego también.

—Estoy bien —gruñó Eric. Aquella era la primera que estaban a solas desde su enfrentamiento.

Me paré a respirar.

—Hay que ser estúpido para venir en moto. —Joder, Diego no pensó mucho en que todo el equipo escucharía su maldita conversación—. Podrían haberte matado, imbécil.

—Como si te importara —masculló Eric, resentido.

—¡Cierra la puta boca, ¿me oyes?!

—¡Eh, vosotros dos, parad de una puta vez! —Alex decidió intervenir antes de que yo pudiera hacerlo.

Pero si no lo hice antes fue porque Kathia me miraba con demasiada fijeza. Ella había percibido esa tensión íntima entre Eric y Diego y pretendía averiguar si yo sabía algo.

—¿Qué es eso? —continuó Diego.

—¡No me toques! —Un forcejeo. Miré hacia el SUV y vi a lo lejos como Eric apartaba de un manotazo el brazo de mi hermano—. ¡No vuelvas a tocarme!

—Diego, tienes compañía. —Alertó Thiago. Los refuerzos ya estaban allí y ellos serían los primeros en hacerle frente.

—Mierda —masculló—. ¡Los contendremos, preparaos!

—Yo haré el cambio —añadió Alex desviándose—. Chicos, cubrírnos.

—Hecho.

—¿Lista, Kathia? —pregunté aun sabiéndonos sin alternativa.

Abrí la puerta y empecé a darle patadas hasta que salió catapultada por la presión y la velocidad.

Volví a mirar a mi novia para obtener confirmación. Su respuesta fue una escandalosa forma de tragar saliva.

Sonreí. Estaba preciosa con el cabello despeinado en la cara y las mejillas encendidas.

—Tú —me gritó Alex—, deja de explotar corazoncitos y vamos al lío. —Negué con la cabeza al tiempo en que él se colocaba bien cerca del vehículo aprovechando que Enrico disminuía la velocidad para que el salto no fuera tan complicado. Desde luego podríamos haber parado, pero mi hermano estaba a unos cincuenta metros y la ofensiva se le echaba encima. No había más remedio que perder la puta cabeza.

Mi amigo inclinó la pelvis hacia atrás y dejó espacio para que yo pudiera meter la pierna.

—¡Oh Dios mío! —gimió Kathia cuando me vio en pie con medio cuerpo fuera.

Me impulsé al tiempo en que Alex me cogía del chaleco y empujaba hacia él. Yo guié el manillar de la moto para evitar estrellarnos y lo hice mientras terminaba de colocarme sobre el asiento.

—La tengo —dije cuando adquirí el control del vehículo. Enrico suspiró y se obligó a sonreírme cuando comprendió que le miraba

solo a él.

—Saltaré, ¿de acuerdo? —me advirtió Alex. Su maniobra era sencilla. La dificultad estaría en colocar a Kathia tras de mí.

Alex se enderezó, colocó las piernas en la misma dirección y después apoyó una de ellas en el filo del interior del vehículo. Saltó con destreza. Y yo miré al frente. El desvío estaba a solo unos kilómetros. A esa velocidad lo alcanzaríamos rápido. No teníamos mucho tiempo si queríamos ahorrarnos dar la vuelta y desvelar nuestra intención.

—Hola, guapura. —Le dijo Alex a Kathia.

—Hola. —Ella siquiera podía hablar.

—¿Qué tal un paseo en moto?

—Ni de coña. —Negó con la cabeza. Y mi amigo decidió continuar con ese tono chistoso.

—¡Esa es mi chica! —Le dio un pequeño golpecito en la barbilla con los nudillos.

Seguramente Kathia quería mandarlo a la mierda, pero el vértigo no la dejó. Suspiró y miró a su hermano sabiendo que encontraría sus ojos reflejados en el retrovisor.

—Enrico...

—No va a pasar nada, cariño. —No la dejó terminar. No quería que temiera en un momento como ese—. Estarás bien.

—No es eso lo que me preocupa. —Porque al separarse de él no estaba segura de hasta qué punto Enrico se arriesgaría. Pero Kathia no conocía del todo su faceta de mafioso. Enrico no iba a ponerse en peligro innecesariamente.

—Estaré bien —le aseguró él, confesión que le proporcionó a Kathia toda la seguridad que necesitaba.

Asintió con la cabeza y miró la moto antes de que nuestro amigo le instara a colocarse en pie en el filo de la puerta.

—Solo tienes que apoyarte ahí. —Le señaló el reposapiés de la moto—. Yo te empujaré y aprovecharás la inercia para pasar la otra pierna y tomar asiento, ¿entendido? —explicó Alex sujetándola de la cintura.

—En teoría. —Su pecho subía y bajaba a toda prisa. Aunque no la podía escuchar, sabía que su respiración estaba desbocada.

Pero era una chica demasiado valiente, no se permitió dudar por mucho tiempo, más aun sabiendo lo que se nos avecinaba. Cogió aire, fijó la vista en su objetivo y apoyó la pierna.

Alex la empujó y yo la cogí del filo de su chaleco e hice que mi brazo la estabilizara hasta que tomó asiento. La moto tembló, pero no me costó volver a enderezarla.

—¡Vamos, fuera, fuera! —gritó Enrico señalándome el desvío.

Aceleré sintiendo como la velocidad me escocía en los ojos mientras Kathia miraba hacia atrás.

Un minuto más tarde, mi gente y mis enemigos quedaron reflejados en el retrovisor.

Kathia

Ni siquiera tuve tiempo de asimilar lo que acababa de pasar porque Cristianno adoptó un ritmo increíblemente magistral. Sentía la aceleración envolviendo mi cuerpo, colándose en mi pecho y desbocando la adrenalina que no había dejado de fluir. Se había intensificado, así como lo habían hecho otras emociones, como el miedo o la ansiedad.

Aferrada con fuerza a la cintura de Cristianno, me concentré en la velocidad y en el modo en que los pocos vehículos que había en aquella carretera parecían desintegrarse a nuestro paso.

Miré una vez más hacia atrás y en cierto modo me alegró hacerlo porque pude darme cuenta a tiempo de que nos seguían.

—Mierda ¡Cristianno! —le alerté.

Rápidamente fijo su vista en los retrovisores. No haría falta que le explicara nada. Echó mano a su espalda y capturó su arma.

—Solo queda un cargador. Intenta ser concreta. —Me pidió al entregármela.

—Pides demasiado. —Temblé. Hacer lo que me pedía a un ritmo como aquel era imposible para mí.

Necesitaba un plan de contención si realmente solo disponíamos de un maldito cargador para defendernos. Y Cristianno se dio cuenta porque irguió la espalda para que yo pudiera oírle con claridad.

—Ralentizaré, tú dispara al conductor del primer vehículo. ¿Entendido?

—¡Sí!

De pronto, al verme tan pegada a él noté la imprevisible necesidad de tenerle de nuevo pegado a mí, pero pensar en la cantidad de horas que pasaríamos haciendo el amor no era bueno en un momento como ese.

Percibí una presión en las caderas al tiempo en que notaba como la distancia entre el primer vehículo y nosotros disminuía considerablemente hasta colocarnos paralelos al conductor. Cristianno había frenado con una elegancia impecable.

Estiré el brazo, apunté y no dudé en presionar el gatillo.

Disparé dos veces y pude ver como el salpicadero se llenaba de sangre antes de volver a acelerar. Nos habíamos deshecho de un rival, pero todavía nos quedaba uno más.

Y entonces empezó la lluvia de pólvora al tiempo en que un olor a mar me inundaba la nariz. Estábamos muy cerca de la costa.

—¡Tenemos que abandonar la carretera! —grité. Al final de nada serviría que Cristianno estuviera esquivando los tiros de aquella manera tan vertiginosa. Me agarré con mucha más fuerza a él.

—¡Buena objeción! —No, no fue un halago, sino una ironía que curiosamente me hizo reír. Desde luego Cristianno no podía quejarse por falta de conexión entre nosotros. Ambos habíamos pensado lo mismo.

Aquellos malditos esbirros ya estaban muy cerca y disparaban a las ruedas. Algo tembló entre mis piernas. Y Cristianno blasfemó con fuerza al tiempo en que sus hombros contenían un gesto de rabia. La mía en cambio optó por devolver los disparos.

Probablemente alcance el vehículo, pero el viento y mi postura no me dejaron ver con claridad.

—¡Agárrate! —gritó Cristianno antes de dar un giro bastante pronunciado.

Salimos de la carretera y nos desviamos por otra a medio asfaltar. La velocidad menguó demasiado, era imposible correr en un terreno como aquel.

El mar brillaba bajo el final del amanecer frente a nosotros.

Cristianno

A nuestro medio de transporte le quedaban minutos de vida. La rueda trasera estaba empezando a flojear, el tubo de escape estaba obstruido y uno de los disparos había alcanzado el depósito de gasolina. Si continuábamos forzando la maquina terminaríamos estallando en llamas, pero esa información decidí guardármela solo para mí.

No teníamos más alternativa que ir a pie, pero hacerlo era demasiado peligroso.

Aunque abandonar la autovía había sido buena idea, nos había metido de lleno en unas colinas en plena costa. Nos quedábamos sin terreno.

Agaché un poco la cabeza y vi de soslayo las manos de Kathia enganchadas con vigor a mi cintura. Tenía que ponerla a salvo, ella era la más expuesta. Y odiaba que pudiera recibir una bala por mí.

Miré el retrovisor. Teníamos a ese grupo de esbirros muy cerca, preparando la que sería una ofensiva realmente devastadora para nosotros. No había tiempo para pensar.

Giré hacia una pequeña arboleda que vi a mi izquierda sabiendo que la moto apenas podía alcanzar ya los 30 km/h.

—Bájate. —Me enloqueció que Kathia siquiera se planteara preguntar. Simplemente obedeció y saltó de la moto sin importarle que estuviera en marcha.

Un segundo más tarde, hice lo mismo, salteé y cogí a Kathia de la mano instándola a que corriera. Era consciente de que ella alcanzaría mi ritmo y de que nos quedaríamos sin terreno porque aquella arboleda terminaba en un acantilado. Si saltábamos tendríamos una oportunidad. Pero eso tampoco tenía por qué saberlo Kathia.

Presioné el dispositivo de localización del rastreador que Enrico me había entregado antes de abandonar el vehículo.

Seguían disparándonos. Mi respiración asfixiada se mezclaba con la de Kathia. El ruido desquiciado de nuestras pisadas. El brillo del sol. El calor que aumentaba. El mar que parecía un poco agitado. Y nosotros que corríamos sabiendo que no tendríamos escapatoria. Si en algún momento me hubieran dicho que llegaría a vivir algo así, precisamente porque había experimentado lo que era amar a alguien hasta perder el control, ni siquiera me habría molestado en terminar de escucharle.

—¡Lo siento, Kathia! —grité entre jadeos.

Unas balas alcanzaron los árboles.

—¡¿Por qué?! Apreté su mano y la miré de reojo antes de empujarnos al vacío.

25

Kathia

Un viento furioso nos rodeó cuando nuestros cuerpos quedaron suspendidos en el aire. El vértigo me cortó el aliento, ni siquiera pude gritar. Lo único que fui capaz de manifestar, más allá de la maldita precipitación, fue el empeño en mirar a Cristianno. No me bastaba con saber que su mano estaba enredada a la mía. Necesitaba que me mirara, necesitaba saber que los dos estaríamos bien, que volveríamos a sentirnos.

Pero caímos al agua y el empuje nos arrastró hasta separarnos. La dureza con la que me golpeó la caída me lastimó demasiado. Sentí cómo mis piernas se entumecían por el dolor y cómo mi vientre empezaba a contraerse por la falta de oxígeno. Si al menos hubiera podido fijar la vista en algo, pero solo veía burbujas a mi alrededor. Y el efecto que estas hacía cuando las balas atravesaban el agua. Nos estaban disparando desde lo alto del acantilado.

Súbitamente sentí unos dedos acariciar mi pecho y más tarde me vi empujada contra el torso de Cristianno. No tuve tiempo de reacción: sus brazos me rodearon con rapidez, y me besó llenando mis pulmones con su aliento. Estaba proporcionándome aire porque sabía que lo había perdido al caer, y lo hacía con firmeza, impidiéndome que rechazara el gesto. No pude oponerme, quizás porque me maravillé demasiado con la forma en que sus labios se enroscaron a los míos.

El tiempo pareció congelarse.

Me aferré a él sabiendo que lentamente subíamos a la superficie. Ambos cogimos aire con violencia, pero fui yo quien miró desesperada hacia arriba con el temor a que nos vieran. Por suerte allí ya no había nadie.

—¿Estás bien? ¡¿Estás bien?! —Cristianno deshizo el abrazo para poder mirarme de frente. Su voz sonó muy desesperada.

Asentí con la cabeza.

—¡Sí! —Exclamé y volvimos a abrazarnos antes de empezar a nadar hacia la orilla.

Tuve calambres en las extremidades y terminé arrastrándome por la orilla notando como la arena se me pegaba a la piel y las piedras se me clavaban en el vientre. Era una sensación muy desagradable, pero me gustó sentirla. Me gustó poder tener un momento para respirar.

Solo un momento.

Enseguida Cristianno se recompuso. No le importó que su asfixia fuera atropellada ni que su cuerpo se tambaleara, me cogió de las caderas, me cargó hasta ponerme en pie y me instó a que corriera de nuevo.

Fuimos dando tumbos hacia la carretera.

Cristianno

No creí que el aviso de alerta que había activado antes de saltar provocaría una reacción tan inmediata de mis compañeros. De hecho, siquiera imaginé que sería mi hermano Diego quien vendría a recogernos.

Lo primero que pensé al verle fue que la insistencia de nuestros enemigos había tenido que ser bastante dura tras nuestra huida porque aquel coche estaba muy dañado. Había agujeros de bala por todas partes. La luna trasera y el cristal del conductor habían desaparecido y el capó desprendía un humillo, señal de que apenas

le quedaba horas de vida al motor. Como mucho podríamos regresar a Roma.

—¡Vamos, subid! —exclamó Diego.

Seguí tirando de Kathia y subimos al vehículo dando tumbos. Al pararme a coger aliento noté como todos los músculos de mi cuerpo se quejaban y se contraían por el intenso cansancio.

Kathia continuaba jadeado, aún no había recuperado el aliento y no era de extrañar. Estar completamente empapados tampoco ayudaba. Acaricié su mejilla y de paso le retiré un mechón de pelo de la cara.

—¿Dónde están los demás? —pregunté arrastrando la mirada hacia Diego y Eric. Probablemente no lo admitirían ni siquiera después de aquello, pero entre los dos había una tensión que saltaba a la vista.

—Hemos podido contenerlos en la autovía. Papá envió refuerzos de sus antiguas unidades de la central. La autovía ha quedado inhabilitada.

—¿Y Sandro? —Él había sido uno de los que se habían visto obligados a tomar Tiburtina para darnos un respiro.

—Controlado —concretó Diego—. La autovía A-90 se ha convertido en un coladero.

Me hubiera gustado tener fuerzas para sonreír.

—Bien —jadeé antes de toparme con la mirada de mi amigo.

Eric se volteó hacia atrás y nos examinó a Kathia y a mí con una rápida ojeada. No tenía buena cara, mostraba un pálido azulado bastante extraño, pero supuse que se debía al trastorno de la situación. No quise creer en las alarmas que se dispararon en mi cuerpo.

—¿Estáis heridos? —quiso saber extendiendo la mano hacia Kathia. Ella la cogió y le dio un rápido beso que Eric agradeció con una dulce sonrisa.

—No, tranquilo —le dije—. ¿Y tú? No tienes buen aspecto.

—Mira quién habla —sonrió.

Y me permití el lujo de cerrar los ojos un instante sabiendo que mis dedos se enredarían con los de Kathia. Pero al sentir su contacto... tuve un escalofrío. Fue como una especie de remolino helado que erizó por completo toda la piel de mi nuca. En las ocasiones en las que me había sucedido eso siempre había resultado ser una señal de peligro casi inminente.

26

Kathia

Supuse que Eric creyó que Cristianno y yo nos habíamos quedado dormidos y en realidad podría haber sucedido, pero fui incapaz. Y pude ver el modo en que el Albori miraba con fascinación disimulada a Diego. El Gabbana no parecía darse cuenta, pero de pronto alejó una mano del volante y la acercó a Eric sin dejar de prestar atención a la carretera.

Percibí las ganas de responder en Eric y también la confrontación que se desató en su interior.

—No lo hagas —dijo bajito, algo áspero y contrayendo los hombros—. Más tarde te arrepentirás. —Señal de que entre los dos había ocurrido algo verdaderamente importante.

Diego apretó los dientes y llevó su mano de vuelta al volante con un gesto brusco. No estaba orgulloso de sus debilidades, pero tampoco lo estaba de la reacción que Eric había tenido. Quizás porque en el fondo esperaba algo completamente distinto.

—Vete a la mierda —masculló y yo tragué saliva sin saber muy bien qué hacer justo cuando noté como los dedos de Cristianno se contraían entre los míos.

Supe que me toparía con un gesto sabedor de la situación entre su hermano y su amigo. Pero no me sorprendió ese hecho, sino que sus ojos apenas brillaran. Cristianno lucía esa mirada perdida y lejana; y cuando se metía en su mundo, era casi imposible leerle.

Roma se dibujaba a unos kilómetros de nosotros cuando repentinamente toda la supuesta calma que habíamos gozado durante el trayecto se esfumó con el extraño sonido que emitieron los altavoces.

Los cuatro nos enderezamos de golpe. El sistema de comunicación portátil nos mantenía perfectamente en contacto con todo el equipo, pero hacía un rato que no se escuchaba nada dando por supuesto que todo estaba más o menos controlado.

—¿De dónde procede la señal? —preguntó Enrico.

—Estoy en ello —dijo Valerio—. Parece que está en movimiento.

Alguien más carraspeó al otro lado de la línea.

Y se me cortó el aliento. Una parte de mí supo quién era mucho antes de que hablara.

<<Angelo...>>

—Enrico Materazzi. —La voz del Carusso sonó jocosa, llena de seguridad en sí mismo y con una autoridad casi inédita en él. Sabía bien lo que se proponía y la ventaja que tenía. Precisamente eso fue lo que hizo que todos mis temores cobraran más fuerza que nunca —. Sé que estás ahí y también sé que no responderás porque piensas que ya no tienes nada que tratar conmigo. Pero me he adelantado a los acontecimientos... —No, aquello no podía estar pasando—. ¿Verdad, Sarah Zaimis? —Cerré los ojos al tiempo en que escuchábamos un gemido de Sarah.

Se me escapó una lágrima, llena de miedo y rabia. Enrico no dudaría en acatar las peticiones de Angelo si con ello al menos tenía una oportunidad de salvar a alguien a quien amaba. No pensaría que nos dejaría a los demás lamentando el peligro al que se expondría.

Dios mío, aquella presión era insoportable. No iba a terminar nunca.

—¿Qué coño quieres? —Al oír a mi hermano supe que aquello era el principio del fin.

Un traidor estaba destinado a morir.

—Nos vamos entendiendo. —Se alegró Angelo—. Tenemos cosas que debatir, mi pequeño. Tenía toda mi confianza puesta en ti, pero resulta que mis oportunidad es carecen de importancia para ti. ¿Te haces idea de lo decepcionado y herido que me siento?

Cristianno gruñó y se precipitó hacia delante creyendo que de ese modo estaría más cerca del Carusso. En ese tipo de situaciones límite era cuando más me sorprendía las reacciones del cuerpo humano.

—No le escuches, Enrico —jadeó Sarah. Pero al parecer alguien le impidió seguir hablando, produciéndole dolor.

Enseguida pensé en su estado. Ella estaba embarazada.

—Ve al grano, Carusso —espetó Enrico conteniendo su odio con gran elegancia. Ojalá me hubiera parecido un poco más a él.

—Tienes veinte minutos para venir al hotel y sobra decirte que lo hagas solo si no quieres ver a tu putita acribillada a tiros. —Angelo era capaz de todo eso—. Te espero en la azotea. —Colgó dejándonos a todos completamente noqueados.

Toda la cúpula Gabbana habíamos escuchado aquello, todos sabíamos que Enrico estaba sentenciado a muerte.

—El muy cabrón ha pirateado la señal —farfulló Diego.

—Enrico... —Thiago entró con suavidad—. No puedes ir solo.

—¿Tengo alternativa?

¡Joder! Me precipité hacia delante casi empujando a Cristianno.

—¡Dijiste que estarías bien! —exclamé—. ¡Lo prometiste!

—Kathia... —Cristianno me cogió de los hombros y me instó a que me tranquilizara. Ciertamente no iba a lograr nada reaccionando de aquella manera—. Enrico, escúchame. Todavía tenemos tiempo, si nos organizamos podemos cubrir las azoteas de los edificios colindantes... —Pero la señal de mi hermano ya no parecía operativa—. ¿Enrico? ¡¿Enrico?!

—Hemos perdido la conexión —señaló Valerio.

—¡Me cago en la puta! —Cristianno dio un golpe en el cabezal de nuestro asiento.

Y después hubo un silencio casi sepulcral que solo se vio empeñado por el ruido del motor.

Algo dentro de mí se desgarró. Una parte de mi corazón se sintió estafada. Mi hermano no iba a permitir que nadie se interpusiera y saliera perjudicado. Seguramente pensaba que una muerte bastaba. Por eso alejaría a todo el mundo de él...

<<*Maldito seas, Enrico...*>>

Ni siquiera tenía ganas de llorar. Solo era capaz de percibir la rabia acumulándose en mí con vigorosidad.

—Cristianno —le llamó Valerio, seguramente porque sabía que él estaba junto a mí—, sabes lo mucho que me la pela lo que diga ese estúpido cretino, ¿verdad?

—Por supuesto —admitió Cristianno.

—Bien, pues estoy en camino. —Lo que quería decir que Valerio participaría activamente en el tiroteo—. ¿Thiago?

—Gabbana, ya me estoy organizando —dijo este, de sobra animado. Thiago no consentiría que su compañero muriera a manos de un Carusso en una emboscada—. Tomaré los dos edificios paralelos al hotel.

Miré a Cristianno porque me alertó demasiado el modo en que se quedó sumido en sus pensamientos. No sabía que ese gesto acarrearía muchos más inconvenientes de los que ya teníamos.

Llamé su atención y él...

Cristianno

Cogí el rostro de Kathia entre mis manos y apoyé mi frente en la suya.

—No te separes de mí —susurré en sus labios consciente de que mi hermano y Eric habían preferido no intervenir para darnos algo de intimidad.

—No iba a hacerlo —murmuró ella. Su aliento acarició mi boca.

De repente noté como la mano de Eric me acariciaba la rodilla. Le miré de reojo y asentí con la cabeza antes de coger sus dedos. Mi amigo también temía, pero se refugiaba en mi mirada, pretendía reforzarme.

—No sé si servirá de mucho —medió Diego, inesperadamente—, pero quiero que sepas que no estoy preparado para perder. —Me clavó una fuerte mirada a través del retrovisor—. Y tú tampoco, ¿me has entendido? —Un comentario lleno de autoritarismo.

Cogí aire y apreté la mandíbula. Poco a poco olvidaba mis debilidades. Lentamente esa fortaleza que me definía tomaba el control.

—Dispositivo organizado. Via Nazionale y Torino cubierta —intervino Thiago por el altavoz.

—Aproximándonos al destino —añadió Valerio—. Me quedaré con el edificio B. —Seguramente se refería al inmueble de la calle Torino.

No nos habíamos parado a comentar las funciones de cada uno, simplemente improvisamos sobre la marcha. Todos imaginábamos lo que pretendía Angelo: quería un intercambio, una vida por otra. Él sabía que teniendo a Sarah en su poder podría hacer cualquier cosa con Enrico, incluso atraerlo a una evidente emboscada. Pero todos allí sabíamos que eso jamás se daría. Y Enrico lo sabía bien. Les matarían a los dos. No, a los tres. Su hijo perdería la vida con el último aliento de Sarah.

Por tanto la información que le habían pasado al Carusso era muy fiel a la realidad. De lo contrario siquiera debería haber sabido de la existencia de una relación amorosa entre Sarah y Enrico. Lo que me llevaba a pensar que quizás el traidor era alguien demasiado importante en mi familia. Alguien que gozaba de confidencias exclusivas.

¿Mi abuelo? ¿Alguno de mis hermanos o amigos? ¿Mi tío? ¿Mi padre?

<<¿Mi tío...?>> Incomprensiblemente mi mente insistió en él.

Dios mío, solo pensarlo ya me hacía sentirme como un auténtico cabrón.

Tragué saliva.

Estábamos preparados, asumiríamos todas las consecuencias.

—Quiero encontrar al hijo de puta que ha dado el chivatazo — gruñí al coger el arma que Eric me entregaba.

—Quiero lo mismo. —Diego apretó el volante—. Y me gustaría poder mirarle a los ojos antes de disparar.

Apreté su hombro al tiempo en que atravesábamos la Piazza Venecia.

Sarah

No hay nada que hacer cuando una delicada emoción se tiñe de un dolor oscuro y abrasador. Es la señal que indica que todo se acaba y que de nada servirá la fuerza y el valor. Quizás para definir cuan aterrador será el final.

Había cambiado, en todos los aspectos en los que una podía cambiar una persona. Había sufrido la pérdida, había sentido el calor de una familia. Había reído, llorado, huido, vencido y sentido cómo una vida que no era la mía crecía en mi interior. Había experimentado lo que era amar y ser amada, en todas las versiones.

Esa mirada azul, que me lo había dado todo... Ahora quería arrebatármela.

<<Enrico...>> Sentí como mi fuero interno lloraba, profundamente herido. <<Te lo ruego, no aparezcas.>>

El viento matinal me golpeó con crueldad, como si de algún modo algo etéreo hubiera decidido responder a mis plegarias. En aquella azotea el tiempo se había detenido. Ni siquiera parecía que respirar fuera necesario. Pero de algún modo lo hacía, aunque supiera que en cuestión de minutos ya no serviría de nada.

Angelo me miró. Y yo respondí sintiéndome débil.

Aquel hombre era mi padre.

Él no tenía por qué saberlo, de hecho dudaba que tuviera ese conocimiento. Pero tampoco habría servido de mucho. Esa persona no sabía amar.

Comenzó a caminar a mí alrededor, sabiendo que la veintena de hombres armados que había repartidos por el lugar le protegían de cerca, darían su vida por él.

Cerré los ojos con la finalidad de controlar las ganas de llorar, pero el gesto me hizo comprender algo escalofriante: había dejado de tener miedo al notar que el desaliento era mucho mayor. Perder nunca había sido tan terrible.

<<Lo siento, Kathia...>> Por mi culpa iba a perder a la única familia que le quedaba. Mi amor por Enrico iba a arrebatarse a su hermano.

—¿Qué debería hacer para detener esto? —pregunté de súbito, al volver a mirar a Angelo.

Este alzó las cejas y sonrió mordaz mientras se guardaba las manos en los bolsillos de su pantalón. Le había dado una excusa perfecta para divertirse un rato, pero pensé que quizás de ese modo atraería su atención y se olvidaría un poco del verdadero motivo por el que estábamos allí. Se olvidaría de Enrico.

—¿Buscas hacer un trato conmigo? —Torció el gesto enfatizando su aspecto perversamente interesado—. Déjame pensar... —Supe que no iba a lograr nada—. ¿Qué tal... si me entregas a Cristianno? ¿Puedes hacer eso? —Se me detuvo el corazón.

Por supuesto que no podía hacerlo. Pero me sorprendió mucho más que supiera que Cristianno estaba vivo. Contuve una exclamación, pero al parecer fue muy evidente porque soltó una carcajada que animó a sus hombres.

Ellos también rieron, pero hubo algo mucho más espeluznante. El sonido de sus ametralladoras. Dios mío, aquello iba a ser una masacre. Enrico no tendría alternativa.

—¿Por qué? —sollocé. Las lágrimas resbalaban incontrolables por mis mejillas. El cabello me golpeaba en la cara avivado por el viento.

—Querida, solo son negocios. —Un comentario que creyó razonable.

—Una vida no puede negociarse —gruñí terminando con su sonrisa.

Angelo me clavó una ojeada fría y oscura. Aquellos ojos estuvieron a punto de engullirme.

—¿Lo dice la prostituta que ha pasado su adolescencia atrapada en una red de trata de blancas? —Quiso ser duro y cruel y lo consiguió.

—¡Precisamente por eso estoy tratando de negociar! —grité con todas mis fuerzas. Tragándome la pequeña punzada de dolor que sentí en el vientre—. ¡Enrico solo compró mis servicios!

Tenía que convencerle, tenía que hacerle creer que no existía amor entre los dos. ¿Pero cómo iba a hacerlo si ni yo misma me lo creía?

Por eso Angelo sonrió de aquella manera. —Pretendes hacerme creer que no hay nada entre tú y él más allá del sexo—. Ni siquiera se molestó en preguntar. Supo que una afirmación me dañaría mucho más.

—Así es —gemí. El llanto me ardía—. Si buscas herirle utilizándome, no lograrás nada. Él no me ama.

—Miente. —Su voz...

Enrico irrumpió allí con una contundencia sobrecogedora. Todo mi cuerpo tembló al oírle, de rabia, de locura, de adoración. Resentimiento. Odarle siquiera bastaba.

Le miré sabiendo que cuando me encontrara con sus pupilas todo mi ser se debilitaría. Traía consigo un final que no deseábamos ninguno de los dos.

—Ya lo sé, Enrico —se mofó Angelo—. Lo sé. Pero nos ha regalado un acto muy hermoso, ¿no crees?

—Desde luego —repuso él sin apartar la vista de mí.

Era consciente de que Angelo se le acercaba, pero le dio igual. Estaba examinando si yo tenía algún daño evidente.

—Extrañamente indulgente. —El Carusso aprovechó el comentario para darle unos toquecitos en el hombro.

Mi fuero interno se tomó aquel gesto como una advertencia de lo que prometía el momento. Lo supe en cuanto Enrico le miró.

—No soy un hombre benévolo, Angelo. Eso ya lo sabes. —
masculló mientras yo analizaba su aspecto. No tenía ni idea de lo que había pasado, pero no era complicado imaginar que venía de una fuerte reyerta.

Ese pasado suyo de pronto pareció cobrar un pujanza capaz de instalarse en aquella azotea.

—Te has corrompido con la edad. —No lo admitiría, pero Angelo sentía cierta debilidad por Enrico.

—No pienso justificar mi naturaleza, no soy un cobarde. —La connotación amenazante incluso a mí me atemorizó.

—¿Por eso estás aquí? ¿Por qué no lo eres?

Yo misma podría habérselo dicho, que su valentía iba a terminar con él.

—¿Qué quieres oír realmente, Carusso?

Angelo se colocó tras él y apoyó una mano en su pecho sabiendo que a Enrico le incomodaría el contacto. Aun así lo disimuló y se puso a prestar demasiada atención a todos los detalles.

—Mírala —susurró Angelo—, a los ojos, Materazzi. —Obedeció y me desagarró encontrarme con su mirada. Jamás había visto sus ojos tan enrojecidos—. Y ahora piensa... ¿Qué puedes darme que evite que ella tenga la misma muerte que tuvieron tus padres y hermanos?

Aquellas palabras solo Enrico las entendió. Él sabía cómo había muerto su familia, lo había vivido en persona. Por eso me miró como si fuera inalcanzable.

—Mi vida —jadeó muy seguro de sí mismo. Y yo me sobrecogí.

—¡NO! —chillé queriendo ir hacia él—. ¡No te dará nada! —Me dirigí a Angelo al tiempo en que un esbirro me detenía—. ¡No dejaré que lo haga!

—¡CÁLLATE! —me gritó Enrico.

Seguramente me vio capaz de cualquier cosa.

Seguramente entendió que no estaba dispuesta a dejarle morir.

—¡Qué emocionante! —Aplaudió Angelo.

—Me tienes aquí, es lo que querías —espetó Enrico a solo un palmo de la cara del Carusso—. Deja que se vaya.

<<*Hijo de puta... Quieres salvarme y te niegas a que yo haga lo mismo*>>, gruñó mi fuero interno.

—Ahora viene la parte en la que me dices que ella no tiene nada que ver con todo esto. —Angelo entendió que aquella conversación debía llegar a su fin. Ahora prefería otro tipo de diversión. Algo un poco más intenso—. Y es posible. Pero sabes bien cómo funciona la mafia: hay que encontrar el punto débil de nuestros enemigos. —Se alejó de Enrico y comenzó a caminar de un lado a otro, lentamente, sabiendo que sus movimientos enfatizarían lo que diría a continuación—. Te pedí que la mataras —me señaló con la cabeza — y me hiciste creer que obedeciste. Podría también mencionar al Gabbana. Esa patraña estuvo muy bien organizada por tu parte.

>>Así que, en honor a tu extraordinaria inteligencia, se me ha ocurrido algo bastante entretenido. —Su rostro cambió, se volvió mucho más oscuro y siniestro—. Entrégame a Cristianno y a Kathia y dejaré ir a tu putita a cambio de sus vidas. Y la tuya.

Dios mío...

Casi pude sentir como el interior de Enrico se desfragmentaba.

Después me miró y ya no pude hacer nada para evitar llorar. Hubiera querido ser más resistente, pero la situación me superó. Angelo no imaginaba la importancia que tenía lo que le estaba pidiendo. Pero aun así sabía que le atrapaba, que nos metía de lleno en una encrucijada. Mi vida por la de su hermana y Cristianno. Ni siquiera era discutible. Y eso era lo que más hería a Enrico.

Enseguida noté un rastro de disculpa en sus húmedos ojos. Me pedía perdón por no poder darme esa vida que queríamos compartir juntos, por no poder tener elección.

Supongo que no esperaba que yo respondiera aceptando mi destino; morir con él era casi tan maravilloso como vivir a su lado.

Quise ir hasta él, me abalancé hacia delante sabiendo que el esbirro me detendría. Pero aun así insistí y luché. Porque supe que de esa manera mis palabras llegarían con más fuerza.

—Enrico... —sollocé con demasiado vigor. Y negué con la cabeza—. No me importa... No me importa... —Él cerró los ojos unos segundos, dejando escapar una lágrima.

—Ni a mí tampoco si es contigo. —Un murmullo lento y sincero.

Gemí antes de llevarme una mano a la boca. No quería apartar la vista de él, ni aun teniendo los ojos completamente anegados en lágrimas.

—Terminemos con esto, pues. —Angelo chasqueó los dedos. La señal.

Y Enrico abrió los brazos lentamente para llevarse las manos a la cabeza.

El esbirro me instó a arrodillarme casi al tiempo en que Enrico hacía lo mismo. No podríamos ni despedirnos con un beso. No podríamos volver a tocarnos.

Te quiero. Leí en sus labios. Y sé que respondí haciendo lo mismo, pero no me bastó. No supe qué hacer para evitar que se sintiera culpable.

Iba a ser una buena muerte. Me sentía orgullosa. Pero esa pena que le producía la evidencia se la llevaría consigo.

—¡Te quiero, Enrico! —Un clamor intenso—. No me arrepiento, cariño. —jadeé tartamudeando.

Él cerró los ojos con una débil y triste sonrisa en los labios.

<<*Nos veremos al otro lado, mi amor.*>> No sé si lo pensé yo o fue lo último que Enrico me transmitió.

Yo también cerré los ojos.

Cristianno

Quizás en otras circunstancias habría sido más consciente del peligro al que estábamos expuestos. Pero en ese momento lo único de podía pensar era en ver a Enrico y sacarle con vida de allí.

No fue difícil entrar en el hotel. Ni siquiera sabiendo que las inmediaciones estaban atestadas de gente curiosa y prensa buscando una respuesta a lo que estaba pasando. Éramos noticia. Pero lejos de preocuparme por la presencia de tanto civil y los problemas que nos traería estar en boca de todo romano, debíamos tener cuidado. Era de sobra evidente que no nos permitirían subir a la azotea.

Apreté la mano de Kathia y eché a correr por el pasillo del servicio agazapado tras Diego y Eric. Maldije estar tan incomunicado, no sabía por dónde diablos podían venirme las hostias.

Mi hermano me miró y me hizo señales con las manos. Me estaba informando de que atravesaríamos la cocina del hotel y subiríamos a la azotea por el ascensor de mantenimiento. Era una buena idea sino hubiera sido por los cuatro individuos que se nos acercaban. Me habría reído al verlos (era así de confiado), principalmente porque no sería demasiado complicado eliminarlos, pero resultó que sabían gritar y alertaron a sus compañeros. Cuatro personas no podrían ni en sueños enfrentarse a un séquito como el

que se aproximaba. Mucho menos si uno de los integrantes de nuestro equipo apenas estaba acostumbrado a coger un arma.

Algo dentro de mí se contrajo, tenía que pensar a toda prisa en qué hacer. Y lo mejor era...

Kathia se soltó de mi mano.

—¡Qué coño...! —Pero ella ignoró mis protestas. Y cogió un extintor que había colgado de la pared.

En ese momento empezaron los tiros.

La vi encogerse pero insistir en su tarea sabiendo que Eric, Diego y yo la protegeríamos. De hecho mi hermano fue el primero en cubrir a Kathia, y yo hice lo mismo, pero preferí avanzar hasta ella. Le arrebaté el extintor de las manos antes de entregarle el arma. Había entendido perfectamente sus intenciones y eso me produjo un fuerte escalofrío. Jamás había imaginado que terminaría teniendo una gran compañera de batallas. Era tan emocionante como perturbador.

Di un paso al frente y activé el extintor. Aquel gas blanco y pesado formó de inmediato una pared que bloqueó a los esbirros. La desorientación nos daría un par de minutos para escapar.

—¡Vamos! —grité presionando el extintor de forma intermitente.

Eric cogió a Kathia del brazo y echó a correr hacia la cocina sabiendo que Diego no dejaba de disparar a ciegas cubriendo su huida. De hecho una de las balas alcanzó a un esbirro y este cayó a mis pies sin vida al tiempo en que Diego me cogía del cuello de la chaqueta.

Tiró de mí y me instó a correr mientras él cubría mis espaldas. Era una reacción lógica teniendo en cuenta que él era mi hermano mayor. Pero me fue irremediable sentir molestia al pensar que Diego podría llevarse un disparo por protegerme.

No nos costó demasiado atravesar la cocina. Al entrar en el ascensor me estampé contra una de las paredes y agaché la cabeza para coger aire.

—Toma —dijo Diego entregándome su dispositivo auricular. Sabía que a mí me importaba mucho más que a él.

Conforme me lo ponía descubrí la presión a la que estaban sometidos el resto de nuestro equipo. Había desconcierto, hablaban uno encima de otros. Pero sobre todo, descubrí el temor entre líneas.

—¿Qué hacemos con los civiles? —preguntó Sandro, algo agitado.

—No hay tiempo, desalojarán en cuanto escuchen disparos —repuso el segundo de Enrico.

Presioné el auricular contra mi oído.

—Thiago, informarme —jadeé.

—Nazionale y Torino cubierta, tenemos objetivo localizado. —Lo que quería decir que tenían visión concreta de la azotea.

—Dame la posición de Enrico. —Kathia me miró ansiosa. Un ramalazo de miedo se cruzó por sus ojos, pero rápidamente lo contuvo. Ella sabía que no podía permitirse ahora sentir temor.

—Está rodeado —repuso Thiago, y agradecí que eso no pudiera escucharlo su hermana.

—Las cosas se están poniendo feas ahí arriba, chicos —añadió Sandro al tiempo en que el ascensor se detenía en el último piso.

No hacía falta que me lo asegurara, el simple modo en que se comunicaban ya lo indicaba. Ellos eran profesionales, estaban acostumbrados a ver todo tipo de cosas y a vivir todo tipo de experiencias. Pero aquella no era una situación normal. Las vidas de dos personas que queríamos estaban en peligro real. Si no éramos eficaces, morirían.

Diego se cuadró de hombros al apuntar con el arma hacia las puertas del ascensor mientras nos instaba a apoyarnos en la pared. No sabíamos lo que podíamos encontrarnos al otro lado.

—Cristianno, cubre la parte baja. —Enseguida me acuclillé tras él apuntando por el hueco de entre sus piernas.

Se abrieron las puertas al tiempo en que tres esbirros disparaban. Pude alcanzar a uno, pero resultó ser el mismo que alcanzó Diego y eso dejaba vivo a los otros dos.

Me lancé a por Kathia y Eric sabiendo que terminaríamos tirados en el suelo, mientras mi hermano se arrastraba eliminando con certeza a los otros dos esbirros. Le seguirían más, estaba seguro de ello. Así que cogí mi arma la cargué, me asomé y disparé. El ascensor era un blanco perfecto. Debíamos escondernos.

Tiré de Kathia hasta ponerla en pie y la empujé fuera. Eric mientras tanto se hizo con su arma y empezó a disparar protegiendo la salida de su amiga. Esa compenetración fue lo que más me atormentó. Si Mauro y Alex hubieran estado allí, ni Eric ni yo nos hubiéramos sentido como si nos faltara algo.

Pudimos protegernos en la curva del pasillo. Pero si eran listos (y estaba seguro de que así era) no tardarían en rodearnos. Aquello tenía tan mala pinta como lo que estaba escuchando.

—Mierda... —suspiró Sandro—. Es una lotería saber quién coño va a disparar.

Iban a matar a Enrico.

—No, no lo es —añadió Valerio.

—Joder... —jadeé creyendo que solo lo había pensado.

Pero no fue así y Kathia se dio cuenta. Aquella mirada suya me mostró como su corazón caía en picado hacia un lugar desconocido, lleno de un terror que jamás había sentido. No podía permitir que me mirara así, no podía permitir que atravesara el dolor de perder a su hermano. No si yo estaba allí con ella.

—Te tengo —advirtió Valerio.

Contuve el aliento.

Kathia

Un disparo lejano.

Estaba empezando a acostumbrarme a escucharlos, pero esa vez los temí más que nunca.

Una fuerte oleada de tiros le siguieron. Retumbaban sobre nuestras cabezas. Mi mente lo procesó como el inicio de una

ventisca.

—¡Enrico! —jadeé notando como mi cuerpo tomaba el control por sí solo.

Los esbirros que había allí dispararon sin pensar al tiempo en que Cristianno tiraba de mí contra él. Si hubiera tardado un segundo más, me habrían acribillado a tiros. Pero siquiera por esas temí. Lo único que me importaba era poner a salvo a Enrico.

—¡No hagas locuras! —exclamó Cristianno al mirarme. Sus ojos estaban desesperados.

—¡Enrico está allí!

Debería haberle enfadado mi imprevisibilidad e incluso la forma desquiciante que tuve de hablarle. Pero lejos de eso, cogió mi rostro entre sus manos y apoyó su frente en la mía.

—Me importa tanto como a ti —susurró.

Después me soltó, descargó su arma, se hizo con el cargador que Eric le entregaba y miró a su hermano mientras terminaba su tarea.

—Si aprovechamos el ataque podemos deshacernos de los esbirros del pasillo. Necesito llegar allí arriba, Diego. —comentó y su hermano asintió con la cabeza.

El mayor de los Gabbana se permitió el lujo de hacer una mueca orgullosa. Él tenía tantas ganas de unirse al desastre de la azotea como su hermano menor.

—Nadie esperará que vaya por detrás —sugirió Eric sin saber que Diego le fulminaría con la mirada.

—Buena idea. —Comentó Cristianno. Pero no todos estaban tan de acuerdo.

—No, no lo es. —Creo que lo que más le molestó a Eric fue que Diego ni siquiera le mirara a la cara al hablar—. Iré yo.

—No necesitas hacerte el héroe conmigo, Gabbana. Porque no lo eres. —Era la primera vez que escuchaba al Albori decisivo y duro.

A continuación, desapareció por el pasillo corriendo a trote mientras Diego le observaba como queriendo terminar con su vida.

—Tienes que solucionarlo, pero ahora no. —Un comentario casi tan adecuado como el tono en que lo dijo. Definitivamente Cristianno sabía bien lo que ocurría entre aquellos dos.

Tragué saliva y acerqué una mano a Diego. No sé si le sentó bien aquel gesto, pero necesité transmitir confianza y supe que lo había logrado al verle tomar aliento.

Minutos después, se oyó un disparo al otro lado. Fue la señal que indicaba la intervención rápida de Diego y Cristianno.

Mi respiración me atronó en los oídos mientras les observaba moverse con aquella extraordinaria agilidad. En cierto modo me maldije por quedar fascinada ante la brutalidad de Cristianno.

Hubo un instante en que soltó su arma, prefirió el cuerpo a cuerpo. Y le arrebató la vida a varios esbirros con sus propias manos.

Me arrastré por el suelo y capturé la pistola. Si éramos cuatro los que luchábamos, en cierto modo se notaría mucho más la resistencia. Apunté y disparé al hombre que cubría las escaleras de la azotea.

Enrico

Probablemente fue demasiado cruel no cerrar los ojos. Era un gesto que ignoró la imposibilidad y ambicionó congelar el tiempo. Y es que una parte de mí quería estar con Sarah antes de que ninguno de los pudiera respirar.

Solo existía ella, arrodillada en el suelo lista para morir mientras respondía a mi mirada entre temblores y lágrimas descontroladas. Varios hombres le apuntaban con sus armas, iban a disparar. Pero ambos sabíamos quién sería el primero en morir.

Inesperadamente, me asfixió un sentimiento. Aquel que me producía el cuerpo de Sarah cuando mis manos resbalaban por su piel. No era el mejor momento para recordarlo, pero lo acepté con resignación.

El chasquido de un arma me estremeció.

<<Lo siento, Kathia... Estaré contigo desde el otro lado, mi niña...>> Había llegado la hora.

Tragué saliva y me concentré en el ritmo discordante de mi aliento sin saber que se desataría la más imprevisible de las respuestas.

Cuando opté por desconectar las comunicaciones con mis compañeros lo hice pensando que aquella era una batalla perdida y no quería que todos cayeran conmigo. Un último acto de protección que algunos entenderían como estoicismo y otros como alevosía.

Pero no sé cómo pude creer que se retirarían.

El estallido de una bala atravesó la distancia y terminó en el pecho del esbirro que iba a dispararme. No sé de dónde demonios provino el disparo, pero aquel hecho hizo que la situación cambiara por completo.

Me levanté del suelo al tiempo en que soltaba un magistral golpe en el mentón de uno de los esbirros que me rodeaban, y le arrebaté el arma. Escuché el sonido de los huesos de su mandíbula al fracturarse y el de su cuerpo al desplomarse en el suelo sin vida. Pero todo eso sucedió mientras se desataba un tiroteo a nuestro alrededor. Otro más.

Los esbirros del Carusso siquiera sabían a quién debían disparar y eso me alegró porque mis compañeros estaban allí aunque no pudiera verlos.

Sarah quiso venir en mi busca y yo empecé a eliminar a todo aquel que se interponía en el camino para poder llegar hasta ella, pero ninguno de los dos contamos con que Angelo la capturaría.

Supo que si la convertiría en su escudo, nadie tendría el valor de dispararle. Por eso me mantuve precavido. Y Angelo aprovechó esa ventaja.

Sarah

El Carusso me arrastró consigo y me obligó a esconderme tras un tubo de ventilación. Los tiros rebotaban en el metal. Me atronaban en los oídos, pero no me importaba. Tenía que salir de allí y saber si Enrico estaba a salvo.

¿Pero cómo iba a hacerlo? Ni siquiera podía caminar, me temblaban demasiado las piernas.

<<Coraje, Sarah. Es tu familia la que está expuesta.>> Vi un arma a unos pocos metros de mí, junto al cadáver de un francotirador. Si me hacía con ella, quizás podría eliminar a Angelo.

Intenté moverme sin saber que el Carusso me capturaría del cuello y me estamparía contra el muro.

—Si te mueves un centímetro, te mataré —gruñó, atemorizado y completamente desencajado por la rabia. Leí el final en sus ojos.

—Amenazas como un buen cobarde —mascullé sin apenas aliento.

—Si no te he eliminado ya es porque eres importante para él. —Sí, era importante para Enrico, había sido imposible disimularlo, pero no podía consentir que utilizara ese pretexto en nuestra contra.

Los disparos ya no eran tan continuos. Cesaban con lentitud, señal de que aquello estaba llegando a su fin. Pero nada de eso me garantizaba la integridad de Enrico. Nada. Necesitaba verle con urgencia.

Aunque me bastó con escuchar su voz.

—¡Sal de ahí, Angelo! —Gritó Enrico—. ¡Ya no tienes escapatoria!

—¿Estás seguro? —sonrió el Carusso. Y tiró de mí con furia, hasta colocar mi espalda sobre su pecho.

Poco a poco salimos de nuestro escondite. Me apuntaba con un arma en la cabeza mientras presionaba con fuerza mi cuello con su antebrazo.

Enrico apretó los dientes. No quería mostrar su miedo a perderme para que Angelo no pudiera regocijarse, pero los tres allí nos dimos cuenta de todo lo que sentía por mí.

—Ignórale. —Le supliqué mientras analizaba su estado. Enrico tenía sangre y no logré descifrar si era suya o de sus enemigos—. No será capaz de hacer nada. —Pero a Angelo eso le afectó mucho más de lo esperado y me golpeó con el puño de su pistola. Contuve un gemido mientras sus brazos me sostenían con fuerza para que no cayera al suelo.

Escuché a Enrico gruñir y dar unos tímidos pasos hacia delante.

—¡Ni te muevas! —El cañón de aquella arma se hizo más fuerte sobre mi sien.

Tosí un par de veces.

Y entonces la mirada de Enrico cambió a la par que me asfixiaba. Se tornó mucho más oscura y cruel. Fuera lo que fuera lo que iba a suceder, Enrico saldría vencedor de allí. Era demasiado poderoso como para obtener lo contrario.

—¿Lo sabes, verdad? —dijo sin dejar de apuntar a Angelo—. Sabes a quien pretendes matar.

La sonrisa del Carusso reverberó en mis oídos.

—¿Y qué te hace pensar que me importa, Materazzi? —Después de todo, lo sabía. Angelo lo sabía.

Enrico torció el gesto.

—Es tu hija —gruñó.

—¡Cállate! —La ofuscación de Angelo se descontrolaba.

Fue entonces cuando me di cuenta de que nos movíamos hacia el precipicio. Realmente no sabía que pretendía llevándonos hacia allí, quizás tirarme al vacío, pero insistí más en el hecho de tener a Enrico siguiendo de cerca cada uno de nuestros pasos.

Apenas nos separaban un par de metros.

—No tienes alternativa —continuó mostrando la soberbia espeluznante de sus hombros—, que la mates o no, no te libraré. Sabes que hoy vas a morir.

—Pues me la llevaré conmigo. —Aquella voz ya no pertenecía al Angelo carismático y seguro de sí mismo que se conocía. Ese hombre ya era pasto de la enajenación—. Te la arrebataré, Enrico. Como hice con tu familia.

Escuchar aquello fue como recibir un golpe. Incluso me estremecí. Casi pude sentir la pérdida que supuso para él ver a toda su familia consumirse entre las llamas.

Angelo tropezó. Había llegado al filo de la azotea. Si decidía moverse, ambos caeríamos.

—Puedes morir como un hombre, Carusso.

—El honor. —Volvió a sonreír. Esta vez con nostalgia—. Ninguno de los dos conocemos su verdadero significado, ¿no es así, traidor?

—Sonó como el peor de los insultos.

—Venganza, es la única palabra que necesito conocer. —No sabía que tras decir aquello volvería a escuchar un disparo.

No sé dónde impactó, ni siquiera había sido herida, pero lo cierto fue que no tuve tiempo de pensar demasiado en ello. Porque Angelo me arrastró consigo.

El vértigo me inundó mientras mi cuerpo era impelido hacia el precipicio. Vi a Enrico echar a correr un instante antes de caer.

Instantáneamente supe que ni siquiera me daría tiempo a sentir el pavor por la caída, dado que mi mente se había detenido en la última imagen que tenía de Enrico. Pero cuando más segura estaba que iba a impactar en el suelo de la Piazza della Repubblica, sentí como unas manos capturaban mi brazo. Aquella maniobra me hizo estamparme contra la fachada del hotel y notar como todos mis huesos crujían.

—¡Te tengo, Sarah! —gritó Enrico. Dejó de importarme el dolor al mirar hacia arriba y verle.

—¡Dios mío! —jadeé mareada por el repentino miedo que sentí.

Algo tiraba de mis piernas, algo me empujaba hacia el vacío. Ahora que Enrico me tenía sujeta, no podía resistir la idea de caer. Intentar contener las lágrimas fue inútil.

—¡No voy a soltarte, ¿me oyes?! —Me aseveró Enrico—. ¡No lo haré, amor! —Y eso lo sabía, pero no estaba segura de que pudiera soportar el peso de dos cuerpos.

—¡Ja! ¡Enrico, no puedes hacer nada! —gritó Angelo enganchado a mis caderas, sabiendo que la sangre se le derramaba

del cuerpo— ¡No la soltaré!

Miré hacia abajo. El Carusso reía y se movía de un lado a otro. Había aceptado morir, pero le divertía saber que podía terminar con un par de vidas más. Era ruin hasta el final.

—¡No dejes de mirarme, ¿de acuerdo?! —me exigió Enrico. Aquella mirada suya estaba más desbordada que nunca—. Confía en mí.

—Te quiero...—gemí.

Cristianno

Le di una patada a la puerta con mucha más fuerza de la que esperaba y entré en la azotea percibiendo como el desasosiego se me amontonaba en la boca. Era tan desquiciante que ni siquiera podía fijar la vista en mi objetivo.

Y entonces lo vi. A Enrico con medio cuerpo descolgado del bordillo y las piernas bloqueadas por la tensión. Supe qué estaba pasando, supe lo que pretendía.

<<Sarah.>>

Eché a correr desesperado y detuve mi carrera al apoyar las manos en el reborde de cemento.

—¡Cristianno Gabbana! —gritó Angelo enganchado en la cintura de Sarah—. ¡Maldito diablo!

Cargué mi arma mientras observaba de reojo como los dedos de Enrico rasgaban la piel del antebrazo de Sarah. Se resbalaba, pero prefería hierirla antes de dejar que cayera al vacío. Y ella no se quejaba, creo que siquiera sentía el dolor.

Apunté a Angelo sin saber que le daría la bienvenida al gesto con una sonrisa retorcida. Seguramente le resultaba igual de irónico que a mí que yo fuera quien terminaría con su vida.

Lo único que lamentaba era no poder ensañarme con él. Aunque podría resarcirme con su querido Valentino Bianchi.

—No veremos en el infierno, Carusso. —Y disparé. En su cabeza. Sabiendo que esta reventaría hasta deformarse.

El cuerpo de Angelo cayó en picado al vacío, pero no me detuve a disfrutar de la imagen. Me preocupó más que la inercia arrastrara a Sarah. Enrico apenas la tenía sujeta de los dedos cuando yo la capturé del otro brazo.

Tiramos juntos de ella hasta tocar el suelo de la azotea.

Lo primero que sentí fue el profundo jadeo que liberó mi garganta y la fuerte presión que me perforaba el pecho. Enrico estaba vivo, Sarah también y acababa de eliminar a uno de mis enemigos más poderosos. Se suponía que debía estar orgulloso, joder.

Pero no lo estaba.

<<*Esto no ha terminado, ¿no es así, Enrico?*>>, pensé al mirarle. Sarah se había encadenado a él mientras lloraba y Enrico se esforzaba en abrazarla, pero algo no funcionaba.

Él lo sabía.

Y yo también.

Su mirada me lo dijo todo.

<<*¿Y ahora qué hago? ¿Qué puedo hacer?*>>

Sarah

La vida se respira con ritmo. El aliento surge con coordinación. Unas veces más veloz que otras, pero siempre siguiendo una armonía. Un corazón late en sintonía a la propia existencia. Pero cuando todos esos factores se resienten, ya no queda nada. Siquiera vale la resistencia externa o el empeño emocional.

Y Enrico lo entendía.

Supo que tarde o temprano yo me daría cuenta de que su corazón dejaría de latir. De que la sangre se acumularía en la zona herida y obstruiría todo sus pulmones. Moriría en mis brazos y sin embargo parecía orgulloso.

Me incorporé completamente aterrorizada. Y al mirarle comprendí que había sido herido mucho antes de que me salvara.

No había podido remediar las balas y no le había importado agravar su herida al mantener mi peso a la par que el de Angelo.

Lo vi. El agujero en su pecho, por el que se derrochaba su sangre.

Enrico tosió y lo hizo de una forma agonizante.

—No... —mascullé entre lágrimas—. No puedes hacerme esto... —No pude dejar de llorar.

Él se esforzó en levantar una mano y la llevó a mi mejilla ahuecándola con cariño.

—Necesitaba volver a mirarte de esta manera —jadeó sin fuerzas. Se iba. Se iba de mi lado, del lado de su hermana, del de su familia.

—Cállate —espeté cogiendo su mano—. No necesito que me digas nada...

Vi a través de sus ojos como Cristianno se arrastraba hasta llegar a nosotros.

—Joder... —susurró al mirar el pecho de su hermano postizo. Y fue mucho más listo y capaz que yo al cubrir enseguida la herida con las palmas de sus manos. Seguramente pensando que ese momento sería mucho más duro en cuanto apareciera Kathia.

Sus pasos retumbaron conforme se acercaba a nosotros.

—¡ENRICO! —gritó antes de arrodillarse a su lado. Su hermano liberó toda la devoción que sentía por ella en solo una mirada. Supongo que pensó que ahora que Kathia estaba allí, podía irse en paz—. ¿Qué es esto? —Colocó las manos sobre las de su novio.

Kathia

Miré a Cristianno por entre la niebla de mis lágrimas mientras sentía como el tiempo se detenía y me hacía temblar con violencia antes de llenarme de recuerdos que compartía con Enrico. Una parte de mí moriría con él.

—Cristianno... —Ni siquiera sé porque le llamé, pero quizás él comprendió bien a qué me refería mucho antes de entenderlo yo misma.

Echó mano a su espalda y capturó un cuchillo. Sin dudar rasgó la camisa de Enrico y dejó al descubierto la herida. La sangre borboteaba sin control, señal de que seguramente la bala todavía estaba en su interior. Si no la sacábamos pronto las arterias terminaría por obstruirse y provocar una hemorragia interna irreversible.

Ni siquiera lo pensé. Introduje los dedos en la herida y hurgué hasta dar con el canto redondo de una bala. Enrico se quejaba entre débiles jadeos, pero no parecía demasiado consciente de lo que le estaba haciendo. Ni siquiera parecía prestar atención a los reclamos gimientes de Sarah.

Saqué la bala y al mismo tiempo Cristianno taponó de nuevo la herida con sus manos. La sangre no tardó en tintarlos. Igual que había hecho con los míos durante la maniobra.

—¡Diego! —gritó.

—¡Lo sé! —exclamó esté.

Al mirar a mi alrededor, me di cuenta de todo. Eric estaba tirado de rodillas en el suelo, siquiera se atrevía a acercarse. Diego insistía en su teléfono, pidiendo una ayuda que ninguno sabíamos si llegaría a tiempo. Sarah completamente perturbada, rogándole a Enrico que se mantuviera despierto. Y yo perdida en unos ojos azules que no dejaban de maldecir no poder hacer nada; Cristianno creía que era el culpable. Pero no lo era.

No lo era.

Miré a mi hermano.

—Kathia... —Su voz apenas sonó. Y supe que él necesitaba tocarme y que yo debía responder, pero no pude moverme.

Se quedó muy quieto.

Se quedó muy quieto mientras yo me ponía en pie.

Cristianno

—¡Kathia! —grité mientras ella se alejaba de su hermano, lentamente.

Pero no me escuchó. Ya no veía ni entendía nada. Se había quedado atrapada en ella misma. Su mirada ya no estaba allí, si no en una recóndita parte de su memoria. Quizás en sus recuerdos, no lo sabía. No fui capaz de encontrar el modo de mantenerla conmigo, de hacerla responder a la posible última necesidad de Enrico.

El impacto emocional que se apoderaba de ella era mucho mayor que cualquier amor que sintiera por algunos de los que estábamos allí. Por un momento Kathia dejó de ser esa chica que tanto conocía. No se dio cuenta del modo en que el shock se imponía y la alejaba de todo. Y mientras tanto su hermano se moría en mis manos.

—¡Ya están llegando! —chilló Diego, pero ambos sabíamos que quizás ya no serviría de nada.

Kathia nos dio la espalda. Probablemente ella también lo sabía, aunque parte de sí misma se negaba a admitir que tal vez ya no compartiría su vida con Enrico. Puede que esa fuera la batalla que se estaba dando en su interior; rendirse a la evidencia o mantener la esperanza. Qué más daba todo ya. Que Angelo hubiera muerto, que Kathia me amara, que yo la amara a ella... Nada de eso importaba en ese instante. Enrico se moría y Mauro quizá le seguiría pronto, si no se había ido ya...

Dios mío...

—¡Kathia, escúchame! —clamé mientras el llanto de Sarah se hacía más y más violento.

Pero de pronto Enrico tosió y un hilo de sangre resbaló de su boca. Aquella señal no era positiva. Indicaba hemorragia. Poco a poco su mirada se fue apagando. Perdía la consciencia.

Aparté a Sarah y me acerqué a su rostro.

—Si me dejas ahora, no te lo perdonaré —mascullé ajeno a si realmente podía escucharme o no. De todas formas seguí hablando y cogí su cara con mis manos ensangrentadas—. Eres mucho más fuerte que todo esto, Enrico.

Lo vi, vi de soslayo como Kathia caía de rodillas en el suelo y se perdía en la visión dorada del horizonte de Roma. Fue cuando Enrico dejó de respirar y cuando Sarah gritó al cielo.

Me negué. Enrico no podía morir así. No por aquellos motivos, no de esa manera.

Apoyé mi frente en la suya mientras las yemas de mis dedos se clavaban en sus mejillas. Su piel estaba fría, pero me importaron mucho más las espantosas ganas que tuve de llorar.

—Se lo prometiste, Enrico... —gemí evocando la promesa que le había hecho a su hermana.

Y me quedé muy quieto.

Allí había un corazón que todavía no había dejado de latir.

No permitiría que dejara de latir.

Kathia

Quizá debería haber mirado a Enrico una vez más antes de que un helicóptero aterrizara en la azotea y le evacuara junto con Sarah, pero no pude. Ni siquiera entendía cómo demonios era capaz de mantenerme erguida. Una parte de mí pensó que sí no miraba, probablemente viviría. Qué gilipollez...

Aquella podía ser la última vez que le hubiera visto con vida. ¿Cómo iba a soportar esa carga? ¿Cómo iba a poder continuar existiendo sin él a mí lado? No era justo para ninguno de los dos. Y tampoco lo era que mi mente fuera incapaz de reaccionar. Debería haber encontrado valentía, la misma que tuve al extraer la bala de su pecho, y haber subido con él a ese maldito helicóptero. Era una mala hermana. Por mi culpa, por mis deseos, por mi rebeldía, Enrico iba morir.

Me tambaleé al ponerme en pie mientras el fuerte viento provocado por las aspas de helicóptero me rodeaba y empujaba. No miré hacia él hasta que se colocó frente a mí y emprendió su marcha a través del cielo.

Entonces una fuerte soledad me invadió. Sentí cómo mi corazón se abría paso en mi pecho y volaba junto a Enrico. De alguna manera, mi fuero interno insistía en rebelarse contra el shock que me inundaba, pero no bastaba. No era suficiente.

—Cristianno, tenemos que evacuar. —Esa era la voz lejana de Thiago, que acababa de entrar algo precipitado en la azotea. Él,

Valerio y varios hombres más habían venido a cubrir nuestra salida del hotel.

—De acuerdo. —Cristianno respondió por inercia, pero no me hizo falta prestar demasiada atención para saber que él no podía dejar de analizarme. Con un poco de suerte, Cristianno comprendería mejor que yo porqué demonios no era capaz de reaccionar.

Y de pronto noté una descargar al mismo tiempo en que alguien caía. Ajena al motivo, mi corazón se detuvo un instante antes de asfixiarme con sus latidos. Enrico no iba a ser el único herido grave allí.

Me di la vuelta, asustada, temerosa de encontrarme con más muerte. Honestamente esperé que mis instintos se hubieran equivocado y aquella reacción se debiera a que poco a poco empezaba a controlarme.

Vi como Eric se aferraba a los brazos de Diego. Estaba tirado en el suelo mientras el Gabbana le sostenía. Él todavía no sabía que estaba pasando, pero a ninguno nos hizo falta obtener una explicación para ser conscientes de la sangre que empapaba la chaqueta de Eric.

Posiblemente había resultado herido en la carretera, antes de su caída, y había resistido por querer ayudar, por no darle importancia al hecho de que esa podía ser la bala que terminaría con su vida.

Sin apenas fuerzas, avancé un par de pasos. Cristianno enseguida echó a correr hacia su amigo y se acuclilló junto a él intentando buscar el foco de la herida. Por su mirada me di cuenta que se encontraba en el lumbar.

—No dejes que me vaya, Diego —tartamudeó Eric antes de que el Gabbana acariciara su mejilla y negara con la cabeza. Seguramente no lloraría, pero no hacía falta que lo hiciera para que Eric y los demás comprendiéramos el dolor que estaba atravesando —. No me dejes ir, por favor —sollozó enredando sus dedos con los de Diego.

Jadeé al ver como mi amigo cerraba los ojos con lentitud. Solo tenía diecisiete años... Solo era un niño...

Me llevé una mano a la boca y presioné con fuerza notando escozor en los ojos. No, todavía no era capaz de llorar, pero aquella reacción indicaba como mis emociones estaban colisionando entre sí. Ignoraba si aquello estaba sucediendo rápido o lento, pero estaba segura de que era muy destructivo.

—No... —gimió Diego aferrándose a Eric—. No, no. Eric. Eric... —Y tembló con brusquedad mientras el cuerpo de su amante yacía inconsciente pegado a su pecho.

La respiración de Cristianno se desbocó. Tal vez nadie se dio cuenta, pero yo pude ver el modo en que se descontrolaba. No era rabia lo que sentía, ni tampoco miedo. Si no la misma mezcla de sentimientos que a mí me bombardeaba. Jadeaba, el aliento se le amontonaba en la boca mientras contraía los brazos creyendo que así dominaría la situación. Apretó los puños, observó a su hermano y a su amigo y después miró hacia esa parte del cielo por la que había desaparecido Enrico y Sarah.

No servía de nada saber que uno de nuestros más grandes enemigos yacía muerto a unos metros por debajo de nosotros. No servía de nada...

Aun así, Cristianno siempre había sido más fuerte que yo. Deshizo el abrazo de su hermano, acomodó sus brazos entorno al cuerpo de su amigo y lo levantó del suelo tras emitir un gruñido.

Con Eric entre los brazos, observó a Diego. No hizo falta que le hablara para que este entendiera que debía resistir si sentía algo real hacia Eric.

Tras eso, abandonó la azotea con Thiago.

—Tienes una oportunidad —le dijo Valerio, mirándole desde arriba, consciente de todo lo que estaba sintiendo su hermano mayor. Pero al ver que Diego no reaccionaba, tiró de él hasta ponerle en pie—. Si te quedas ahí parado, no conseguirás nada —masculló, le empujó y después se fue dejándonos a los dos solos.

Lentamente, caminé hasta él. No necesitaba saber qué había pasado entre Eric y Diego para darme cuenta de que entre ellos había amor. Precisamente eso fue lo que me hizo comprender como se sentía mi cuñado. Era el mismo dolor que yo sentía. Ambos podíamos perder a alguien querido.

Solo me faltaba un paso para tocarle, pero de pronto me detuve y me dije a mí misma que nada de lo que hiciera podría servir de mucho, pero que serviría mucho menos siquiera intentar hacer algo.

Cogí la mano de Diego y tiré de él.

Abandonaríamos juntos ese maldito hotel.

Sarah

La posibilidad de que Enrico pudiera morir cobró mucho más sentido cuando llegamos a nuestro destino. De pronto temí que aquellos médicos no fueran capaces de salvarle en un lugar como ese. Era un búnker que estaba a varios metros bajo tierra. Rodeada de roca y un sistema de seguridad militar.

En Prima Porta.

La nueva y secreta sede Gabbana.

Pero tras unos segundos me dio igual el dónde y el cómo. Solo necesitaba que Enrico continuara respirando.

Mis pasos se habían adaptado al ritmo frenético que impusieron los sanitarios. Empujaban la camilla mientras controlaban las constantes de Enrico. Ni siquiera me di cuenta de hacia dónde íbamos o de la gente que había allí, solo podía mirarle a él y el modo en que su piel había palidecido. Su mano fría pegada a la mía.

Nos adentramos en un pasillo, estaba tan iluminado que tuve que entrecerrar los ojos. Olía a desinfectante y hospital. Aquel lugar estaba habilitado para emergencias sanitarias, disponía de quirófano.

Miré al frente al tiempo que veía como dos doctores ya uniformados empujaban las puertas y se acercaban hacia nosotros a grandes pasos.

—¿Qué tenemos? —dijo uno de ellos, con voz grave y denotando una seguridad que aumentó el ritmo de mis lágrimas.

—Barón, 27 años —respondió el sanitario que mantenía la respiración asistida de Enrico. Un enfermero me alejó de él—. Posible neumotórax traumático por arma de fuego. No descartamos hemorragia interna...

Pero no pude terminar de escuchar.

—Debe quedarse aquí, señorita —me dijo con amabilidad mientras Enrico y el equipo médico desaparecía tras la puerta.

Quise ir, quise correr hasta él y gritarle que viviera. Sin embargo me aferré a aquel hombre y le miré a los ojos.

—Por favor... —sollocé con violencia—. Tiene que salvarlo, por favor... —Una súplica que solo obtuvo una caricia por respuesta.

Aquel enfermero desapareció dejándome sin fuerzas.

Me arrodillé en el suelo, frente a la puerta, y rompí a llorar en silencio mientras sentía como todo mi cuerpo se convulsionaba por la fuerza del llanto. Si Enrico moría no me importaba en absoluto irme con él.

Sentí una mano sobre mi hombro y cómo esa calidez que desprendía se extendía por mi espalda enfrentándose a mi dolor. Supe quién era, supe que resistía por entereza, quizás también por mí, pero que también sufría. Silvano iba a perder al hombre que quería como a un hijo.

—Va a morir por mi culpa —gemí cabizbaja, saboreando mis lágrimas—. Por protegerme.

—Entonces será una muerte noble. —No lo dijo con la intención de prepararme para su muerte, sino para borrar todo rastro de culpa en mí. Silvano sabía que me reprochaba.

Levanté la cabeza y le miré desafiante desde el suelo. Silvano parecía incluso más grande desde aquella perspectiva.

—¿Qué tiene de noble morir? —gruñí tras sorberme la nariz.

Esa mirada suya se clavó en la mía con poder y rotundidad.

—Nunca reproches las decisiones de un hombre que sabe amar.
—Me cogió del brazo y tiró de mí hasta colocarme frente a él—. No tienes derecho a robarle ese sentimiento, Sarah. —No fue brusco. Ni siquiera un ápice. Toda su voz inundó mi cuerpo e hizo que el llanto fuera incluso más duro.

—Yo solo quiero que viva, Silvano. —Me derrumbé sobre él sabiendo que me protegería. Y así lo hizo. Silvano me abrazó con tal fuerza que olvidé donde empezaba su cuerpo y terminaba el mío. Lloré hasta quedarme sin fuerzas.

—Señor —dijo Gio, uno de los esbirros que apareció allí—, tenemos otro herido. —Lo dijo cabizbajo.

—¿Quién? —preguntó Silvano, sin valor a mirarle. Apretó con fuerza la mandíbula.

—Eric Albori. —Se me cortó el aliento.

Cristianno

Solo se oía el silencioso rumor del motor de aquel Lexus LC entremezclándose con la respiración tímida y contenida de Kathia. En mi caso, mi aliento siquiera parecía manifestarse.

Habíamos dejado el hotel aprisa. Thiago decidió que lo mejor era separarnos, así que cogí a Kathia y me la llevé conmigo optando por dar el rodeo más largo hasta Prima Porta.

Cuando mi padre dijo que había organizado un protocolo de evacuación como vía de escape, no creí que llegaríamos a necesitarlo. Y mucho menos que todo dependería de ese plan. Ahora, toda mi familia y cualquiera de nuestros aliados estaban condenados a esconderse en una sede bajo tierra si quería vivir.

No quise mirar a Kathia. En ese momento no necesitaba palabras vacías o caricias que intentaran reconfortar, mucho menos si venían de alguien tan herido como ella. Nos conocíamos bien. En

situaciones como aquella lo mejor era esperar. Quizás esa era la mejor cura.

Así que mantuve mi mirada en la carretera mientras el silencio se prolongaba y nos engullía. Nos dirigíamos a Prima Porta.

—Para el coche. —Un susurro lúgubre y distante.

Obedecí casi de inmediato y detuve el coche en el arcén de aquella carretera desierta junto a una arboleda, cerca de Labaro. Kathia abrió la puerta y salió del coche. Se movía con lentitud. La ropa y el chaleco magullados y llenos de polvo, todavía un poco húmedas, el cabello enredado pegado a la cara.

Apreté el volante y los dientes antes de apagar el vehículo. Y la miré creyéndome su peor enemigo. Volver a pensar en lo mismo, en mi culpa, en mi insistencia en seguir amándonos, no me devolvería una buena respuesta. Solo quedarían los errores que habíamos cometido.

Allí ya no había culpables, solo actos, hechos. ¿Qué más daba quien los hubiera provocado?

Kathia empezó a respirar acelerada y miró al cielo.

Lo entendí. Comprendí porqué me había pedido que me detuviera. Había llegado el momento de despertar de su shock, de reaccionar. De derramar las lágrimas que deseó liberar en la azotea y no pudo.

Salí del coche al tiempo en que ella se llevaba las manos a la cara. Los hombros le temblaron, se convulsionaban. El llanto poco a poco se hacía un fuerte protagonista.

Y entonces todo mi mundo se derrumbó bajo aquella mirada que me entregó. Me pedía ayuda, me preguntaba si todo saldría bien, si su hermano viviría, si algún día podría estar junto a mí sin temer. Pero ¿qué podía decirle yo en ese momento? ¿Qué podía hacer para ahorrarle ese sufrimiento?

<<Resistir.>>

Fui hasta ella y rodeé su cuerpo con mis brazos sin saber que ella se abandonaría a mí con tanta desesperación. Mi contacto aumentó el ritmo de sus sollozos, pero no me importó. No pensé en

ahorrarle ese momento, habría sido estúpido enterrar esa necesidad. Solo me quedaba luchar por transmitirle hasta qué punto estaba implicado con ella.

Ambos los sabíamos. <<*Te seguiré allá donde vayas... Incluso después de la vida.*>>

Su nariz rozó mi cuello. Noté como sus lágrimas se me resbalaban por la clavícula, y la abracé con más fuerza.

Si el tiempo decidía detenerse, aquel era un buen momento, con Kathia entre mis brazos y el dolor y el amor repartiéndose a partes igual entre nuestros cuerpos.

Cristianno

Prima Porta era una casucha de ladrillo en mitad de un descampado de maleza seca que me llegaba a la cintura. Desde allí podía verse el pueblo y el camino mal asfaltado que comunicaba la zona con las carreteras principales.

Pero ese no era el verdadero refugio. Ni yo hubiera imaginado que bajo aquella tierra se encontraría un enorme cobijo con capacidad para esconder a más de doscientas personas y capaz de soportar un bombardeo. En efecto, se trataba de un búnker militar de la Segunda Guerra Mundial por el que se descendía desde el interior de aquella choza.

—¿Qué es este lugar? —Preguntó Kathia aferrada con fuerza a mi mano. En realidad siquiera la había soltado mientras conducía. Había querido permanecer conectada a mí en todo momento.

—Nuestra nueva sede —dije sin dejar de observar el modo en que los hierbajos prácticamente se colaban por las ventanas derruidas de la cabaña.

No había sabido de la situación de aquel lugar hasta que Thiago me dio la información antes de marcharse con Eric y los demás.

Mi padre no había querido contar los detalles del que sería nuestro refugio a menos que llegara el momento de precisarlo, y yo tampoco quise preguntar porque supuse que ni siquiera nos haría falta. Pero desde que me topé con sus sospechas, supe que en algún momento podría estar en algún lugar como aquel. No me

sorprendía. Él no se basaba en dudas, sino en actos. No había nada que contradecirle cuando se trataba de su experiencia en la mafia.

—Un escondite. —Sí, Kathia lo había entendido a la perfección—. Todo lo que hemos hecho nos ha llevado a tener que escondernos bajo tierra. Como si estuviéramos muertos.

La miré cabizbajo. Quizá no debería haberme sentido así porque yo no tenía el control sobre las decisiones que tomaba la gente, pero no pude evitarlo. Así como tampoco pude evitar pensar que su hermano luchaba entre la vida y la muerte bajo nuestros pies.

No sabía bien lo que decirle, pero de todos modos ella no me dejó hablar.

—Borra esa expresión de inmediato, Cristianno. —No me había mirado, pero lo sabía y había sentido que estaba hecho una puta mierda—. Tú eres lo mejor que me ha pasado. —Un quejido se me escapó. Kathia me obligó a mirarla—. Lo mejor... —susurró al acercarse a mis labios.

¿Sabría ella, entendería, que la amaba hasta el descontrol?

Empezamos a caminar, Kathia un poco más adelantada que yo. Noté en sus hombros como su aliento se había precipitado.

—Te quiero... —Se detuvo de súbito y agachó la cabeza antes de mirarme con los ojos humedecidos. Ninguno de los dos esperábamos que pudiera escapárseme un sentimiento con tanta intensidad. Realmente era la primera vez que se lo decía de aquella manera tan desgarradora... Más incluso de lo que puedo expresar con palabras, Kathia.

Nos abrazamos hasta que los latidos de mi corazón se mezclaron con el suyo. De no habernos sentido tan desolados por el daño que estábamos recibiendo, ese momento quizás habría sido mágico.

Volví a coger su mano y tiré de ella hacia el interior del cobertizo. No había nada importante que ver allí; tan solo era un espacio de veinte metros cuadrados, lleno de polvo y muebles cochambrosos. Pero la trampilla que había en el suelo marcaba la diferencia. No se podía abrir de forma manual, estaba mecanizada. Lo que insinuaba

que la zona estaba vigilada por cámaras y que no podríamos entrar hasta que los guardias verificaran nuestra presencia.

Entonces se escuchó un chasquido y la trampilla comenzó a deslizarse hasta mostrar unas escaleras de hormigón. Kathia ni siquiera se sorprendió, simplemente se limitó a seguirme, y bajó en el más estricto silencio.

A priori todo parecía bastante obsoleto, pero conforme nos adentrábamos íbamos reconociendo las renovaciones. La tensión de Kathia poco a poco se intensificó, sabía que estábamos muy cerca de Enrico.

—Chicos, os estábamos esperando —dijo Marcelo, uno de nuestros esbirros de confianza—. La cosa está un poco desmadrada. —No era necesario que lo asegurara, se lo noté en el rostro.

Kathia se precipitó hacia delante.

—¿Es mi hermano? —Exigió saber con desesperación.

Marcelo agachó un poco la cabeza. No era una señal de peligro, pero sí de respeto. Enrico era demasiado admirado y respetado por todos nuestros hombres.

—Todavía está en quirófano —admitió y yo me acerqué un poco más a ellos mientras Kathia suspiraba.

—Marcelo. —Acaricié la espalda de mi novia para que no olvidara que estaba a su lado y que compartía todas sus emociones —. ¿Dónde está mi...?

—¡Cristianno! —Una exclamación desesperada. Alex se acercó a nosotros caminando a trote por aquella pasarela—. Joder. ¡¿Dónde estabais?!

No deparaba nada bueno su actitud. Algo había sucedido mientras Kathia y yo veníamos de camino. Algo muy gordo.

—¿Qué coño pasa? —La imagen de Mauro cobró mucha fuerza en mi mente.

—Hemos recibido un mensaje de Valentino.

—¿Cómo? —preguntó Kathia, con el ceño fruncido.

Yo en cambio sentí la certeza. Mi primo o estaba muerto o bien estaba a punto. Se me encogió el estómago. Sentí un tirón tan violento que creí que me hincaría de rodillas en el suelo. No tener a Mauro, arruinaría mi vida por completo.

—A través de Thiago —comentó Alex con sigilo—. El muy cabrón sabe bien quienes son nuestros aliados.

—¿Qué dice el mensaje? —Dije por inercia. Y le miré a los ojos. Mi amigo no quería hablar, pero sabía que debía hacerlo.

—Nada bueno. Es un vídeo.

Tenía que moverme. Tenía que ver aquellas imágenes y buscar una solución si todavía podía. Pero ¿y sí ya era demasiado tarde? ¿Y sí Mauro ya me había dejado? ¿Y si había muerto solo?

Ahora era Kathia quien procuraba un contacto entre nosotros. Y eso me hizo poder seguir a Alex por la pasarela notando como las piernas me pesaban toneladas.

Kathia

Hubiera podido creer mil cosas, pensar en mil situaciones y hasta incluso empezar a buscar soluciones. Pero mi mente se detuvo casi al tiempo en que aquella sala enmudecía al vernos. Se respiraba duda, miedo, rencor, incertidumbre. Ira. Pero también la certeza de que nadie allí podría comparar sus emociones a las de Cristianno.

Jamás creí que me toparía con una imagen como esa.

Que Mauro estuviera encadenado a unas columnas con el torso amoratado, el rostro inflamado y el labio sangrante daba sentido a la expresión que todo el mundo tenía.

Ahogué una exclamación y noté como la humedad aumentaba en mi vista. Me llevé una mano a la boca; era el modo en que contendría mi reacción, pero, aunque lo logré, no sentí resistencia. Todo aquello ya era demasiado. Primero mi hermano, Eric, Sarah... Y ahora Mauro.

Me apoyé en el marco de la puerta. Fui incapaz de moverme. Y también de continuar mirando. Mauro era uno de mis compañeros, mi gran aliado. Él se había mantenido fiel a mí y a mi amor por su primo desde el comienzo, no me había abandonado ni un instante. Siquiera cuando más perdida estaba. Su sufrimiento, era mío.

Pero todo mi dolor resultó insignificante cuando miré a Cristianno.

Él se había quedado inmóvil. Los ojos completamente abiertos, solo pendientes de una imagen. Ya no sentía los latidos de su corazón, ni tampoco su aliento acelerado o el contacto cálido de su piel. Todo en él era frío y distante.

Le titilaron las pupilas un segundo antes de comenzar a caminar y lo hizo lento. Cautó, como si su primo dependiera de su forma de moverse. Nadie se atrevió a decir algo, tan solo se escuchaba el sollozo contenido de Giovanna que estaba en un rincón. Todo el mundo permanecía atento a los movimientos y reacciones de Cristianno mientras él se acercaba a la pantalla.

No sé si alguien se dio cuenta, pero comenzó a temblar. Percibí la primera sacudida en sus manos antes de cerrarlas en un puño, después en su cuello y terminó en sus mejillas. Cristianno no lloraría porque sentía mucha más rabia que tristeza. Pero su dolor necesitaba manifestarse y no le importó que pudieran notarlo.

Se colocó frente a la pantalla y miró el rostro de su primo. Lo examinó bien mientras fruncía los labios. Empezaba a costarle resistir. Mauro era la parte más importante de sí mismo. No necesitaba explicar que en ese momento estaban desgarrando un pedazo de su esencia.

Cristianno contuvo el aliento.

—Quiero verlo. Quiero saber qué quiere. —Se refería a Valentino.

Valerio tragó saliva, asintió con la cabeza y activó el vídeo. Empezó con una tos y enseguida se vio una de las manos del Bianchi capturar la barbilla de Mauro. Le obligó a levantar la cabeza

con un movimiento brusco. No fue difícil deducir que le habían drogado.

—Queridísimos amigos, en realidad había pensado en extenderme, pero iremos al grano. —La voz de Valentino me produjo un escalofrío demasiado hiriente—. Seré práctico. Vosotros me entregáis a Kathia y yo os devuelvo a Mauro con vida o por lo menos parte de ella. —Soltó el rostro de Mauro y este cayó sin fuerzas—. Es bien sencillo, no estoy pidiendo nada que no sea mío. —Cristianno lentamente se descontrolaba, sabía que Valentino le había acorralado—. La entrega se hará en Villa Borghese. Tenéis cuarenta y ocho horas. Si no obedecéis, Mauro muere. —Una risa placentera—. ¿Qué harás, Cristianno?

Justo ahí se detuvo el vídeo. En todo momento Mauro fue el plano principal. Valentino había sido listo al optar por esa actitud, sabía que nos acorralaba.

—Hemos analizado el contenido —explicó Valerio—. El archivo se grabó desde un terminal móvil ilocalizable. Por tanto no tenemos demasiadas alternativas.

—Siempre y cuando pensemos solo en el paradero de Valentino. Mauro está en Riano —añadió Thiago, cruzado de brazos a unos metros de mí.

Pero eso no fue lo que más me importó. Cristianno ni siquiera era consciente de lo que su hermano decía. Sabía que su gente se había puesto a hablar, intentado dar con una solución que nos mantuviera a todos a salvo, pero a él solo le importaba aquel plano congelado de su primo.

Lentamente levantó una mano y la acercó a la pantalla colocándola sobre el rostro de Mauro, como si quisiera acariciarle. Después agachó la cabeza y permitió que su temblor aumentara.

Aquella imagen de él, aislado y roto, me destrozó. Porque de mí dependía la vida de su primo, por mi culpa Mauro había llegado hasta ese punto. Y yo no podía hacer nada por evitarlo.

Excepto una cosa.

Entregarme a Valentino.

Cristianno

La vida de la mujer que amaba por la de mi compañero.

Me quedaba sin opciones. Pensar que podía ganar estando en aquella posición me convertiría en un maldito iluso. Pero no estaba dispuesto a perder de esa manera. Todavía quedaba una opción. Quizá, si yo me entregaba a Valentino, podría salvarles a los dos.

Pero el Bianchi no me quería a mí. Y llegados a ese punto pensé que lo único que pretendía era hacerme daño. Ya no me parecía que quisiera conseguir poder o gloria, ni siquiera más fortuna. Aquello se había convertido en un mero juego obsesivo y destructivo, mucho más intenso ahora que Angelo estaba muerto.

La cabeza iba a estallarme. El reflejo de Mauro me ardía en la palma de la mano. Perder a mi primo, perder a Kathia. Ambas opciones eran terriblemente dolorosas. Mi propia fortaleza ahora me consumía.

Tragué saliva al tiempo en que descubría que mi entorno conversaba desesperado sin reparar en mi estado, excepto Kathia. Completamente concentrada en mí, ella me observaba como si nada más existiera en su mundo. Me concentré en sus ojos hasta que la voz de mi hermano Valerio llamó mi atención.

—Lo tengo. Centro psiquiátrico de Riano. —Comentó porque seguramente Thiago le había explicado las indicaciones que Enrico le dio mientras pudo—. Sandro... —le instó al guardia mientras este tecleaba a toda velocidad.

—Lugar abandonado desde 1976. —Explicó Sandro—. Se encuentra a unos 15 kilómetros de distancia desde aquí. Extensión de dieciséis mil metros cuadrados. Tres plantas, una subterránea. Ciento ocho salas. Catorce formas de entrar. Dispone de alambrado —explicó sabiendo que necesitaríamos ese tipo de información.

Valerio le miró de reojo y le felicitó con una sonrisa que Sandro agradeció mucho.

Me froté la cara sin esperar que una parte de mí necesitara mirar a Kathia. La observé de soslayo. Ella no podía apartar la vista de Mauro.

—Necesito que un equipo se acerque a Riano y verifique la zona —hablé automática, como si fuera un pensamiento y no estuviera diciéndolo en voz alta—. Si han electrificado la valla, qué entrada es la más segura. Cuánta seguridad ha dispuesto Valentino. Distancia y tiempo. Todo. —Terminé susurrando.

—Yo lideraré ese grupo, jefe. —Thiago dio un paso al frente. Estaba cabreado, ofuscado. Su mejor amigo podía morir en cualquier momento y él no podía hacer nada.

—De acuerdo, Thiago —comentó mi padre—. Lo dejo en tus manos. Quiero ese informe en unas horas.

El segundo de Enrico asintió con la cabeza y se dispuso a marcharse para preparar a su equipo.

Con la mirada perdida empecé a dar vueltas por la sala mientras nuestro guardia trabajaba. Habían habilitado aquella zona con ordenadores y todo tipo de terminales informáticos capaces de analizar y controlar cualquier información. De hecho una de las paredes estaba cubierta de monitores; cada uno de ellos mostraba una imagen distinta del exterior.

Pero eso no importaba. Tras mi llegada al búnker no había podido ser capaz de analizar nada, siquiera el entorno. No era de extrañar que ahora empezara a ser consciente de todo. Mis sentidos despertaron de golpe y se pusieron a trabajar frenéticos.

Miré a los que quedábamos allí. Mi padre, mi abuelo, Valerio, Ken, Alex... Kathia. No fui descarado y ellos pensaron que no

estaba prestando atención. Pero lo capté todo y supongo que se debió a esa parte de mí que todavía se resistía.

Algo no estaba del todo claro. Allí faltaba alguien. De mi familia. Y no me refería a Diego porque su ausencia era más que comprensible (estaba con Eric). Se suponía que se había evacuado a todo el mundo, incluyendo los aliados, excepto al hermano de mi madre, que había optado por salir de la ciudad.

Miré a mi abuelo. El análisis al que fui sometido por su mirada le dejó bien claro todo lo que se me pasaba por la cabeza al tiempo en que yo reconocía lo que pasaba por la suya. No fue muy complicado saber que Domenico Gabbana era consciente de que uno de sus hijos era el culpable allí.

Apreté la mandíbula.

—¿Dónde está Alessio? —pregunté, pero miré directamente a mi padre.

Torcí el gesto y analicé con lentitud todo su aspecto, notando como las emociones que creí que iban a descontrolarme, ya siquiera lo intentaban.

Eso era algo tremendamente desconcertante, pero lo fue mucho más que Silvano agachara la cabeza. Se tomó unos segundos para pensar mientras un profundo mutismo inundaba el lugar. Después alzó el mentón con valentía.

Silvano permanecía tranquilo, con las dos manos apoyadas en su bastón. Parecía cansado y me molestaba que no tomara asiento. Pero era obstinado, si hubiera sido el capitán de un barco que se hundiera, jamás pensaría en abandonarlo si uno de los suyos continuaba en su interior. Se mantendría en pie para que todos comprendiéramos lo implicado que estaba.

Caminé hacia él, con una minuciosidad bastante cruel. No le reprochaba nada, simplemente me nació ser de aquella manera.

—¿Qué secreto me ocultas, papá? —susurré y él siquiera se inmutó. En el fondo disfrutaba de mi actitud, quizá porque era igual que la suya cuando tenía mi edad y le convirtió en el gran hombre que era.

Pero terminó de enervarme cuando miró de reojo a Ken. Lo supe, habían hablado, se habían dicho cosas que yo no sabía. Si me habían mentido, si me habían ocultado algo, me importaría una mierda que hubieran pretendido hacerlo por mi bien.

—Él ninguno —intervino Ken. Le miré por encima del hombro.

—En cambio, tú...

—Eres astuto, Gabbana. —Ken tenía una voz cantarina que le hacía parecer estar continuamente bromeando, aun cuando lo que comentaba era un tenso halago.

Entrecerré los ojos y por inercia apreté los puños.

—Por supuesto que lo soy, Takahashi —repliqué— Y a estas alturas deberías saber lo poco que me gusta andarme con remilgos. —Porque él había compartido conmigo casi toda mi estancia en Londres. Él había sido un compañero fundamental.

—Lo imaginas. —Esa era la voz de mi abuelo, el indicativo de que si intervenía diría algo realmente importante. Por eso me concentré en él—. Algo de ti lo sabe, ¿no es cierto?

Alessio era un traidor. No necesitaba pruebas. Todo de lo que él había sido informado se había ido a la mierda. Por eso no corríamos peligro en Prima Porta, porque él no conocía el lugar.

—Aun así no entiendo por qué ha utilizado a su propio hijo como moneda de cambio.

<<Mauro...>>

—Porque no es su hijo. —Ken supo bien que me cortaría el aliento. Supo que mi cuerpo se agarrotaría, que notaría como todos los músculos me arderían. Y que mi mente colapsaría en busca de una respuesta a toda esa mierda.

—¿Qué? —siseé. Ya había emprendido ese viaje al zambullirme en los diarios de Fabio. Ya sabía que jamás había querido a Hannah o a su esposa Virginia; que la primera simplemente fue un juego y la segunda una obligación. Que había amado hasta el último segundo de su vida a una mujer desconocida. Que era posible que hubiera concebido un hijo con ella. Y que por más que busqué jamás di con una pista congruente que me esclareciera todas las dudas que su

pluma había implantado en aquellas páginas. Precisamente todas esas preguntas, ahora tenían una sola respuesta.

¿Era imprudente imaginar la confesión que venía a continuación?

Mi abuelo carraspeó. Iba a decirlo en voz alta...

—Mauro es hijo de Fabio. —Cerré los ojos.

Hijo del hombre que había venerado, admirado y querido toda mi vida. Ahora incluso con más motivos amaba a Mauro.

Pero que intuyera lo que me iban a decir no restaba asombro. Miré de reojo a Valerio, a Alex y a Kathia, como queriendo buscar refugio, mantenerme cuerdo; para ellos fue igual de impresionante que para mí.

Cogí aire.

—Que sea hijo de uno u otro no cambia nada, sigue siendo un Gabbana. Y aunque no lo fuera seguiría siendo mi primo. —Casi gruñí—. ¿Qué mueve a Alessio? ¿De dónde nace el rencor que le ha llevado a traicionar a su padre?

—De la envidia —dijo enseguida mi abuelo.

—Eso no justifica nada.

—Lo justifica todo para una persona que vive de ello. —Podía ser.

Pero una maldad injustificada, que simplemente nace de dentro, para mí no podía tener razón ni lugar.

—Quiero saberlo —dije asfixiado—. Quiero saber por qué esta información no se me ha dado antes.

—No es algo que estuviera en los diarios, Cristianno —apuntó Ken.

—No, estaba en ti y no tuviste el valor de decírmelo.

—No se trata de valor, sino de lealtad.

La misma que todavía guardaba por mi tío.

—Ahora no parece que esa lealtad sea lo primordial —protesté—. Explícate. Y sé claro y detallado.

—Fabio estuvo enamorado de Patrizia desde que eran adolescentes...

Noté como el aire entraba pesado en mis pulmones y como ese simple gesto de respirar me enviaba al pasado.

Ken no imaginó que al contarme toda la verdad yo prácticamente me convertiría en un ser invisible capaz de visualizar la vida de mi tío.

Me lo contó todo.

Kathia

Alessio siempre había envidiado, siempre había sido retorcido y dañino con las personas que creía superiores a él. No soportaba la idea de que sus hermanos destacaran tanto, de que fueran admirados, y él no supiera como hacerles frente. Odiada especialmente a Fabio porque éste gozaba de una personalidad pulcra y serena. Lo que me llevó a preguntarme por qué no odiaba con más insistencia a Silvano ya que él sería el dueño del imperio; Y es que este había sabido muy bien como capearle.

Nadie se había dado cuenta de la malicia de Alessio porque era un buen mentiroso, un gran actor y eso no tiene por qué tener justificación, solo nace de dentro. Con el tiempo aprendió a disimular su maldad e incluso a adaptarla a su favor. Precisamente de ese modo logró que Rodrigo Nesta (padre de Patrizia) cayera a sus pies y propusiera una alianza a Domenico. Porque Alessio también amaba a Patrizia y sabía que jamás la conseguiría de otro modo que no fuera extorsionando.

Fabio por entonces era tímido, un simple crío de veinte años introvertido que se pasaba las horas dentro de libros de química. Soportó perder al amor de su vida, aun sabiendo que ella no amaba a su hermano. Lo que no esperó fue verse en la encrucijada de empezar un romance con Virginia Liotti. Y es que Alessio aprovechó bien los intereses de ella.

El pequeño de los Gabbana no tardó en convertirse en ese ser astuto que miraba solo por el bienestar familiar, comprendió que una

alianza con los Liotti tal vez beneficiaba y aceptó porque ya no tenía nada por lo que oponerse.

Meros tratos entre familias. Intereses que no podían criticarse porque la mafia funcionaba así.

Tantos celos, tantas envidias y secretos. Lo que define una vida son los rencores del pasado. ¿Se podía arrastrar tal inquina durante tanto tiempo? Sí, realmente sí.

Fabio se casó con Virginia, continuó en Oxford y a continuación le siguieron todas las traiciones que Cristianno me había contado durante nuestro vuelo de regreso a Roma.

Aunque ninguno de los dos sabíamos que Patrizia y Fabio, años más tarde de su romance, volverían a caer. Se convirtieron en amantes y soportaron esa tensión hasta que ella no pudo resistir más. Quería una vida junto a Fabio, quería poder mirarle sin miedo y liberarse de un matrimonio en el que no era feliz. Con valentía, le informó a Alessio de sus intenciones de divorcio, pero este ya sabía la verdad. Y que también esperaba un hijo.

La amenazó. Sabía lo importante que era para ella traer a un hijo al mundo fruto de su amor con Fabio. Así que la extorsionó, llegando incluso a amenazar a sus propias hijas. Patrizia no tuvo más remedio que mentir a Fabio diciéndole que no le amaba, que no quería continuar con aquella aventura, mientras Alessio escuchaba desde las sombras.

Fabio se fue de Roma. Diez años. El tiempo en que estuvo inmerso en encontrar una cura para el proyecto Zeus.

—El resto ya lo sabes —dijo Ken.

Y yo expulsé el aire notando un fuerte calor en el vientre. Había vuelto al presente con un temblor que conseguí aliviar al notar los dedos de Alex enroscándose a los míos. Le miré entristecida, comprendiendo que él estaba soportando la misma presión que yo.

—¿Tu lo sabías? —preguntó Cristianno a su padre.

—Solo el treinta por ciento. —Que sus ojos se hubieran empequeñecido y entristecido tanto nos indicó que él ya había

navegado por el recuerdo de su hermano del mismo modo que nosotros.

—¿Cuál es ese treinta, papá?

—Sabía que Fabio estaba enamorado de Patrizia. Que ella le correspondía y que su mayor deseo era poder estar junto a él porque Alessio no la hacía feliz —comentó algo jadeante. Todavía le costaba hablar de su hermano—. Pero de pronto todo pareció enfriarse. Patrizia olvidó a Fabio. O por lo menos se obligó a olvidar que le amaba. Jamás supe los motivos hasta ahora.

Por tanto, Ken Takahashi era el único sabedor de esa verdad.

Cristianno se llevó las manos a la cabeza y dejó que su mirada volviera a perderse.

—Tengo que sacar a Mauro de allí... —jadeó como si se hablara a sí mismo. La desesperación le estaba atormentando—. Tengo que ponerle a salvo.

—No podemos —intervino Silvano y su hijo le clavó una mirada violenta.

—¿Qué? —gruñó.

Me solté de la mano de Alex.

—Debemos esperar al velatorio de Angelo, de esa manera podremos evitar un enfrentamiento directo y alertar más a la gente —explicó y tenía sentido, pero Cristianno se precipitó hacia su padre con demasiada furia.

Fui tras él.

—¿Has perdido la puta cabeza?! —gritó desgarradoramente alto. Coloqué una mano en su pecho e intenté alejarle en vano. Su padre había cerrado los ojos. Estaba demasiado pálido.

—No me hables en ese tono...

—¿Mauro puede morir y tú te preocupas por el tono con el que te hablo?! —continuó gritando antes de que yo me interpusiera entre ellos a base de empujones.

—¡Me preocupo por la integridad de las personas que estamos aquí! —exclamó Silvano, estaba tratando de justificarse—. ¡No

pienso arriesgar más vidas! —Y llevaba razón. Debíamos planear un rescate, Improvisar nos restaba posibilidades.

Pero Cristianno no quería entenderlo. En ese momento su mente era puro caos.

—¡ES MI PRIMO! —chilló antes de derrumbarse sobre mí—. ¡Joder!

Escondió su rostro en el hueco de mi cuello. Notaba su respiración acelerada latiendo ardiente sobre mi piel. Quise abrazarle casi al tiempo que su padre le volvía a hablar.

—Cristianno...

—Vete a la mierda, papá —masculló y después salió de allí.

Cristianno

Arrastré los pies.

Aquel lugar que anteriormente me había parecido demasiado grande, ahora se reducía a un insignificante zulo que me robaba el aliento. Deambulé, no muy lejos de la sala principal, y terminé en una especie de cueva iluminada con una luz anaranjada.

Me apoyé en la barandilla descubriendo que aquel delgado tubo de metal me separaba de un abismo de roca que no parecía tener fin. Justo como mis sentimientos.

Me arrepentía de haberle hablado así a mi padre, de hecho aquella había sido la primera vez. Tal vez por eso le sorprendió tanto. Pero ya no podía volver a atrás, le había hecho daño. No, ambos estábamos dañados, él y yo, y mi abuelo.

—Hijo mío... —La voz de mi padre me inundó con tanta fuerza que creí que me desplomaría. Y la vista se me humedeció como si fuera un puto crío asustado.

Le miré. Ahora no tenía que aparentar ser un tipo duro. Aquel hombre era mi padre, el mismo que había entrado en mi habitación en mitad de la noche y me había protegido de la oscuridad porque sabía que la temía.

—Lo siento... —casi sollocé y creí que terminaría haciéndolo cuando ahuecó su mano en mi mejilla. Cerré los ojos y me dejé llevar por la elegante robustez de su piel.

—No... —Sonrió con tristeza y yo me aferré a su muñeca.

—Es solo que... —intenté decir—. Supongo que tengo algo de miedo.

Y aunque me frustrara era algo que no podía evitar.

—Cualquier hombre lo siente alguna vez.

—¿Incluso tú?

—¿Crees que porque a veces se tema dejas de ser quién eres? —intervino mi abuelo, que se había colgado de Kathia para poder caminar mucho más estable. El cansancio en él era bastante evidente—. Estás muy equivocado, pequeño.

Me froté el cabello. Me desesperaba todo aquello, estaba pensando con demasiada velocidad. Miles de pensamientos, miles de emociones.

—¿Qué clase de hijo tuviste? —siseé creyendo que solo era un pensamiento. Pero resultó que mi abuelo captó muy bien el comentario.

—Lo lamento. —Se disculpó con angustia, captando toda mi atención—. Pero un padre no puede hacer nada si un hijo sale traidor. Solo rezar porque el daño sea mínimo.

<<No, no te justifiques. No tienes la culpa.>> Pero mi consciencia no fue capaz de entenderlo en ese momento.

—¿Rezar? —Resoplé una sonrisa, antes de clavarle una mirada dura y cruel—. Enrico puede morir —mascullé con saña—. Eric puede morir. Mauro... —Tragué saliva antes de señalar la puerta—. Tengo a la mujer de mi vida sufriendo por todos ellos, atrapada y sin salida. —Señalé a Kathia antes de que ella cerrara los ojos—. Y a toda mi familia en peligro. —Empecé a levantar la voz—. ¡¿Quieres que rece?! ¡¿Quieres que le ruegue a un ser que ni siquiera existe?! —Clamé. Pero me hirió hacerlo y ver el daño que habían causado mis palabras en mi abuelo—. Lo siento... Lo siento...

Y me llevé las manos a la cara.

—Cristianno... —Noté la mano de mi abuelo acariciarme la espalda. Se había soltado de Kathia y había venido hasta mí—. No te disculpes por algo que sientes. No has dicho nada malo. Pero entenderás como me siento.

Lo engullí con la mirada. No sentía tristeza o nostalgia, ni siquiera rabia. Solo era... salvaje. Un maldito depredador hambriento.

Capturé sus hombros y me acerqué un poco más a él.

—Pídemelo, abuelo —hablé entre dientes—. Pídeme lo que quieras y lo tendrás.

Él sabía lo se escondía tras mi comentario. Él sabía que le estaba pidiendo permiso para matar a su hijo. Y alzó el mentón y las cejas con demasiada soberbia antes de mirar a Silvano.

—¿Qué dice el Capo de la cúpula Gabbana? —Le preguntó. Este sintió un retorcido placer que apenas pudo disimular y medio sonrió.

—Que no soy yo quien debe decidirlo, ¿no es así, hijo? —Una mirada perversa.

Torcí el gesto con esa misma crueldad que a ambos nos definía.

—¿Quieres que yo decida? —Casi sonó a broma. Y él sonrió antes de dar un paso al frente.

Me señaló con una mano.

—Tú eres el rey ahora.

Fui pasto de mis instintos más primarios. Y después de sentirlos pegándose a mis entrañas, miré a Kathia. Encontré fuerza en su mirada, encontré una esperanza que ella misma se estaba esforzando en tener aun sabiendo que su hermano podía morir, aun sabiendo que Eric y Mauro podían morir. Aun sabiendo que tanto ella y yo podíamos morir.

Kathia era tan mafia como yo. Ella en ese momento se convirtió con rotundidad en mi propia esencia.

—Bien. —Un jadeo—. Pues decidiré como Capo de la Mafia. —Lo dije mirando a Domenico a los ojos.

—Que así sea. —Ahí estaba la respuesta.

Ahora, realmente, sí que era el dueño del imperio Gabbana.

—Señor, más inconvenientes —dijo Sandro al irrumpir allí de súbito con varios guardias más—. La prensa comenta que la muerte

de Angelo ha sido un asesinato y nos lo acredita. Somos noticia en todos los informativos.

—Maldita sea —farfulló Silvano en voz muy baja.

Seguramente acababa de darse cuenta de que aquella era la primera vez en su vida que nos acorralaban por todas partes.

—Habrá que jugar con ellos. —Un comentario inesperado. Kathia avanzó hasta mi padre y se plantó frente a él con valentía.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber y entrecerró los ojos. Fue muy sencillo darse cuenta del pequeño atisbo de malicia que asomó por su mirada.

—Si entregamos una nueva información nos dejarían tranquilos, ¿no es así? —dijo segura de sí misma—. Después de todo así es como funciona la prensa sensacionalista.

Me acerqué a ella.

—¿Qué tipo de información debemos entregarles?

—Una imagen. Envié una imagen a tu móvil hace unas semanas. Olimpia aparece en ella manteniendo relaciones sexuales con Valentino. Es una fotografía explícita.

Casi sonreí. Porque lo que pretendía era maravillosamente perverso.

—Intentas hacer creer que todo esto es un crimen pasional.

—La prensa lo entenderá así y comenzará a asediar a Valentino y Olimpia. —Una dulce ventaja—. Eso nos dará tiempo para preparar el rescate de Mauro y reorganizarnos.

Que nos observáramos de aquella manera, como si en cualquier momento fuéramos a saltar uno sobre el otro, como si lo único que nos importara fuera engullirnos a besos, hizo que apenas pudiéramos escuchar los murmullos de los demás.

—Sandro... —No aparté la vista de Kathia—...dile a Valerio que entre en mi dispositivo y analice su contenido. Quiero esa imagen lo antes posible.

—Y localizad a Macchi —repuso mi padre—. Él es el único que puede hacer este trabajo. Lo quiero para ayer. ¡Vamos, vamos!

Se marcharon de allí dejándonos a Kathia y a mí a solas bajo aquella luz y extraña corriente viciada.

Kathia

Nadie se opuso a mi estrategia. La aceptaron dichosos sabiendo que de esa manera matábamos varios pájaros de un tiro.

Filtrar una imagen de esas características provocaba rumores que daban sentido a demasiadas cosas. La prensa pensaría que lo sucedido se había debido a que mi padre había descubierto que mi esposo se acostaba con su suegra. Se imaginarían que Angelo encolerizó y se enfrentó a Valentino y que este en un arrebato le asesinó mientras yo huía.

Era una solución retorcida y placentera.

<<*Veamos cómo sales de esta, Valentino*>>, porque estaba más que claro que todo el mundo en Roma iría tras él después de descubrirlo. Aun así me costó encontrar placer en algo así.

Me mantenía firme porque Cristianno me necesitaba, porque no había dejado de mirarme y buscarme en silencio. Pero mi pecho... Todo mi ser era un maldito agujero de miedo e inseguridad.

Acaricié el vientre de Cristianno, primero con la puntas de los dedos y lentamente colocando la palma de la mano. Su cuerpo se contrajo bajo mi contacto y cerró los ojos soltando un pequeño y tembloroso suspiro. Ninguno de los dos entendía porque había decidido tocarle. Pensaba que si lo hacía todo aquello sería mucho menos duro.

Me acerqué lento mientras mi mano llegaba a su clavícula y rodeaba su cuello. Cristianno se dejó llevar. Me permitió acariciarle y no le importó que el gesto provocara que una lágrima se escapara de sus ojos. La borré con la yema del pulgar.

—¿Soy un canalla por desear hacerte el amor con todas mis fuerzas en un momento como este? —dijo bajito apoyando su frente en la mía conforme sus manos se acomodaban en mi cintura.

Ya no había espacio entre nuestros cuerpos, pero esa exquisita cercanía ahora estaba llena de dolor. Ambos sufríamos y me gustó que él no tratara de disimularlo.

—No —susurré—. Significa que eres humano y que quieres poder disfrutar de situaciones insignificantes fuera de todo peligro. ¿Qué podría tener de malo querer ser feliz?

¿Qué podría tener de malo querer ser un simple chico de dieciocho años? Sus palabras ocultaban un sentido más aparte del evidente. Él quería que todo terminara, que ninguno de los suyos volviera a sentir miedo. Estar conmigo sin sentirse culpable por el daño que eso pudiera causar en nuestra familia.

—Tocarte no es insignificante, Kathia —jadeó adoptando un gesto de sufrimiento. Algo en mi tembló—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por estar a mi lado. Por no dejarme caer... —Supe el matiz que cobraría su confesión. Pude ver esa parte desgarrada de él que pretendía hacerse con el control—. Y lo siento.

—Cristianno, no sigas. —No quería oírle culparse... Pero me ignoró.

—Por ponerte en esta situación, por no poder hacer nada para evitar que Enrico y Mauro...

—Basta... —Puse un dedo en sus labios—. No tienes la culpa de nada —susurré mientras me perdía en su mirada—. Todo lo que has hecho o intentado hacer tenía como objetivo proteger a los tuyos. Ni se te ocurra culparte de nada.

Precisamente ese era mi miedo en ese momento.

Cristianno sonrió con desgana.

—Enrico y Eric están en un quirófano, Kathia. —Fue cruel hacia sí mismo—. Y Mauro...

—Enrico y Eric sobrevivirán y a Mauro lo traerás de vuelta en unas horas, ¿me has oído? —Le interrumpí casi con violencia al tiempo en que capturaba su rostro y le obligaba a mirarme de frente. Al menos uno de los dos debía mantener la esperanza.

Después le siguió el silencio y esa conexión indestructible que nos unía cobró fuerza. Habría dado mi vida por poder borrar todo lo que había sucedido esa mañana y besarle. Y él pudo darse cuenta de mis pensamientos.

Se acercó a mi boca y esperó en ella mientras su aliento se mezclaba con el mío. A ambos se nos precipitó, ambos notamos ese escalofrío que nos punzaba cuando estábamos cerca. Pero esta vez surgió mucho más intenso.

Le besé con suavidad, apenas fue un roce. Y aun así bastó para que él temblara.

—Cristianno. —Interrumpió Alex con elegancia. Sé que no hubiera querido hacerlo, pero no tenía remedio—. He localizado a Macchi. Hemos quedado con él en Labaro. Tenemos una hora.

—¿Hemos? —preguntó alzando las cejas. Poco a poco volvía a ser él.

Alex se puso arrogante y se cruzó de brazos. Al mirarle sentí un latigazo de nostalgia por aquellos días en los que sólo éramos un grupo de amigos y reíamos y bromeábamos juntos.

—Por supuesto iré contigo —admitió—. ¿Algún inconveniente, socio?

Cristianno sonrió y suspiró al tiempo.

—Si lo tuviera me arrancarías la cabeza. —Eso lo sabíamos todos.

—Buen chico.

Cristianno me acarició las mejillas y acercó sus labios a los míos. Después se alejó de mí por el pasillo. Me quedé mirando su bonito cuerpo desgarrado, su ropa manchada de sangre y el cansancio adueñándose de su forma de caminar. Aun así no perdería nunca la sensualidad, pero incluso esa cualidad sufría.

Noté la mano de Alex confortar mi espalda en una caricia muy tierna. Me apoyé en su brazo y le besé el cuello.

—Tened cuidado, por favor. —No hizo falta que respondiera a mi petición. Su mirada me dejó bien claro que no debía temer.

Un momento más tarde, me quedé sola en aquel pasillo sin saber qué hacer. Notando el miedo a todo lo que me rodeaba. Cuando de pronto percibí a alguien más allí.

Poco a poco me di la vuelta.

Diego me observaba sorprendido con los ojos demasiado enrojecidos sobre un rostro laxo y pálido en exceso. No tenía buen aspecto, pero enseguida percibí cómo trataba de disimularlo. Él no quería que yo viera lo profundamente herido que estaba, lo que me indicaba que no esperaba encontrarse conmigo, sino desaparecer.

Empecé dando un paso tímido. Temí que él huyera y se tragara en soledad toda la tristeza que le embargaba. Sin embargo se quedó muy quieto, y pude acercarme a él.

Miró al techo mientras se mordía el labio. Seguramente le había venido un amago de lágrimas que quiso evitar.

—Ha entrado en coma... —Y mi aliento se detuvo—. Los médicos siquiera saben cuándo despertará. Dicen que es algo imprevisible. —No podía creer que Eric estuviera en esas condiciones. No podía creer que su bonita vitalidad y alegría se viera reducida a un sueño obligado.

Nuestras miradas se encontraron. Diego descubrió en mis ojos que la muerte de Angelo jamás podría satisfacerme si ello me robaba a mi hermano y mi gran amigo. Y yo pude ver en los suyos arrepentimiento. No sabía los motivos, pero tras toda aquella capa de dudas y rencores encontré a un hombre que había descubierto lo que era amar a alguien.

Le abracé y noté como el dolor se repartía entre nosotros.

Cristianno

Ettore Macchi era un gran periodista que trabajaba en uno de los más reputados periódicos del país. Se caracterizaba por la veracidad de sus artículos y la profunda profesionalidad con la que hacía su labor. Y para colmo era un espléndido admirador del dinero que le proporcionaba la mafia. Pero eso nadie lo sabía, excepto nosotros.

Le ofreceríamos dos cosas a las que no podría negarse: la mejor exclusiva de su vida y el mejor pago, por tanto no me cabía duda de que asistiría a nuestro encuentro. Atardecía junto al río en Labaro, el pueblo contiguo a Prima Porta.

No me habría importado ir solo, pero tener a Alex allí conmigo me benefició bastante. Había sido muy inteligente al decidir acompañarme. Ambos estábamos sufriendo las heridas de nuestros amigos, de nuestros compañeros, el peso de todas las verdades. Siempre habíamos sido los cuatro, no podía pedirle que mantuviera la calma por nuestros compañeros si ni siquiera yo era capaz de controlarme. Pactamos tácitamente compartir el dolor.

Alex fue menguando la marcha conforme nos acercábamos al puente. Era un lugar tranquilo, donde un vehículo tan sencillo como el que llevábamos no levantaría sospecha a esas horas de la tarde.

—¿Sabes qué? —dijo en cuanto apagó el motor.

—Hum. —Le miré de reojo al tiempo en que me mordisqueaba un nudillo y verificaba los alrededores.

Alex se apoyó en el volante y resopló antes de hablar.

—No tengo miedo. —Tal vez debería haberme impactado más su confesión, pero esperé porque supe que había más—. Creo demasiado en que todo esto saldrá bien. Salvaremos a Mauro, Eric y Enrico sobrevivirán. Pero no estoy seguro de una cosa.

—¿De qué? —Pregunté con recelo.

Alex no era de los que se ponían a divagar sobre emociones en voz alta. Cuando llegaba a ese punto era porque tenía motivos por los que hablar.

—De ti. —Rotundidad.

—No sé qué quieres decir, Alex. —Opté por disimular y miré por la ventanilla. De fondo escuché el sonido de una Vespa que se acercaba a nuestra posición.

—Te arriesgarás y sobra decir que no pensarás en ese riesgo. —Mierda, se había dado cuenta—. Lo he sabido cuando te he mirado tras ver el vídeo.

Me humedecí los labios. Todavía no me atrevía a mirarle.

—Solo quiero que esto termine.

—¿A costa de qué?

—Alex. —Me estaba poniendo nervioso. Él sabía que yo no funcionaba de esa manera, que no me gustaba hablar de mis sentimientos más hondos.

—Cállate, Cristianno —me ordenó—. ¿Te duele? ¿Estás sufriendo por nuestros compañeros? —Me mantuve en silencio y eso le encrespó—. Responde, joder.

—Sabes qué sí. —mascullé echándole una ojeada encendida—. ¿Para qué coño lo preguntas?

De pronto, me cogió de la chaqueta y me empujó contra él sabiendo que el gesto me pondría muy difícil respirar o moverme.

—Escúchame, capullo —dijo entre dientes, muy cabreado, a solo un palmo de mi cara—. Si se te ocurre morir antes que yo, asegúrate de hacerlo completamente porque entonces pienso perseguirte hasta despedazarte. —El corazón me dio un vuelco. Latió de una forma muy extraña. Ese chico que me odiaba en ese

momento estaba dispuesto a dar su vida por mí—. Aunque lo mejor sería que ninguno de los dos muriera.

El chasquido de la puerta trasera. Alguien entró al vehículo.

—Qué romántico todo —dijo aquel tipo mientras Alex me soltaba.

—Ettore Macchi —balbuceó mi amigo acomodándose en su asiento.

—Bingo. ¿Sabéis que me habéis jodido la mejor mamada de mi existencia?

Por supuesto, se me olvidaba comentar que aquel maldito periodista también era un conquistador de cuidado. Cuarenta y tres años extraordinariamente bien conservados, cabello moreno, ojos verdes, buena reputación y buena billetera no pasaban desapercibidos para ninguna mujer.

—No se te ve muy apenado —ironicé sin molestarme en mirarle.

—Bueno, Gabbana, hay algo mejor que el sexo.

—¿El dinero? —espetó Alex. Algo que hizo mucha gracia al periodista.

—Eso también. —Le dio un golpecito en el hombro y después se apoyó en los respaldos de nuestros asientos—. Contadme, tenéis a toda la ciudad revolucionada, por no comentar que mañana apareceréis en los titulares de toda la prensa del país. —Sí, eso lo imaginábamos—. ¿Qué tenéis para mí?

Eché mano al sobre que había dejado en la guantera y se lo entregué.

—Descúbrelo tú mismo.

Macchi abrió el sobre con impaciencia, muy emocionado. No se imaginaba lo que vería, pero sabía que sería grande. De lo contrario no había recibido nuestra llamada.

Extrajo la imagen al tiempo en que alumbraba con una pequeña linterna que sacó de su bolsillo. Sabía lo que iba a ver: a Olimpia a cuatro patas mientras Valentino la penetraba con brusquedad.

—Joder... —gimió asombrado—. ¿Es auténtico?

—Puedes perder el tiempo en verificarlo, si lo deseas.

—Eres un cabrón muy listo, Gabbana. —Sí, Ettore reía, porque estaba completamente encandilado con el material—. Vaya tela, la señora del Carusso follada por su propio yerno. Esto es una bomba.

—Bien, veo que has entendido el concepto.

—Cambiar los titulares, eh —sonrió—. Eso te costará caro. Ya sabes cómo trabajo. —Le entregué otro sobre que cogí del bolsillo interior de mi chaqueta. Se echó a reír mientras miraba en su interior. El sutil destello que emitió su mirada fue suficiente respuesta para saber que haría su trabajo de forma impecable—. Aunque por cien mil euros puedo hacer mucho.

Volví a mirar al frente mientras notaba como Alex sonreía casi indignado.

—Si alguien descubre que estás haciendo tratos con nosotros, sobra decirte dónde terminarás y de qué modo —le recordé.

—Cristianno, no es la primera vez que nos hacemos favores y nunca ha sucedido nada —comentó con voz cantarina—. ¿Por qué iba a ser diferente ahora?

Eso era cierto, pero ninguno de los favores realizados hasta ahora se parecía a aquel. En este caso buscábamos filtrar una noticia real y falsa a partes iguales, que pretendía insinuar un crimen pasional. Ello provocaría que todos los ojos estuvieran puestos en las familias Bianchi y Carusso. El acoso de la prensa sería incesante y les pondría contra las cuerdas. Lo que les agotaría muchísimo la paciencia y actuarían de una forma mucho más desquiciada y predecible. Ese tipo de reacción nos daba ventaja. Además de darnos el tiempo necesario para salvar a Mauro y justificar el hecho de que Angelo Carusso hubiera muerto en tales condiciones.

—Sabes cómo funciona esto —admití—. Si no te amenazo, puede que olvides quien soy.

—Nada más lejos. —Ettore abrió la puerta y se preparó para salir—. Estará en portada como titular del día. Cualquier otra noticia será pura basura.

—Bien.

—Debes de estar muy loco para hacer esto. —Agitó el sobre junto a su cara antes de guardárselo en la chaqueta—. Muy loco... o ser demasiado listo.

—Digamos que me gusta más la segunda opción.

Sarah

Aquella maldita máquina de café se había propuesto sacarme de quicio. Llevaba quince minutos pulsando un botoncito e intentando servirme una maldita taza caliente en vano. Pero no estaba dispuesta a llevarme la peor parte. La aporreé varias veces notando como la frustración se adueñaba de mí. Era una estupidez, pero la espera de la operación de Enrico me impacientaba.

Tomé asiento en una de las sillas de aquel gigantesco comedor industrial y apoyé la cabeza sobre las manos antes de suspirar.

Enrico llevaba casi tres horas en el quirófano y la cosa parecía que iba a extenderse un par de horas más. No sabía nada de lo que estaba pasando allí dentro, pero de alguna forma que tardaran tanto era una buena noticia. Significaba que no había muerto. Aunque eso no me bastaba. El tiempo parecía pasar demasiado lento.

—Toma. —Valerio apareció de improvisto y me entregó una taza de té en un vaso de plástico—. Está caliente.

Al mirarle casi creí que se trataba de una deidad que se me había aparecido. Valerio no se dio cuenta de hasta qué punto le necesité junto a mí. Tenerle allí mejoraba un poco las cosas.

—Gracias —le sonreí y después di un sorbo—. Está bueno.

—Esa máquina está rota.

—Es bueno saberlo. —Trivialidades. ¿Era una egoísta si disfrutaba de la tranquilidad que ello me proporcionaba? Quizás sí.

Observé al Gabbana sabiendo que él me devolvía la mirada con la misma intensidad. El cansancio también se había instalado en él. Le había aparecido una bolsa oscura bajo sus preciosos ojos y su

cuerpo desprendía agotamiento por todos lados. Aun así resistía y todavía conservaba aquel aspecto tan cándido como elegante.

Desvié la vista hacia el suelo y apreté el vaso con cuidado.

—Si muere...

—No va a morir, Sarah —me interrumpió brusco.

—¿Cómo estás tan seguro, Valerio?

—Es Enrico Materazzi —espetó. No quería que yo dudara de eso—. Luchará hasta al final.

—¿Y si incluso eso no basta? —Casi sollocé, apretando con fuerza los ojos.

No lo vi, pero noté como Valerio tomaba asiento a mi lado. Segundos después me obligó a mirarle cogiéndome de la barbilla.

—Bastará —susurró acariciándome la curva de la comisura de mi boca con su dedo pulgar. Me embrujó, supo que podía hacer cualquier cosa con mis emociones en ese momento—. Sé que es difícil, Sarah. Pero el miedo no ayuda.

—Es inevitable.

—Lo sé y por eso debes ser más fuerte que nunca. —Fue paciente y delicado. Fue más Valerio Gabbana que nunca, y eso me hizo adorarle un poco más. Aquel hombre era maravilloso—. Debes confiar en él. Y también descansar un poco.

Sonreí. Estaba de acuerdo, lo necesitaba, pero...

—No podría —admití volviendo a tomar un sorbo de aquel té.

Valerio aprovechó para retirarme el pelo de la cara y enroscarlo en la oreja. Justo después acercó sus dedos a mi muñeca. Tenía la marca de las esposas y las heridas ocultas bajo un vendaje que Valerio acarició.

—¿Cómo estás? —preguntó—. Me han dicho que mi padre te obligó a hacerte un chequeo médico.

Cierto. Tras recibir la noticia sobre Eric, Silvano ordenó a su esbirro que me llevara junto a uno de los médicos y me examinara dado que todo el mundo sabía de mi estado de riesgo. Quise negarme, pero una mirada suya lo impidió y terminé tumbada en

una camilla siguiendo las instrucciones de un doctor durante media hora.

—Todo está bien —reconocí notando como el llanto comenzaba a escocerme en los ojos—. Tengo la tensión un poco más baja de lo normal, pero el feto resiste y no parece que corra peligro. —Mi hijo quería vivir. Quería conocer a su padre y pertenecer a aquella maravillosa familia.

<<Enrico..., tienes que ayudarme a criar a nuestro bebé...Por favor...>>, gimió mi fuero interno.

Pero Valerio era listo. Demasiado. Me conocía bien. Sus miradas me arrinconaron, y aun así no fui capaz de apartar la mirada.

—Entonces, ya tienes una buena noticia que darle a Enrico cuando salga del quirófano. —Rompí a llorar justo cuando él me abrazaba con fuerza—. Siempre voy a estar a tu lado, lo sabes, ¿verdad? —me susurró.

—Sí... Sí, lo sé, Valerio —sollocé.

No recuerdo el tiempo que estuve llorando en sus brazos, pero aquel abrazo no perdió fuerza y ni delicadeza en ningún instante.

31

Cristianno

Era el tercer cigarro que encendía y observé como el humo se arremolinaba entorno a mí antes de ser arrastrado por la brisa vespertina.

Al llegar a Prima Porta, Alex comprendió que necesitaba un momento a solas conmigo mismo, y el aire fresco ayudaba. Así que entró en el búnker sin preguntar. Al cabo de unos minutos asomó medio cuerpo por la trampilla, me lanzó una petaca y se volvió a marchar.

Respiré hondo y miré el paisaje. Las espigas doradas resaltaban bajo un cielo despejado que atardecía. Tanteé el bordillo de la entrada de aquella casucha y capturé la petaca. La desenrosqué y me la coloqué en los labios segundos antes de saborear el contenido casi al tiempo en que el chasquido de la trampilla volvía a sonar tras de mí.

Iba a darme la vuelta y a dirigirle unas miraditas a Alex de esas que dicen: «Lo estabas haciendo de puta madre hasta que has empezado a insistir». Pero resultó que aquella manera de caminar no era de mi amigo.

Le di una calada a mi cigarro esperando paciente la entrada arrogante de la Carusso. Apareció, sí, pero su típica altanería se había quedado en el camino.

Giovanna se mostró ante mí con timidez y tristeza. La observé desde abajo. Había enroscado sus manos sobre el regazo,

enfaticando la postura temerosa que lucía, y no terminaba de levantar la cabeza o de mirarme de frente. Apenas me enviaba unas ojeadas indecisas.

Sabía lo que estaba pensando, sabía el nombre que le había puesto a sus pensamientos. Incluso lo llevaba grabado en la piel.

—¿Puedo? —preguntó señalando el bordillo.

—Adelante.

Ella tomó asiento a mi lado, rodeó sus piernas con los brazos y apoyó la barbilla sobre las rodillas.

Joder, nunca creí que terminaría compartiendo el mismo espacio con aquella chica. Giovanna siempre había sido una piedrecita más en mi camino; cuatro cruces de palabras estúpidas en los pasillos del colegio, miraditas envenenadas en las cenas que por huevos debíamos compartir y poco más. Razón de más para destacar lo perturbador que era el asunto.

—¿Qué haces aquí? —Quise saber.

—Te vi en las cámaras... Puedo irme si quieres...

—No. No es necesario.

Le di un trago a la petaca y se la pasé sin apartar la vista de enfrente. Giovanna rozó mis dedos al aceptar y bebió con prudencia antes de devolvérmela. Que estuviera allí conmigo compartiendo bebida y un silencio cómodo era muy desconcertante.

—La última vez que hablamos también anoche —comentó de súbito recordando la conversación que mantuvimos el día que decidió formar parte activa de aquella guerra.

Todavía me costaba asimilar la sed de venganza que me mostró y lo decidida que estaba a vengar la muerte de su padre. La información que nos proporcionó fue bastante buena: Angelo estaba liado con Úrsula y para colmo había asesinado a su propio hermano porque este quería desvincularse de la traición que nos preparaban.

Contuve el conflicto que estaba a punto de estallar en mi pecho.

—Técnicamente aún no es de noche —la corregí concentrado en los últimos destellos del sol.

—Sí —Giovanna resopló una sonrisa demasiado entristecida—, y me amenazaste de muerte. —Lo dijo con naturalidad, como si no tuviera importancia.

Así que yo hice lo mismo.

—No fue una amenaza sino una promesa.

<<*No me costará abrirte en canal y ver cómo te desangras, Carusso*>>, le dije aquella vez señalando con un cuchillo el camino que tendría la herida que terminaría con su vida si decidía jugar conmigo.

—La palabra de Cristianno Gabbana siempre se cumple. —Se mofó porque en cierto modo le molestaba que así fuera.

—Incluso ahora. —Contra todo pronóstico.

—Esa es una de las cosas que más odio de ti. —Hizo una mueca y me arrebató la petaca. Perfecto, aquello casi parecía una reunión de viejos amigos ahogando las penas en alcohol. Si hubiera sido en otro momento, probablemente incluso habría bromeado con ella.

—Lo que insinúa que hay algo que te agrada.

Giovanna cogió aire y miró al cielo unos segundos.

—Que sepas amar de esa forma. —Me cortó el aliento. Admiraba que fuera tan pragmática. De todas las respuestas que podía darme, aquella era la más impensable—. Me gustaría saber si es genético.

Tardé un poco en asimilar la contundencia con la que había hablado.

—No lo sé. —Mauro—. Pero le conozco y no ama por amar —dije sabiendo que le había causado la misma reacción que ella en mí.

—Te he odiado. —Que lo admitiera no era algo nuevo—. Hasta la saciedad. Y ni siquiera sabía por qué. —De pronto sonrió amargamente—. Hubo una época en la que incluso me odié a mí misma porque no podía dejar de seguirte con la mirada. Era frustrante.

Lo fue mucho más que me confesara que una vez sintió atracción por mí. Aun así eso no era lo importante, Giovanna no pretendía confesarme nada. Lo que quería decirme era mucho más complejo que aquellas banalidades.

—Pero con el tiempo, ese odio pudo con todo —continuó—. Te tenía tanta aversión que ahora soy incapaz de entender por qué te necesito... —Ahí estaba. Se resignaba a las exigencias de sus propios instintos, se exponía justo como yo había creído que haría. Pero no esperé que me doliera verla empezar a llorar—...Tengo mucho miedo, Cristianno...

Miedo... a perder a Mauro.

Sarah

Apenas había luz, pero a mis ojos aquella pacífica penumbra resplandecía incómodamente. El fuerte silencio hizo que primero sintiera rechazo y después extrañeza. No me gustaba esa sensación de solemne calma que me rodeaba, me hacía creer que en cualquier momento se desataría una tormenta.

Pero hubo algo mucho más llamativo que todo eso: saber que no estaría sola cuando regresara a la pasarela que nos mantenía al otro lado del quirófano. Los asientos estaban vacíos, las luces de emergencia parpadeaban cada pocos minutos y bajo una de ellas, en el suelo, Kathia se había encogido de piernas y había hundido la cabeza en el hueco que había formado con ellas.

No se movía, apenas se escuchaba su respiración, motivos suficientes para pensar que se había quedado dormida mientras esperaba.

Retrocedí.

Si íbamos a quedarnos allí, aquel acondicionamiento terminaría destrozándonos. Así que busqué una manta en la primera habitación libre que encontré y regresé de nuevo al pasillo.

Procuré no hacer ruido al acercarme. Que Kathia durmiera era una notable muestra del agotamiento al que había sido sometida. No quería despertarla por mi torpeza. Cubrí su espalda y sus hombros con la manta y tomé asiento junto a ella. Se había cambiado de ropa y tenía el cabello húmedo.

Quizá era estúpido, pero sentí demasiadas ganas de llorar al mirarla. En ese momento, Kathia era la perfecta representación de todo lo que nos había ocurrido en las últimas horas. No había espacio en ella para indicar que algo hubiera podido salir bien.

No, aquella chica de ojos grises como la plata y rostro extraordinario había visto y sentido el suficiente dolor como para perder las fuerzas.

Súbitamente, levantó la cabeza al tiempo en que yo contenía una exclamación. Ninguna de las dos esperamos esa reacción.

—Lo siento —jadeó Kathia, presurosa—. No quería asustarte. Es que no esperaba a nadie aquí.

Tragué saliva y terminé sonriendo antes de apartarle el pelo de la cara.

—Tranquila, puedes seguir durmiendo —susurré, pero cometí el error de hacerlo mientras le echaba una ojeada a la puerta del quirófano.

Kathia suspiró.

—No quiero hacerlo. Aunque sea inevitable. —Pero ella sabía tan bien como yo que no se podía hacer nada contra el cansancio—. He tenido una pesadilla. He soñado que caminaba por entre los cadáveres de todos mis amigos.

No quise seguir escuchando ni tampoco que ella continuara hablando. No era bueno comentar algo tan trágico.

Rodeé sus hombros con uno de mis brazos y la atraje hacia mí hasta acomodarla en mi pecho. Kathia se dejó hacer, no se resistió en absoluto. Es más, me dio la sensación de que su peso era el de una pluma. Sus manos rodearon mi cintura.

—El tiempo pasa demasiado lento —dijo bajito, arrastrando un pequeño temblor.

A Kathia, el temor a perder a Enrico o Eric también se le había asentado en la garganta y le procuraba un tono de voz desigual.

—Debes pensar que estamos más cerca de obtener novedades.
—En cualquier momento podía salir el doctor.

—No quería venir —admitió—. Una parte de mí no está preparada para lo que pueda pasar.

Miré al frente. Mis dedos se colaban entre su cabello. Mi respiración poco a poco se desbocaba. Mis extremidades ardieron. Si yo perdía el control y me venía abajo, ¿entonces ella que haría? Necesitaba ser fuerte, por ella y también por mí.

—Perder a Enrico no es una posibilidad, Kathia.

No me creí del todo mis palabras, pero al menos bastaron para que ella contuviera sus temores.

Cristianno

Giovanna enterró su rostro entre las manos y dejó que su llanto marcara el ritmo. Temblaba entre sollozos. Poco a poco se hizo tan pequeña que temí que desapareciera.

—¿Te importaría?

Me miró de reojo. Entendió que quería decir, le preguntaba sobre lo que sentiría si perdía a mi primo.

Tuve que instarla a hablar.

—Sabes a lo que me refiero, contesta —le exigí entre susurros. Amenazantes y honestos.

—No sabía que había llegado a quererle de esta manera. — Sonó algo desesperada. Giovanna no estaba acostumbrada a amar, no sabía cómo contener tantas emociones—. Cuando hemos recibido el vídeo y le he visto atado y ensangrentado... —Se llevó una mano a la boca. El llanto no la había dejado hablar, pero entendí todo lo que quería decir—. Te busqué. Necesitaba con urgencia mirarte. Ver tu reacción.

Me quedé muy quieto, impresionado.

—¿Por qué?

—Porque si tú estás todo parece un poco menos peligroso.

Solté el aliento notando una creciente opresión en mi garganta. Giovanna no pretendía aumentar mi carga, sino mostrarme como de importante me veía.

—Lo siento... —gimió—. Yo fui quien le entregó a Valentino el modo de ponerse en contacto contigo desatendiendo tu petición de borrar el rastro. Intenté resistirme, lo prometo. Pero él...

—Basta... No tienes porqué continuar, Giovanna.

Ya sabía que aquella disculpa era honesta, que había intentado hacer lo imposible por evitarlo y que estaba completamente implicada con nosotros. No hacía falta que se ensañara consigo misma ni que recordara el momento que Valentino seguramente le había hecho pasar.

—Ya no me queda nada, no sé qué me depara el mañana —sollozó mirándome a los ojos—, pero sí sé que esto que siento se ha convertido en el centro de mi mundo y no quiero perderle. Siquiera aunque él no me ame... —Me entregaba todos sus sentimientos sin importarle lo que yo pudiera hacer con ellos.

—Mauro no es Valentino, Giovanna. —Creo que fui demasiado brusco—. No promete en balde, ni finge un sentimiento que no siente, porque jamás te tuvo aprecio. Ni el más mínimo. —Todo lo que Mauro empezó a sentir por ella no estuvo influenciado. Con el paso de los días el rencor entre los dos menguó y comenzó a surgir un sentimiento más afín que terminó por convertirse en amor. Era tan sencillo como eso, y no le permitiría dudarlo—. Así que si tu miedo es saber si te quiere de verdad deberías empezar a preguntarte si estás preparada para que así sea.

Giovanna contuvo el aliento. Ninguno de los dos esperó mi crueldad. Pero me sentí orgulloso. No iba a regalarle los oídos. Ella misma me había dado permiso para meterme en su cabeza y destripar sus pensamientos.

—Si le ocurriera algo, lo mejor habría sido no sentir nada. —Joder...

—No podrás oponerte —Si lo que Giovanna temía era lo mismo que yo había temido antes de morir, entonces era imposible no sentir empatía—. Si estás enamorada de él, no podrás oponerte, ni siquiera viviendo una situación extrema.

No sé por qué cerré una de mis manos en un puño. Lo apreté con fuerza, encargándome de que ella no viera lo que mis propias palabras me habían provocado. Quizás al decirlo en voz alta el peso de mis sentimientos cobraba mucho más sentido.

—Tú no pudiste, ¿no?

No, no pude resistirme a Kathia. Ni siquiera cuando era el crío al que le gustaba correr en pelotas por la orilla del mar en pleno verano. Recordé que siempre que Kathia pasaba, me escondía ruborizado y la espantaba lanzándole agua para que no pudiera ver el sonrojo que me provocaba.

—Solo tú sabes si es la misma clase de amor —susurré al mirarla—. ¿Te interpondrías entre él y una maldita bala?

Cerró los ojos y frunció los labios. No iba a darme una respuesta, pero la supe. La supe muy bien. Y por eso me acerqué a ella y la envolví con mis brazos.

—No voy a dejar que muera, Giovanna —le susurré al oído.

—¿Lo prometes?

—Es mi compañero.

—Él es mi vida —gimió destrozándose.

Aquella era la mujer que había elegido mi primo y, aunque todavía había cierta tensión entre nosotros, empezaba a entender por qué había terminado enamorándose de ella.

<<Mauro... tienes que oír esto. Haré lo que sea para que puedas oírlo.>>

De nuevo el chasquido de la trampilla. Esa vez los pasos sonaron mucho más desesperados. Thiago siquiera se molestó en salir, tan solo asomó la cabeza y me miró con agonía.

No hizo falta que dijera nada. Me levanté de súbito y eché a correr hacia el interior del búnker.

La respiración me atronó en los oídos. El corazón se me estrellaba contra las costillas, iba a reventarme.

Enrico había salido del quirófano.

Y respiraba.

Kathia

Sarah apretó mi mano antes de llevarse la otra a la boca. Ella tuvo la suerte de poder manifestar sus temores. Yo en cambio siquiera notaba mi vida fluyéndome por las venas. Son curiosas las diversas reacciones que puede tener un ser humano.

El doctor Terracota se quitó el gorro de quirófano y se ahuecó el cabello justo cuando las puertas se cerraban tras de él.

—Podéis estar tranquilas. El paciente ahora está estable. —El jadeo de Sarah se entremezcló con el mío, mientras mi cuerpo liberaba una flaqueza que me tambaleó—. Nos hemos encontrado con que el trayecto de la bala es inconcluso y restos de pólvora entre la clavícula y la primera costilla, además de pequeñas fisuras inocuas en la arteria subclavia. —Aquel doctor movía las manos con el objetivo de empatizar con nosotras—. Al parecer, intentó esquivar el impacto, de ahí que hayamos encontrado dos tipos de lesiones: fractura en la primera costilla y hemotórax. Tras las primeras pruebas hemos podido verificar que no había perforación pulmonar ni neumotórax debido al impacto de la bala. También hemos descartado una toracotomía porque por suerte la bala fue extraída antes de que el daño fuera mucho mayor.

Tragué saliva. Lo que creí que tal vez empeoraría las cosas, había resultado ser uno de los motivos principales por los que Enrico viviría.

—Así que hemos introducido una sonda pleural a través del tórax con el objetivo de drenar el aire y la sangre que había en la cavidad. Dejaremos esa sonda durante toda la madrugada para expandir el pulmón y lo mantendremos en cuidados intensivos para ver cómo evoluciona. —El doctor terminó aquel extraordinario diagnóstico regalándonos una sonrisa de confianza que inició aquella rara sensación de agitación en mí.

<<*El paciente ahora está estable...*>> Mi mano no pudo continuar enredada a la de Sarah.

Enrico viviría. No tendría su final en una mesa de operaciones. No tendría que llorar su muerte ni atormentarme con su ausencia. Vería a su hijo crecer, compartiría sus días junto a Sarah. Estaría a mi lado.

Estaría... conmigo.

Terracota continuó hablando, resolviendo las dudas que Sarah le planteaba. Pero mi mente ya no podía procesar más información. Ya no vi ni oí nada excepto mi corazón, que lentamente estallaba para convertirse en miles de fragmentos que después se volvían a unir en mi garganta y la oprimían. Y me asfixiaba.

Retrocedí. Primero di un par de pasos tímidos hacia atrás y después me di cuenta de que no tenía el control de mi cuerpo, que este buscaba huir.

No, huir no. Liberarse. Desfogar. Quizás gritar hasta perder la voz. Me replegué un poco más deprisa al tiempo en que las miradas de Sarah pasaban a formar parte de recuerdos imborrables. Esa mirada desesperada, satisfecha y mortificada al mismo tiempo. Seguramente ella pensaba lo mismo que yo.

Les di la espalda y empecé a caminar rauda. Si me pesaban las piernas, si me dolía el pecho o incluso si el agotamiento me ardía, ya no era importante. Nada lo era, excepto la vida de los míos.

Eché a correr. Notaba como miles de lamentos morían en mi lengua. No gritaría porque no podía hacerlo, no lloraría porque no encontraba mis lágrimas. Simplemente correría hasta que la extenuación me colapsara.

Pero me topé con alguien y el calor que esa persona desprendía me empujó a la locura. Cristianno también había echado a correr, noté como su pecho se estrellaba contra el mío, ahogado.

Le miré. Ahora que él estaba conmigo, esa desconcertante ansiedad que me embargaba, poco a poco, desapareció. Solo él tenía el poder de dominar todos mis instintos, de liberarme de la prisión de mis emociones.

Temblé al instante en que su mirada azul me engullía buscando una respuesta en mis ojos. No tardó en encontrarla y yo no tardé en empezar a llorar. Las lágrimas inundaron mi vista justo cuando él capturó mi rostro entre sus manos.

—Está vivo... —sollocé—. Está vivo, Cristianno. —Y me derrumbé en sus brazos, con mi boca pegada a la suya en busca de su cálido aliento. Ni siquiera entendía cómo era capaz de respirar sin él.

—Shhh, tranquila, mi amor —susurró muy bajito, sobre mis labios antes de hincarnos de rodillas en el suelo.

Cristianno

Un instante más tarde, creyendo que las cosas poco a poco mejoraban, me enteré de que Eric estaba en coma y nadie aseguraba que pudiera despertar.

Tuve la sensación más agri dulce que jamás hubiera experimentado. Enrico viviría, pero Eric...

Le vi ahí, tan quieto que hasta dolía. Tan fuera de mi alcance que de nada servía estar a solo unos metros de él.

Eric era el más pequeño de los cuatro. Pensar que quizá no llegaría a cumplir la mayoría de edad me mortificaba. Ese era el final que le había regalado...

Apoyé la frente en el cristal.

Toda la habitación estaba sumida en una terrible oscuridad. Diferenciaba su estética gracias a la luz blanca de la sala de

esperaba que se colaba. Fue por ese motivo por el que pude ver a mi hermano Diego sentado junto a la cama, cabizbajo, tal vez manteniendo una de las manos de Eric entre las suyas. Pero no estaba solo. Daniela tenía la mirada pérdida y Alex se había quedado durmiendo tumbado en el sofá que había en uno de los extremos con la cabeza sobre el regazo de su novia, señal de que las pequeñas disputas que habían atravesado estaban de sobra resueltas.

Entré con sigilo sabiendo que mi amiga sería la primera en avistarme. La calma que sintió al verme, esa extraña liberación que se expandió en su mirada, me hizo sentir demasiado corrompido.

Lentamente me acerqué a Diego. Acerté al pensar que había enlazado sus manos a las de Eric. Cogí aire y le acaricié el hombro ejerciendo un poco de fuerza en la clavícula.

Diego contuvo el aliento y también un pequeño temblor.

No se asustó, simplemente no supo controlar lo que sintió al tenerme cerca.

Suspiró entrecortado y levantó un poco la cabeza.

—Puede que se vaya sin saber que estoy enamorado de él. — Súbito e imprevisible. Así fue ese jadeo, que penetró en mí queriendo hacerse con el control de mis emociones.

Apreté los dientes. Me suscitó demasiada rabia que Eric no hubiera podido escuchar esa confesión. Miré a Dani.

Probablemente a ella también le impresionó que un hombre como Diego admitiera tal sentimiento en voz alta, delante de alguien.

Tragué saliva, solté el hombro de mi hermano y rodeé la cama de Eric hasta colocarme al otro lado. Apoyé mi mano sobre su pecho y me acerqué a su rostro.

—¿Lo has oído, Eric? —susurré—. Ya tienes un motivo por el que quedarte.

Y miré a mi hermano sin saber que este tendría la mirada humedecida.

Sarah

Me dieron tan solo un momento para poder estar con él. Realmente no quise hacerlo. Esa debería haber sido la oportunidad de Kathia y no mía. Pero ella ya había rayado el agotamiento y no estaba allí. Así que miraría a Enrico por las dos e intentaría mostrarle todo el amor que Kathia y yo le procesábamos.

Mis pies temblaron cuando empecé a caminar hacia el interior de aquella habitación, pero noté cómo esa sensación se intensificaba conforme me acercaba a la cama de Enrico. Estaba entubado, con el torso desnudo y vendado, una vía hincada en el reverso de su mano derecha y la sonda que se perdía en el interior de su tórax mientras el pitido intermitente de la máquina que seguía sus constantes inundaba el lugar. Que estuviera tan quieto, tan dormido, tan herido, me produjo vértigo. Jamás hubiera creído que algún día vería a Enrico de aquella manera.

Tragué saliva queriendo deshacer el nudo de mi garganta un instante antes de tocar su mano. Estaba demasiado fría, no parecía que tuviera vida y eso me hizo dudar demasiado. Pero me contuve. No estaba allí para llorar, ni tampoco para temer.

Me senté a su lado y acaricié su mejilla.

—¿Te haces idea de lo mucho que te necesitamos? —Gemí mientras mis dedos se entremezclaban con su cabello—. ¿De lo mucho que te quiero? —No pude evitar sollozar—. Sé que estás luchando, sé que tal vez estás escuchándome. Así que, por favor, abre cuanto antes tus ojos y mírame. Mira a tu hermana. —Me detuve a coger aire. El llanto se me había instalado en el pecho y hablar me estaba costando demasiado—. Todos te necesitan. —Me llevé una mano al vientre—. Tu hijo te necesita. —Le besé en la frente. Y habría dejado mis labios allí pegados hasta que él despertara si hubiera sido posible—. Estoy aquí, mi amor...Voy a esperarte. —Lo haría toda la vida si fuera necesario.

Cerré los ojos y esperé un poco más sobre su piel. Su aroma ahora había sido sustituido por una capa de olor a hospital. Pero incluso con eso me bastó.

Me incorporé y le miré desde arriba. No sé por qué pero tuve la sensación de que Enrico era consciente de que estaba allí. Quizá era fruto de lo poderoso que me parecía.

Me preparé para salir cuando de pronto vi a Valerio al otro lado del cristal de la habitación. Esperaba en el pasillo y observaba a Enrico con una tristeza en exceso melancólica. Seguramente no me diría lo mucho que se acusaba por los enfrentamientos y dudas que había tenido con su hermano postizo. Salí de la habitación y me acerqué a él para darle un abrazo. Valerio enseguida respondió, no dudó ni un instante. Y yo hundí mi rostro en su pecho sin saber que la imagen herida de una joven china me fustigaría.

Supuse que ahora que Enrico estaba prácticamente fuera de peligro, mi sentido común poco a poco regresaría a la normalidad y pensaría en todas las cosas que nos quedaban por resolver.

Miré a mi gran amigo y acaricié su mandíbula.

—Tengo algo que pedirte —dije bajito, lento. Valerio se quedó muy quieto concentrado en mis ojos y después asintió con la cabeza. Supe que haría cualquier cosa—. Hay alguien a quien necesito salvar.

Cristianno

Aquella había sido la madrugada más dura que recordaba. Pero dejé de pensar en ello en cuanto una puerta se cerró tras de mí.

Después verifiqué mi entorno por pura costumbre. En aquella sala solo estábamos mi padre, Valerio, Alex y los jefes de la seguridad Gabbana: Emilio, Thiago, Sandro y Benjamin. Que nos hubiéramos reunido a primera hora de la mañana tenía sentido. Íbamos a organizar un dispositivo de rescate ahora que teníamos información suficiente del exterior.

Ettore Macchi me había llamado hacia unos minutos y me había advertido de los movimientos que los Carusso y Bianchi tenían previstos para las siguientes cuarenta y ocho horas. Un itinerario perfectamente confeccionado para aumentar nuestra destrucción a través de la prensa y de paso engrandecer la simpatía de la ciudad. Al parecer el cadáver de Angelo había necesitado de bastante... digamos, arreglos para poder presentarlo en un velatorio. Así que a su esposa y compañía no les había quedado más remedio que posponer el velorio a la madrugada del lunes y proceder al entierro la mañana del martes. Lo que suponía que todo aliado del Carusso, incluido Valentino, asistiría a ese triste evento y no tendríamos que preocuparnos por visitas inoportunas cuando decidiéramos iniciar el rescate de Mauro.

Era una noticia bastante atrayente, que nos facilitaba la organización.

Thiago deslizó un mapa sobre la mesa. Eran los planos del centro psiquiátrico de Riano. Había señalado en rojo las entradas y salidas del recinto y marcado con una cinta negra su extensión dejando fuera del círculo el bosque. También se había encargado de indicar junto a Sandro (su agente de confianza) los diversos grupos de esbirros que el Bianchi había delimitado en toda la zona. Eran entorno a unos cien tipos entre los que se incluía varios de los hombres que habían formado parte del equipo de Enrico. Traidores muy experimentados.

—El recinto dispone de cuatro accesos —indicó Sandro sobre el mapa—. Hemos descartado dos de ellos tras verificar la presencia de controles informatizados. —Básicamente se trataba de las entradas más normales.

—Lo que proponemos es acceder por el túnel que lleva al sótano —comentó Thiago.

Desde luego no era una mala idea. Esa entrada estaba en mitad del bosque y no parecía que gozara de mucha vigilancia, quizás porque nadie se esperaba que alguien descubriera su paradero. Un error que solo comete el mafioso arrogante en exceso.

Pero había algo que nadie parecía tener en cuenta. Aquel lugar era inmenso y disponía de varias plantas. No estaba dispuesto a recorrer todo el perímetro dado que eso alertaría a nuestros enemigos. E incluso podía suponer la muerte de mi primo; con aquel gesto entenderían que no estábamos dispuestos a hacer el intercambio propuesto por Valentino. Era demasiado arriesgado perder el tiempo de esa manera.

Me incorporé y me acerqué un poco más a la mesa.

—No sabemos la ubicación de Mauro —admití—. Podría estar en cualquier parte.

—Exacto —continuó Alex—, creo que lo más adecuado sería distribuirnos en dos grupos. —Esa idea comenzaba a atraerme.

Valerio carraspeó.

—Además tampoco podemos descartar que Xiang Ying esté allí. —Seguramente él ya sabía que su comentario nos dejaría a todos

petrificados.

Aunque debía reconocer que el hecho de que estuviera allí, siendo parte de la acción y queriendo participar en ella, me sorprendía sobremanera. Valerio siempre había sido el más tranquilo y armonioso de todos.

—¿Qué tiene que ver la hija de Wang en todo esto? —Casi gruñí. Y él suspiró y se frotó la frente.

—Sarah estuvo encerrada con ella y la descripción que me ha proporcionado de la celda cuadra bastante con estos planos.

—¿Estás insinuando que Ying ha podido estar todo este tiempo en Roma? —Quiso saber mi padre.

—Es muy probable. Al parecer, la joven está algo desnutrida y con evidentes signos de violencia. —Valerio parecía muy interesado en ello. Señal de lo mucho que empatizaba con Sarah. Era un hecho que ella en algún momento a solas con él había hablado de ello y teniendo en cuenta la clase de mujer que era, no soportaría dejar a Ying a su suerte. Ni yo tampoco.

—¿Cuál es esa descripción? —Mi hermano entendió enseguida a qué me refería.

—Comentó que era un lugar oscuro, muy húmedo y que las paredes era de piedra y techos altos —explicó—. Al parecer se trataba de una especie de cueva.

—Que las encerraran juntas insinúa que no hay demasiadas celdas disponibles con esa descripción. —Nadie esperó que Diego apareciera de improvisto. Estábamos tan concentrados en el mapa que no le vimos ni oímos entrar en la sala.

Le imaginaba junto a Eric, esperando derrotado. Ni siquiera le había invitado a que se uniera porque no le había visto capacitado para ello. Había optado por prescindir de su valiosa ayuda, Diego era sanguinario, efectivo. Pero no sabía hasta qué punto eso se podía volver en nuestra contra y podía ponerle en peligro innecesariamente.

—¿Qué haces aquí? —pregunté algo brusco.

Diego se guardó las manos en los bolsillos del vaquero y se acercó hasta mí.

—También es mi primo, ¿no? —Me retó con la mirada—. No haré nada esperando ahí sentado.

Tragué saliva y suspiré.

—Bien, entonces organicemos esto con la posibilidad de un doble rescate. —Empecé a concretar, algo orgulloso de poder contar con Diego en el equipo. Mi padre sonrió satisfecho—. Dos grupos es una buena idea. El primero abrirá camino por el patio trasero. Despejar todo obstáculo para preparar nuestra llegada. Nosotros entraremos por el túnel, como ha dicho Thiago. Si esa descripción coincide tanto como dices —me referí a Valerio—, se me ocurre que esas celdas podrían estar en el sótano. —La humedad en un lugar tan antiguo debía ser horrible—. Nos ayudaremos de gafas térmicas para verificar.

—Yo iré en el primer grupo —añadió el mudo de Ben para sorpresa de todos—. Dadme a los hombres más fuertes, les guiaré.

—Hecho —admití.

—Emilio, prepara a esos hombres —añadió mi padre.

—Enseguida, jefe. —Y se marchó raudo y orgulloso con su cometido. Él y otro grupo de hombres se quedarían supervisando Prima Porta, no irían con nosotros.

—Eso es todo. Organizaros —dije antes de ver cómo cada uno se dedicaba a su tarea. No teníamos mucho tiempo.

Pero yo me tomé mi tiempo para mirar a mi padre. Había estado casi toda la reunión pendiente de su móvil. Me acerqué a él.

—Casi no has hablado.

—No era necesario —sonrió y ojeó de nuevo el móvil.

Esa vez no pude evitar pensar en mi madre. Y en Patrizia.

—Era ella, ¿verdad? —dije refiriéndome a mi tía. Seguramente ya sabía del secuestro de su hijo y estaba preocupada.

Silvano suspiró.

—Las he cambiado de ubicación. —Abrí los ojos. ¿Así que eso era lo que había estado haciendo durante la madrugada, ponerlas a

salvo de Alessio?—. Acaban de llegar a Zúrich. Allí tenemos a un equipo, se hospedarán con tus primas. —Sí, sabía que el esposo de mi prima Florencia era alguien influyente en esa ciudad y un fuerte aliado nuestro. Sería capaz de hacer cualquier cosa que le pidiera mi padre. Pero no esperé que llegara a ser tan necesario trasladar a las mujeres Gabbana. Señal del peligro tan grave que corrían.

Mi padre no pudo controlar el ramalazo de tristeza que se cruzó por su rostro. Echaba de menos a su esposa. Creo que aquella era la primera vez que pasaban tanto tiempo separados.

—¿Chiara también? —Preguntó de improviso Thiago, uniéndose a nuestra conversación. Al parecer no pudo evitar preguntar por su... ¿novia? Esa mirada no insinuaba menos.

Mi padre entrecerró los ojos sabiendo que intimidaba a Thiago.

—¿Por qué no se lo preguntas tú mismo? —Incluso a mí me sorprendió el toque irónico con el que habló.

—Porque no me coge el teléfono. —Thiago no pudo evitar la honestidad, pero enseguida se arrepintió—. Jefe, yo... —Silvano levantó una mano para hacerle callar y se acercó a él, desafiante. Chiara apenas tenía veinte años y Thiago veintiséis. ¿Cuánto tiempo llevaba gestándose esa relación?

Silvano terminó colocando una mano sobre el hombro de su inspector e hizo un poco de presión.

—¿Cuándo fui un opresor? —Torció el gesto. La verdad es que me dieron ganas de reír—. Extensión 064. Ahí podrás hablar con ella.

Thiago tragó saliva.

—Gracias —siseó mientras veía como su jefe salía de la sala.

Me acerqué al segundo de Enrico mientras me cruzaba de brazos. Era mi turno.

—Deberías cambiarte de pantalones. —Y de paso recuperar el rubor porque estaba muy pálido.

—Qué gilipollas... —sonrió.

Kathia

Domenico Gabbana portaba sus libros allá donde iba. Daba igual el entorno o lo siniestro del lugar, siempre debía disponer de una sala. Para él, todo eso no importaba, tan solo leía mientras la vida lo inundaba todo con su caos.

Habían sido las veinticuatro horas más largas de mi vida. Había notado como el tiempo pasaba rápido y lento a la vez. Un conflicto interno que no cesaba ni un instante. Que aumentaba si decidía respirar; ese mismo aire viciado y feroz que me había perseguido desde que llegué a Prima Porta, pero en aquella ocasión me pareció mucho más imperativo. Más intenso. Quizás porque todos se estaban preparando para una ofensiva.

Entré en esa pequeña alcoba, un rincón de pared de roca que había junto al despeñadero de aquella cueva. Domenico estaba sentado en un sillón roído. Una copa apoyada en la mesita que tenía al lado, un puro entre los dedos de su mano derecha, un pequeño libro entre los dedos de su mano izquierda. Y sus ojos, leyendo cada línea...

<<No entres dócilmente en esa noche quieta...>>

—¿Qué hay en esas páginas que hace que un hombre como usted no tenga miedo a su entorno? —pregunté en un susurro sabiendo que el Gabbana ya había notado mi presencia—. Nada y todo. —Mi corazón dio un pequeño vuelco. Y tragué saliva conforme me acercaba a él.

—Quisiera ser más sabia para entenderlo —admití perdiéndome en las bonitas líneas de su envejecido rostro.

Domenico cerró el libro y lo apoyó en su regazo antes de clavarme una mirada azul intensa.

—En cierto modo lo eres —dijo con voz grave y armoniosa—. Has sido la primera persona en hacerme ese tipo de pregunta en más de setenta años. —Fue su forma de halagarme. Me acuclillé a

su lado enterrando mis manos entre los muslos—. Soy viejo, Kathia y con el tiempo he aprendido que hay reacciones que ya no están a mi alcance.

No buscaba justificarse, sino admitir que podría llegar a ser un estorbo si se acercaba a su hijo y a sus nietos en aquel momento. Aquella mañana, mientras las chicas y yo permanecíamos junto a Eric y Enrico en los boxes, Cristianno, Silvano y los demás organizaron un operativo tras la noticia sobre el entierro de Angelo. Iba a haber un velatorio que duraría toda una madrugada, así que era tiempo suficiente como para llegar a Riano y rescatar a Mauro.

La noche se acercaba y la oscuridad era esencial para los movimientos.

Agaché la cabeza.

—Podría echarme la culpa de ello. —Y no habría estado fuera de lugar. Cada uno de mis actos había traído consecuencias a los que me rodeaban.

—¿La tienes? —Domenico alzó las cejas. No me atreví a mirarle de frente.

—Quizás sí —sisé.

—Entonces yo también soy culpable. —Se recompuso en su asiento—. He criado a un hijo traidor, he enterrado a mi pequeño y estoy siendo testigo de cómo acorralan a mi heredero. —Su adorado Silvano...—. ¿Es un buen castigo o necesito más? —Me retó.

Y yo torcí el gesto, acongojada.

—No diga eso.

—Tú tampoco deberías. —Tocó mi hombro. Ninguno de los dos esperó que ese gesto desatara tal trastorno de emociones.

—Podría llorar. —Me tragué un sollozo.

—Hacerlo no sería incorrecto. —Domenico acarició mi cabeza antes de obligarme a mirarle. Para entonces ya notaba las lágrimas cayendo por mis mejillas—. ¿Pero te olvidas de algo? No eres una cobarde.

—¿Y entonces qué soy? —Gemí—. ¿Qué soy?

Eché mano a mi cuello y acaricié la diminuta piedra que colgaba del colgante que Enrico me había regalado antes de la boda.

—Eres la hermana de Enrico Materazzi, una dama de la mafia. —Acercó su mano a la mía—. Y la dueña de Cristianno Gabbana. —Apreté los ojos.

Probablemente mantener aquella conversación fue lo que terminó revitalizando mis energías. Domenico era un hombre de mundo, con experiencia en la vida. No daría consejos en vano, no hablaría si no tenía nada qué decir.

Recuerdo que me dirigí a la pasarela principal caminando con una seguridad creciente en mí que se hizo incluso más poderosa al ver a más de una treintena de hombres preparando sus armas y atendiendo instrucciones. Debería haberme causado cierta impresión, pero aquel era mi mundo. Esa era mi vida.

Y por entre la gente, vi a Cristianno. Caminé hacia él, esquivando a sus hombres, mientras terminaba de colocarse el chaleco antibalas. No fue consciente de mi cercanía hasta que atrapé su rostro con mis manos en una caricia tan tierna como posesiva.

Cristianno se concentró tanto en mí que creí que terminaría atrapado en mis ojos. Fue una sensación demasiado vehemente.

—Trae a tu primo de vuelta —susurré antes de que él apoyara su frente en la mía. Nos dio igual que todos allí nos estuvieran viendo de soslayo—. Y regresa a mi lado.

—Equipo uno con Benjamin. Equipo dos conmigo. ¡En marcha! —exclamó Thiago. Era la hora de partir.

Cristianno me besó en los labios y después miró por encima de mí antes de darme la espalda y empezar a caminar hacia la salida. Sus hombros, esa forma cruel y ardiente con la que se movían bajo aquella ropa oscura, me encendieron con violencia y deseo.

Unos dedos fríos y delgados se enroscaron a los míos. Daniela estaba allí y no venía sola. La miré mientras ella observaba a su novio y a su mejor amigo desaparecer por las escaleras sin saber

que Giovanna se acercaría a nosotras e imitaría su gesto. Daniela no se lo permitió porque prefirió abrazarla.

Cristianno la había mirado a ella, le había indicado en silencio que no debía temer, que unas horas tendría a Mauro.

Tragué saliva y después observé a Sarah.

Las cuatro estábamos allí. Las cuatro sufríamos con distinta intensidad, pero por el mismo motivo.

Cristianno

Las miradas de Alex se me clavaban en la sien. No me molestaba que me observara, pero cuando lo hacía de esa manera, se debía a que dudaba demasiado. O quizás su concentración no estaba del todo puesta en lo que íbamos a hacer.

—¿Qué pasa? —pregunté al tiempo en que la furgoneta se detenía.

—Daniela quiere volver al instituto. —No me esperé un comentario de esas características, pero tampoco me pareció que quisiera compartir una conversación trivial conmigo. Aquello tenía pretensiones mucho más grandes—. Dice que quiere que vayamos juntos a la universidad.

Me encogí de hombros.

—¿Se necesitan estudios para ser actor porno? —Recordé las tardes en las que nos reuníamos en mi piscina y comentábamos todo histéricos que haríamos cuando tuviéramos edad para decidir. Mauro siempre se las daba de rompecorazones, Eric se sonrojaba hasta la preocupación y Alex alardeaba de lo extraordinariamente bien dotado que estaba mientras Daniela nos observaba incrédula.

Ahugué una sonrisa melancólica.

—¡Joder, eso era cuando tenía doce años! —Me empujó y casi me envía a la cabina del conductor. A la fuerza de Alex uno nunca se acostumbraba. Pero se calló de golpe y ese destello de alegría que por un momento inundó su mirada, enseguida se vio sustituido

por el temor—. Eric quería ser asesor político... —susurró cabizbajo, balanceando el arma entre sus dedos.

Ahí estaba. Ese era el verdadero contexto de aquella conversación.

Cargué mi arma, me la guardé en el hueco de mi chaleco antibalas y le empujé contra mí cogiéndole del cuello de su jersey.

—Eric no va a morir, ¿me oyes? —mascullé y Alex torció el gesto.

—Esta no es la misma broma que tú nos hiciste. —Hablar de mi supuesta muerte como una burla de mal gusto en cierto modo me hirió—. Está en coma, Cristianno.

Sí, eso ya lo sabía. Y me dolía tanto o más que a él porque yo había sido quien había portado su cuerpo ensangrentado entre mis brazos.

Apoyé mi frente en la suya y rodeé sus hombros con mis manos.

—Vamos a entrar ahí, salvaremos a Mauro. Regresaremos a Prima Porta y Eric despertará. Todo saldrá bien. —Todo... saldría... bien... ¿Verdad?—. Y si no empiezas a creértelo, entonces estaré demasiado solo, Alex.

Él tragó saliva. Empezaba a interiorizar mis palabras, empezaba a sentir su poder colándose en su piel. Le necesitaba así de fuerte.

—Equipo uno preparado para el asalto —dijo Ben a través del dispositivo que llevábamos en la oreja.

Thiago golpeó la pared de la furgoneta antes de abrir las puertas.

—Nuestro turno, ¿listos?

—¡Listos! —gritaron el resto de nuestro equipo. Casi ni reconocí a Valerio, parecía más preparado que ninguno. Diego había optado por irse al otro grupo porque reconoció que necesitaba adrenalina.

—¿Listo? —Volví a concentrarme en Alex.

—Siempre. —Me guiñó un ojo y saltamos de la furgoneta.

En mi equipo éramos nueve personas. Cinco de ellos expertos en seguridad militar capaces de eliminar a un grupo de esbirros que les doblaba en número con el mínimo esfuerzo. Tanto así que ni siquiera jadearon.

Escuché el sonido de los huesos de sus cuellos quejarse hasta robarles la vida y también le rumor de los puñales al atravesar sus cuerpos. No queríamos ser salvajes, no era el propósito, pero tampoco nos quejaríamos.

Y yo sonreí al sortear los cuerpos de dos de aquellos tipos. Si no hubiéramos decidido atacar así, en la sombra y en el más estricto silencio, tal vez nos habrían cazado y habríamos puesto la vida de Mauro mucho más en peligro.

Ciertamente en aquella zona no había demasiada vigilancia, pero conforme nos adentrábamos en el bosque y nos acercábamos a los túneles aumentábamos la precaución. No habíamos ido allí para matarnos unos a otros, sino para hacer un rescate. Entrar y salir. Una hora a lo sumo. Aunque el contexto real de nuestros motivos, de los impulsos que nos llevaban a estar allí, debería quizás haberme hecho un poco más vulnerable a mis emociones. Sin embargo, no sentía nada. Excepto frialdad.

Thiago guiaba. Él ya había estado allí, había estudiado bien la zona e incluso habíamos enviado un dron para comprobar el perímetro. Así que me mantuve al final del grupo mientras él marcaba el camino.

Entonces escuché el crujir de la hojarasca. Una pisada que provenía del bosque y que muy probablemente buscaba no delatar su presencia en vano.

No miré hacia el lugar, sino que me detuve y afiné mi oído mientras el grupo seguía avanzando. Mis dedos se hicieron con el mango de un cuchillo moviéndose tan lentos que incluso creí que no estaban obedeciendo. Cogí aire, me concentré profundamente y apreté el mango del puñal antes de lanzarlo.

Alguien gimió y un instante más tarde se desplomó en el suelo. Aparté los arbustos y me acerqué a él para verificar si debía rematar la faena, y de paso recuperar mi cuchillo. Aquel esbirro vivía muy débilmente, consciente de que le quedaban pocos minutos debido a la herida que le había provocado en el cuello. La hoja del cuchillo

estaba completamente clavada en la yugular. Me acuclillé, apreté el puñal y giré mientras el tipo borboteaba sangre por la boca.

Murió antes de que yo pudiera sacar el cuchillo de su cuerpo.

Para cuando regresé a mi grupo, uno de los hombres de Thiago estaba tratando de franquear nuestro primer obstáculo, una puerta de barrotes de acero que se encargó de abrir con una cuchilla eléctrica inalámbrica.

Al mismo tiempo, un esbirro armado decidió pasar por el pasillo que cruzaba. Nos vio casi a la vez que Alex disparaba con el silenciador.

Avanzamos.

En aquella zona la cosa empezaba a ponerse fea, no por el peligro sino por las condiciones. Lo primero que pude percibir fue la humedad. Estaba atestado de ratas que correteaban a esconderse al notar nuestra presencia, desprendía un olor a agua estancada, la misma que nuestros zapatos pisaba, y las paredes estaban enmohecidas. Si Ying estaba allí, no era de extrañar que la encontráramos herida. Pero pensar que Mauro también podía estarlo, y que sus lesiones quizás se habían complicado debido al entorno, me ponía frenético.

Tragué saliva.

Nos movíamos juntos, formando una piña silenciosa que inspeccionaba a la perfección cada rincón. Hasta que de pronto Thiago ordenó la detención del grupo, me miró y me indicó con una señal que había cuatro esbirros en el pasillo a nuestra derecha. Me abrí paso hasta su posición mientras me ajustaba las gafas térmicas. En realidad yo no vi a cuatro individuos. Si inspeccionaba un poco más, aquella visión me mostraba el calor corporal de una quinta persona tumbada en el suelo.

Se lo indiqué a Thiago y este asintió.

El segundo de Enrico decidió que lo mejor era entrar y arrasar con todo. Así que avisó a sus hombres mientras yo verificaba mi arma apoyado en la pared. Valerio, Alex y yo cubríamos desde el pasillo.

Eché un rápido vistazo sin gafas térmicas y confirmé a cuatro tipos como estaba previsto, pero me fijé en que había un pasillo cerca del que no teníamos perspectiva. Thiago también se había dado cuenta, por eso se organizó ante la más que segura llegada de más gente al lugar.

A mí señal. Señaló Thiago con las manos.

Segundos más tarde, él y cinco hombres más entraban en el perímetro sin dar tregua a los esbirros. Thiago cogió las llaves de la celda y me las lanzó antes de pegarle un tiro a aquel tipo al tiempo en que un grupo de refuerzos se unía en el pasillo.

Disparé a uno de ellos tras recibir una bala que rebotó en la piedra tras entregarle las llaves a Valerio. Alex mientras tanto se agazapó en el suelo y disparaba a los pies con buen atino.

—¡Te cubriré! —exclamé al tiempo en que mi hermano se guardaba el arma.

Eché a correr hacia la celda. Le costó un poco llegar. Él era alto, era un objetivo sencillo, así que me alegré de que optara por acucillarse.

Abrió la celda justo cuando cayó el último esbirro al suelo. Por el momento ya no había más oponentes, pero no sabíamos cuánto tiempo teníamos para coger a quien fuera que estuviera en aquella celda y salir de allí. Debíamos darnos prisa.

Pero Valerio se quedó paralizado y empalideció en cuanto se puso en pie.

Creo que caminé a cámara lenta porque no me pareció que fuera a llegar nunca hasta él. ¿Qué había visto? ¿Qué le había paralizado de esa manera? ¿Mauro...? Mastiqué tanto temor que casi me atraganto y entré sabiendo que empujarle siquiera le haría cambiar de postura.

Pero no era Mauro.

Ni tampoco se trataba de un cadáver desfigurado.

Era una chica... china, aterrada y con los ojos más vivos que nunca clavados en Valerio, mostrándoles todo su miedo. La miré a ella y después a mi hermano. Lo que habitara en sus miradas en

ese momento, lo que fuera que estuvieran diciéndose, solo ellos lo sabían.

Pensé que podría aprovechar esa oportunidad y acercarme a ella, pero Ying fue consciente de mi presencia y empezó a asustarse. Gritó al tiempo en que Thiago también entraba en la celda.

El hecho de que estuviéramos armados debió alterarla, señal de los terrores a los que seguramente había sido sometida.

Le hice la señal de calma con las manos, no iba a hierla. Pero no sirvió de nada, Ying luchaba por abrirse un hueco en la pared que la alejara de mí o de Thiago.

Me fui acercando poco a poco, pero no bastaría, y no teníamos tiempo. Así que la cogí de los brazos y la atraje hacia mi pecho. Ella me clavó las uñas en los hombros y pataleó, intentaba por todos los medios liberarse. Eso llamó la atención de dos de mis compañeros y enseguida se echaron encima de nosotros. Intentaron capturarla, no querían hacerle daño, pero eso la puso más nerviosa. Gritó desgarradoramente alto.

—¡No, basta! ¡Basta! —grité para que la soltaran y la abracé. Su cuerpo temblaba—. Sarah... —le susurré al oído, sin esperar que ella se detuviera—. Me envía Sarah.

Lentamente, se abandonó entre mis brazos y rompió a llorar. La sostuve durante unos minutos mientras todos mis compañeros observaban consternados el estado de la chica. De pronto Ying se desmayó y no me preocupó que fuera algo relacionado con su estado físico. Era de sobra evidente que el alivio que había sentido al entender que ya estaba a salvo había terminado por robarle el aliento.

Miré a dos de mis hombres y les indiqué en silencio que cogieran su cuerpo. Puede que no tuviera ningún vínculo con ella, pero al verla completamente inconsciente me hirió muchísimo.

Salí de la celda tras Ying. Valerio siquiera había tenido valor a mirar. Todavía continuaba ido, confuso y bastante pálido. No

comprendía bien qué demonios le pasaba hasta que Thiago se le acercó.

—Despierta, ¿quieres? —Le dijo con curiosa amabilidad. Y este respondió tragando saliva y asintiendo nervioso con la cabeza—. Vosotros dos regresaréis a Prima Porta. El resto conmigo —indiqué antes de mirar a mi hermano—. Tú irás con ellos.

—¿Por qué? —susurró Valerio, casi por inercia.

—¿No debería ser yo quien preguntara?

—No sabría qué respuesta darte... —Se equivocaba, lo sabía bien, pero todavía no era capaz de darle un sentido.

Me acerqué a él y apoyé una mano en su hombro.

—Márchate. Y que Terracota se ponga con ella cuanto antes.

Al ver cómo se iba, caminando lánguido, lo supe tan bien como él.

Valerio había caído empicado.

Y yo acababa de ser testigo de cómo alguien se enamoraba por primera vez.

Mauro

Quise abrir los ojos y tener la suficiente concentración como para descubrir de donde provenían los ruidos. Pero no era capaz de hacer lo uno ni lo otro.

Curiosamente lo único en lo que podía pensar era en el frío. Esa mañana, cuando un debilucho rayo de sol se coló por entre uno de los huecos del ladrillo que tapiaba las ventanas, mi padre regresó... No, Alessio regresó y ordenó a sus esbirros que colocaran una mesa frente a mí. Él mientras tanto transportó una silla y tomó asiento antes de exigir que le sirvieran.

Recuerdo que desayunó, sonriendo de vez en cuando mientras hacía ruiditos de placer al masticar. Ese era su modo de doblegarme, pero yo opté por agachar la cabeza y contener el hambre todo lo que mi extraña soñolencia me permitía.

En respuesta, él ordenó algo que susurró al oído de su esbirro mientras me miraba de reojo con una sonrisilla en los labios. Un poco más tarde, sus hombres derramaron dos cubos de agua sobre mí y después me inyectaron algo en el brazo. No sé qué tipo de droga era, pero todos mis instintos se distorsionaron. La saliva se me amontonó en la boca y se me escapaba, escuché y vi como si estuviera bajo el mar y mi respiración se ralentizó hasta hacerme jadear.

Desde ese entonces, el frío y esa sensación aletargada me habían torturado.

Pero mi fuero interno insistía.

Sentía a mi primo cerca.

O al menos, eso quise creer.

Una explosión... bajo mis pies.

Cristianno

El humo se coló por los ventanales inundando nuestra visión a su paso. Había habido una explosión a unos treinta metros de nosotros y por el ruido incesante de los disparos, la seguridad del lugar ya sabía que estábamos allí. Por eso se habían rearmado y atacaban a nuestro otro grupo. El mismo en el que iba mi hermano Diego.

Era cuestión de tiempo que nos descubrieran. Pronto vendrían refuerzos. Y se lo dije a Thiago, en silencio, sin saber que este estaría pensando en lo mismo, además de lo imposible que sería subir al primer piso por aquella zona.

La situación nos acorralaba. La opción más segura era abandonar, pero nadie allí lo pensaba. Nadie allí se marcharía sin Mauro.

—¡Pasillo siete despejado! —Gritó Ben refiriéndose a las pasarelas de la planta principal, la misma en la que nosotros

estábamos atrapados, mientras el ruido de los disparos casi enmudecían su voz.

—Refuerzos por los colindantes —dijo Diego jadeante. Dios mío estaba a salvo—. Cristianno, esto se pone feo. —Ya lo sabía. Maldita sea, lo sabía.

—Mierda...

—¡Hombre herido! —gritó otro de los nuestros—. Necesito que alguien... —Pero no terminó porque acababan de matarle.

Cerré los ojos.

Sabíamos eso. Sabíamos que había posibilidades de perder a compañeros. Siempre las hay en una situación como aquella y todo el mundo lo asumía. Pero dolía. Y me enfurecía.

Noté la mano de Alex sobre la mía antes de abrir los ojos y mirarle. Él sabía en lo que estaba pensando, que temía que una bala perdida alcanzara a Mauro.

<<Los planos...>> De pronto no fui capaz de ver nada más que los planos de aquel recinto extendidos sobre la mesa de una de las salas de Prima Porta. En ellos se habían marcado zonas muertas, espacios concretos por los que no se podía acceder debido al lamentable estado del recinto. Pero ¿eso ahora qué más daba?

—Thiago, hay otra manera, ¿cierto? —Lo admití con la mirada perdida. Todavía escudriñando en mi memoria fotográfica.

Le escuché suspirar.

—No es segura ni tampoco estable. —Sí, lo sabía, pero...

—No tenemos alternativa. —Le miré de súbito. Porque mi cabeza ya lo había organizado y era imposible obviarlo—. Si ahora salimos ahí y nos unimos a ese desastre no valdrá de nada. —Siquiera seríamos de ayuda, el verdadero contexto de la misión se podía ir a la mierda—. Sabes que vienen refuerzos. No son estúpidos.

—Podríamos reagruparnos —comentó Alex siguiendo de cerca mis intenciones.

—Exacto —chasqueé los dedos—, podríamos atraer la atención hacia una zona en concreto mientras nosotros subimos al primer

piso. —Por la zona muerta... Por la misma en la que ni siquiera había escalera.

—Sabes que hay esbirros distribuidos por cada planta —recordó Thiago.

—Y también sé que el grupo uno podría llamar su atención. —Si conseguíamos atraer a todos nuestros oponentes a una zona en concreto, nosotros podríamos colarnos sin problemas—. Además, para cuando estemos arriba, podremos saber dónde está Mauro. —No habría tanta carga de humo, no habrían tantos cuerpos.

Thiago se pellizcó el puente de la nariz y apretó los ojos. Como el buen agente que era, lo estaba imaginando, justo como hacía Enrico. Después me observó con fijeza. Sus ojos azules se clavaron en los míos con tal potencia que le vi capaz de cualquier cosa. Pero también vi la rabia que se esforzaba por mantener contenida.

—No podremos subir sin ayuda. —Una respuesta positiva—. Esa escalera es inestable y necesitaríamos de un soporte para poder alcanzarla.

Lo que significaba que solo podríamos subir cuatro de los seis que éramos, dado que los otros dos nos empujarían para subir.

—Sandro y yo haremos ese soporte del que hablas y después trataremos de reorganizar el grupo. —Valerio apareció de la nada junto a uno de los agentes que se había llevado a Ying.

Mentiría si no admitiera que me alegró verle de nuevo.

—¿Dónde está Ying? —pregunté.

—Luigi se ha marchado con ella. —Por tanto estaba de camino a Prima Porta—. Nosotros hemos decidido quedarnos. —Porque seguramente escucharon la explosión.

Presioné el auricular de mi oreja y agaché la cabeza.

—¡Benjamin! —grité—. Reagruparos en la parte este del edificio. Vamos a subir por la zona muerta.

—¡Hecho, jefe! —Exclamó él antes de ponerse a dar órdenes—. ¡Reagrupad!

Cuando volví a mirar al frente, mi equipo ya estaba organizado para salir de aquel rincón. Seguí a Thiago notando como la

respiración se me amontonaba en la boca. Correr y estar pendiente del perímetro era una tarea de lo más desquiciante porque nunca se sabía por dónde podía venir el peligro. Atravesamos dos pasillos. Hubo un momento en que apenas nos separaba una fina pared de ladrillo de toda la batalla. Esta temblaba, igual que el suelo bajo mis pies.

Llegamos a la zona muerta. El techo que nos cubría estaba agrietado y mostraba algunos huecos astillados. Pero lo que verdaderamente importaba ahora era la maldita escalera por la que debíamos subir.

—Bien, yo subiré primero —dijo Thiago mientras Sandro y Valerio se colocaban junto al filo de la escalera.

Debían empujarnos unos dos metros hasta llegar al primer bordillo. Pero no era complicado teniendo en cuenta el impulso.

Thiago se apoyó en los cuerpos de sus compañeros e inició una cuenta atrás antes de salir disparado hacia arriba. Alcanzó el bordillo *in extremis* y se arrastró todo lo que pudo hasta subir por completo.

Sus hombres fueron los siguientes y después les siguió Alex. Mientras yo observaba a mi hermano bastante encandilado. Realmente me sorprendía que estuviera tan capacitado cuando jamás le había visto en una situación igual.

—Tened cuidado, por favor. —Les dije, a él y a Sandro, antes de colocarme para saltar.

—¿Preparado? —preguntó mi hermano y yo asentí con la cabeza.

Alex capturó mi mano y tiró de mí sin apenas darme tiempo de reacción. Me vi tumbado sobre él mientras Thiago y los demás verificaban la zona.

—Todo despejado —advirtió al ponerme en pie.

Cogí mi arma y la cargué antes de ponerme las gafas.

—¿Veis algo? —quise saber conforme me acercaba a ellos.

—No.

—Avancemos.

Fui el primero en salir, en abrir camino y dejar que mis instintos me guiaran sabiendo que dejaba posibilidades tras mi espalda. Hasta que de pronto se me ocurrió mirar hacia arriba.

Justo sobre mi cabeza, dos pies...

Eché a correr con todas mis fuerzas sabiendo que mis compañeros siquiera se detendrían a preguntar. Supe que era arriesgado responder así, pero también lo era esperar.

En aquella zona las escaleras estaban completas y no nos costó subir, pero crujían demasiado con cada movimiento, así que no estuvo demás extremar nuestros pasos.

En cuanto terminamos de subir, me asomé por el muro.

Allí había cuatro tipos que no se moverían por nada del mundo. Señalé a Thiago y este sonrió porque empezaba a ver la luz a todo el problema. Estábamos muy cerca de nuestra meta.

Él y sus agentes se cargaron a esos esbirros mientras yo caminaba tras ellos, acercándome a las puertas.

Esos pies que había visto formaban parte de una persona que estaba encadenada.

<<Ya estoy aquí, Mauro...>>, pensé notando como mi pulso parecía suspenderse.

Me quedé muy quieto. Dos de mis compañeros abrieron las puertas de una patada. Y le vi... con los brazos completamente estirados, empujando sus clavículas. La cabeza gacha, el torso amoratado y húmedo. Los labios secos y titubeantes.

Mauro gruñó con mucha debilidad y se esforzó hasta lo imposible por mirarme. Una sonrisa desgastada y sin fuerzas. Él quería demostrarme lo contento que estaba de verme, pero no podía. No podía.

Apreté los dientes y los puños. Di un paso. Algo de mí no se creyó capaz de más, pero después di otro, y luego otro, y levanté una mano. Mis dedos rozaron su cabello antes de acariciar su cabeza. Mauro volvió a bajarla, no tenía más fuerza. Seguramente siquiera era consciente de como sus compañeros estaban desencadenándole.

Capturé su rostro entre mis manos y apoyé la frente en la suya. Respiraba débil, siquiera notaba como sus pulmones se ensanchaban. Y mis ojos se encolerizaron a la par en que se humedecían.

Jamás perdonaría al enemigo que había estado a punto de robarme a mi primo.

—¿Qué pasa, compañero? —susurré. Las cadenas temblaban. Mauro jadeó al oírme—. Estás hecho un asco. —Bromeé justo cuando uno de sus brazos cayó a plomo. Tuve que mantener su cuerpo en pie aferrándome a su cintura. Mauro ya no tenía fuerzas.

Vi los pies de Alex correr hacia el otro lado, hacia la otra cadena.

—No sabía...que era una...cena...de gala —tartamudeó muy bajito, continuando con mi broma e incluso sonrió—. Has...venido...

Le abracé con todas mis fuerzas al tiempo en que nos desplomábamos sobre el suelo. Su cuerpo cayó sobre el mío. Noté las heridas de su espalda bajo la yema de mis dedos. Y me quedé allí, muy quieto, dándole calor con mi pecho mientras el suyo extrañamente temblaba.

Alex se acucilló a mi lado y comenzó a desvestirse como un loco.

Se quitó el chaleco antibalas y después la sudadera que llevaba. Enseguida cubrió a Mauro con ella y se unió a nuestro abrazo.

Perdí la noción del tiempo.

—Tenemos que salir de aquí, chicos —me advirtió Thiago notablemente sosegado.

Asentí con la cabeza.

Fue mi amigo Alex quien portó a Mauro entre sus brazos al ver que los míos temblaban.

Mauro

Me estremecí con tanta violencia que creí que me caería de la cama. Dolía muchísimo el modo en que el desinfectante estaba penetrando en las heridas de mi espalda. Joder, preferí que me pegaran una paliza.

Ni siquiera recuerdo el trayecto. Ni siquiera sabía dónde estábamos o quién demonios había en aquella habitación. Solo era consciente del terrible escozor, del aroma a hospital y de la mirada increíblemente azul de Cristianno clavada en mí.

Contuve un quejido. Escuchaba a los sanitarios parlotear mientras trabajaban sobre mi piel, pero no quise entender lo que decían, quizá porque la presencia de Cristianno me tenía completamente atrapado.

Se había arrodillado junto a la cama apretando mi mano con la suya cada pocos segundos, transmitiéndome todas las emociones que se paseaban por su cabeza. Aquello fue lo único que evitó que me volviera loco. Estaba de vuelta junto a mi compañero, junto a mi familia.

El escenario me dio igual, estar bajo tierra o miles de kilómetros de todo lo que conocía, solo me importaba estar junto a mi primo y todo lo que este conllevaba.

—Sarah... —gemí pensando que podía estar en peligro. Lo última imagen que tenía de ella era cómo se la llevaban de mi lado en el aeródromo—. ¿Dónde...está? —Me hubiera gustado poder

hablar con más normalidad, poder vocalizar un poco más—. Y mi madre...

—En ese instante el dolor fue un poco menos soportable.

—Tranquilo, Mauro, todo está controlado. —Si quizás mentía, no le guardaría rencor por ello.

Cristianno no iba a decirme en un momento como ese toda la verdad de cuatro días. Y muy probablemente yo habría hecho lo mismo de estar en su lugar. Pero no podía quedarme tranquilo si alguna de las mujeres de mi familia estaba en peligro por culpa de la envidia de un hombre falso.

—Mi madre... —insistí apretando su mano y notando de nuevo un escozor, esa vez en la comisura de mis ojos—. Alessio dijo que sabía la verdad... Que Fabio...

Cristianno acarició mi cabello y optó por dejar sus dedos enredados en él en vez de convertir su gesto en una caricia furtiva. Por un instante pude ver todo el miedo que había pasado al pensar que podía perderme. Creo que toparme con esa realidad fue lo que más me hirió.

—Shhh, no digas nada más, ¿de acuerdo? —susurró Cristianno en un tono cariñoso—. Todo está bien. Todo saldrá bien, ¿me oyes?

Llegados a ese punto, llorar se había convertido en una necesidad imperativa que tomó las riendas. Noté como las lágrimas se derramaban una tras otra.

—Vas a quedarte conmigo esta noche, ¿verdad? —sollocé muy bajito, y Cristianno se acercó un poco más a mí hasta apoyar su frente en la mía—. Quédate conmigo. —Cerré los ojos.

Ahora no concebía la distancia entre nosotros, por muy corta que fuera.

—No pienso separarme de ti —afirmó Cristianno—. Nunca.

Sarah

Algo de mí se rompió cuando escuché a Mauro nombrarme de aquella manera. Era él quien estaba siendo sometido a una cura verdaderamente irritante y sin embargo le preocupaba más el hecho de saber si yo estaba a salvo.

Aun así, bajo todo el dolor que eso me produjo, hubo algo incuestionable: el extraordinario sentimiento que transmitían Mauro y Cristianno juntos. En el hall de espera que había en aquella zona habilitada para emergencias médicas, todos éramos conscientes de la magia que había entre los dos. Nadie pudo huir de ella, ni tampoco del dolor que eso nos produjo.

Probablemente Alex era quien mejor lo soportaba, quizás porque se había convertido en el sostén de Daniela. La abrazaba mientras ella se deshacía en pequeños temblores y jadeos. Junto a la puerta, Kathia no estaba segura de qué hacer: si continuar observando a su novio y a su amigo o preocuparse un poco más por una Giovanna que dudaba mientras las lágrimas se le derramaban sin control. Ella sabía que en ese momento Mauro no necesitaba a nadie más que a Cristianno.

Me froté el rostro, queriendo despejarme un poco, pero no lo conseguí. Y miré a mi alrededor. No tenía ni idea de cómo había ido el rescate, pero desde luego los rostros de Ben y Thiago lo dejaban todo bien claro.

Me moví por pura inercia. Lentamente, noté como mis pasos me alejaban de aquella habitación y me adentraban en la pasarela sin saber muy bien hacia donde iba.

Estaban siendo las noches más duras y largas de mi vida. Toda aquella carga física y emocional empezaba a pasar factura, poco a poco nos desgarraba.

Con las manos en el vientre me detuve frente a una sala. Era una especie de saloncito bastante coqueto que probablemente había sido creado para buscar el descanso sin llegar a dormir. Habría pasado de largo si no hubiera sido porque vi a Valerio sentado en el sofá con los codos apoyados en las rodillas y el rostro enterrado entre las manos. No me parecía que estuviera

excesivamente triste, pero si algo perdido y extrañado. No era el hombre que solía ser.

Di unos toquecitos en la madera antes de entrar y Valerio me observó como si acabara de ver a un fantasma. Sus pupilas se tornaron oscuras en cuanto concibió quién era y me asombró que fuera capaz de mirarme de aquella forma tan distante e incluso molesta. Pero eso no fue lo que más me impresionó, siquiera le di importancia al descubrir que había llorado.

—¿Qué me has hecho? —jadeó sin aliento, reprendiéndome por algo que no sabía.

Enseguida me acerqué y me acucillé frente a él intentando mirar su rostro de cerca. No necesitaba confirmar sus lágrimas, pero algo de mí no podía creer que Valerio estuviera llorando.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa? —Le exigí saber retirando sus manos cuando quiso esconderse. Valerio se resignó a mi cercanía y resopló mirando al techo.

—Cuando la he mirado a los ojos... —suspiró, casi me pareció un pensamiento suyo, y no una confesión—. Cuando la he visto ahí... —Ying. Hablaba de Ying.

Y entonces lo entendí todo.

Yo le había enviado a su rescate sin saber que terminaría quedando atrapado en ella.

—Dios mío... —jadeé antes de darle un abrazo. Valerio se dejó llevar, no me rechazó como en el fondo esperaba. Todavía le confortaba mi calor y eso borró por completo la pequeña tirantez que me había mostrado.

Esperaría a que pudiera hablar, a que pudiera expresarse con normalidad, a que entendiera lo que sentía. Esperaría a que me mirara a los ojos y me contara la verdad. El porqué de sus lágrimas. Pero de pronto todos aquellos pensamientos enmudecieron. Solo pude escuchar el sonido de una vida que se escapaba convertido en un pitido continuo que se perdía en la distancia.

Empalidecí al tiempo en que miraba hacia la puerta y notaba como mi pulso se detenía. Mis mejillas se helaron, no sentí que la

sangre fluyera por ellas. Siquiera cuando Valerio apretó mi mano.

Le miré. No había querido mencionar lo que imaginaba porque algo de mí se obstinaba en negarlo, pero al ver los ojos de Valerio ese pensamiento cobró demasiada fuerza.

Me levanté tambaleante, no creí ser capaz de moverme con normalidad hasta que vi como mi amigo imitaba mi gesto. Él también se estaba esperando lo peor.

Eché a correr. Fue un impulso desmedido. Ni siquiera tuve tiempo de prepararme para ello, por eso tropecé. Y continué haciéndolo un par de metros más hasta que mi corazón se desbocó y comprendió que me dirigía vertiginosamente rápido hacia el final de mi vida.

Giré al final de la pasarela y me detuve de súbito. En aquella zona el pitido era más insistente, una nota larga sin descanso. Señal de que ya nada se podía hacer.

Y provenía de la habitación de Enrico.

Pero todo cobró demasiado realismo cuando vi como un grupo de médicos apartaba a mis compañeros, que se habían aglutinado en la puerta para poder entrar.

Primero sentí unos calambres en las piernas, y enseguida fui consciente de que mi cuerpo ya no resistía.

Noté como me desplomaba muy lentamente.

Kathia

Yo fui la primera en oírlo. Fui la primera en creer que Enrico ya no despertaría.

Pero todo empezó con retorcida calma. Al compás de mi respiración, tan tranquila como precipitada.

Un ligero pitido intermitente llamó mi atención. No miré de inmediato, ni siquiera puse atención porque estaba demasiado pendiente de Mauro y tampoco creí que la gravedad pudiera azotarnos de nuevo. Por eso quizás fue tan desconcertante.

Poco a poco el sonido fue cobrando protagonismo. Tragué saliva y tuve un escalofrío cuando empecé a caminar hacia la habitación de Enrico. Recordé perfectamente las palabras del doctor. Enrico no corría peligro, no iba a morir. Entonces, ¿por qué era lo que me parecía? ¿Por qué siquiera había podido despedirme de él?

Alguien me empujó y le vi correr hacía la habitación. Reconocí a Thiago cuando se quedó paralizado y, aunque temí lo indecible pensando que acababa de toparse con el cuerpo sin vida de mi hermano, precisamente ese gesto fue lo que me obligó a correr.

Entré allí sin saber que Cristianno y Alex me seguirían. Y se me cortó el aliento. Quizás los reveses que habíamos recibido en las últimas semanas me habían hecho incrédula ante la posibilidad de obtener algo bueno. Pero resultó que podía pasar.

Enrico me miró como si súbitamente su vida hubiera cobrado sentido al verme. Era su mirada, era la sensación de eternidad que esta desprendía lo que hizo que me hincara de rodillas en el suelo y rompiera a llorar.

Mi hermano estaba vivo. Ese sonido, producido por la maldita máquina de las constantes, se había dado porque Enrico se había quitado los cables del pecho.

—Kathia... —Su voz... En un gemido tierno y dulce.

Le necesité con exigencia. Y por eso me levanté del suelo y me lancé a por él. Lo primero que sentí al abrazarle fue su corazón estrellándose contra mi pecho. Enrico se quejó. El movimiento le había hecho daño, pero no se apartó, sino que me apretó junto a él obligándome a subirme a horcajadas sobre su regazo.

Me quedé allí, notando el balanceo de su cuerpo, hasta que ya no tuve fuerzas para llorar.

—¿Qué demonios...?! —Exclamó Terracota, cuando entró en la habitación seguido de cuatro enfermeros—. ¿Sabes el maldito susto que nos has dado?

Enrico sonrió. Bueno, más bien fue una especie de ronquido gracioso.

—Lo siento —murmuró risueño sabiendo que todo el mundo allí sonreía fascinado—. Necesitaba estirar las piernas. Además tengo un calor terrible.

Le miré al tiempo en que me apartaba de él. No sé cómo demonios lo hacía, pero estaba guapo incluso en esa situación. Deslicé mis dedos por la clavícula herida y acaricié la zona muy despacio.

Enrico capturó mi mano y se la llevó a los labios.

—Mi niña... —me sonrió y mis lágrimas se hicieron un poco más profundas.

—Sea como sea, te haremos un chequeo —intervino el doctor—. Vamos, todo el mundo fuera.

—Enrico... —susurré en su cuello.

—Estaré bien, cariño. Lo prometo. —Y esta vez sí era de verdad. Sí dependía de él.

—Más te vale.

Me despedí de él sabiendo que no tardaría en sentir las manos de Cristianno rodeando mi cintura.

Sarah

Dicen que desear algo sin pensar en el daño que se puede causar en los demás es demasiado egoísta. Y yo lo era. Mucho.

Probablemente mi muerte daría de qué hablar. Provocaría un vacío, quizás también dolor. Causaría desconcierto y tal vez tormentos. Pero no me importaba lo que podía dejar en vida, sino lo que iba a encontrarme tras la muerte.

Un pensamiento egoísta me llevaba hasta los brazos de Enrico. Los Gabbana, Kathia, todos mis amigos, tendrían que entenderlo. Tendrían que aceptar que me costaría vivir sin tener a ese hombre a mi lado.

Pero un simple colapso no te roba la vida. En todo caso, la empeora. Porque estaba despertando y poco a poco volvía a ser consciente del sufrimiento que me esperaba.

Todo comenzó con un extraño hormigueo en las piernas, y también un frío intenso que había penetrado en mis huesos. Era pura reacción emocional, no tenía nada que ver con una indisposición física. Mi mente no quería despertar y tener que gestionar que Enrico había muerto.

El rastro de un contacto ajeno sobre la palma de mi mano. Y después rodeando mi rostro con demasiada delicadeza.

Pude temer, y creo que en cierto modo lo hice; fue inevitable pensar que tal vez Enrico se despedía de mí. Pero ese contacto ni siquiera me dejó continuar pensando.

Lentamente abrí los ojos. Y lo primero que vi fue un azul capaz de detener el transcurso del tiempo. Ese azul intenso como el cielo, moteado de amatista.

Con pulso tranquilo, levanté una mano y la llevé hacia su rostro. Ese calor que desprendía su piel sobre la yema de mis dedos. El modo en que su aroma despertó hasta el último rincón de mi cuerpo. Todo aquello no podía ser la muerte.

Exhalé y me incorporé rauda notando un extraño vaivén en la cabeza. De pronto me ardía el cuerpo, me quemaba, y mi propio aliento me estaba asfixiando. Enrico me observaba, sentado en el filo de mi cama. Vivo.

—La máquina... —No pude hablar más. Me llevé la mano a la boca en cuanto empecé a sollozar.

Enrico se acercó un poco más mostrando media sonrisa y observándome con exquisita dulzura. Fue su forma de tranquilizarme, o al menos eso creía.

—Yo fui quien retiró los cables, Sarah —confesó al tiempo en que yo cerraba los ojos.

—Di por hecho que habías muerto. —Di por hecho que no podría volver a verle a menos que yo le siguiera.

Y entonces pensé en el momento en que Enrico se arrodilló en el suelo de la azotea y me miró a los ojos porque pensaba que íbamos a morir de aquella manera.

—Te equivocaste —susurró acariciando mi frente con la suya—. ¿Recuerdas lo que te dije una vez? —Me bastó mirarle para saber lo que estaba recordando, y yo cogí su rostro entre mis manos y me acerqué un poco más a él, hasta casi rozar su boca.

—«Crees que dejaría esta vida sabiendo que tú estás en ella.» —Citó su frase mientras mi mente evocaba el recuerdo de aquel día en que amanecí por primera vez junto a él.

—Exacto —gimió. Y después dejó que acariciara su rostro, rincón por rincón, mientras saboreaba mis caricias.

Jamás creí en las segundas oportunidades hasta que me vi allí, tocando al hombre al que amaba sin miedos ni restricciones.

Enrico capturó mi mano y sin dejar de mirarme la guió hasta colocarla sobre su herida. Latió bajo mis dedos un instante antes de que sus labios envolvieran los míos. Enrico no me besó con euforia, ni tampoco con deseo. Ese beso pretendía hacerme sentir su vigorosa vida hormigüear en mi boca, sobre mi lengua.

Me perdí en él, en la maravillosa sensación de saber que volvía a tenerle y que me apretaba contra su cuerpo deseando más, pero disfrutando de un dulce contacto.

Mauro

—¡Papá, mírame! —Me oí gritar. Y de pronto mi mente evocó a la perfección la oscuridad del aeródromo y la mirada perversa de Alessio Gabbana. En mis recuerdos, aquellas pupilas azul pálido brillaban de una forma sobrecogedora.

—Tú no eres mi hijo. —Alessio sonó como si quisiera destruirme, y en realidad sentí que así era. Me sobrevino un fuerte dolor en el pecho y después le siguieron miles de pinzamientos por todo mi cuerpo. No pude mantenerme en pie.

Pero cuando creí que me desplomaría en el suelo, mis ojos se abrieron como un resorte y volví a la realidad entre convulsiones nerviosas.

—¡Ey! —Exclamó Cristianno, que se levantó rápidamente del sofá que había instalado al lado de mi cama—. ¿Estás bien? —Preguntó retirando el sudor de mi frente con el reverso de su mano. Esa caricia suya me ató a él con más intensidad que nunca.

—Tengo sed —jadeé con la boca pastosa.

—Espera. —Mi primo cogió un vaso de agua y lo acercó a mis labios mientras me ayudaba a incorporarme—. Toma. —Bebí sabiendo que varias gotas de agua se derramarían.

Cristianno las limpió tras haber dejado el vaso sobre la mesita.

Después hubo silencio. Me dolía todo el cuerpo, notaba las heridas latiéndome en la espalda, pero no me importaba porque

Cristianno estaba allí como me había prometido. Siempre cumpliendo sus promesas...

—Lo sabes, ¿verdad? —murmuré mirándole de reojo. Aunque siendo honestos me llamó mucho más la atención el enorme reloj de agujas que había colgado de la pared de enfrente. Marcaba las tres y cuarto de la madrugada—. Seguro que sí. Puede que incluso lo supieras desde hace mucho.

Y que no me lo contara me habría dolido, pero lo habría entendido. ¿Cómo se le cuenta eso a un compañero? De hecho, ya habíamos pasado por situaciones similares y sabíamos perfectamente lo que dolía tanto para el que lo dice como para el que lo descubre.

Cristianno apoyó los codos en el filo de la cama y unió las manos mientras agachaba la cabeza para coger aire.

—Ken Takahashi regresó conmigo de Tokio —admitió—. Me lo contó ayer.

Resoplé, en el fondo, me contentaba que no me lo hubiera ocultado. Después sonreí y miré el techo sintiéndome algo pequeño.

—Siempre pensé que tú podrías haber sido mejor hijo de Fabio que yo.

—No digas gilipolleces —espetó Cristianno.

Acerqué mi mano a su brazo.

—¿Qué ha pasado? —Quise saber—. ¿Cómo ha podido irse todo a la mierda de esta manera? —Había estado encerrado cuatro días hasta que mi primo y nuestro equipo me salvaron. En todo ese tiempo debían de haber pasado miles cosas y quería saberlas. Quería sentirme el Mauro de siempre cuanto antes.

—No lo sé —resopló Cristianno—. Pero lo importante es que tú estás bien.

—¿Y tú, lo estás? —Su silencio me dio la respuesta. Estaba tranquilo porque Kathia estaba allí con él, pero eso no lo era todo. No aseguraba su protección—. Debes contármelo, Cristianno. Tengo que saberlo.

Seguramente pensó que no era el momento, pero se dio cuenta de que no podría evitar insistir. Sin embargo, eso no le ahorró a Cristianno sentirse como si le hubieran lanzado una piedra de cien kilos sobre la cabeza. No hacía falta que me contara mucho para suponer por su mirada que habían sido días tremendamente difíciles.

—Todo marchaba hasta que llegué a Japón con Kathia y descubrí que tú no estabas —confesó mirándome de reojo.

Continuó explicándome todo, paso a paso. Me contó que al llegar al aeródromo les esperaba un grupo de esbirros, que Valentino y Angelo sabían toda la verdad sobre nosotros, que Alessio había sido la rata. Y que eso desembocó en un tiroteo que les llevó hasta el hotel donde pudieron evacuar a Enrico y Giovanna.

—¿Cómo demonios supieron que aterrizaríais? —Esa era una información de la que no gozaba Alessio.

Entonces Cristianno suspiró y se levantó del asiento. Con las manos guardadas en el bolsillo, se puso a caminar de un lado a otro.

—Valentino obligó a Giovanna... —No hizo falta que dijera más.

Apreté los dientes y me concentré en él para detener la ira que buscaba desatarse en mi interior.

Me confesó que Angelo había muerto, que Enrico había resultado herido y que...Eric estaba en coma.

—¿Despertará? —pregunté notando el cosquilleo de las lágrimas en los ojos. Que mis compañeros, con los que me había criado, estuvieran heridos me proporcionaba una sensación de impotencia muy agria.

—No lo sabemos. Pero yo estoy seguro de que sí. —La forma que tuvo de admitirlo me llenó de optimismo—. Debemos confiar. —Me dio la mano al volver a sentarse.

Me sorbí la nariz y me pellizqué entrecejo verificando que no me había puesto a llorar como un gilipollas.

—¿Las chicas están bien? ¿Sarah y Kathia?

—Dentro de lo que cabe, sí, lo están. —Cristianno me miró al tiempo en que alzaba las cejas y me mostraba una sonrisilla, sabía lo que iba a preguntarle a continuación.

—¿Y Giovanna?

Chasqueó la lengua y enseguida reconocí que ahora le tocaba el turno a sus comentarios más burlones.

—Todavía sigo pensando que si lo digo en voz alta me saldrá un puto salpullido, pero tienes una buena novia —confesó incrédulo. Que admitiera eso, era bastante chocante. Aunque también lo era que yo me hubiera enamorado de ella.

—Ni siquiera sé si lo es —murmuré.

—No me jodas, ¿eres tonto o qué? —Empezó a pellizcarme—. ¿Te dieron un golpe en la cabeza?

—Capullo. —Solté una carcajada que él adornó con una sonrisa cómplice.

Hasta que volvió a ponerse serio. Miró la nada y cogió aire.

—Está demasiado implicada, Mauro —me confesó y me pareció que se ponía a recordad algo. Tal vez una conversación con ella—. Demasiado. Me lo ha dicho, a mí. —Ahí estaba.

—¿Dónde está? —Necesité saber.

—Bueno, la eché mientras podía —bromeó de nuevo.

—Voy a arrancarte las pelotas, ¿lo sabes, verdad?

Tras unas risas, volvió a mirarme.

—Está aquí. Y te necesita, mucho.

Cerré los ojos y la imaginé. Todavía no la había visto. El recuerdo más cercano que tenía de ella era durante nuestra despedida. Realmente empezaba a necesitar tenerla junto a mí.

—Joder, no pensé que hasta quemaría. —Y lo hacía, mucho, de una forma muy insistente que se duplicaba en cuanto tenía a la Carusso cerca—. Cuando me burlaba de ti, no pensé que estarías pasando por esto.

—Te acostumbrarás. —Cristianno me palmeó el hombro y creí que continuaría con su tono bromista, pero me equivoqué—. Ha dado la espalda a su familia. No le ha importado quedarse sola. No

se me ocurre mejor demostración —explicó—. Ahora duérmete de una puta vez. Me está empezando a doler la cabeza.

Se desplomó en el sofá mientras yo echaba mano a la mesita. Una enfermera, con un pecho majestuoso, me había dejado unas pastillas por si acaso las necesitaba.

—Tómate una de estas, son masticables. —Se las lancé a Cristianno sabiendo que este cogería una.

Se la metió en la boca y puso una cara de interesante mientras las saboreaba.

—Sabe a... ¿regaliz?

—No, es cola —le corregí sonriente.

41

Cristianno

Ahora que sabía que la noche había pasado porque las horas las marcaba un reloj, empezaba a echar de menos la luz del día o el simple vaivén del viento. Me quedé dormido sobre las seis de la mañana, precisamente porque la respiración de Mauro había dejado de asustarme. Creer que corría peligro era una soberbia gilipollez; Terracota había dicho que las heridas sanarían y que la hipotermia no debía preocuparnos. Pero lo cierto fue que el silencio y la cantidad de temores, que me había producido creer que Enrico había muerto, no me dejaron tranquilo.

Tal vez por eso siquiera pude permanecer en pie cuando entré en la sala donde nos habíamos reunido con uno de los doctores que se había pasado la noche con Xiang Ying.

Kathia fue quien me despertó con una caricia. Después me susurró al oído que mi padre me esperaba porque quería que yo estuviera cuando nos informaran del diagnóstico de la hija de Wang. Dejé a Mauro profundamente dormido y me dirigí hasta el lugar cogido de la mano de mi novia.

Miré al doctor.

Se estaba tomando demasiadas molestias en empezar a hablar. Era joven, con reciente experiencia. Su rostro contraído y cansado, las manos cruzadas y tensas. Era el aspecto de un hombre que no estaba seguro de cómo contar lo que se había examinado. No me agobiaba que tardara en expresarse porque enseguida me hizo

pensar que quizá aquel había sido el primer caso de esas características con el que se había topado.

—Doctor Omaggio —instó mi padre, comprensivo—. No tiene que ser cuidadoso con nosotros. Las cosas es mejor contarlas tal y como son.

Llevaba razón, pero el modo en que el doctor observó a mi padre nos indicó que el asunto no era tan sencillo.

Omaggio cogió aire, se miró las manos y se humedeció los labios.

—La paciente presenta signos severos de violación. —Con solo escuchar esa frase, todo mi cuerpo se tensó y se preparó para lo que le seguiría—. Tiene fuertes contusiones en la vagina y también varias costillas fisuradas. Laceraciones en el tórax y en las extremidades, además de pequeños cortes en el rostro. Fractura en la clavícula izquierda y una fuerte desnutrición con evidentes signos de hipotermia. —Siquiera escuchaba las respiraciones de los que estábamos allí. Absolutamente todos quedamos perturbados con el diagnóstico—. Pero eso no es todo. —Tragué saliva y contuve el aliento sin saber que Kathia lo haría casi al mismo tiempo—. Me he tomado la libertad de practicarle... un aborto. Sé que en este tipo de casos, debería haber consultado con ella o con su tutor o familiar, pero no creo que hubiera sido adecuado hacerle decidir a alguien que ha experimentado una situación así. —Apreté la mano de Kathia, porque temí lo que pudiera decir el doctor a continuación—. Lo más amargo de todo es que era virgen.

Fruncí los labios. Reaccionar con conmoción era lo más natural si se tenía un poco de empatía. Sin embargo, en mi caso además, se mezcló con la rabia. No conocía a esa chica, pero fue sencillo sufrir por ella y para colmo mi mente fue mucho más allá. Todo ese resultado en Ying era algo por lo que Kathia también podría haber pasado. Y eso me mortificaba.

Miré de reojo a mi hermano Valerio. Él había agachado la cabeza y todo su cuerpo se había tensado ante la noticia. Quizás podía

parecer una reacción sin sentido, pero ni él ni yo éramos tontos y no obviábamos el hecho de que había empatizado con la joven china.

—¿Has encontrado restos? —mascullé.

Entonces Kathia me miró. Seguramente pensaba que eso no tenía importancia, que no cambiaría el hecho de que la pobre chica había sido violada con apenas diecinueve años.

—Cristianno, no creo... —intentó decir Omaggio.

—Me da igual —le interrumpí—. Sé que lo has verificado para descartar posible contracción de enfermedades virales. —Me incliné hacia delante, apoyando la palma de la mano para darle un poco más énfasis a mi postura—. Dímelo. —Esa orden le persuadió por completo.

Omaggio no fue capaz de mirar a otro lado.

—Han aparecido los restos biológicos de cuatro personas diferentes —admitió bajito—. No por ello descartamos que hubiera habido más.

—¿Se incluye? —Todo el mundo allí supo a quién me refería.

Omaggio asintió con la cabeza antes de responder.

—Sí.

Por tanto Valentino había participado activamente en la violación empleando el mismo modo que habría utilizado con Kathia en Génova de no haber llegado a tiempo.

Me quedé en blanco, incapaz de pensar en nada. Hasta que miré a mi familia y compañeros. Pero a ninguno les miré a los ojos, porque Kathia salió acelerada de la sala.

Me levanté de la silla, asentí con la cabeza a modo de disculpa y la seguí. Ella también lo había imaginado. Ella también había temido al recordar lo que hubiera sido experimentar aquella fiesta privada de Valentino. Y como no le costó suponerlo, hizo suyo el dolor por el que Ying había pasado.

Kathia

Días antes, cuando un vestido de novia colgaba de mi cuerpo y caminaba apoyada en el brazo de Angelo hacia un altar, si Cristianno y Enrico no me hubieran sacado de allí, tal vez siquiera habría sobrevivido a lo que Ying había sufrido.

Era demasiado salvaje. Hasta entonces jamás creí que existieran personas capaces de tales atrocidades. Quizás porque era demasiado ilusa y cría. Pero en mi realidad, ese infantilismo que me hacía creer en un mundo de hadas, ya no existía.

Creo que en ese momento dejé de ser adolescente. Y era mezquina porque sí, me había herido la verdad sobre Ying, pero no dejaba de pensar en las manos de Valentino manoseándome, confesándome todas las cosas que deseaba hacerme en cuanto fuera su esposa.

Puse los brazos en jarras y apreté el arco de mi cintura luchando por controlar mi respiración disparada. Había huido de la sala porque no quería que Cristianno notara mis temores, no quería darle la oportunidad de descubrir el único secreto que le guardaba. No era justo para ninguno de los dos.

Pero percibí su presencia tras de mí. No pude evitar mirarle de súbito, todo lo que él desprendía tenía el don de paralizarme.

—Sé lo que estás pensando... —Casi susurró observándome con demasiada fijeza.

Y yo negué con la cabeza tras resoplar una sonrisa.

—No, no tienes ni idea.

<<*Ten cuidado, Kathia... No des demasiadas pistas*>>, pensé antes de agachar la cabeza.

Cristianno se acercó un poco a mí.

—O quizás sí y por eso le odio tanto. —Nos miramos uno al otro intentando descifrar nuestros pensamientos. Pero no parecía que fuéramos capaces de lograrlo. De manera automática e inconsciente hermetizamos nuestra mente.

Tragué saliva cuando noté sus dedos enredándose con los míos. Pero en ese preciso instante me di cuenta de que no éramos los

únicos que estaban en aquel pasillo. Podría haber reconocido aquella presencia incluso con los ojos vendados.

Enrico nos observaba de un modo sutil y respetuoso, pero igual de poderoso. Algo que en el fondo me tranquilizó porque, por muy herido que estuviera, seguía siendo el mismo. Una sensación que me hacía estar en casa, bajo el confort de la tranquilidad y la mejor de las protecciones, en mitad de los hombres de mi vida.

Aun así me preocupó muchísimo que estuviera en pie, bajo aquel atuendo de hospital que él convertía en una prenda demasiado atractiva.

—¿Qué haces aquí? —dije precipitada, acercándome a él y capturando su brazo porque mi fuero interno no quería entender que Enrico era capaz de mantenerse en pie por sí mismo. Algo de mí todavía sentía su sangre resbalando por mis dedos—. No estás recuperado, debes permanecer en reposo.

Mi hermano me regaló media sonrisa al tiempo en que acariciaba mi cabeza hasta enroscar un mechón de cabello a mi oreja. A continuación miró a Cristianno. Este quizá no era consciente del modo tan fascinante con el que se había quedado observando a su hermano postizo. En esa mirada, sin reservas, estaba implícito la enorme admiración y el cariño que sentía por él. Para él también había sido muy duro creer que podía perderle.

Enrico se dio cuenta de ello y su rostro adoptó un gesto de sobra afectuoso. Eso que sentían el uno por el otro siquiera se podía describir con palabras.

—Vamos a terminar con esto, ¿no, Cristianno? —Una afirmación tan poderosa que nos hipnotizó y llenó de fuerza.

Cristianno era un hombre fuerte, decisivo, poderoso y muy capaz, pero eso no significaba que no necesitara a los suyos. Lo único que le hacía falta para poder dar el siguiente paso era que Enrico estuviera bien y Mauro a salvo. Con ello, era invulnerable.

Sonrió, lenta y perversamente.

—Esa es la idea. —Y Enrico decidió imitarle con una sonrisa un poco más abierta. Después me miró y volvió a acariciarme.

TERCERA PARTE

42

Mauro

Me sentía extrañamente reconfortado.

Quizás el haber comido y dormido plácidamente sabiendo que mi primo estaba a mi lado tenía algo que ver. Todas las inquietudes que me habían atormentado, Cristianno las había apaciguado con mucha discreción. Él tenía ese don, y supongo que, en cierta manera, se debía a lo mucho que nos conocíamos.

Alcancé la camiseta que había a los pies de mi cama y coloqué los pies en el suelo disfrutando del frío que la maniobra me produjo. Pero lejos de vestirme, me quedé muy quieto, observando la pared que tenía enfrente.

Aún notaba la quemazón en mi cuerpo, pero no me importaba. Solo necesitaba sentirme capaz de mantenerme en pie e ir hasta Eric. Que tropezara en el camino e incluso me tambaleara, me daba igual. Tenía que ver a mi amigo.

Pero una sensación me detuvo en cuanto terminé de colocarme la camiseta. Me sorprendió notar a Giovanna con aquella intensidad cuando ella ni siquiera era consciente de que yo la sentía allí. Había entrado sigilosa en la habitación, seguramente creyendo que yo todavía dormía.

—Hola —dije bajito. Un instante más tarde, Giovanna contenía el aliento, y yo la miré de reojo.

Se había recogido su cascada de rizos cobrizos en un desenfadado moño y sus mejillas no mostraban ese rubor habitual

en ella. Estaba cansada, muy pálida y con una mirada demasiado apagada.

—El doctor ha dicho que debes reposar al menos veinticuatro horas —comentó cabizbaja, acercándose a mí.

Sí, lo sabía, pero también sabía que era Mauro Gabbana y me costaba acatar órdenes que no fueran de mi madre o Cristianno.

Sonreí porque mi cuerpo lo necesitó y porque verla me provocó demasiadas emociones. Conforme se acercaba, su aroma me cosquilleaba en la nariz y el deseo me golpeaba el vientre. Hubiera sido muy hipócrita de mi parte no admitir que en ese momento estaba completamente fascinado con ella.

—Creí que no vendrías. —Un susurro que hizo que la Carusso por fin me mirara a los ojos.

—Pensé que lo mejor era que descansaras. —Mentira. Hubiera sido más realista decir que en el fondo tenía miedo a encontrarse conmigo y eso me provocó una nueva sonrisa. Esta vez un tanto melancólica, señal de lo mucho que empezaba a conocer a esa chica—. ¿Por qué sonríes?

—Porque crees que puedes mentirme.

La cogí de la mano y tiré de ella hasta colocar sus caderas entre mis piernas. La cercanía le impresionó, pero tampoco hizo mucho por evitarla.

Se quedó muy quieta, examinando cada esquina de mi rostro. No me dio la sensación de que estuviera inspeccionando los daños. Aquel reconocimiento era algo más, algo diferente. Yo la dejé hacer. Pensé que si tenía esa necesidad era bueno que la saciara, que marcara el ritmo.

Me perdí en sus ojos, en las pequeñas motas marrones que le adornaban las pupilas, mientras mi cara se reflejaba en ellas dándome la impresión de que en cualquier momento me atraparían. Y no me habría importado, porque estaba completamente loco por ella. Irrevocablemente implicado.

Su aliento impactó en mis mejillas. Esa extraordinaria calidez me despertó. Poco a poco la excitación se hacía presente entre mis

piernas. Mis instintos querían más cercanía, más piel, más contacto. Estaba llegando a un punto en que no podría detenerlo. Era curioso como el deseo y la necesidad podían despertar de formas tan imprevistas.

Giovanna lo supo, y enredó sus dedos entre mi cabello, tirando ligeramente de él para inclinar mi cabeza hacia atrás. Acercó su boca a la mía y rozó mis labios con la punta de su lengua. Se me escapó un gemido al tiempo en que mi excitación me estremecía.

—¿Te haces idea del miedo que sentí al creer que te perdía? —susurró casi temblorosa. Y mis manos apretaron sus caderas invitándola a que se acercara un poco más a mí, a que me sintiera.

Su lengua volvió a repasar la línea de mi labio inferior. Esa vez abrí un poco más la boca.

—No te librarás de mí tan fácilmente, Carusso. —Un gruñido agitado. Encendido.

—Eso espero. —Pero cuando creí que por fin podría besarla, se alejó.

Esa fijeza con la que me observaba, ese desconocido fuego que habitaba en sus ojos, me enloqueció. Redujo a un solo punto los motivos por los que había caído en ella. Y es que simplemente se trataba de Giovanna, y era lo único que necesitaba.

Se acercó a la puerta, bloqueó el picaporte y regresó a mí, asegurándose de mantener la distancia entre nosotros. Quería que aquel momento fuera de los dos, que no nos perdiéramos detalle el uno del otro. Iba a ignorar su timidez y a exponerse ante mis ojos sin reparos.

Muy despacio, se desprendió de su jersey, y después del pantalón. Las líneas de su piel blanca, aquellas sensuales partes de su cuerpo que todavía permanecían ocultas, el modo en que soltó su cabello y dejó que cayera sin control sobre sus hombros... Todo eso, me hizo perder la cabeza.

Tragué saliva fascinado con la curva interior de sus muslos que se perdía bajo la ropa interior. Imaginé la humedad que quizás empezaba a empapar esa zona y la sensación que se expandiría

cuando entrara en ella. Ya no podía controlarme. Hacerle el amor ahora era una necesidad casi tan importante como respirar.

Me quité la camiseta. Si Giovanna decidía entregarse a mí de esa manera, no quería ser menos. No quería que pensara que ella debía darme todo.

Se acercó a mí. Pasos suaves y lentos, dando pie a que yo no pudiera dejar de mirarla. Levantó sus manos y las apoyó en mis hombros, acariciando con sus pulgares la curva de mi cuello.

—Desnúdame. —Ese susurro me dejó sin aliento. Recorrió todo mi cuerpo enardeciendo zonas que ni siquiera sabía que existían.

Envolví el arco de su cintura y ascendí hasta la curva de sus pechos antes de rodear sus costillas y cubrir su espalda. Me hice con el broche de su sujetador y lo des hice al tiempo en que Giovanna suspiraba y cerraba los ojos. Con una caricia, deslicé los tirantes y retiré la prenda sin apartar la vista de su torso, ahora desnudo.

Cogí aire y me mordí el labio. Pensar en lo cerca que estaba de aquella parte hacía que mi excitación me latiera insistente. Pero me contuve, porque quería más. Así que volví a rodear su cintura y escondí mi rostro entre sus pechos dándole pequeños besos con toda la intención de incitar aquella zona. Giovanna me abrazó mientras yo la besaba, envolvió mi cabeza con tanta delicadeza que no pude evitar soltar un suspiro y clavar las yemas de mis dedos en su piel.

Me alejé un poco y capturé uno de sus pezones con mi boca. No me alejaría de allí hasta saborearlos. Se endurecieron sobre mi lengua, se estremecieron hasta hacerme jadear. Poco a poco nuestros alientos se descontrolaban. Gritaban las decenas de necesidades que se escondían bajo nuestra piel, las mismas que yo estaba completamente dispuesto a obedecer.

Acaricié el filo de sus braguitas. Mi ansiedad deseaba arrancárselas y empezar cuanto antes, pero estaba disfrutando de aquel momento. Quería extenderlo lo máximo posible. Fui pausado. Liberé a Giovanna de aquella prenda con lentitud, llevando mis

besos a la curva de sus caderas, al centro de su vientre y de nuevo a sus pechos. Ni una parte de su cuerpo se libraría de ellos.

La prenda se precipitó al suelo y Giovanna tembló al ver como mis ojos deseaban su entrepierna. Pensé en tumbarla sobre la cama y perderme en saborear aquella parte hasta dejar de sentir mis labios, hasta que ella se volviera loca. Pero Giovanna me obligó a mirarla cogiendo mi rostro entre sus manos. Creí que hablaría, que me diría cualquier cosa, pero no fue así. Ella apoyó una de sus rodillas sobre la cama y después imitó el gesto con la otra colocándose a horcajadas sobre mi pelvis. Se asentó en mi dureza y apoyó su frente sobre la mía recordándome que todavía no la había besado.

Era bien sabido que todo mi cerebro estaba puesto en el modo en que el centro de nuestros cuerpos se estaba rozando, el mío todavía bajo el pantalón, el suyo completamente liberado, pero su boca... entre abierta y humedad, dividió mi atención.

Y la besé. Lento, suave, ardiente, exaltado. De todas las formas. Ese beso detuvo el tiempo. No, me detuvo a mí en mitad una extraordinaria tormenta mientras mis brazos la sostenían con fuerza.

—Giovanna... —gemí al notar el modo tremendamente erótico en que estaba moviendo sus caderas sobre mi regazo.

—Quiero sentirte dentro de mí... —jadeó ella deshaciendo el lazo de mi pantalón. Era una prenda liviana que me habían proporcionado los enfermeros. No llevaba ropa interior, así que no fue complicado que ella pudiera capturar mi excitación en un solo movimiento.

Contuve una exclamación al notar sus dedos rodeando esa zona de mi cuerpo. Hizo un poco de presión al tiempo en que volvía a besarme y se inclinó hacia delante. Creo que me sobre excitó el hecho de que Giovanna llevara las riendas con aquella decisión.

Levantó sus caderas y me colocó en el balcón de su entrada. Pero se quedó quieta. Saboreó mi aliento entrando y saliendo precipitado de su boca mientras nuestros ojos se consumían en una mirada muy cercana.

Fui yo quien lentamente movió las caderas. Empecé notando la humedad, después una fuerte y maravillosa presión que me oprimía y enloquecía. Y un instante más tarde, la embriaguez de saberme dentro de Giovanna.

Ella gimió con una dulce voz al tiempo en que arqueaba la espalda e inclinaba la cabeza hacia atrás. Tuve espacio suficiente para besar su cuello y a la vez moverme en su interior. Primero con lentitud, dejando que la zona donde se unían nuestros cuerpos se aclimatara al contacto. Seguidamente incrementé el ritmo con embestidas suaves y determinadas. Supuse que podría estar así durante un rato, pero Giovanna quería más. No se conformaba con tan poco. Exigía una cadencia más ruda, mucho más intensa.

Así que, manteniéndome dentro, la cogí de las caderas, me levanté y me tumbé sobre ella en la cama. En esa postura pude incrementar las embestidas, pude aumentar la presión de mi cintura sobre la suya y también disfrutar del modo en que su respiración se convertía en pequeños silbidos de placer.

Cogí sus brazos, los extendí sobre su cabeza y la atrapé con mi pecho mientras mis caderas adoptaban un ritmo duro y resistente. No la besé, no quise hacer nada que me evitara observar su rostro contrayéndose de placer. Esa era la imagen más fascinante que vería jamás.

Y quería memorizarla.

Quería asegurarme de ser el único que pudiera verla.

—Te quiero... —siseé mirándola a los ojos. Esperé mil reacciones, pero jamás que pudiera llorar. Giovanna dejó que sus lágrimas cayeran sin control de la comisura de sus ojos antes de cerrarlos.

Llegamos juntos al clímax mientras mis labios borraban el rastro de aquellas lágrimas.

Sarah

Ying dormitaba cuando entré a su habitación aquella mañana. Su pequeño y escuálido cuerpo se estremeció al verme, pero enseguida me reconoció y emitió una dulce sonrisa. Fue un gesto que me provocó demasiada tristeza, no por la soledad que trasmitía, sino por la desolación que almacenaban aquellos ojos negros.

Me esforcé en sonreír. No quería que ella viera lo consciente que era de su sufrimiento. Ying ahora debía pensar en recuperarse del todo, en empezar de nuevo, y yo iba a ayudarla.

—Buenos días, guapetona —dije jovial tomando asiento en el filo de la cama. Ella volvió a echar una sonrisilla, esta vez más tímida y sonrojada, y se apartó el pelo de la cara.

Ahora que podía mirarla con mayor claridad y detenimiento me di cuenta de que era una joven bastante bonita. Tenía unas facciones dulces y redondeadas y ojos rasgados en perfecta sintonía con sus cejas. En cuanto se recuperara, luciría un aspecto realmente encantador.

—Dime, Ying, ¿te gusta el chocolate? —Le mostré la cajita de chocolates que había conseguido en la despensa hacia un rato. Un pequeño brillo asomó en su mirada antes de asentir con la cabeza —. Bien, es una buena noticia. Lo he traído para ti. ¿Quieres un poco? —comenté mostrándole los bombones para que pudiera coger.

—Gracias. —Fue un murmullo, pero me sentí contenta de hacerla conversar conmigo. Se llevó el chocolate a la boca, curiosamente ruborizada—. ¿Cómo está el pequeño bebé? —preguntó de improviso. Algo que me dejó bastante sorprendida.

Con paciencia, Ying comprendía que lo único que yo pretendía era acercarme a ella. Me acaricié el vientre y le guiñé un ojo.

—Casi tan bien como tú —le sonreí—. ¿Lograste descansar? —Me arrepentí de inmediato al ver que su rostro volvía a ensombrecerse.

Yo había pasado por una situación muy similar. Sabía que las cosas no se olvidaban de pronto. Siquiera en una situación estable. Formarían parte de nuestras vidas.

—Tengo pesadillas —admitió y no era de extrañar.

Decidí acariciarla. Al principio quise retirar su cabello, pero enseguida pensé que ese gesto la haría más retraída, así que me limité a coger su mano con mucho cuidado.

—Ahora estás a salvo, Ying —le dije en un tono de voz cálido y seguro—. No tienes nada que temer, ¿lo sabes, verdad?

—¿Tú estarás conmigo?

—Por supuesto —le aseguré—. Yo y muchos más. Aquí todos te protegeremos.

Ella cogió aire aprisa y se limpió los ojos. No quería llorar y me pareció el gesto de una persona que llevaba contenida mucho más tiempo del que yo creía. Quizás todo venía desde su niñez.

De pronto sentí que allí había alguien más. Alguien que no se atrevía a entrar, que estaba pensando demasiado qué hacer.

Sonreí para mis adentros y miré hacia la puerta. Si prestaba un poco más de atención podía reconocer el aroma del Gabbana.

—Eres bienvenido, Valerio. ¿Por qué no te nos unes? —le invité. Y él se mostró al cabo de unos segundos.

—Hola —dijo más tímido que nunca. Jamás le había visto así y eso me pareció realmente encantador. Algo en lo que Ying no estaba de acuerdo.

Ella contuvo un gemido y se agitó queriendo salir de la cama y esconderse. Pero capturé sus manos a tiempo y la obligué a mirarme empleando movimientos muy suaves. Valerio mientras tanto se rezagó, no supo bien si marcharse o resistir allí.

—Shhh, tranquila —indiqué—. No tienes que tener miedo. Es un gran hombre. —De los mejores que jamás había tenido el placer de conocer. Si Ying le daba una oportunidad, no se arrepentiría. Y quería que pudiera conocerle como yo lo hacía. Realmente lo necesitaba—. Se llama Valerio —continué antes de mirarle de reojo. Este había adoptado una expresión de lo más tierna—. ¿Por qué no te presentas? —le insinué a la joven china.

Ella le miró de reojo, todavía cabizbaja. Algo de ella empezaba a aceptar la visita de un intruso a su habitación. Pensaba que si yo lo reconocía, ella también podía hacerlo, y me confortaba que de algún modo gozara de su confianza.

—Xiang Ying —murmulló. Y creo que el corazón de Valerio dio un vuelco.

—Encantado de conocerte, Xiang Ying —repuso, tan dulce como elegante, mirando a la joven con fijeza.

Ying respondió a esas miradas, primero con timidez y miedo, después con curiosidad. Y ni siquiera se dio cuenta del modo en que terminó examinando el rostro de Valerio.

Aquella forma que tuvieron de contemplarse fue mágica.

Creo que en ese momento comprendí que el destino es algo de lo que no se puede escapar.

Enrico

Apenas fue necesario explicarme nada para que supiera perfectamente cómo estaba la situación. Que más allá del rescate de Mauro, tampoco es que hubiera cambiado demasiado, y nos ahorró las partes más tormentosas.

De eso me di cuenta en cuanto miré a Cristianno. No me lo diría pero, que yo estuviera allí, sentado en la cama con las piernas cruzadas como si fuera un adolescente en una reunión con sus colegas, fumando un cigarrillo y bebiendo café de máquina, hizo que se sintiera un poco menos pesado.

Sobre las sábanas, un ejemplar de La Repubblica recalcando el titular «Escándalo sexual» por encima de los rostros de Valentino Bianchi y Olimpia di Castro. Ettore Macchi había sido listo. Había empleado las palabras justas y necesarias para atraer al lector y así perderse en las cuatro páginas que abarcaban y demostraban la noticia. Ese periodista hacía muy bien su puñetero trabajo.

—Roma está revolucionada —dijo Thiago, sentado a mi lado mientras masticaba chicle ruidosamente—. Todo el mundo habla del affaire entre Olimpia y Valentino, son noticia en todo el maldito país. Y están empezando a justificar lo ocurrido. —Lo dijo con una calma un tanto sádica. Se notaba que ahora estaba empezando a disfrutar del golpe.

Él y Alex se nos habían unido sin objeciones en cuanto se les llamó. De hecho parecían emocionados con la idea de pasar a la acción.

—Pero también empiezan a preguntarse el porqué de la supervivencia de Cristianno —añadió Alex, que estaba cruzado de brazos apoyado en la pared junto al asiento de Kathia.

Ellos dos habían compartido la bolsa de patatas que Alex había llegado comiendo a mi habitación. Y tuve que admitir que ver aquellas carantoñas de lo más normales entre los dos me produjo un ramalazo de bienestar bastante tierno. Dentro del caos, siempre había algún gesto que te hacía mantener la cordura y me gustaba saber que mi hermana lentamente se recuperaba.

—Eso tiene solución —repuse, llenando el lugar con mi voz.

Había llegado el momento de volver a controlarlo todo, de nada servía pararme a pensar en que ahora era un enemigo para Valentino tan importante como Cristianno. Mucho menos si tenía en

cuenta que Angelo Carusso había muerto... Sí, estaba muerto y eso me satisfacía enormemente.

—Daré un comunicado de prensa informando que Cristianno era un testigo protegido. —Sonreí—. Y que tras recibir varias amenazas e intentos de asesinato decidimos optar por esta solución hasta poder resolver el caso. —Cristianno me miró cómplice al tiempo en que yo le daba la última calada a mi cigarrillo.

—¿Quién se opondría al comisario general de la policía? —Ironizó Alex provocando la sonrisilla de todos.

Entonces, muy de repente, caí en la cuenta del cambio tan repentino que había dado la situación. Todos los planes que habíamos organizado e intentado trazar con mucho cuidado, paso a paso, se habían ido a la mierda en segundos. Estábamos atrapados y no parecía que pudiéramos encontrar una salida a menos que saliéramos ahí afuera e iniciáramos una reyerta hasta que solo quedara un vencedor. Pero eso era lo que parecía a primera vista. Sin querer, o quizás queriendo de una forma inconsciente, habíamos dado un revés a través de Ettore Macchi que nos proporcionaba oxígeno.

Y Cristianno lo había pensado al mismo tiempo que yo. A ese chico nunca se le escapaba nada, era demasiado osado.

—Quiero salir de Prima Porta —Habló sin pensarlo demasiado. Dándole voz a mis pensamientos.

—¿Quieres? —Dije torciendo el gesto y entrecerrando los ojos—. ¿En qué piensas, Gabbana?

—En lo mismo que tú Materazzi, no te hagas el tonto. —Esas ironías, dichas con sutileza y provocación, nos impregnaron de una elegante malicia.

—¿Salir? —intervino Kathia, algo extrañada. Ella todavía no se había dado cuenta de lo que pretendíamos y era lógico. Porque todo lo que yo estaba planteando en cierto modo nos empujaba a improvisar.

—Ahora toda la ciudad está sobre ellos observándoles con lupa —explicó Cristianno—. Están en boca de todo el mundo. No se les

ocurrirá hacer una mierda.

—Lleva razón, Kathia —le seguí y eso indignó a mi hermana y emocionó bastante a Cristianno sin saber que yo me daría cuenta de los deseos que pulularon por su mirada al mirar a su novia.

—Hemos asesinado a Angelo Carusso y provocado que todo el mundo les acuse a ellos —masculló ella—. ¿Y decís qué queréis salir de aquí? ¡Es una maldita locura!

—Creo que lleva razón, chicos —le apoyó Alex, que tampoco parecía muy convencido.

Ellos pensaban en el resentimiento que sentirían los Carusso y los Bianchi, no en el hecho de que ahora estaban más débiles que nunca. El cerebro de la trama estaba criando malvas, nadie sabía a quién obedecer y tampoco qué hacer. Había llegado el momento de tomar las riendas ahora que se podía.

—Según se mire —añadió Thiago—. Si ahora no damos la cara, la gente empezará a sospechar y perderemos esta ventaja.

Exacto. Ese pequeño respiro era una ventaja.

—Adriano Bianchi sigue siendo el alcalde. ¿Tengo que recordároslo? —Kathia estaba empezando a encolerizar.

—Adriano es un puto payaso vestido con traje de firma —comentó Cristianno frustrado, avanzando hacia ella mientras se la comía con los ojos—. ¿Crees de verdad que tiene cojones para pensar en una estrategia? Te recuerdo que si él es el alcalde de Roma es porque nosotros lo decidimos antes de que todo esto pasara.

No debería haber sido tan brusco al hablarle, pero casi al instante, todos allí supimos que ella no se retraería. Era la chica que le echaría cara, como siempre había hecho. Y eso, contra los principios de Cristianno, le puso muy cachondo. Era hombre, no me costaba deducirlo.

Agaché un poco la cabeza. Estábamos intentando crear una estrategia, no quería ver como mi hermana y Cristianno se encendían el uno al otro en todos los sentidos. Ellos eran así, ardientes, incontrolables.

—Pero no deja de ser un maldito cargo público del gobierno nacional. Tiene poderes. ¿Quieres buscarnos un problema que no tenemos? —gruñó Kathia entre dientes, peligrosamente cerca de Cristianno.

—¿Qué quieres que responda, Kathia? ¿Qué me la suda completamente? —admitió seguramente pensando que de haber estado a solas con ella la habría empujado contra la pared...

<<*Joder,...* ¿*Por qué demonios tengo que ver eso?*>>, pensé un tanto avergonzado.

Mauro

Creo que aquella fue la primera vez que hice el amor con alguien con el que había sentido que incluso me temblaban las piernas. Y no, no se debía a que mi estado físico fuera mejor o peor, sino al hecho de haber compartido un momento realmente profundo e intenso con la otra persona. Verdaderamente único.

Nos habíamos fundido el uno con el otro de un modo que jamás había experimentado. Nos habíamos tocado como si nos creyéramos capaces de colarnos bajo la piel y nos habíamos susurrado al oído decenas de palabras. De haber podido, de haber sabido que gozábamos de una intimidad plena y que no estábamos rodeados de incertidumbre, me habría pasado el día entero entre los muslos de Giovanna, hasta que me dolieran los párpados.

Pero ella, con una sonrisa cómplice en los labios, se fue porque era mucho más capaz que yo de controlar todo aquel frenesí. Y yo ignoré el escozor de mis heridas y me planté bajo el agua de mi ducha.

Al principio había temblado y soportado el dolorcillo punzante e incómodo, pero con el tiempo me agradó la sensación y noté que lentamente volvía el Mauro de siempre, que todos aquellos días apenas habían calado en mí. Excepto si pensaba en mi padre...

Pudiendo ser consciente de todo lo vivido y descubierto, ya que mi organismo lentamente eliminaba los narcóticos que me había proporcionado, la verdad ahora era un poco más penetrante. Yo, hijo

de Fabio Gabbana... Todavía me parecía impensable. Todavía no podía creer que, aunque esa fuera la verdad, Alessio hubiera estado toda mi vida fingiendo ser quien no era, para después traicionar de la forma más infame y detestable.

Enterré la cara entre mis manos, varias gotas de agua se me colaron por la nariz. Me desquiciaba sentir aquella presión. Pero no pudo descontrolarse, escuché un ruido tras de mí. No vi nada al echar una ojeada, quizás había sido un acto reflejo de mis propios instintos. Tal vez ellos no querían que pensara demasiado porque aún no estaba preparado.

Por eso seguí con la ducha y apoyé los brazos en la pared. Hasta que de pronto la puerta se abrió y vi a Alex portar un cubo entre las manos. Al principio siquiera me dio tiempo a pensar, pero cuando sentí el agua helada que contenía aquel recipiente resbalando por mi cuerpo me cagué en sus ancestros en todos los putos idiomas que existían. A Alex y a mi puñetero primo (sí, él curiosamente también estaba allí y de alguna manera había participado) les pareció tan gracioso que comenzaron a descojonarse de la risa incrementando mi frustración. Y frío.

—¿Eres gilipollas o qué?! —grité, con una vocecita más típica de una adolescente fervorosa en pleno concierto de Justin Bieber, mientras alcanzaba una toalla haciendo malabarismo para no partirme la crisma.

Así eran mis queridos compañeros, toda amabilidad y comprensión. Aprovechando cualquier descuido para extender su bondadosas manos y ayudar. ¡Malditos cabrones!

—¡Pero qué tenemos ahí! —Exclamó Alex al tiempo en que yo me encogía de piernas para tapar mis partes pudendas porque, por alguna extraña razón, mi puto sistema locomotor no era capaz de taparse con la toalla—. ¡Parece un garbancito!

Más carcajadas. ¿Y qué quería? ¿Qué la tuviera como un puñetero bate de béisbol? ¡Joder, me acababa de echar un cubo de agua fría!

—¡Iros a la mierda! ¡Capullos! —Continué gritando, ahora ya cubierto con la toalla—. Uno no puede estar tranquilo ni un segundo, joder. —Salí del baño empujando a Cristianno con el hombro.

Incomprensiblemente, solté una risilla. La verdad es que habría sido una broma que yo mismo habría hecho de haber estado en el lugar de mi amigo, ellos ya sabían cómo era. Y supongo que me molestaba que no se me hubiera ocurrido a mí antes. Aunque no estaba de más apuntársela.

—No te quejes —intervino mi primo—. Lo has estado hace un rato, ¿no? —Ja, por supuesto. Pero todas las increíbles sensaciones que Giovanna me había dejado se habían ido a la mierda.

—Imbéciles —farfullé sonriente mientras empezaba a vestirme.

Esperé que las bromas continuaran, que disfrutáramos de un rato trivial sin presiones, como siempre habíamos hecho. Pero allí faltaba uno de nosotros y, aunque entendía que Alex y Cristianno habían hecho aquello para animarme, reírme me hizo sentir un poco traidor.

Y no fui el único en pensarlo.

Enrico

Si alguien se enteraba de que había salido al exterior sin tan siquiera avisar, se iba a enfadar bastante. Pero es que, antes de que todo se iniciara, necesitaba un momento a solas para coger aire y llenar mis pulmones.

Lo hice, sabiendo que el gesto me dolería un poco, pero también que me revitalizaría. Percibía el agujero de bala que tenía en la clavícula latiendo con vigorosidad, casi como si fuera el centro de gravedad de mi cuerpo. Me habían dicho que el tamaño quizás era más grande de lo normal debido a que Kathia había extraído la bala con sus propias manos. Pero no me importaba. Realmente, en el

futuro, mostraría aquella cicatriz con el orgullo de saber que mi hermana me había dado la oportunidad de contarlo.

De pronto, no era el único que estaba en aquella casucha mirando por la ventana roída. Thiago había sido sigiloso al salir, o tal vez mis pensamientos eran demasiado potentes y no le había oído abrir la trampilla. Le miré por encima del hombro antes de darme la vuelta y apoyarme sobre el alfeizar para tener mejor perspectiva de su presencia.

—Esa expresión de «Te odio con todas mis fuerzas pero me alegra que estés bien», ¿a qué se debe? —Mi segundo era expresivo en exceso, más de lo que él pensaba.

Frunció los labios y pronunció aún más su expresión seria.

—A que odio con todas mis fuerzas que hayas estado a punto de morir —admitió para mi sorpresa—. Y que ni siquiera contaras conmigo para ello.

Cogí aire y lo expulsé lentamente mientras me cruzaba de brazos. De haber estado en su lugar, yo habría sentido lo mismo, pero Thiago no podía influenciar en el respeto y cariño que me unía a él. La toma de decisiones en base a mis sentimientos por mis compañeros eran solo mías y siempre buscaría ahorrarles peligro. Aunque me costara la vida. Esa era mi personalidad.

—¿Cómo crees que se lo habría tomado Chiara? —Repuse y, aunque le molestó bastante, lo comprendió.

—Eres un hijo de puta —resopló una sonrisa a la que no tardé en unirle.

—Se me da bien dar donde más duele, deberías saberlo.

Thiago se apoyó a mi lado y después se quedó pensativo, con las manos apretadas entre sus muslos y la cabeza un poco gacha. Le conocía bien, sabía que estaba pensando en otro tipo de situación, una un tanto más sentimental. Siempre actuaba así cuando iba a hablar de Chiara, y eso que no hablaba muy a menudo. Éramos hombres demasiado reservados.

—Se ha enfadado conmigo —admitió—. Se ha dado cuenta de que le he impedido el acceso al país, lo que insinúa que ha

intentado entrar.

Por supuesto que lo intentaría, ante todo era una Gabbana. Llevaba en los genes el ser tenaz. Y además amaba a Thiago desde la niñez. Saberle en peligro, seguramente la desesperó.

—Es inteligente, Thiago —reconocí dándole un toque desenfadado a mi tono de voz. No quería que mi compañero se viniera abajo—. Tanto que no sé cómo demonios gestionas una relación con ella. Cuando tenía dieciséis años ya era más lista que tú... —bromeé sabiendo que se reiría.

—Cuando tenía dieciséis años no hacía más que meterme en problemas y yo, como un crío, caía. —Alzó las cejas al confesarme aquello y ese gesto hizo que el asunto fuera un tanto divertido—. Y de saber que he estado a punto de perderme el hablar contigo de esto.

No esperé que le mencionara en un susurro, ni mucho menos que tras aquellas palabras se escondieran tantísimas emociones. Era como si todos los años de amistad y unión que habíamos compartido, de pronto se amontonaran delante de nosotros.

—Pensé que si venías conmigo, me lo pondrías más difícil. —En ese momento quería ahorrarme el debatirme entre Sarah y él, no quería verme en la encrucijada de arrastrar a uno de los dos o tal vez los dos conmigo a una muerte segura.

—Disculpas aceptadas —sonrió Thiago dándome un pequeño empujón—. Ahora te toca compensarme, monada. —Sabía lo que quería decir. Quería batallar. Sin barreras, salvaje. Quería que le diera la oportunidad de resarcirse y poder enfrentarse de frente al peligro sin que yo le detuviera.

—Adelante... —Le aseguré. Pronto llegaría ese momento.

—Ettore ha filtrado tu comunicado especial en la versión digital de su periódico. El resto de la prensa se ha hecho eco y ahora no dejan de alabarte —explicó—. En respuesta, Adriano se ha visto obligado a programar una rueda de prensa. Será esta tarde, a las seis, en el ayuntamiento. Por otro lado, el hotel está siendo desalojado. Me consta que los Carusso volverán a la mansión

después de enterrar a Angelo. Y eso iba a darse en un par de horas. A veces improvisar un plan en poco tiempo resultaba de lo más fascinante.

—Bien, eso lo hará todo un poco más interesante. ¿Se sabe algo de Alessio?

—Se ha hecho con el edificio Gabbana, como estaba previsto.

No estuvo de más pensar que eso sucedería. Alessio se había atrincherado en el edificio y contaba con una guardia de más de cincuenta hombres solo para protegerle porque seguramente sabía que no se lo íbamos a poner tan fácil.

Pensaría en su final después de entregarle los bienes Carusso a la heredera de Angelo.

—¿Qué se te está ocurriendo? —Quiso saber, Thiago.

—Dime, ¿hasta dónde crees que será capaz de llegar Olimpia di Castro? —No estaba de más disfrutar del momento.

—Hasta donde podría llegar una mujer vanidosa. —Esa ironía que mi compañero empleó para hablar me emocionó bastante.

—¡Bingo!

Cristianno

Hablamos. Expusimos a Mauro todas las novedades sin ningún tipo de reserva mientras nos tragábamos la impotencia de saber que Eric no intervendría. Que continuaría con los ojos cerrados, siendo un partícipe rígido de nuestra improvisada reunión en su habitación.

Estaba tan quieto que incluso me molestaba. Se estaba perdiendo el momento en que los cuatro volvíamos a estar juntos. Pero no podía enfadarme con él, no podía exigirle nada, solo que se mantuviera con vida. Y aunque no se lo estaba diciendo en voz alta, seguramente lo percibía. No había dejado de mirarle en todo el tiempo que llevábamos allí.

Hasta que Mauro decidió ponerse a buscar un bolígrafo.

Alex y yo no entendimos muy bien lo que pretendía, pero, cuando lo vimos tomar asiento junto a la cama de Eric y acercarse a su rostro pálido con el bolígrafo preparado, lo supimos.

—¿Qué coño haces? —Realmente pregunté porque me intrigaba escucharle.

—Dicen que a los pacientes en coma es bueno tratarlos con normalidad —explicó al tiempo en que empezaba a dibujar un bigote sobre los labios de Eric—. Bien, pues eso estoy haciendo. Va a tener una carita divina cuando despierte.

—¡Serás capullo! —Sonrió Alex intentando aportar la normalidad al asunto.

Me hubiera gustado poder hacer lo mismo que él e intentar divertirnos porque de ese modo, en cierta manera, ayudábamos a estimular a Eric, pero no pude.

—Si despierta... —jadeé. Fue un pensamiento que no debería haber dicho en voz alta, me arrepentí de inmediato.

Mauro y Alex se quedaron inmóviles, observándome turbados con mi confesión. Ninguno de los tres necesitábamos aquello.

—¿Qué has dicho? —Preguntó Alex, arrastrando un poco de rencor—. Nada...

—Cristianno... —Me instó Mauro.

—Es solo que le miro y... —Me pellizqué el entrecejo y dejé la mano allí, ocultando mi vista de ellos—. Simplemente temo no volver a hablar con él. —Y eso nadie podía evitarlo.

—Fuiste tú quien me dijo que no debería tener miedo, ¿lo recuerdas? —Me reprochó Alex en cuanto le miré.

—Lo sé... —Pero ¿qué más podía hacer? A veces me molestaba que todo el mundo me creyera tan imperativo. Yo también cargaba con mis temores, también me veía doblegado por mis emociones y miedos, no era distinto de los demás, joder.

Un jadeo que me cortó la respiración y después me hizo temblar. Alex miró hacía el mismo punto que yo. Mauro lo hizo más lento. Y entonces...

...Eric habló bajito, sin apenas aliento.

—¿Qué estás haciendo, Mauro? —Esa voz, la voz de mi amigo, de mi compañero, nos dejó completamente congelado y con la sensación de creer que los ojos se nos saldrían de las órbitas.

—¡Te lo dije! —exclamó Mauro emocionado, haciendo referencia a su comentario anterior. Enseguida cogió la cara de su amigo con delicadeza y comenzó a besarle las mejillas y la frente—. Oh, joder... —Eric se esforzó en levantar una mano y tocar a Mauro.

Fue entonces cuando me levanté y eché a correr hacia la puerta.

Diego debía saberlo, debía mirar al chico del que se había enamorado y dejar de sufrir de una maldita vez. Tenía que vivir ese momento con él. Pero no hizo falta que le buscara. Su rostro asomó desencajado tras la madera.

Su mirada enloquecida, excesivamente brillante, producto quizás de la emoción y de las lágrimas que querían salir. Me empujó con suavidad y entró en la habitación. Encontró a un Eric entre los brazos de su amigo que todavía no era capaz de aceptar la consciencia.

Probablemente eso y el hecho de que no pudo cruzar una mirada con él, hizo que decidiera salir de allí.

Le seguí aprisa y le detuve cogiéndole del brazo porque no entendía aquella respuesta en él.

—¿No vas a quedarte? —pregunté al tiempo en que Terracota, dos enfermeros y los padres de Eric pasaban junto a nosotros. Iban a verificar el estado del pequeño Albori.

Diego se quedó mirándoles porque no tuvo valor a mirarme a mí.

—No me necesita...—susurró y yo apreté los dientes.

—Te aborrezco cuando te comportas como un obstinado —confesé con un gruñido—. No admitas pensamientos que la otra persona ni siquiera ha tenido. Me enferma.

Y le dejé ir. En ese momento, las barreras y cargas de Diego me importaban una mierda. Quería estar con mi amigo. La vida le había dado una segunda oportunidad, y a mí con él.

45

Sarah

Giovanna fue la última en incorporarse a la bonita y tranquila tertulia que habíamos improvisado en la habitación de Ying. Kathia y Daniela había logrado que la joven china se sintiera muy cómoda e incluso sonriera. No sin dejar de observar a Valerio de reojo (que estaba sentado en un rincón soportando las bromas de Dani) siempre que podía.

Eso me enternecía porque de alguna manera, y aunque su cuerpo todavía fuera suspicaz, Valerio se había convertido en su punto de referencia. Lo que insinuaba que Ying también percibía esa bondad cálida que el Gabbana desprendía.

Aquella tensa calma (y decía tensa porque todos allí éramos conscientes de que el peligro continuaba acechando) se vio engrandecida con el despertar de Eric. Los médicos nos advirtieron de que todo estaba controlado, que el verdadero riesgo había pasado y que ahora solo necesitaba tranquilidad y descanso para recuperarse del todo.

Me escabullí con la intención de dar aquellas buenas nuevas a Enrico. Iba a alegrarle saber que la situación de los nuestros poco a poco se controlaba y nos daba una tregua. Pero al entrar en su habitación, no esperé encontrarle terminando de abotonarse la camisa de un impecable traje gris.

Contuve el aliento en cuanto me miró, influenciada por el erótico poder de sus pupilas, pero también por el hecho de que, aunque no

me lo dijera, Enrico pretendía salir de allí cuando todavía estaba herido.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté algo enfadada.

Enrico alzó las cejas y adoptó un gesto incrédulo que me irritó bastante.

—Intento hacerme el nudo de la corbata.

Caminé hacia él, aparté sus manos de un manotazo y cogí la prenda.

—Trae —mascullé pensando que podría ahorrarme el ayudarle y empezar a persuadirle de lo que demonios pretendía.

No conté con que sus miradas me engulleran de aquella manera. Enrico me observaba con fijeza, analizaba mis movimientos, sabiendo que me intimidaba estar a solo unos centímetros de su boca. Seguramente imaginaba cómo sería dar rienda suelta a la enorme excitación que lentamente se establecía entre nosotros.

—Esto se te da bien... —me halagó en un susurro.

—Puede. Eric ha despertado. —No debería haber sido tan rotunda, pero fue el único modo que se me ocurrió de decirlo para evitar demostrar que me estaba volviendo loca el modo en que su escotadura yugular asomaba por entre el último botón de la camisa.

—Esa es una gran noticia —admitió con un brillo dulce en la mirada. Y seguramente habría manifestado más alegría si mi expresión se lo hubiera permitido—. ¿Qué quieres decirme Sarah?

Fue listo, supo que no me atrevía a mirarlo a la cara y enfadarme con él. Tal vez porque me influenciaba mucho el haber estado a punto de perderle.

—¿En qué estás pensando? —Pregunté tajante.

—En salir de aquí. —El modo en que torció el gesto me irritó tanto como encendió.

—Y, por supuesto, no te parece una mala idea.

—En absoluto. —Maldito canalla—. Porque no voy solo. Tú vienes conmigo. —Terminó susurrando.

—No me importa —espeté terminando el nudo de la corbata. Enseguida me crucé de brazos y le sometí a unas miradas bastante

enervadas—. Todavía no estás recuperado. ¿Tengo que volver a verte sangrar para que lo entiendas?

Se acercó a mí y me cogió de los brazos con ternura.

—Cariño...

—Si me hablas así en un momento como este, yo... —Me detuve porque me frustró que fuera tan tierno.

Eso le hizo gracia y continuó.

—Sarah... —jadeó.

—Basta... —le advertí—. Estoy enfadada.

Volvió a sonreír y apoyó su frente en la mía.

—Te enfadarás más si te digo que me da igual, que es por una buena causa.

—Has estado a punto de morir —farfullé—. ¿Tanto te cuesta entenderlo?

Y entonces, Thiago apareció acelerado y le importó un comino interrumpir el momento. Al parecer tenía prisa y no escatimó en contagiar a su compañero.

—Enrico, dispositivo en marcha.

—Entendido —asintió Enrico que me miró extrañado al ver como yo intentaba largarme de allí al tiempo en que Thiago lo hacía. Me detuvo cogiéndome del brazo—. ¿A dónde vas?

—Se me han quitado las ganas de continuar hablando contigo —le reproché soltándome de su sujeción. De nada sirvió que sus dedos se hubieran hecho más fuertes y poderosos entorno a mí.

Caminé por el pasillo notando como mi enfadado alcanzaban cotas que incluso me provocaban espasmos. Tampoco había sido para tanto, eso ya lo sabía, pero era la primera vez que combatía contra esa parte tan imperativa de Enrico y eso, ya de por sí, frustraba. Estaba herido y no iba a darse tiempo para recuperarse. De ese modo, en vez de solucionar todos nuestros problemas, no haría sino agravarlos. Y preocuparme más de lo debido. ¿Qué quería que hiciera, que le dejara ir sin rechistar? Aquel hombre era un cabezota de mucho cuidado. Me exasperaba esa parte de él.

Nada más llegar a mi habitación, entré al baño y comencé a desvestirme por pura inercia. Me aliviaba saber que aquel espacio disponía de bañera, necesitaba destensar mi cuerpo y remojar mi malestar. No se me ocurría mejor manera que dándome un baño.

Llené la tina, dejando que el vapor inundara el lugar, me recogí el cabello y me metí en ella notando cómo todos los reproches que quería a darle a mi hombre salían a flote.

Tenía ganas de chillarle, de discutir con él hasta sonrojarle. Pero cuando le vi entrar, fui incapaz de recordar todo lo que quería decirle. Creo que incluso me costó recordar cómo se respiraba. Probablemente porque me observaba como si en cualquier momento fuera a saltar sobre mí.

Me hice la arrogante, desviando la mirada y reconociendo que sentí algo de vergüenza al saberme completamente desnuda. Aunque en realidad me gustó que él hubiera empezado a disfrutar de mí, del modo en que mis piernas temblaron al ver cómo se acercaba.

La costura de su camisa marcó la curva de sus caderas con cada paso que daba, enfatizando su erotismo. La corbata medio deshecha atravesando su pecho, las mangas ajustadas a sus muñecas. No había terminado de vestirse, lo que me indicaba que había preferido ir en mi busca.

Enrico torció el gesto, esa vez con cierta siniestralidad, mientras se cruzaba de brazos.

—Con ese carácter, ¿intentas recordarme que todavía tienes veinte años?

—Vete a la mierda. —Espeté sin tan siquiera mirarle.

Suspiró y escuché cómo se acercaba a mí. Miré de soslayo justo cuando se remangaba las perneras de su pantalón de pinzas y se acucillaba en el suelo antes de apoyar sus brazos en el filo de la bañera. Parecía cansado.

—¿Vas a enfadarte conmigo? —comentó cariñoso, dándome a entender que no soportaría discutir.

—Es probable. —Y no pude evitar sonreír, quizás porque el tono que empleó me recordó al de un niño. Acaricié el arco de sus cejas justo cuando él apoyaba barbilla sobre sus brazos cruzados. Deslicé mis dedos por su cuello—. ¿Te duele? —susurré rozando el lugar de su herida.

—Un poco. —Enrico cerró los ojos un instante—. Pero seguramente se debe a la cura de esta mañana.

—¿Estás bien? —Se me encogió el corazón—. ¿Ha sangrado?

Él decidió que si hablaba con una sonrisa en los labios, yo entendería que estaba siendo sincero y así fue.

—Estoy bien, Sarah. Realmente bien.

—Tienes que dejar que cuide de ti.

—Ya lo haces. —Acercó una mano a mi escote y dejó que la punta de sus dedos acariciaran mi piel, colándose bajo el agua.

Temblé al notarlos resbalar por mi vientre.

—¿Qué estás haciendo? —musité.

—Relájate. —Pero él no me miraba, estaba concentrado en el camino que habían decidido trazar sus dedos—. Déjame disfrutar de este momento.

Rozó mi pubis y yo lentamente abrí las piernas dándole la bienvenida a cualquiera de las sensaciones que me deparara el momento. Enrico acarició el centro de mi cuerpo, primero procurando dar un rodeo que terminara de encenderme; después tocando el punto exacto que me robó un jadeo.

Convulsioné y creí que me asfixiaría en la excitación al descubrir el modo en que él analizaba mis reacciones. Enrico no quería irse sin antes hacerme gritar.

Arqueé la espalda, dándole más acceso a sus caricias. Sus dedos se colaban dentro de mí, salían, me acariciaban, proporcionaban la presión perfecta para que mi aliento se acelerara. Me estaba volviendo loca, siquiera era capaz de contener mi voz. Y él continuaba observándome con una intensidad seria. Sus ojos se habían oscurecido, si no hubiera sabido lo que me estaba haciendo incluso habría temido.

Iba a alcanzar el clímax y me pareció injusto que solo lo disfrutara uno de los dos, por eso cogí su mano y traté de detenerlo. Pero Enrico incrementó la presión, y acercó su boca a mi oído.

—Estás ruborizada...—Su roce había adquirido un ritmo endiabladamente exquisito—. Tu boca está abierta... porque estás imaginando como te llevo a la cama y te follo hasta hacerte gritar. ¿Me equivoco, Sarah? —El aliento me ardía en la garganta con cada bocanada de aire que cogía. Notaba como todos mis músculos se contrarían. Estaba tan cerca—. Dímelo, quiero oírlo —susurró.

—No... —gemí con los ojos cerrados. Hubiera querido mirarle, pero no podía pensar en otra cosa más que en sus dedos... No estás equivocado.

—¿Lo quieres?

—Ah, sí... —Y me empujó al abismo. Tuve un orgasmo sabiendo que Enrico no se había perdido detalle de ninguno de los temblores que recorrieron mi cuerpo.

Él era ese tipo de hombre, que provocaba que la intimidad más obscena te convirtiera en la mujer más adorada del universo.

Me desplomé tratando de recuperar el aliento. Su mano continuaba entre mis piernas. No se movía, no presionaba. Estaría quieta, haciéndome creer que casi formaba parte de mí, hasta que me estabilizara y pudiera volver a iniciar la tarea.

Pero esa vez, fui yo la perspicaz.

Mientras miraba fijamente sus ojos azules, en ese momento de quietud y silencio, con una asombrosa agitación sexual entrelazándonos, Enrico lo fue todo. Siempre lo había sido.

Hice fuerza con los brazos y me puse en pie. El agua resbalaba por mi piel mientras él me contemplaba sin perderse detalle. Le miré algo presuntuosa, imitando su seriedad, antes de salir y coger una toalla.

Seguramente pensó que le hablaría, pero preferí mirarle e invitarle a que me siguiera a la habitación mientras me deshacía el nudo del cabello y dejaba que cayera libre sobre mi espalda.

No vi cómo me seguía, pero lo sentí tras de mí y eso ya era suficiente para enloquecerme.

46

Enrico

Recordé que el sexo, como yo lo había vivido hasta el momento, nunca había sido una necesidad imperativa. Comprendía que favorecía el desahogo y la liberación de tensión. Mucho más necesario en hombres que en mujeres. Y recurría a ello porque en ocasiones me molestaba físicamente.

Sin razón aparente, pensé en la primera vez que practiqué el sexo. Tenía quince años cuando una compañera del instituto me acorraló en los servicios del recinto y se levantó la falda. Por aquel entonces mis hormonas estaban revolucionadas y ni siquiera me paré a pensar en si estaba bien o mal. Pero cuando terminé y vi que la muchacha se marchaba sin tan siquiera despedirse, me sentí el gilipollas más grande del puñetero planeta. Desde entonces, todas mis relaciones habían sido por pura necesidad. Jamás hubiera creído que perdería la cabeza por la excitación.

Hasta que conocí a Sarah.

Aquella mujer me había vinculado a ella de por vida, y puede que incluso por más tiempo. No había manera de imaginar mi futuro sin verla en él.

Sarah tomó asiento en el filo de la cama y se cruzó de piernas encargándose de que uno de sus muslos quedara completamente a la vista. Su piel brillaba bajo la tenue luz amarillenta que salía del baño.

Debería haber sabido controlarme. No era el mejor momento para disfrutar de aquello, pero mi cuerpo me lo exigía y no quise acallar esa necesidad. Todo lo demás debía esperar.

Intenté acortar la distancia cuando los ojos de Sarah se entrecerraron.

—No, quédate de pie. —Me detuvo con una autoridad inédita en ella, y después observó mi cuerpo del mismo modo en que yo había observado el suyo, como un depredador. No tardó en darse cuenta del punto que había alcanzado mi excitación—. Desnúdate —me ordenó.

Y yo tragué saliva con disimulo porque era demasiado orgulloso como para admitir que me había intimidado su forma de hablarme. Pero eso no hizo más que ponerme mucho más cachondo.

Desabroché la camisa mientras la observaba fijamente. Sarah respondía inmutable. Queríamos ese juego, los dos, pero ambos sabíamos que esa parte autoritaria de mí no tardaría en hacerse con las riendas. Tal vez por eso ella estaba disfrutando tanto del momento. Respiraba agitada, no se daba cuenta del modo en que sus dedos se clavaban en la piel de sus muslos.

Mi tórax se tensó con fuerza alrededor de los pulmones, y una aturdidora sensación de asfixia hizo que la presión que sentía entre los muslos fuera aún más contundente.

Terminé de quitarme la camisa y la corbata y me acerqué a ella con lentitud, controlando las ganas de lanzarme con el poco sentido común que me quedaba antes de perder la cabeza.

Sarah acercó una mano a mi cinturón. Comenzó a desabrocharlo con elegancia. Cada pocos segundos rozaba la piel de mi vientre y me estimulaba. Fue ella quien se deshizo de mis pantalones y de mi ropa interior. Y ahora que estaba desprovisto de barreras que me ocultaran, me sentí dichoso.

Noté un espasmo en mi miembro. Esa zona quería participar cuanto antes, pero no estaba dispuesto a darle toda la atención porque quería disfrutar de otras cosas antes de que llegara el

momento. Sin embargo Sarah no opinaba lo mismo. Me acarició, rodeándolo con sus dedos mientras lo analizaba con la mirada.

Leí sus intenciones, iba a lamerlo y temblé de expectación mientras mis dedos se enroscaban a su cabello. Reconozco que me parecía una idea muy tentadora sentir su cálida boca allí abajo, pero no lo deseé. Así que retiré su rostro de mi cintura y la obligué a mirarme.

No iba a permitir que hiciera algo por lo que había llorado tanto en el pasado. No era esa clase de hombre.

—Todavía no... —le susurré y ella torció el gesto enternecida. Quizás para Sarah hacerme una felación era símbolo de confianza, de otro modo no creo que se hubiera atrevido. Pero como ya había confesado, no lo necesitaba—. Puedes darme cosas mejores... —Acaricié sus labios provocando su estremecimiento.

—Pídemelas —suspiró ella.

—Levántate. —Y entonces retiré la toalla, rodeé su cuerpo con mis brazos y pegué su piel a la mía encargándome de que no hubiera espacio entre los dos. Sarah respondió a mi abrazo con delicadeza—. Jadeas...

—No entiendo cómo eres capaz de controlarte de esta manera.

—No me estoy controlando —la miré—. Estoy sintiendo. —Y cerré la distancia entre nuestras bocas. Notaba la punta de sus pechos rozando mi tórax, la humedad caliente de su entrepierna incitando la mía.

Apreté sus caderas, mis dedos incluso jugaron con la hendedura entre sus nalgas. Quería volver a sentir el tacto de aquella zona aterciopelada. Pero opté por levantarla del suelo, cargar su cuerpo y tenderlo sobre la cama. Cuando retrocedí para contemplarla, el aroma a sexo que ambos desprendíamos me produjo un zumbido en los oídos.

Sarah me miraba con deseo, estaba lista para aceptarme, casi tanto como yo deseaba colarme dentro de ella. Pero mientras yo analizaba toda la cantidad de cosas que iba a hacerle a su cuerpo, Sarah decidió tocarme.

Deslizó su mano desde mi hombro hasta la parte baja de mi vientre, analizando con la mirada el recorrido que ella misma había trazado. Me acerqué a su boca y volvía a tomarla, estaba dejando que mi lengua abriera paso de un modo mucho más fervoroso. Sarah respondió con avidez, con hambre, aunque limitando la energía de sus caricias por temor a herirme. Lo que me volvió aún más loco.

Capturé sus brazos y los coloqué sobre su cabeza. Los quería allí, atrapados mientras comenzaba a lamer su cuerpo. Empecé por su cuello, continué por su clavícula y descendí a uno de sus pechos donde decidí quedarme un rato.

En ese momento, Sarah separó un poco más las piernas, dándole más espacio a mi pelvis y provocando que pudiera rozar su zona más erógena sin necesidad de emplear mis dedos. Eso le robó un gemido e hizo que se contrajera debajo de mí.

Me impulsé hacia arriba y le hablé al oído con un gruñido.

—Me gusta ese sonido. —Después me apoderé de su boca y le acaricié el sexo.

Los intensos ataques de mi lengua disentan con las caricias delicadas que le proporcioné. Sarah arqueó las caderas. Fue la señal que necesité para decidir empujar mi boca hacia allí abajo.

Lamí la zona sabiendo que Sarah percibiría una sensación mucho más vívida que con mis dedos. Me encargué de que los suaves mimos sobre ese vulnerable y ardiente lugar de su cuerpo la enloquecieran. La hicieran volver a gemir como lo había hecho en el baño.

Me clavó las uñas en la nuca mientras ella se retorció de placer, no quería que me detuviera. Pero, siempre que tenía ocasión de mirarme, me enviaba una ojeada frustrada. Y es que seguramente, una parte de su mente, estaba pensando que no era justo que ella estuviera disfrutando más que yo. Quizás no imaginaba que para mí eso era más que suficiente.

Sonreí mientras sentía como el orgasmo de Sarah estallaba en mis labios, ayudándola con la presión de mis manos a sobrellevar

las pulsaciones. Cuando finalmente se aquietó, regresé a su rostro. Y supe que si decidía penetrarla en ese momento, la sensación que controlaba su cuerpo se dilataría hasta empujarla de nuevo al éxtasis. Así que preparé mis caderas, me acerqué a la entrada y entré en ella con una segura lentitud que terminé con pujanza. Mi miembro se vio rodeado por una presión escurridiza y tiré de sus rodillas para deleitarme aún más.

Después envolví su cintura con mis brazos y la embestí con delicadeza, y ella me siguió hasta que la tormenta que recorría nuestros cuerpos se enardeció e hizo que Sarah me empujara. Me obligó a sentarme mientras ella se colocaba a horcajadas sobre mí y volvía a absorberme con su cuerpo. Capturé sus caderas, las apreté conteniendo un gemido entre mis dientes y empezamos a movernos al unísono, mirándonos a los ojos, con las frentes una apoyada en la otra; ella exigiéndome rudeza, y yo dándosela sin tapujos.

Nos convertimos en animales salvajes. Nos desinhibimos. Amándonos hasta la locura. Ratificándonos que aquella mujer era la reina de hasta la última de mis emociones.

Esa vez grité al alcanzar el clímax. Y me sorprendió que no dejara de ocurrir.

Mauro

Lo bueno de que Enrico fuera el comisario general de la policía romana era que, si queríamos disponer de todos los dispositivos, podíamos hacerlo y para colmo nadie podía oponerse. Precisamente eso era lo que me activaba; ese elegante imperialismo del que gozábamos, incluso en los peores momentos.

—Deséame suerte, bombón —le dije a Eric tras besuquear toda su bonita y respingona cara. Por cierto, habíamos estado dos horas intentando quitarle las pintadas del labio—. Es posible que tu príncipe me arranque la cabeza en cuanto se entere. —Bromeé refiriéndome a Cristianno.

Y es que todos allí pensaron que me quedaría en Prima Porta sin resistirme. Por supuesto pensaron que, por ahora, tendría dormida esa parte de mí que tanto le gustaba la camorra; aunque no fuéramos a encontrarnos con ella, íbamos a vivir un momento que no estaba dispuesto a perderme.

—Buena suerte —sonrió Eric, todavía muy debilucho—. Y cuida de mi niño. —Esa puñetera debilidad que sentía por mi primo... ¡A los demás podían darnos viento!

—¿Y mi cabeza qué?! —exclamé fingiéndome ofendido.

Salí de allí con una sonrisa, notando el hormigueo expectante de la emoción. Me sentía fuerte, me sentía preparado, era capaz de cualquier cosa y notaba esa energía fluyendo por mis venas mientras caminaba por el pasillo.

Hasta que mi primo dejó de hablar con Alex, Thiago y Kathia y me miró como si fuera su peor enemigo. Levanté los brazos tras dejarme someter a su examen visual. Se había dado cuenta de que estaba vestido para salir a la calle.

—¿Qué coño haces? —preguntó.

—Ponerme al día —dije como si conmigo no fuera la cosa. Lo que le enervó bastante.

—Regresa. —Y el muy capullo volvió a su conversación dando por hecho que le obedecería—. No oigo como te largas, Mauro. —Lo dijo sin mirarme.

—Porque no pienso irme —admití haciéndome el gallito.

Cristianno cogió aire, se cuadró de hombros y me miró de frente dejando que todo su cuerpo desprendiera las ganas de partirme la cara que estaba sintiendo.

—¿Buscas problemas?

—¿Oh, los quieres? —Acepto que le estaba tocando los cojones y que me sorprendió bastante que, con la poca paciencia de la que disponía, supiera contenerse de aquel modo.

Se frotó la cara con exasperación.

—Mauro, joder... Regresa —gruñó.

—¿Cristianno, realmente piensas que voy a perderme este momento? ¿Cómo tengo que explicarte que estoy bien?

Íbamos a hacernos con la mansión Carusso, íbamos a desposeerlos de su bien máspreciado y a entregárselo a la única heredera de Angelo Carusso. Joder, Kathia también estaba allí, era nuestro momento. No habría tiros, ni huidas ni imprevistos porque solo se buscaba enervar al enemigo al estilo Materazzi. Quería disfrutar de ese instante y ver la cara que se le quedaría a la di Castro cuando eso pasara.

—Dios, me sacas de quicio... —Cristianno se había dado cuenta de mi reflexión.

—Te adoro... —Tiré de sus brazos y le abracé hasta levantarlo un poco del suelo. Empecé a besuquearle.

—¡Auch! ¡No me des besos en el cuello! —Se quejó entre risas al intentar esquivarme sin éxito.

—No seas modesto, sé que te gustan.

—¡Estate quieto!

Giovanna apareció en el momento en que soltaba a mi primo. Cruzada de brazos, nos observaba sonriente. Me acerqué a ella como si hubiera sido hipnotizado por su presencia. Fue fascinante el modo urgente en que me sentía reclamado.

—¿Vas con ellos? —Quiso saber, hablándome dulce,; y yo me acerqué un poco más a sus labios.

—¿Eso te asusta?

—Supongo que debo acostumbrarme a que seas un suicida. — Iba a ser la chica de un mafioso, eso era indispensable.

Cogí su rostro entre mis manos y la besé en la frente.

—Intenta descansar. Esta noche no voy a dejarte dormir.

—Veamos que tienes preparado. —Una sonrisa pícara.

Kathia

Me quedé mirando por la ventanilla el tropel de hombres armados que había tomado la Via delle Magnolie de principio a fin. Pensé que en realidad no sería necesaria la intervención de aquellos dispositivos, pero Enrico insistió en intimidar con su cargo y convertir nuestros enfrentamientos privados en algo público. Y tampoco estaba demás cubrirse las espaldas en caso de que hubiera algún imprevisto violento. Aunque dudaba que algo así pudiera pasar.

Por cómo se había organizado todo, ninguno de nuestros rivales podía ahora moverse sin que cientos de miradas le siguieran. Ni tampoco podían desarrollar sus movimientos en el campo de la mafia porque era ilegal. Sí, aquella batalla la habíamos disfrazado de criminalidad natural. Lo que quería decir que, cualquier movimiento que un Bianchi o Carusso hiciera podía convertirlo en

enemigo público de todo el país. Se le detendría, para luego eliminarlo y de esa manera nadie cuestionaría nada porque éramos la autoridad máxima de la ciudad.

Era una estrategia bastante retorcida, todos ignorarían que la mafia dominaba todo a su paso, incluso los pensamientos de la gente.

Bajé del coche. Desde mi perspectiva, la mansión Carusso resaltaba entre los árboles de forma espectacular. Aquella enorme y suntuosa residencia todavía conseguía aturdirme.

Seguí a Cristianno y a los chicos hacia la verja principal para unirnos a Enrico, Sarah y los demás. Ella me observó algo confundida, no sabía qué demonios hacía allí rodeada de medio centenar de agentes. También fue inevitable que recordara el momento en que, en ese mismo lugar, recibió un disparo. Evitó mirar cuando varios hombres terminaron de abrir la verja.

Súbitamente se oyeron tiros y enseguida miré a mi alrededor pensando que no habría estado de más hacerme con un arma, pero al ver que Cristianno siquiera se inmutaba me di cuenta de que no debía temer. Los agentes de Enrico acababan de eliminar a varios esbirros por precaución al ver que empuñaban sus armas. Lo que nos despejó por completo el jardín principal. El dispositivo se dividió en grupos que rodearon la casa.

No, allí no se iba a iniciar un ataque. Porque no hubieran tenido nada que hacer.

Terminábamos de atravesar la zona cuando sentí los dedos de Cristianno enroscarse a los míos. Él sabía bien lo difícil que se me hacía volver a aquella mansión. En ella, había sufrido y había descubierto los secretos que marcarían mi vida. Por mucho que el lugar gozara de una belleza extraordinaria, no podía evitar pensar en todo el mal que había vivido allí dentro.

Pero la mirada de Cristianno me indicó algo que yo había pasado por alto. Y es que todo no había sido malo. Le había conocido a él. Le había besado por primera vez.

La puerta principal hizo un chasquido al abrirse provocando que todos mis pensamientos se congelaran. Hubo un instante en que siquiera fui capaz de sentir el contacto de los dedos de Cristianno. El rostro enturbiado de Olimpia me atravesó el pecho. No miró a nadie más que a mí, deseando en silencio que mi cuerpo ardiera hasta matarme. Ese odio que me procesaba, no pasó desapercibido.

Mauro se cuadró de hombros y avanzó hasta colocarse delante de mí. Buscaba protegerme de aquel mudo asedio.

—No eres bienvenida en esta casa —gruñó Olimpia, haciéndose la aristócrata. Y eso provocó la sonrisa perversa de Enrico y Cristianno, que se miraron y después decidieron volver a mirar a la viuda del Carusso como si fuera una cucaracha.

—Me temo que estás en un error —dijo mi hermano antes de inclinarse hacia ella—. Olimpia di Castro.

Vi a Sarah temblar de intimidación y seguramente excitación. Nunca había tenido el placer de ver a su hombre en su papel de mafioso completamente desglosado.

Enrico chasqueó los dedos y un grupo de hombres entró; Olimpia recibió un fuerte empujón que la obligó a moverse hacia atrás para evitar caer al suelo. Los agentes enseguida se pusieron a rastrear el enorme vestíbulo y a distribuirse por la planta mientras nosotros entrábamos bastante calmados. En mi caso, lo hice notándome algo desconcertada. Jamás hubiera creído que volvería a la mansión de esa manera. Casi siendo la anfitriona. Pero en cuanto a Sarah... ella siquiera era capaz de moverse con normalidad, todo en su expresión corporal indicaba el alto grado de confusión que estaba sintiendo.

Me solté de Cristianno y fui hasta ella; gesto que agradeció aferrándose a mí y mostrándome una tímida sonrisa.

—¿Qué es esto? ¡No podéis entrar! ¡No tenéis derecho! —Gritó Olimpia encarándose a Enrico—. ¡¿Cómo te atreves a venir aquí, asesino?!—

Apreté los dientes y me propuse avanzar hasta ella con la intención de desfigurarle la cara a golpes; no iba a tolerar que insultara a mi hermano de aquella manera. Pero Alex leyó mis intenciones y me detuvo con delicadeza.

Enrico no pareció tomárselo tan mal. Sonrió abiertamente, manteniendo su tranquila postura, con las manos en los bolsillos. Aquella elegante crueldad solo logró alcanzarla Cristianno.

—¿Te suena el nombre de Rena Zaimis? —Preguntó Enrico, irónico—. ¿No? Te refrescaremos la memoria.

Cristianno sonrió abiertamente. Ahora le tocaba a él.

—Era una escort que trabajaba para Mesut Gayir en la década de los 90. —El timbre de su voz, ronco, pausado, duro, no solo me hizo vibrar a mí, sino que exasperó a Olimpia hasta el punto de hacerla mostrar los dientes como un perro rabioso.

—No me interesa nada de lo que me digáis —gruñó—. Fuera de mi casa. ¡Ahora!

—No es tu casa. —No pude evitar intervenir. Y ella me miró con el mismo odio de hacía unos minutos.

—Maldita...

—Angelo contrató los servicios de esa prostituta hasta en quince ocasiones. —Continuó Cristianno interrumpiendo los improperios de Olimpia. Avanzaba hacia ella y después retrocedía, jugaba con las distancias porque sabía que eso acorralaba a la Carusso—. Y llegó un momento en que siquiera utilizó protección. Verifícalo si quieres.

Enrico extrajo unos papeles doblados del bolsillo interior de su chaqueta. Olimpia los ignoró por completo.

—Fuera...

—¿O si no qué? —Retó Cristianno con mucha ironía—. ¿Vas a llamar a la policía?

De pronto dos agentes asomaron en el vestíbulo con sus armas pegadas al pecho.

—Jefe, el perímetro está limpio —Comentó uno de ellos.

—Proceded con la limpieza —les ordenó Enrico. Lo que significaba que la seguridad de la mansión había sido aniquilada.

—Sí, señor. —Ambos volvieron a marcharse dejando a Olimpia completamente desmarcada. Empezaba a entender que no tenía nada que hacer.

—¿Qué significa todo esto? —Quiso saber, adoptando ahora un tono mucho más resignado.

Enrico se acercó a ella y procuró inclinarse para que su forma de hablar llenara por completo los pensamientos de Olimpia.

—Tienes delante de ti a la hija ilegítima de tu difunto esposo —murmuró y enseguida miró a Sarah sabiendo que esta contendría un escalofrío.

Apreté la mano de mi cuñada al notar como los ojos de la Carusso se clavaban en ella.

—Mientes.

Y Enrico sonrió.

—Supongo que pensabas en esperar un par de días a levantar el testamento porque si no la prensa creería que eres una furcia sin corazón. —Armónico, amenazante—. Pero resulta que no será necesario. Porque yo tengo ese testamento y tú no apareces en él. —Agitó los documentos frente a las narices de Olimpia.

—No te queda nada —añadió Cristianno—. Aunque todavía tienes una alternativa. De ese modo no lo perderías todo.

—¿Por qué iba a creeros? —Olimpia insistía en continuar retándonos. Desde luego aquella hipócrita entereza era de admirar—. No sois más que sucias ratas.

—Ratas... —Se carcajeó Mauro, contagiando a su amigo Alex.

—No pienso hacer tratos con un Gabbana. —Se hizo la estoica.

—¿Incluso si uno de ellos te ofrece la oportunidad de continuar manteniendo tu alto nivel de vida? —dijo Enrico

—Si no quieres verte mendingando en las calles, no te queda alternativa. —Le siguió Cristianno.

Entonces Olimpia se dejó consumir por el silencio que se estableció de pronto. La muy cabrona se lo estaba pensando. Le importaba un comino que su esposo hubiera muerto, que tuviera que rendirse ante un Gabbana. Iba a hacer cualquier cosa por

mantener su estatus. Pero ¿qué era *cualquier cosa*? ¿Qué tenían en mente Cristianno y Enrico?

—¿Qué tengo que hacer? —Ahí estaba la confirmación de lo zorra que era Olimpia di Castro.

Lo que satisfizo muchísimo a mi familia.

—Adriano Bianchi va a dar una rueda de prensa en menos de una hora —dijo Enrico dándole paso a Cristiano.

—Elimínale y se te proporcionará el veinticinco por ciento del imperio Carusso —añadió sin darse cuenta de que me dejaba sin aliento.

Esa había sido la idea desde el principio. Por eso no les había importado nada de lo que yo había dicho en la habitación. Porque ellos, mientras todo el mundo comentaba, se lo dijeron todo en silencio.

—¿Qué garantías tengo? —preguntó Olimpia, que ahora había adoptado un papel mucho más accesible.

—No las tienes. Tendrás que confiar. —Enrico supo que con aquello, ya la tenía en el bote.

Sarah

A Olimpia le asignaron cuatro agentes que la trasladarían al hotel para que cumpliera con la parte del trato que le habían propuesto Enrico y Cristianno.

Una extorsión de frivolidad en exceso a la altura de la viuda de Angelo... Ella no había escatimado en aceptar aquello, no le importaba robar una vida para mantener sus lujos. No conocía a esa mujer, pero creo que las referencias que había reunido de ella no hacían justicia con lo que acababa de ver.

Todavía no salía de mi asombro.

No era amiga de los radicalismos, pero no había mejor forma de explicarlo. Estaba empezando a experimentar el libre albedrío sin

ningún tipo de reservas. Ya no sentía sometimiento, ni degradación. Me pertenecía a mí misma y elegía a quien pertenecer.

Pero era curioso que fuera capaz de respirar con normalidad e incluso satisfacción sabiendo todo lo que había visto y vivido. Y era muy inesperado que me hubiera dado cuenta de ello justo cuando más desconcierto sentía. Resultaba que esa sensación simplemente era fruto de la estabilidad.

Todo aquel razonamiento cobró vida propia en cuanto me alejé del barullo y terminé frente a los ventanales que mostraban la infinita explanada del jardín trasero de la mansión.

Fuera cual fuera la verdad, me sentía una extraña estando allí.

Unos pasos, suaves y delicados, que se detuvieron a unos metros de mí. Enrico me observó con gentileza, dejando que sus facciones abandonaran la vileza que había mostrado ante Olimpia.

—Temo cuando callas de esa manera —me confesó caminando medio cabizbajo antes de volver a mirarme—. Porque soy incapaz de saber lo que estás pensando.

Sonreí desganada. No podía creerme lo que acababa de decir. Él, sin saber lo que una persona estaba pensando... Era demasiado inverosímil.

—Me sorprende... —admití y volví la vista hacia los jardines—. Esto no es real...

—¿Por qué lo crees? —Enrico se acercaba lento.

—No me hagas responder. —Porque si lo hacía no sería capaz de gestionar aquello—. Cuando firmé aquellos documentos, cuando me contaste que era la hija de Angelo Carusso... ¿Ya tenías planeado todo esto, verdad? —Quise saber.

Quizás no era momento para ello, pero decidí satisfacer esa parte de mí que necesitaba oír a Enrico.

—No te lo habría contado de no haber sido así. —Por supuesto.

—A veces me da miedo ese control que tienes de todo.

—Si no fuera ese tipo de hombre, no habríamos llegado tan lejos. —Un comentario rotundo y directo, cargado de razón. Y es

que Enrico sabía bien que su extraordinaria paciencia tarde o temprano iba a darle frutos. Ahora podían empezar a verse.

Me abracé el torso y cogí aire sabiendo que la presión en mi cuerpo no menguaría. Mucho menos si tenía en cuenta que Enrico estaba muy cerca de mí. Todavía tenía muy fresca la sensación de contacto de su cuerpo desnudo contra el mío.

—Esta no es mi casa —gemí rechazando la verdad.

—Sí lo es —espetó él—. Lo es desde el momento en que naciste. No seas tan modesta.

—Tú ya pones ese toque de maldad que falta. —Enrico entrecerró los ojos.

—Me reprochas... —Y yo me arrepentí enseguida. No lo había dicho con el objetivo de herirle, si no de deshacerme de aquel maldito caos.

—No... Lo siento, es que todo esto...

Estaba demasiado agotada, necesitaba descansar y silenciar un rato mi cabeza.

Enrico me acarició los brazos y me obligó a mirarle alzando mi mentón con delicadeza.

—Te dije que me dieras tiempo, que debía ultimar unas cosas antes de poder ser libre para estar contigo. Y ahora que llega el momento, ¿te acobardas?

Apreté los dientes y di un paso hacia atrás.

—Ni se te ocurra pensar que es cobardía. Pero cuando mencionaste eso, no me dijiste que era la hija de un Caruso. —Mascullé, dije cada una de aquellas palabras sin preocuparme por controlar la posible ira que pudieran contener—. Nunca he tenido nada en la vida, había ocasiones en las que ni he sabido si podría comer. Todo lo que recuerdo son desgracias y penurias y violencia, ¿Y ahora me pides que me crea la heredera de un imperio multimillonario? —Terminé alzando la voz y liberando unas tímidas lágrimas que nos sorprendieron a ambos.

Enrico no habló, no iba a decir nada. Solo me observaba con fijeza, bien atento a mí. Y supe que me dejaría comentar todo lo que

yo quisiera porque lo necesitaba y porque era el único modo de desahogar el trastorno que todo aquello me producía.

En realidad, hubiera querido poder callar y lanzarme a sus brazos.

—Es probable que no puedas hacerte una idea de lo que siento, porque tú siempre has vivido así. No conoces otro tipo de vida. — Me limpié un par de lágrimas y volví a mirarle. Ya no había reproche en mi voz, tan solo intimidad, esa misma que compartía con él y que por primera vez iba mucho más allá del deseo que nos teníamos —.Y además siquiera yo misma sé bien lo que me pasa, pero no me pidas que lo acepte sin más. —Me quedé sin aliento y terminé apoyando mi cabeza en su cuello—. No lo hagas...Debes darme tiempo.

Enrico me besó en la sien y enseguida rodeó mi cuerpo con sus brazos. Creo que en ese momento me di cuenta de que había vuelto a enamorarme de él. Jamás en la vida me habían permitido hablar de esa manera, y mucho menos sentirme plenamente escuchada y comprendida. Él lo había hecho con el talante que le caracterizaba.

—Y lo tienes —jadeó en mi oído—. Así como me tienes a mí. Yo solo quiero darte la vida que mereces vivir. A ti y a nuestro hijo.

Le miré sabiéndome con los ojos enrojecidos y el corazón latiéndome en la boca. Ese hombre era demasiado asombroso para ser verdad.

—Pues entonces quédate conmigo..., es que es lo único que necesito.

Me besó atrapando mi rostro con sus manos y transmitiéndome todo el amor que sentía por mí. Quizá en otra ocasión habría sido capaz de asimilarlo, pero en aquel momento no me podía creer que me amara del mismo modo en que yo le amaba a él. Le abracé dejando que mi boca tomara las riendas de mi necesidad de él y aceptara su dulce lengua. No pude evitar pasar las yemas de mis dedos por su herida. Aquella zona de su piel ardía.

De pronto su teléfono móvil comenzó a sonar. Enrico se alejó resignado, sabiendo que, de no haber sido por esa interrupción, tal

vez habríamos terminado haciendo el amor de nuevo, a quemarropa.

Un mensaje que cambió su gesto al sonreír.

Después buscó un número de teléfono y se llevó el aparato a la oreja.

—Silvano... —Me clavó una mirada demasiado sardónica. Algo había ido realmente bien—. Te acabas de convertir en el nuevo alcalde de la ciudad de Roma.

Ahugué una exclamación.

Cristianno

Había nubosidad. Pero esa repentina falta de luz a mitad de la tarde no le restó luminosidad a la que había sido la habitación de Kathia en la mansión.

Cuando entre allí, todo olía a ella. Era inevitable pensar en su cuerpo extendido sobre aquella enorme cama o en su húmeda desnudez saliendo del baño y caminando de puntillas al vestidor. Casi me parecía estar viéndolo en directo, como si fuera una especie de espectador invisible venido de otra dimensión.

Hubo un tiempo en que me moría de ganas por ser el chico de los sueños de Kathia, por poder entrar libremente a esa alcoba y esperar por ella mientras observaba el jardín desde su ventana. La emoción prohibida de hacer el amor locamente en un lugar que me había sido vetado.

Supongo que por eso temblé al notar que alguien más entraba en la habitación, había conseguido que esos pensamientos se hicieran realidad.

Desvié un poco la cabeza. Yo ya sabía que Kathia se acercaba sigilosa y que no hubiera querido interrumpir la intimidad que estaba compartiendo con mis emociones, pero es que ella era la protagonista.

Miré de nuevo hacia la terraza, acomodando mis manos dentro de los bolsillos del pantalón.

—Estaba recordando la noche en la que trepé hasta aquí y entré en esta habitación —comenté dejando que mi imaginación volara. Aquel fue el primer beso que di y me robó por completo la razón... Kathia rodeó mi cintura con sus brazos y apoyó la cabeza en mi hombro—. Todavía me parecía increíble que por aquel entonces no te hubiera besado. Y ni siquiera sé cómo pude resistirme.

Su aliento me acarició la mejilla.

—¿Lo hiciste? ¿Te resististe? —murmuró.

—Desde el primer momento. —No hubo un instante en que pudiera sacarla de mi mente. Me di la vuelta y atraje su cadera hacia la mía, que lentamente despertaba—. Haces que me des controle. Y no me canso de ello —susurré en su sus labios al tiempo en que Kathia los entreabría.

—¿Ni un poquito?

—¿Buscas enfadarme? —Era una broma que murió en mi lengua al colarse dentro de su boca.

No era el mejor momento para dejarse llevar, pero me importó una mierda todo lo que nos rodeaba y repetí la maniobra que hice la noche en que ya no pude resistir la locura por besarla.

La empujé hacia el escritorio y la senté sobre la madera aprovechando el gesto para colarme entre sus piernas. La excitación llamó a mi cuerpo y yo le di paso al notar como la yema de los dedos de Kathia se me clavaban en los omoplatos. Ella jadeaba entre beso y beso, gemía con la presión de mi cuerpo y movía su cintura sabiendo que de esa forma me hacía perder la razón.

Me quité la chaqueta a tirones y ella se deshizo de su jersey de la misma manera, quedándose con una camiseta capaz de marcarle los senos a la perfección. Hundí mi boca en ellos y los mordisqueé mientras ella desabrochaba mi cinturón.

Llevé mis besos hasta su cuello y lo lamí reteniendo el poco control que me quedaba.

—Ahora mismo no querría que me hicieras el amor. —jadeó Kathia y entendí perfectamente a lo que se refería, quizás por eso

un escalofrío atravesó el centro de mi cuerpo pidiéndome más. Me exigía meterse dentro de Kathia. Y ella se dio cuenta, y abrió aún más las piernas.

—Tendrás que ser más concreta —susurré en su clavícula.

Llegados a ese punto, quería ser lascivo, quería oírle decirme las cosas de una forma obscena, sin tapujos. Porque ya no había barreras entre los dos y podíamos ser libres. No contener nada de lo que sintiéramos.

—¿Por qué me haces esto? —Suspiró.

Se había dado cuenta de mis intenciones y en respuesta cogió una de mis manos y la acercó a su sexo. Hizo la presión necesaria para que ella gimiera y yo me volviera loco por lamer aquel tramo de piel.

—Porque ahora en lo único que puedo pensar es en terminar de corromperte. —La excitación me hizo gruñir—.Contaminarte por completo... —Uno de mis dedos tocó el punto más erógeno de su cuerpo y Kathia se deshizo en mis brazos echando la cabeza hacia atrás.

Ella era ese tipo de mujer magnánima, a la altura de todas mis intenciones. La única capaz de soportar mi oscuridad.

—¿Qué te hace pensar que soy honorable? —Me miró a los ojos. Creo que aquella fue la primera vez en que perdíamos la cabeza por el deseo y nos tomábamos la valentía de hacerlo observándonos de frente, respetando una distancia que pudiera analizarlo todo.

Torcí el gesto y sonreí, perverso y oscuro.

—¿Serías capaz de decirme que te gusta?

—Me gusta... —Kathia saltó al suelo y me empujó hacia la cama —... Y se me ocurren mil formas de dejártelo bien claro. —Terminó de decir tras caer en el colchón.

Se colocó a horcadas sobre mi cintura, levantó mi camiseta y deslizó su boca hacia mi vientre. Comenzó acariciándome con sus labios y la punta de su nariz mientras sus dedos desabrochaban el pantalón. Después rozaron mi pubis haciéndome tragar saliva.

—¿Vas a seguir bajando? —Pero Kathia no escuchaba. Arrastró su boca hacia mi miembro ahora que sus dedos ya estaban preparados para desprenderme de la ropa interior—. Tu lengua... — Jadeé al notarla segura y caliente sobre mi piel.

Y me mordí el labio con fuerza al notar como me colaba en la profundidad de su boca. Estaba alcanzando cotas de excitación en exceso altas, cuando de pronto unos pasos lejanos tenían como objetivo cortarnos por completo el rollo.

—Joder... —resoplé frustrado llevándome las manos a la cara.

Con una alarmante relajación, Kathia deshizo su provocativa postura, se levantó y cogió su jersey antes de mirar hacia la puerta con un enfatizado enfado. Me alegró no ser el único allí que se sentía a punto de reventar. Aunque claro, por motivos muy diferentes.

Salté de la cama, me ajusté los pantalones, tiré de su brazo y engullí su boca al tiempo en que nos empujaba hacia el baño. Cerré la puerta con el cuerpo de Kathia justo cuando se abría la de la habitación. Y después me quedé mirando las mejillas enrojecidas de mi novia como si fueran la octava maravilla del mundo; Kathia se volvía increíblemente bella cuando estaba excitada.

Pero mi pelvis reclamaba atención. Sentí un latigazo al mirar al techo.

—Va a doler... —resoplé y a ella le hizo gracia. Como supo que la risa sería demasiado escandalosa, escondió su cara en mi cuello —. Sí, tú ríete. —Al final terminé uniéndome a su sonrisa.

—Lo siento.

—Me lo debes —le susurré al oído. No se me iba a olvidar lo que quería hacerme antes de que...

—Sé que estáis en el baño. —Mauro aporreó la puerta. ¿Quién iba a ser si no?—. Terminar con lo que estéis haciendo, os esperamos aquí. —Claro, no venía solo. Las profundas carcajadas de Alex no tardaron en surgir.

—Será capullo.

—Ejem, te he oído. —Su puñetera voz cantarina hizo que me odiara a mí mismo por querer a ese tío.

—Lo he dicho en voz alta para que pudieras escucharme —espeté. Kathia continuaba riendo.

—Pregúntale a tu mini Cristianno si le gusta que seas tan amable conmigo.

—Es evidente que no. —No tenía remedio. Al final siempre terminaba haciéndome reír.

—Pues tendrá que joderse porque la prensa ha registrado el momento en que Olimpia disparaba a Adriano Bianchi.

Kathia me miró de súbito, empalidecida. Ella no sabía que había llamado a Ettore advirtiéndole de la estrategia y que se encargaría de enviar cámaras a que grabaran el momento. Y seguramente Olimpia tampoco lo esperaba.

Sonreí a Kathia antes de besarla en la frente.

—Hijo de puta... —susurró ella saboreando ese beso.

—Solo un poquito. —La miré dejando su cabeza entre mis brazos.

Esa mueca de satisfacción que hizo me produjo un nuevo latigazo.

Kathia

El vídeo se detenía cuando media decena de hombres se lanzaban a por Olimpia y la tiraban al suelo. Enseguida pensaba en que sería demasiado macabro volver a verlo. Pero, de pronto, me encontraba reproduciéndolo de nuevo, y mis ojos no podían apartar la atención.

Olimpia había entrado por el aparcamiento del hotel. Había subido hasta el vestíbulo y esperado en él hasta que Adriano hizo su salida de los ascensores. Él no esperaba encontrarse a la que creía su socia con un arma en las manos. Tanta era la confianza que le tenía que incluso le sonrió antes de ver cómo le apuntaba. Después,

Olimpia presionaba el gatillo y una bala reventaba la cabeza del alcalde de Roma, penetrando por su frente y saliendo por su nuca.

Era satisfacción, pura y retorcida, lo que sentía mientras veía aquella imagen. Y me asustaba que siquiera me sintiera culpable.

—Kathia. —Me llamó Enrico y yo levanté la vista de aquella tableta electrónica que me habían dado nada más llegar a la comisaría.

Resultaba que la viuda de Angelo había sido arrestada por los carabinieri y había pasado a disposición judicial por la policía nacional italiana, de la que mi hermano tenía el mayor cargo en la ciudad. Por tanto ahora, Olimpia se encontraba detenida en la comisaría central, acusada de asesinato.

Me levanté de mi asiento tras entregarle la tableta a Cristianno y me acerqué a mi hermano.

—¿En serio quieres hacer esto? —preguntó bajito mientras caminábamos hacia la sala de interrogatorios.

—Bueno, tú y Cristianno habéis tenido vuestro momento con ella. Ahora me toca a mí. —Quería ser la persona que le escupiera a Olimpia la realidad de lo que le esperaba. Sin miramientos. Esa era mi recompensa.

—Tal vez te exiges demasiado. —Enrico insistía en protegerme, ignorando intencionadamente el bien que me hacía tener esa oportunidad.

Pero entendía su resistencia. Era probable que Enrico estuviera viendo esa parte de mí que ni siquiera yo me atrevía a entender. Esa en la que todo aquello me sobrepasaba y apenas me dejaba respirar. Tanto tiempo sufriendo para por fin poder encontrar una solución... Pasaba factura.

—¿Por qué clase de debilucha me has tomado? —Le sonreí—. ¿Es aquí?

—Sí. —Extendí mi mano para recibir el arma que Enrico me entregaba. Me la guardé en la parte baja de la espalda y le guiñé un ojo a Cristianno antes de abrir la puerta.

Entré en la sala. Olimpia estaba sentada presidiendo una mesa de metal en la que tenía apoyadas las manos esposadas. Su piel sudada, el cabello pegado a la sien, marcándole aquella expresión desquiciada que había adoptado su rostro.

Mentiría si dijera que algo de mí no se removió en ese momento, pero después de analizar que aquella mujer me había intentado destruir la vida en varias ocasiones, me dije que era una estúpida si ahora retrocedía. Además en el fondo estaba muy segura de lo que iba a hacer.

—Buenas tardes, mamá —me mofé tomando asiento frente a ella.

Olimpia desvió la mirada y apretó los puños.

—He hecho llamar al Materazzi —gruñó—. No tengo nada que hablar contigo.

—Bueno, resulta que tienes uno delante. —Fue una buena manera de empezar. Ninguna de las dos hubiera esperado mi contundencia, fría y segura.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con los ojos bien abiertos. Lo había entendido bien, pero no se atrevía a admitirlo.

Torcí el gesto y mostré una sonrisa maligna.

—Te has equivocado de persona, Olimpia —le confesé inclinándome hacia delante sobre la mesa. Tenía captada toda la atención de la mujer—. Te estafaron delante de tus narices y no te has dado cuenta en todo este tiempo. Fabio tuvo un hijo, sí, pero este se llama Mauro Gabbana y no Kathia Carusso. —Noté un extraordinario placer expandirse por mi boca al mencionar aquello—. Después de todo, tu querido Gabbana estaba enamorado y una vez más no fuiste tú la elegida.

La herí más de lo que ya estaba, y hasta un tonto podría haberse dado cuenta de ello. Olimpia apretó los dientes con rabia porque sabía que no podría detener la humedad que se había iniciado en sus ojos. Era producto de la ira, de la impotencia, de la frustración más destructiva. Ella, en un solo momento, estaba recibiendo todo el mal que había provocado en los demás.

—Hija de puta... —masculló muy bajito. Y yo noté que mi alegría no podía permanecer sentada. Me levanté sonriente.

—Van a acusarte de asesinato en primer grado a un cargo público. —Después de que toda la ciudad viera como presionaba el gatillo de un arma, era inevitable no sentenciarla.

—Teníamos un trato —gimió irascible, con la mirada perdida en algún punto del metal de aquella mesa.

—Es probable que te caigan unos cuarenta años de cárcel —canturreé—. Por tu edad, saldrás más o menos ¿a los setenta? —Rodeé la mesa y me coloqué tras ella antes de inclinarme para susurrarle al oído—. No te queda nada, Olimpia. Tan solo eres un estúpido saco de huesos podridos. Ni siquiera puedes arremeter. —Cada una de mis hirientes palabras se convertía una explosión de júbilo.

—Teníamos un trato. —Olimpia se había perdido a sí misma. Se había quedado atrapada en las promesas que creía que íbamos a cumplir. Lentamente perdía la cabeza.

Era el momento de pasar al siguiente capítulo. Empuñé el arma que tenía escondida y la coloqué junto a ella, sobre la mesa.

—Yo que tú siquiera lo pensaba —le aconsejé—. Solo contiene una bala.

Y salí de allí con autoridad, sabiendo que Cristianno y Enrico lo habían visto todo a través del cristal espejo.

Apenas caminé una docena de pasos cuando de pronto se oyó un disparo que me hizo temblar.

Olimpia se acababa de suicidar.

Cristianno

Kathia jamás lo admitiría, probablemente porque era demasiado obstinada, pero la conocía bien y sabía que su cuerpo temblaba por lo que acababa de ocurrir. Sentir la certeza de que Olimpia había muerto prácticamente a manos de ella misma conmovía los principios de cualquiera que no estuviera acostumbrado a la mafia. Y Kathia había vivido lo suficiente en ese mundo, pero no le restaba impresión.

Caminó hacia mí evitando mirar hacia el cristal. Tras esa gruesa capa de vidrio antibalas, el cuerpo sin vida de Olimpia comenzaba a desangrarse mientras los forenses levantaban el cadáver. Pero esa era una imagen que no nos hacía falta ver; a Kathia porque solo le interesaba perderse en mi mirada, y a mí porque solo me interesaba perderme en la suya.

Quizás éramos demasiado frívolos, pero me importaba una soberana mierda. De haber podido, Olimpia habría hecho lo mismo con nosotros.

Abracé a Kathia en cuanto ella enterró su rostro en mi pecho.

—Ya está... —jadeó antes de levantar la mirada—. Lo hemos conseguido...

Le sonreí cogiendo su rostro entre mis manos. Su hermano nos observaba, con los brazos cruzados sobre el pecho, como si fuéramos el centro de su universo.

—Casi... —susurré.

Todavía necesitábamos capturar a Alessio y Valentino estaba en paradero desconocido. Ni siquiera se había sabido de él tras la muerte de Adriano. Lo que provocaba que el equipo de rastreo que mi padre había creado para localizarle no lo tuviera tan fácil como creíamos; tal vez porque se desconocía que tipo de ayuda tenía.

Pero con todo, nos sabíamos tan cerca del final que ninguno, ni siquiera Enrico, predijo que algo malo pudiera pasar. Una respuesta totalmente inverosímil. Pero, que, por remota que fuera, existía más vigorosa de lo que pudiéramos imaginar.

Uno de los agentes de Enrico entró en aquella sala con un gesto completamente empalidecido.

—Jefe, tiene que ver esto... —habló sin apenas aliento. Lo que hizo que los dedos de Kathia entorno a mi cintura se agarrotaran.

—¿Qué sucede? —Preguntó Enrico que se había incorporado de súbito. Él, como yo, supo de pronto que aquello era el inicio del fin. Lo que no teníamos claro era por donde nos iba a saltar.

—Ha habido una explosión en el edificio Gabbana —comentó el agente—. Está saliendo en todos los medios.

Y mi mente se llenó de caos mientras el corazón me latía sobre la lengua. Por puro instinto, como si algo de mí predijera un golpe muy hiriente, empujé a Kathia tras de mí.

—¿Qué civiles había en el interior? —quise saber.

El agente me observó como si hubiera echado sal en una de sus heridas.

—Todavía es pronto para saberlo, pero creemos que Alessio estaba entre ellos. —Lo explicó algo retraído sin pensar que la muerte de mi tío nos quitaba un quebradero de cabeza y, al mismo tiempo, nos arrebatava una explicación.

Enrico fue el primero en echar a caminar y le seguimos de inmediato. Teníamos que verlo con nuestros propios ojos, teníamos que ver las llamas del edificio copando los informativos de todas las cadenas de televisión del país. No hacía falta mucho para saber que Valentino tenía algo que ver, pero un suceso así nos ponía en una

situación un tanto compleja. Principalmente porque no teníamos ni idea de lo que demonios pretendía.

Era bien sabido que la ambición de Valentino era tener a Kathia porque creía que con ella podría conseguir cualquier cosa de nosotros, y estaba en lo cierto. Pero llegados a ese punto, ya no sabíamos qué pensar. El Bianchi había perdido la cabeza, sus obsesiones le estaban trastornando. Y un hombre loco era un enemigo invencible.

—Quiero Trevi acordonada —ordenó Enrico mientras caminábamos por el pasillo. Kathia y yo nos habíamos quedado rezagados tras de él mientras un tumulto de hombres le rodeaba—. Y ponme en contacto con Silvano. Tenemos que estudiar la situación.

Entonces algo estalló.

Salté sobre Kathia y cubrí su cabeza con mis brazos mientras miraba a mi alrededor en busca del rastro de aquella explosión. Era lógico esperar que nos viéramos rodeados de escombros y llamas, pero nada de eso ocurrió porque al parecer la bomba había estallado al otro lado del edificio.

Lo que si pudimos ver fue el humo, y la forma de unas siluetas.

No supe qué pensar. No supe qué hacer. Tenía la impresión de que cualquier movimiento nos proporcionaría la peor de las respuestas. Quizá por eso miré a Enrico creyendo que podría encontrar alguna manera de digerir todo aquel trastorno. Pero él parecía igual que yo, se sentía completamente perdido. Apreciaba el peligro, pero no era capaz de discernir de donde venía.

Hasta que de pronto noté un tirón en mi cuello.

Kathia

Al principio pensé que eran imaginaciones mías, que una situación no podía cambiar tanto en apenas unos minutos. De tener el final rozando la punta de nuestros dedos y creernos ganadores, a

ser meras marionetas del peligro. Resultó que una sombra me arrebató a Cristianno de mis propios brazos. Y buscaba robarle el aliento para siempre.

Le oí jadear al tiempo en que se ponía en pie y se alejaba unos metros de mí.

—¡Cristianno! —exclamé palpando el suelo para poder impulsarme.

Pero me detuve. Y después sentí que el suelo se abría a mis pies. Valentino estaba allí. Era él quien había capturado a Cristianno.

De pronto todos los agentes, incluyendo mi hermano, empuñaron sus armas y apuntaron en su dirección. No iban a disparar, no podían porque Valentino se había encargado de que Cristianno le escondiera bien. Mirara al lugar que mirara, no había hueco posible que alcanzara al Bianchi sin herir a Cristianno. Además de las varias docenas de esbirros suyos que nos rodeaban.

Quizás por eso Valentino sonrió de aquella manera; se sabía bien protegido, con el control absoluto de la situación. Después sacó un objeto del bolsillo de su pantalón que no alcancé a ver y, sin remilgos, lo hincó en la yugular de Cristianno.

—¡No! —grité antes de llevarme las manos a la boca.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo y me hizo ponerme en pie. Tenía que ir hasta él, pero Enrico me detuvo aferrándome con fuerza sin dejar de apuntar a Valentino con su arma.

Este volvió a sonreír y después lanzó el objeto a nuestros pies antes de hacerse con una pistola y apuntar a la cabeza de Cristianno.

Era una jeringuilla.

—Una vida por otra —dijo mientras mis ojos se perdían en aquella aguja. Mi cuerpo supo mucho antes que mi mente cuál había sido su contenido. Noté unos fuertes temblores asentándose en mi vientre, presionándolo con tanta fuerza que apenas me dejaron respirar—. Dime, Enrico, ¿qué vas a hacer ahora que sabes

que a tu Cristianno le quedan horas de vida? He acelerado el proceso añadiéndole un poco de escopolamina. ¿Qué os parece?

—¿Qué quieres? —gruñó mi hermano. Y yo miré a Cristianno.

Nuestras miradas se encontraron con fuerza, casi silenciando nuestro entorno. Por un segundo, mi mente fue incapaz de procesar el terror que comenzaba a respirarse en el ambiente. Solo era consciente de aquellos ojos azules clavándose en mí, ignorando cualquier otra cosa. Ajenos a que habitaban en un cuerpo infectado por el virus Zeus.

No volvería a tocarle. En menos de dos horas no podría acercarme a él, ni volvería a sentir su boca pegada a la mía. Iba a morir. Iba a morir a manos de algo que había creado su tío Fabio con la ambición de hacer el bien.

—Pareces tranquilo —continuó Valentino, refiriéndose a mi hermano.

—Te he hecho una pregunta —insistió este.

—Quiero... Veamos... —El Bianchi se hizo el interesante. Estaba disfrutando de todo aquello. Nos tenía sometidos—. Quiero... —Me miró a mí—. Tú lo sabes bien.

Todo el mundo allí lo sabía.

Y entonces pensé en gritarle, en decirle que no le serviría de nada porque no era quien él creía que era. Pero al ver que Enrico callaba, detuve mis impulsos. Tal vez si él decidía no comentar que era su hermana se debía a que esa información podía cabrear a Valentino y así matar a Cristianno.

Me obligué a respirar y me insté a pensar como lo haría mi hermano. Y, aunque jamás lograría alcanzar su potencial, llegué a buena conclusión. Ken Takahashi había sido el compañero de Fabio y estaba en Roma. Él sabía bien todo lo relacionado con el proyecto Zeus y disponía de los inhibidores correspondientes para paliar los efectos del virus; siempre y cuando no se sobrepasaran las dos primeras horas. En ese tiempo, el organismo luchaba contra la infección como si de un resfriado se tratara. Pero pasado ese

período, el desarrollo del contagio necesitaba de un tratamiento que estaba en fase experimental y nadie aseguraba su éxito completo.

Lo que multiplicaba el peligro porque Valentino se había encargado de administrar escopolamina para así rebajar el nivel de reacción del organismo de Cristianno.

Teníamos que alcanzarle y llevarle junto a Ken cuanto antes para tratarlo.

—...Por favor... —Aquella era mi voz, que surgió en un susurro sin control—... Te lo suplico, suéltale, por favor. —Rogué tratando de esquivar la mirada encolerizada de Cristianno para poder observar de frente a Valentino.

Sabía que iba a odiarme por intervenir, que iba a dejarse la piel por impedir que Valentino siquiera me rozara. Pero no teníamos alternativa. Así como él pensaba en protegerme, yo debía salvarle a él del infierno que iba a desatarse en su cuerpo. Tenía que ponerle a salvo fuera como fuese, por encima de mi vida.

—Cállate, Kathia —jadeó mi hermano porque sabía lo que me proponía.

—¿Qué vas a darme a cambio, Kathia? —Valentino empezaba a divertirse. Señal de que había esperado mi reacción.

—Por favor... —Me vi derramando unas lágrimas que ardieron sobre mis mejillas.

—Enrico, llévatela... —gruñó Cristianno, aniquilándome en silencio.

—Él no tiene la culpa de nada. —Di un paso al frente ignorando las protestas—. No mezcles tus rencores.

—Forma parte de ellos, Kathia —explicó Valentino—. Una de mis ambiciones es ver como muere lenta y agónicamente. ¿Qué vas a hacer tú para persuadirme?

Cristianno apretó los dientes. Sabía lo que iba a responder.

—Lo que quieras. —Cerró los ojos.

—¡Enrico! —gritó antes de que mi hermano tirara de mí.

—¡Se acabó! —exclamó.

—¡Yo digo cuando termina! —chilló Valentino antes de disparar al aire. Enseguida volvió a apuntar la sien de Cristianno, haciéndome temblar—. La próxima bala terminara en su cabeza. Abrid paso.

—Valentino... —Tuve un fuerte espasmo.

—Obedeced. —Ordenó Enrico al tiempo en que sus hombres abrían paso al Bianchi caminado de espaldas.

Valentino iba a salir de la comisaría con Cristianno y nadie allí iba a ser capaz de hacer nada porque estábamos completamente rodeados. No lo sabíamos a ciencia cierta, pero a la salida seguramente nos esperaban más esbirros y si no obedecíamos corríamos el riesgo de morir acribillados.

No sé por qué, pero eché de menos a los chicos y a mis cuñados. Eché de menos a los Gabbana y nuestros aliados apareciendo allí y equilibrando las cosas, dándonos una oportunidad. Pero nadie iba a aparecer, porque estaban muy lejos de nosotros. Aquel era nuestro final y lo viviríamos solos.

La brisa nocturna nos azotó en cuanto las puertas de la comisaría fueron abiertas por dos esbirros de Valentino. Olía a tierra húmeda e invierno, parecía que iba a llover.

—No... —jadeé.

—¿Lo quieres? —preguntó el Bianchi, provocándome un sollozo.

—Sabes qué sí —le espeté.

Dios mío, le tenía tan cerca. Y me parecía tan lejos.

—Tómalo. —Súbitamente empujó a Cristianno hacia mis brazos.

Pude tocarle, pude abrazarle por un instante e incluso besar su mejilla y creernos fuera de peligro. Pero una vez más fui una ilusa. Todo aquel movimiento buscaba obtener desconcierto. Y durante esa reacción, Valentino me capturó con fuerza. Tiró de mí dejando a Cristianno sin saber cómo retenerme.

Me estampé contra el pecho de Valentino notando como el arma que hacía unos segundos apuntaba la cabeza de Cristianno, ahora apuntaba mi vientre.

Nos miramos de frente.

—Despídete de él —murmuró—. Seguramente esta será la última vez que os veáis con vida.

—¡NO! —Gritó Cristianno queriendo llegar hasta mí—. ¡KATHIA!
De pronto empezó un tiroteo.

Sarah

Todo comenzó con una luz roja seguida de un fuerte sonido de alarma que inundó hasta el último rincón de aquel búnker. Al principio no tenía ni idea de hacia dónde mirar o cómo reaccionar, ni siquiera era capaz de asimilar que algo malo estaba ocurriendo. Y no era la única que sufrió el mismo desconcierto.

Miré a las chicas sin saber que ellas ya me estarían observando de antes. Habíamos estado tranquilas; Giovanna y Daniela comentando trivialidades sobre la adolescencia, haciéndome pensar lo insólito que era que en el pasado se hubieran odiado; Ying, sin dejar de tocarse las puntas de su media melena recién cortada mientras las observaba con una sonrisilla tímida en los labios.

Quizás, a causa de esa tranquilidad, nos pusimos tan nerviosas.

Me levanté de un salto del sofá e fui hacia la puerta al ver una docena de guardias correr por el pasillo en dirección a la sala principal. Debía preguntar, descubrir que pasaba. Porque mi corazón no dejaba de pensar en que el padre de mi hijo podía estar en peligro.

Pero escuché un escalofriante jadeo cargado de terror tras de mí. Al mirar, Ying se había acucillado en una de las esquinas de la habitación y se había llevado las manos a las orejas como queriendo esconderse de todo lo que estaba pasando. Las trazas de luz roja parpadeaban sobre su piel dándome la impresión de que se desangraba con celeridad.

—Ying... ¡Tranquila! —dijo Giovanna mientras Daniela intentaba acercarse a ella. Pero la joven china ya no pensaba con objeción. Todos los temores por los que había pasado mientras estuvo encerrada salieron a flote, atormentándola.

Me acerqué rauda y me acuclillé frente a ella intentando encontrar su mirada. Al menos me dejó tocarla, pero no sirvió de mucho. Ying se había perdido en algún rincón de sus recuerdos más aterradores.

—Cariño, tienes que mirarme... Vamos. —Pero no logré respuesta. Ella continuaba balanceándose y murmurando palabras en su idioma natal.

De pronto escuché unos pasos. Eran precipitados, sonaban desquiciados. Hasta que se detuvieron. Para cuando miré, Valerio ya estaba muy cerca de mí. Al parecer, su primera intención había sido ir al meollo, cuando de pronto nos había visto.

Me aparté de Ying por pura inercia al ver que el Gabbana se concentraba en ella antes de agacharse.

—¿Ying? —Habló, susurrante. Y, de una forma fascinante, la joven, le miró. Se detuvieron sus temblores, sus dedos se destensaron. Fue como si la voz de Valerio le hiciera regresar.

No se dijeron nada más. Él, porque sabía que Ying no le entendería del todo; ella, porque demostró que en su interior sentía una extraña y confusa debilidad por aquel hombre.

Súbitamente, la joven china levantó una mano. La acercó al pecho de Valerio y la colocó sobre su corazón. Él se quedó muy quieto, sin apartar la vista de ella ni un instante. Hasta que acercó sus dedos y los apoyó sobre los suyos. Entonces Ying suspiró, cerrando los ojos. Y Valerio decidió mirarme a mí.

La alarma seguía sonando, la luz comenzaba a pasarnos factura en la visión. El caos, no había hecho más que empezar. Lo supe al ver las pupilas temblorosas del Gabbana. Y no pude evitar empezar a llorar.

—No dejes que le pase nada. Por favor... —le supliqué refiriéndome a Enrico, y me di cuenta de que Daniela no pudo

aguantar la presión y se desplomó en el suelo enterrando su rostro entre las manos.

Ella tenía experiencia en la mafia. No de forma activa, pero no le sorprendía su funcionamiento. Por eso supo que no podría evitar lo que fuera que iba a suceder, ni que tampoco podría detener a Alex si decidía marchar.

—Ni siquiera deberías dudarlo... —murmuró Valerio.

Entonces Giovanna echó a correr.

Mauro

No supe dónde mirar.

Por un instante siquiera sabía cómo moverme o hacia dónde ir. Todo fue tan repentino...

Thiago había activado la señal de emergencia tras recibir la información de que el edificio Gabbana había estallado en llamas. Se suponía que mi... que Alessio estaba atrincherado allí, lo que seguramente indicaba que había muerto. Razón de más para sentir turbación. Que hubiera resultado ser un traidor hijo de puta no le restaba impresión al hecho de que ahora seguramente estaba calcinado. Realmente esa no era la muerte que deseábamos para él.

Los pasillos de Prima Porta se convirtieron en un maldito hervidero de hombres; algunos desconcertados, otros al borde de un ataque de rabia. Pero todos por igual con el mismo sentimiento de impotencia al sabernos lejos del mayor peligro al que jamás nos habíamos visto expuestos.

—Primer escuadrón, ¡en marcha! —gritó Marcelo dando toques en la espalda de cada uno de los hombres que pasaban por su lado para empezar a subir las escaleras. Ellos serían los primeros en ir hasta Roma.

Y es que mi tío Silvano había tenido la suficiente capacidad de reacción como para organizar una respuesta eficaz a los ataques.

Mucho más después de enterarnos de que en la comisaría donde estaba Enrico, Cristianno y Kathia también había habido una explosión.

Se organizaron grupos, emplearíamos todo lo que teníamos. Una batalla campal en plena ciudad, pero no importaba. Ahora eso era lo de menos. Mi familia estaba en peligro. Aquella iba a ser la última ficha que pudiéramos mover, la misma que definiría el perdedor y el vencedor. Ya no nos quedaba espacio para pensar, decidir o solventar un error. Cualquier fallo suponía la muerte.

Pero todo eso me proporcionó mucho más descontrol al enterarme de que la vida de mi primo tenía límite de tiempo.

—¿Qué quieres decir?! —gritó mi tío Silvano a Ken, prácticamente en la cara.

—¿Qué sin un análisis no puedo ser capaz de saber qué cantidad debo administrar! —Exclamó este—. ¡Podría intoxicarle! —En ese caso, la palabra intoxicación era el modo elegante que tuvo Ken de decir que podía matar a Cristianno si le administraba el antivirus.

Cerré los ojos y apreté los dientes.

Nadie jamás hubiera pensado que el proyecto Zeus iba a tener participación activa en todo aquello. Nadie pensó en ningún momento que esa podía ser un arma que el propio Valentino emplearía. Y ahora Cristianno había sido infectado. Kathia había sido raptada y nadie podía hacer nada porque estaban acorralados en la comisaría. Teniendo en cuenta todo eso, sobraba comentar que Cristianno jamás optaría por salvarse si sabía que su novia estaba en peligro de muerte. Lo que me dividía la razón; perder a uno de los dos, era perderlos a los dos. Para siempre.

Abrí los ojos y miré a mi tío. Se dio cuenta de que iba a ser capaz de hacer cualquier cosa. Cualquiera, incluso si él mismo no me lo pedía.

—¿Cuál es la alternativa? —Me dirigí a Ken.

—Según la información que nos ha proporcionado Enrico, el virus ha sido mezclado con escopolamina. —Mierda, eso lo complicaba todo—. Eso restringirá las reacciones inmunológicas del

sistema de Cristianno, lo que acelerara el proceso de infección. Necesito hacer una analítica para saber el porcentaje exacto de narcótico en sangre, antes de administrar cualquier tratamiento. —El japonés lo explicó todo con una perfección acelerada. Durante el proceso pude ver su completa implicación en el asunto. Tener ese tipo de aliado era una ventaja de la que Valentino no tenía ni idea.

—¿Pero dispones de ello aquí? —Me refería al antivirus. Por lo que sabía estaba en fase experimental creado para paliar las posibles respuestas de Angelo, pero era un desarrollo secreto dado que la pandemia no se iba a sacar al mercado.

—Al menos para dos tomas —especificó Ken—. Pero ya he dado el aviso a Tokio. En dos días puedo tener el cargamento.

—Dos tomas... —Resoplé pellizcándome el puente de la nariz—. ¿Será suficiente?

—No, pero podría controlarlo siempre y cuando no pasen más de dos horas. Ya sabes cómo funciona. —Claro que lo sabía.

De pronto me cagué en todos los ancestros de Hannah Thomas por entregarles a los Carusso un arma de destrucción biológica tan grande como Zeus. Si ella no hubiera existido, si... Fabio no hubiera caído en sus redes para tratar de olvidar a mi madre... nada de aquello hubiera pasado. Pero pensar en ello era estúpido. De no haber sido Hannah, habría sido otra mujer. La intención era lo que realmente contaba. Mientras existiera, se corría el riesgo.

—¿Cómo lo controlarás? —Quise saber. Dos tomas me parecían inútiles. Pero él era el científico allí.

—Con inhibidores. —Eché mano a un maletín que había sobre la mesa, lo abrió y dejó que un humillo blanco surgiera del interior. Pude ver cinco jeringas encajadas en un molde. Cogió una de ellas al azar y la plantó frente a mis narices. Mi abuelo, Silvano, Thiago y Alex nos observaron con atención—. Destapas, ensartas y pulsas. —Simuló los movimientos que debía llevar a cabo—. He duplicado la dosis, con esto los síntomas de la escopolamina se congelarán. Notará ciertos mareos. Tiempo suficiente para traerlo de inmediato hasta aquí.

Pero... ¿Iba Cristianno a dejarse llevar? ¿Iba a permitirme salvarle sabiéndose lejos de Kathia? No estaba muy seguro y supe, al mirarle, que Alex se había hecho las mismas preguntas que yo.

—¡Chicos, el helicóptero se aproxima! —Gritó Diego que apareció de golpe—. ¡Tres minutos! ¡Vamos, vamos!

De pronto noté un tirón de la sisa de mi chaleco antibalas. Silvano me empujó hacia su pecho.

—Haz lo que sea, pero trae a mi hijo. Vivo. —Aquello último lo mencionó entre susurros y antes de cerrar los ojos—. No podría soportarlo...

—Es demasiado pronto para lamentaciones. —Me esforcé en sonar convincente. Después acaricié su brazo y eché a correr tras mi amigo sin saber que la voz de Giovanna me atormentaría.

—¡Mauro! —gritó tras de mí, pero no dejé de correr. Y ella tampoco.

—Ahora no, Giovanna —le pedí.

—Pero...

—¡No! —grité al detenerme a pie de escalera. Enseguida me arrepentí. Ella no debía pagar por todos mis temores. Le supliqué con la mirada—. Por favor...

Ella frunció el ceño antes de acercarse a mí y coger mi rostro entre sus manos.

—Regresa... —Me susurró en los labios. Solo por el modo en que lo dijo, supe que sería capaz de todo.

Un golpe en la espalda hizo que me moviera de nuevo. La miré hasta que la distancia se interpuso y el sonido de las aspas del helicóptero captó toda mi atención. Mis primos, Alex y yo nos encogimos, para poder mantener el equilibrio, mientras veíamos el modo en que aquella explanada de espigas era inundada por furgones y hombres armados.

Subí al helicóptero tras mi amigo tomando asiento frente a Valerio y Thiago. Este último llevaba su teléfono pegado a la oreja.

—¡Materazzi, siete minutos para la llegada! ¡Preparaos! —gritó para advertir a Enrico.

El chasquido de la metralleta de Benjamin me hizo mirarle.

—¡Qué comience la fiesta! —Que aquel tipo estaba como una puta cabra, no era nada nuevo.

Enrico

Hubiera querido tener tiempo para poder mirar a Cristianno y analizar su estado físico, pero, si dejaba de apuntar, nos acribillarían a tiros. Realmente casi me pareció un condenado milagro haber podido realizar la llamada a Prima Porta y para colmo recordar la matrícula del coche en el que se había ido Kathia.

Estábamos acorralados en el vestíbulo de la comisaría, había demasiados esbirros disparándonos desde los puntos más estratégicos. Realmente me parecía imposible encontrar una vía de escape.

Afuera, un dispositivo de al menos treinta hombres nos advertía de que, si decidíamos salir, dispararían a matar y sabía de su eficacia porque el grupo contaba con hombres que habían trabajado para mí. De hecho aquellos que estaban intentando alcanzarnos con sus balas también habían sido agentes míos.

No había espacio allí para tanto traidor. Ni tampoco para albergar algún tipo de esperanza.

Valentino nos había regalado la más imprevisible de las respuestas. Ya no jugábamos con un enemigo que buscara poder o riqueza e incluso hubiera optado por huir. No... Sus obsesiones habían terminado por distorsionarlo todo, le habían arrebatado la razón. El Bianchi sabía que iba a morir, lo había visto en sus ojos, pero, puestos a tener ese final, quería hacerlo a lo grande, llevándose a todo el que pudiera consigo. Por tanto su propia

muerte no le importaba, el único propósito que tenía era hacer el mayor daño posible. Contra eso, un hombre estratega poco podía hacer, más que minimizar las pérdidas.

Mis intenciones se habían ido a la mierda en unas pocas décimas de segundo. Ahora mi hermana estaba lejos de mí y Cristianno se moría lentamente sin llegar a ser del todo consciente de ello. La situación ni siquiera nos dejaba tiempo a pensar con claridad en lo que había pasado, en cómo se había desarrollado aquel inesperado golpe. Simplemente nos limitamos a responder a los tiros mientras mi mente buscaba frenética una solución inmediata. Algo con lo que poder resistir.

Una bala rebotó en una de las esquinas de la mesa que Cristianno, yo y varios de mis agentes habíamos levantado para utilizarla de barricada. Enseguida me lancé a la cabeza de mi hermano postizo y le obligué a agacharse.

—¡Me he quedado sin balas! —gritó, lejos de preocuparse por su estado. Lo que me hizo pensar que aquel muchacho era mucho más impresionante de lo que incluso él mismo creía. Su fortaleza no tenía límites. No se me ocurría mejor hombre para mi Kathia.

Hice fuego de cobertura mientras mis chicos se recomponían y algo de mí se turbó al ver como el resto de mis agentes se habían dividido en grupos colindantes al mío y trataban de defenderse. Otros muchos yacían muertos en el suelo. Muertes con las que cargaría el resto de mi vida porque no estaban justificadas. Ellos no tenían nada que ver con la mafia, maldita sea. Era policías legales.

—¡Cargador! —gritó Gio, a nuestro lado.

Cristianno cargó su arma y volvió a disparar.

—¡Tenemos que salir de aquí, Enrico! —exclamó en cuanto volvimos a escondernos. Pero yo me olvidé de pensar en cómo responderle al darme cuenta de que era la primera vez que podía analizarle.

—Mírame. —Le cogí de la barbilla.

—Estoy bien, Enrico. —Mentira.

—Abre los ojos.

—¡Estoy bien! —Clamó alejándose un poco—. Olvídate de mí y piensa en el modo de ir hasta tu hermana, joder.

—¿Crees que no lo hago?! —chillé frustrado—. A Kathia no le haremos ningún favor si nos pegan un tiro, ¿entiendes? —De pronto mi móvil comenzó a sonar—. ¿Qué? —dije al descolgar.

—¡Materazzi, siete minutos para la llegada! ¡Preparaos! —gritó Thiago y el placer que eso me produjo fue extraordinario. Teniendo conmigo a los pesos pesados la cosa cambiaba. Porque sabía qué clase de equipo traía consigo mi segundo.

Miré a mis hombres tras colgar.

—¡Subiremos a la azotea! —advertí—. ¡Gio, informa al resto de agentes para que hagan fuego de cobertura! Necesitamos esta ruta completamente libre para poder acceder a los refuerzos. —Porque de otro modo iba a ser imposible llegar a las escaleras.

Cristianno se quedó mirando el corto recorrido que estábamos obligados a hacer y supe que pensó en lo ridículamente cerca que estaba nuestro objetivo y en lo complicado que sería evitar las balas. Pero cuando vimos que el fuego amigo de pronto se intensificaba, supimos que teníamos una oportunidad. Así que cogí a Cristianno por el cuello de su camiseta, le empujé delante de mí y le obligué a correr hacia las escaleras sin dejar de disparar.

Mauro

Esperé reaccionar de otro modo. Que mis emociones no me dejaran respirar, ni pensar, siquiera prepararme para la que se nos venía encima. Pero extrañamente algo en mí cambió al saberme muy cerca de nuestro objetivo. Un instinto depredador y salvaje poco a poco tomó las riendas, y percibí como se apoderaba de mi sentido común, colmándolo de un control extraordinariamente inédito.

Creí que era al único al que le estaba sucediendo, pero al concentrarme en mis compañeros, me di cuenta de que ellos

también lo experimentaban. Y me lo dijeron en silencio. Era curiosa la simbiosis que se dio entre nosotros. Como si de pronto fuéramos capaces de convertirnos en un solo ser, materialmente invencible.

Fue entonces cuando ajusté el cargador de mi arma, un subfusil de calibre 22 que el propio Benjamin me había sugerido. Notaba la munición pegada a mi pecho y las otras dos armas cortas, en mi tobillo y en la parte baja de la espalda, ardiendo sobre mi piel, la misma que me exigía acción. Estaba más preparado que nunca.

—Equipo de vuelo aproximándose a destino. Tiempo estimado de llegada dos minutos. —Nos comunicó el piloto.

Sobrevolábamos el barrio de Campo Marzio. Una zona llena de rincones poblados de monumentos nacionales que nos complicaría muchísimo el aterrizaje. Por suerte, la comisaría disponía de un helipuerto, solo recomendado para los pilotos más experimentados debido a su reducido espacio.

La idea era aterrizar allí, entrar en la comisaría para controlar la situación, o al menos paliarla como fuera posible para poder salir, y organizar la búsqueda de Kathia. Durante ese periodo, debía administrarle el inhibidor a Cristianno, pero empezaban a surgirme dudas de cuándo hacerlo realmente. Porque en cuanto lo inyectara, mi primo prácticamente estaría fuera de combate y no sabía hasta qué punto eso era positivo teniendo en cuenta la reyerta.

—Confirmado —dijo Thiago en respuesta antes de dirigirse a nosotros—. Chicos, estar preparados. Aterrizar y bajar. No os entretengáis, no sabemos lo que nos espera allí. Primer grupo de tierra aproximándose por Vía Flaminia. Tiempo de llegada estimado nueve minutos. Segundo en camino.

Esos refuerzos nos darían tregua, pero mientras llegaban debíamos contener el fuego enemigo.

De pronto el helicóptero se mantuvo suspendido en el aire. Bajo nuestros pies ya estaba la plataforma en la que íbamos a aterrizar. Pero me inquietó que allí no hubiera nadie. Algo de mí esperaba ver a Cristianno y Enrico con el resto de su equipo, esperándonos. Su ausencia enseguida me hizo pensar que era imposible estar en la

zona. Por eso cuando temblamos tan bruscamente no me sorprendió.

Levanté la mirada.

El cristal del piloto estaba salpicado de sangre y su cuerpo se había desplomado sobre los mandos del helicóptero. No hacía falta ser un lince para darse cuenta de que estábamos rodeados de francotiradores.

Justo antes de que el caos se desarrollara, me dio tiempo a ver como el copiloto empujaba a su superior e intentaba coger el manillar. La maniobra nos empujó hacia delante perdiendo el control del vehículo. Alex, Diego y yo nos estampamos contra nuestros compañeros, sentía como nuestros cuerpos estaban a punto de empezar a flotar por la inercia. Íbamos a estrellarnos. Y lo peor de todo es que primero lo haríamos contra los edificios. Lo que iba a asegurarnos una explosión.

Todo pasó demasiado rápido. Nuestros cuerpos chocaban entre si mientras el helicóptero empezaba a dar vueltas. Hasta que se estrelló contra algo y se inició el rastro de humo. Acabábamos de perder la cola del aparato; sin aquella parte pensar en un aterrizaje forzoso era una pérdida de tiempo. Nada nos iba a librar de estrellarnos.

Tocamos suelo. Varias veces. Golpes secos, como si fuéramos un puto balón de baloncesto. Era demasiado molesto morir de esa manera.

Cristianno

Golpeé la pared con furia porque estaba siendo testigo del desastre. Había visto cómo la cabeza del piloto explotaba y lo salpicaba todo con su sangre. Cómo mis compañeros, mis hermanos, mi primo, se estrellaban unos con otros. Cómo aquel helicóptero empezaba a perder el control. Iban a morir delante de mis ojos y yo lo vería todo desde la ridícula ventanilla redonda de la

puerta de la azotea mientras el cielo oscuro dibujaba una línea roja en el horizonte.

Súbitamente tuve un escalofrío. Al principio creí que se debía a la situación, a la impotencia de no hacer nada, pero cuando noté las náuseas me di cuenta de que la escopolamina y Zeus estaban empezando a hacer efecto en mi organismo. Era cuestión de tiempo que empezara a notar la decadencia.

Y precisamente eso fue lo que me empujó a lanzarme contra el pomo de la puerta. Iba a salir aun sabiendo que era una completa gilipollez porque no serviría de nada. Pero no era momento para acallar mis locuras. Si salía y me convertía en un punto de referencia para mis compañeros, ellos quizás podrían saltar del helicóptero y tener una oportunidad... ¿no?

Enrico tiró de mí y empezamos a forcejear. Me estaba protegiendo como si de un niño se tratara y supe que era porque se culpaba por no haber podido hacer nada para salvarme. Pero él no tenía la culpa de los arrebatos de un hombre demente. No la tenía, joder. No era un puto dios. Era un simple hombre capaz, inteligente, valiente. Pero no invencible.

Hubiera querido decírselo e incluso le miré preparándome para escupirle toda aquella verdad. Pero vi el pequeño rostro de sangre que empapaba su camisa al mismo tiempo en que el helicóptero se estrellaba contra el suelo, volcándose hacia el filo del precipicio. Si Mauro y los demás no estaban atentos, caerían al vacío.

Contuve el aliento y aferré las mangas de la camisa de Enrico con fuerza sabiéndome incapaz de soportar aquello. Esos eternos segundos, en los que el aparato parecía desear engullir la vida de una parte de mi familia, me robaron la razón. Me atronaron en los oídos. Me volvieron completamente loco. Y por entre esa locura, vi el rostro de Kathia... sonriéndome...

Cerré los ojos. No íbamos a salir de aquella. No iba a volver a verla sonreír.

—¡Ahora! ¡Rápido, vamos! —gritó Enrico, al soltarme.

Él fue el primero en darse cuenta de que todos estaban bien y necesitaban fuego de cobertura para poder entrar en el edificio. Teníamos que ser muy rápidos, no dejar espacio a nada más que ponerlos a salvo.

Así que jadeé, verifiqué que mi arma tuviera balas y traté de seguir a Enrico... Súbitamente noté un zumbido ácido en el tímpano. Enseguida mi vista se nubló y mi equilibrio comenzó a tambalearse. Tuve que apoyarme en el marco de la puerta para no caer. De pronto solo me escuchaba respirar, muy lentamente. El aire que entraba en mis pulmones, me quemaba, me oprimía el estómago. Y aunque mi sentido común me exigía participar, me di cuenta de que ni siquiera era capaz de empuñar mi arma.

Traté de mirarles, de enfocar la vista y comprobar que estaban a salvo, pero solo vi sombras y reflejos anaranjados producto quizás de las balas y el fuego que empezaba a desprender el helicóptero.

—Va a explotar... —gemí sin apenas voz, sabiendo que nadie iba a escucharme—. Chicos... apartaos.

Tragué saliva. No iba a dejar de luchar, no iba a permitir que aquellos síntomas me doblegaran. Iba a esforzarme hasta que ya no tuviera aliento. Fue entonces cuando me di cuenta de que mi primo corría hacia mí y de que el resto del equipo le seguía.

Mauro no lo pensó demasiado cuando se lanzó a mis brazos. Me rodeó con fuerza empujándome un poco más hacia el interior.

—¿Estás bien?! —gritó y yo pensé en lo estúpido que era que me preguntara aquello. No por la realidad, sino porque seguramente él estaba igual que yo.

Al mirarle pude ver que tenía una herida en la frente que había derramado sangre. La toqué con delicadeza dándome cuenta de la explosión de rabia que se estaba dando en mi interior. Quizás eso fue lo que me hizo volver a ser yo mismo, lo que menguó los síntomas momentáneamente.

—¡Cristianno! —exclamó de nuevo. Me obligó a mirarle y apoyó su frente en la mía—. Cristianno.

—Llévame hasta Kathia —le pedí, sorprendiéndonos a los dos.

Kathia

Pensar en el modo en que las manos de Cristianno me acariciaron aquella misma tarde parecía una ofensa. Por ese entonces casi nos creía ganadores. Habíamos estado muy cerca de final que deseábamos y, sin embargo ahora, toda mi vida se desmoronaba, lejos de él... Bajo un cielo púrpura que lentamente daba la bienvenida a la noche.

Valentino soltó el humo de su cigarrillo y procuró una sonrisilla aterradora. Él se sabía victorioso. Ciertamente había hecho un trabajo magistral, había esperado en la sombra y fingido darse por vencido para asestar un golpe incapaz de predecir. Mirándolo desde una perspectiva fría, era un hombre asombrosamente listo.

—Esto me recuerda a algo —aventuró—. Es como si ya lo hubiéramos vivido, ¿no te parece irónico, Kathia?

Lo recordaba a la perfección, casi tan bien que me parecía que no había pasado el tiempo. Esa noche en la ópera... Mi vestido rojo, el rostro ensangrentado de Cristianno, mi cuerpo estrellándose contra el asfalto. Era un recuerdo demasiado fresco.

Pero Valentino se equivocaba en algo. Esa noche no estaba segura de perder a Cristianno. Esa noche su cuerpo no albergaba un virus letal, ni tampoco me acercaba a una muerte tan desagradable, a la que no podría oponerme.

Esa noche, todavía me creía capaz de vencer a mi enemigo.

—Sí, la única diferencia entre esa situación y esta es que ha desaparecido tu insolencia —repuso orgulloso de su comentario. Y llevaba razón. No podía comportarme como en realidad era porque lo único en lo que podía pensar era en el estado de Cristianno. Con la escopolamina dentro, no tardaría en ser pasto de la infección—. ¿En qué estás pensando, querida? —Para colmo, el muy hijo de puta se tomaba la licencia de hablarme como si no pasara nada entre nosotros, como si no hubiera creado el peor caos.

—Ya lo sabes, no necesitas que lo diga —espeté antes de sentir sus dedos sobre mi mejilla.

Aparté la cara y me di cuenta de que atravesábamos la Piazza de Spagna justo cuando un helicóptero sobrevolaba el cielo por encima de nosotros. Fue inevitable pensar en los refuerzos. Quizás eran los chicos y Thiago. O quizás eran más enemigos armándose para aniquilar a mi familia. Tuve un escalofrío al pensar que tal vez alguno de ellos ya había caído. Apreté los ojos y rogué porque mis pensamientos no fueran reales mientras la sonrisa de Valentino se convertía en carcajada.

—Todos los poros de tu piel derrochan esperanza. —¿Era eso cierto? ¿En qué podía notarlo si lo único que sentía en ese instante era el miedo a la muerte? No la mía (a mí me daba igual morir), sino la de Cristianno o mi hermano—. Es fascinante.

—Qué te importa...

—Llegados a este punto, ya deberías haber entendido cuan fina es la línea entre el ganar y perder. —Me estaba dando una lección, me estaba demostrando que nunca debería haber dado las cosas por hecho, pero de eso ya me había dado cuenta.

Y entonces nos miramos como nunca antes lo habíamos hecho. Aquella fue la primera vez en que Valentino se comunicó conmigo sin necesidad de abrir la boca. Lo vi todo a través de sus ojos verdes, las ansias de herir que le trastornaban. Lo que iba a hacerme, los motivos que le empujaban a hacerlo. Él simplemente quería destrozarme de todas las formas posibles y no sería simplemente emocional. Me dio el tiempo exacto para descubrir que mi muerte no iba a ser rápida.

Noté como se me agarrotaban los dedos y un poderoso calor me abrasaba en la garganta.

—¿Y si te dijera que no soy una Gabbana?

Realmente no dije aquello porque quisiera librarme de mi final. Sino porque quizás de esa forma tendría una mínima oportunidad para poner a salvo a Cristianno antes de desaparecer. Solo tenía

que llegar hasta él y trasladarle a Prima Porta, junto a Ken Takahashi.

—Te creería —repuso Valentino, y se acercó a mí—. Pero no serviría de nada. Me apetece muchísimo ver a tu hermano dejarse la piel por salvarte.

—Lo sabes, ¿verdad? —Le miré.

Había tocado fondo, en todos los sentidos.

—Gracias a ti, Te escuché mientras hablabas con Olimpia. —Por tanto estaba allí en el momento en que su amante se pegó un tiro—. Cariño, ya no se trata de poder o dinero, sino del mero placer de vencer. Ambos sabemos que voy a morir. Pero, como imaginarás, no estoy dispuesto a hacerlo solo.

Jadeé sin control al descubrir que la incoherencia de sus palabras rallaba la enajenación. Pero para Valentino era un sustento. Le definían en aquel momento.

—¿No te importa? —Las lágrimas tentando en la comisura de mis ojos.

Que me hubiera confesado que estaba seguro de que iba a morir me dejaba completamente desmarcada. Aquel era un enemigo que no tenía nada que perder, no se le podía herir, maldita sea.

—¿Te importa a ti? —De nuevo una sonrisa.

El vehículo se detuvo. Valentino levantó la mirada y miró a su conductor.

—Jefe, dispositivo rival aproximándose por Via del Corso —le informó.

—¿Y qué coño importa?

—Vienen hacia nosotros. Nos van a acorralar. —Cabía la posibilidad de que en un último esfuerzo Enrico hubiera dado la alerta.

—Seguiremos a pie —sugirió Valentino.

Enseguida me cogió del brazo y me sacó fuera del vehículo mientras el resto de su guardia personal abandonaba los otros dos coches que nos habían ido abriendo camino.

—¿A dónde me llevas? —pregunté caminando a paso ligero.

—No, Kathia, mejor dicho, ¿a dónde me llevas tú? Tengo a un equipo de hombres esperando en los alrededores de Prima Porta.
—Se me detuvo el corazón al tiempo en que tragaba saliva—. Pero no podrán entrar al búnker a menos que alguien autorizado aparezca.

Dios mío... Les iban a masacrar utilizándome a mí de arma.

—¿Cómo lo has sabido? —sollocé.

—¿Pensabas que no imaginaría que tú Cristianno iría a rescatar a Mauro? —Lo dijo devolviéndome una mirada gélida y aterradora que intensificó el vacío que se instaló en mi pecho—. Le implanté un transmisor en sus pantalones. No soy tonto, sabía que tus Gabbana no aceptarían mi propuesta de un intercambio. Te adoran demasiado.

Por supuesto que no iban a aceptarla, pero porque ellos no concebían la victoria exponiendo a los suyos, tenían toda la integridad que a él le faltaba. Pero nunca imaginé que un acto que parecía imprevisible, hubiera resultado ser una trampa.

Realmente Valentino podría haber atacado Prima Porta de inmediato, pero sabía que penetrar en el búnker era prácticamente imposible a menos que se tuviera autorización. Para eso me quería.

—Tendrás que matarme, porque no pienso ayudarte —le aseguré. No iba a poner en juego la vida de todos los que estaban allí dentro por nada del mundo.

—Desde luego vas a morir —admitió sin dejar de tirar de mí—, pero antes me ayudarás a abrir la puerta, querida. —Se terminó la conversación. Ese gesto desdeñoso que hizo antes de empujarme a uno de sus hombres y mirar al resto de sus esbirros me indicó que no volveríamos a hablar—. ¡Seguimos a pie! Que un equipo nos espere en Piazza Cavour.

Kathia

¿De qué sirve creerse valiente si cuando debe demostrarse se responde con cobardía?

Cobardía.

Todo lo que me definía se reducía ahora a ese adjetivo. Era insano. Me desproveía de cualquier coraje, me acorralaba. Y me hostigaba. Porque me creía sin valor. Porque me obligaba a lamerme las heridas sin pensar que vendrían más, mucho más dolorosas y crueles. El fin se desmoronaba, arrasaba con todo como un torrente. Y yo me convertía en una espectadora llena de arrepentimientos. La única culpable. El peor enemigo.

Lentamente me envenenaba. Sentía como ese veneno me corroía.

<<*Cristianno.*>> Su nombre me empujó al precipicio. Un abismo de lodo compuesto por toda la sangre que iba a derramarse esa noche. Por mi culpa.

<<*Cristianno...*>>

Cerré los ojos notando como mis pies se topaban entre sí mientras el esbirro me arrastraba. Aquellos robustos dedos se me hincaban en la piel. Estaba dejándome llevar... porque era así de necia. Y frágil.

Pero cuando se cae al suelo de las miserias de uno mismo, cabe la posibilidad de mirar hacia arriba y ver las estrellas.

Incomprensiblemente levanté la cabeza y abrí los ojos. El basto cielo ya estaba oscuro. Me observaba... No, me cuestionaba.

Apreté los dientes.

Contuve el aliento.

Quise correr.

<<Osadía...>> Y el rostro de Cristianno se dibujó tras mencionar en silencio esa palabra.

De pronto, desvié la mirada. Aquel maldito esbirro había cometido el error de dejar su arma a mi alcance. La observé. Brillaba en exceso y supe que se debía a la revolución que se había iniciado en mis entrañas. Mi fuero interno se revelaba, me advertía de que no estaba dispuesto a perder sin al menos intentar poner resistencia.

Analiqué las facciones del esbirro. Mejillas infladas, nariz prominente, mentón marcado. No tenía ni puta idea de que iba a morir.

Cogí el arma, le apunté a la sien y disparé justo cuando él giraba la cabeza. La bala le atravesó el ojo salpicando mi rostro con su sangre. Y sonreí al verle caer al suelo. Porque en ese momento era puro salvajismo irracional.

Eché a correr. Mis pasos estrellándose contra el asfalto con una velocidad y fuerza que incluso a mí sorprendió. Sabía que me seguían y que probablemente me alcanzarían o quizás me matarían de un balazo, pero no me importaba. Aquella era la Kathia que había soñado ser desde que empezó todo. Salvaje, primitiva. Completamente indiscutible. Y grité porque me parecía insoportable retener eso dentro de mí. Justo entonces empezaron los tiros.

—¡No disparéis a matar! —Oí gritar desquiciado a Valentino. Lo que me dio una ventaja.

Llegué a Piazza Spagna. Aquellas extraordinarias escaleras me parecieron kilométricas y un embudo que ponía a disposición de mis perseguidores un punto de mira perfecto para herirme y así detener mi huida. Pero me dio igual y comencé a subirlas. Era la manera más rápida de llegar a la comisaría.

Los disparos continuaron. Mi velocidad se vio ralentizada por mis movimientos esquivos tratando de evitar las balas. Pero logré llegar a Via Sistina sin saber que allí se habían levantado barricadas de coches.

Todo era un caos de hombres de un lado a otro, disparándose.

Humo, fuego, ruido. Era imposible cruzar aquello sin evitar a mis enemigos. Mucho menos ahora que varios de ellos se habían dado cuenta de mi presencia.

Echaron a correr hacia mí al tiempo en que Valentino y varios tipos más terminaban de subir las escaleras.

El pecho me atronaba, la respiración se me amontonaba en la boca, las piernas me ardían. Debía huir.

Retrocedí unos pasos antes de volver a correr.

Enrico

No era tan sencillo disparar a alguien que horas antes había creído mi aliado y admitía que eso era lo que más me estaba costando enfrentar. Era muy difícil saber quién era de los nuestros y quién no porque todos ellos habían trabajado conmigo.

¿Cuánto había tenido que ofrecer Valentino a todos esos hombres para que estuvieran dejándose la piel en matarnos, olvidando la lealtad que en su momento nos dieron?

No era tan fácil salir de allí. Aquellos tipos eran experimentados, ese enfrentamiento podía durar horas.

Pero eso era lo último que pensaba.

Cuando Thiago me explicó que todos nuestros dispositivos venían de camino y Prima Porta se había quedado con la seguridad mínima, tuve un escalofrío.

Fue una reacción lenta y ácida, de esas que indican que todo irá a peor. Y es que entendí súbitamente que Valentino había pretendido enfocar toda nuestra atención en aquella reyerta sabiendo que emplearíamos todo lo que teníamos para hacerle

frente. No bastaba con sorprendernos con esa reacción, sino que buscaba entretenernos para poder atacar a mi familia ahora que nadie podía protegerles. Seguramente por eso quería a Kathia, para así poder entrar al interior del búnker y arrasar con todo.

Mi familia estaba allí, mi mujer, mi futuro hijo. Mi hermana. No iba a poder impedir que les pasara nada. Y lo peor de todo era que, aunque conjeturaba, mi intuición nunca fallaba.

—¡Munición! —gritó Alex antes de que Valerio le entregara un cargador.

Al analizar a cada uno de mis compañeros me di cuenta de que por primera vez dejaba de preocuparme las heridas que pudieran tener. Era demasiado frívolo quizás, pero tenía sentido si pensaba que una herida, a diferencia de la muerte, podía curarse. Probablemente todos íbamos a morir, pero iba a ser mucho más duro sabernos lejos de nuestra gente y de lo que les deparaba el destino.

De repente, Mauro evitó que Cristianno cayera por las escaleras. El sistema locomotor estaba empezando a fallarle. Él insistía en que estaba bien y rechazaba ayuda, pero todo el mundo allí sabía que no era cierto, que mentía para que no nos preocupáramos por su estado dado que nos estaban lloviendo tiros por todos lados.

Ciertamente y con más o menos entereza, habíamos logrado bajar todo el edificio y posicionarnos en uno de los rellanos de las escaleras entre el primer piso y el vestíbulo. Desde allí, teníamos una perspectiva perfecta para escondernos de nuestros enemigos y atacar sin ser vistos. Que parte de mi familia estuviera conmigo fue una ventaja extra. Aumentó nuestras posibilidades.

Sin embargo, yo dejé de participar en ellas. Porque Cristianno me engulló con su poderosa mirada. Lentamente caía en los efectos del virus, sin embargo esa capacidad suya de estudiarme permanecía con vigor.

Se había dado cuenta de mis intuiciones o quizás él mismo había llegado a la misma conclusión que yo. Desde luego allí no

parecía que fuera el único en pensar lo que se le venía encima a Prima Porta, y me observó con más ahínco.

De lo que no se dio cuenta, o prefirió ignorar, fue que si nuestra sede era asaltada, Ken podía morir. Y si moría, había muy pocas posibilidades de salvarle del desastre que se estaba desarrollando en su organismo. Porque el japonés era el único que sabía cómo enfrentar el contagio. De nada servía el inhibidor que Mauro había traído.

—Sabes que tenemos que hacer algo... —susurró mostrando algo de su cansancio—. Lo sabes, ¿verdad? —Y después colocó su mano sobre mi herida. Me escocía, latía con demasiada insistencia.

—¿Por qué lo dudas? —suspiré por su contacto.

—No es duda, es la certeza de saber que vas a dejarme fuera de esto. —Cierto. Iba a alejarle de todo el peligro porque no estaba dispuesto a perderle y tampoco estaba capacitado a enfrentarme al dolor de Kathia.

Apreté los labios y desvié la mirada. Esa fue mi forma de responderle y Cristianno lo entendió.

—¡Granada! —gritó Thiago antes de coger aquel artilugio y lanzarlo al vestíbulo.

Esa repentina explosión que nos empujó a todos y que hizo que muchos murieran, me provocó un escalofrío extraordinario. Aquella era la oportunidad perfecta para salir de allí. Y no vacilé.

—¡Todo el mundo a la salida, ya! —grité cogiendo a Cristianno del brazo y arrastrándole.

La herida me punzó de nuevo.

Mauro

La reacción de Enrico nos dejó completamente impresionados. Él no era de la clase de hombres que actuaban por impulsos, apenas le había visto dejarse llevar. Pero, claro, en una situación como aquella, una respuesta premeditada podía hacernos terminar con un tiro en la maldita cabeza. Y esa lección la teníamos bien aprendida.

Por eso no perdimos el tiempo e incluso nos permitimos bromear.

—¡Enrico se ha pasado al bando de los suicidas! —gritó Alex provocando las carcajadas de Thiago. Gesto que se contradijo con su forma violenta de disparar.

—¡Cierra el pico y corre, capullo! —clamó Diego dándole una patada en el culo.

Terminamos de bajar las escaleras. Thiago, Alex y yo cubrimos la pasarela para que los demás corrieran hacia las puertas y el resto de agentes que había en la zona les diera tiempo a comprender lo que pretendíamos. Enseguida se rearmaron y decidieron cubrir la oleada de tiros que seguramente nos esperaba a la salida.

Empezamos a retroceder cuando de pronto sentí la humedad de la brisa y el fuerte aroma a pólvora que arrastraba. El indicativo perfecto para saber que estábamos empezando a salir al exterior.

Desvié la vista al tiempo de ver varios de nuestros furgones tomando la Via Francesco Crispi. Sonreí descargando mi cargador

con energía.

—¡Tenemos compañía! —grité orgulloso de la llegada de refuerzos. Eso nos iba a dar un respiro y también nos proporcionaba la pequeña ventaja que necesitaba para administrarle el inhibidor a Cristianno y llevármelo a Prima Porta.

—¡Reagrupación! ¡Vamos, vamos, moveos! —indicó Thiago. Y eché a correr hacia Cristianno.

Tiré de su brazo impidiéndole que pudiera continuar disparando y le obligué a correr tras de mí hacia los furgones. Alex se encargó de proporcionarnos la cobertura perfecta siguiéndonos de cerca.

Empujé a Cristianno contra la carrocería y me palpé en los bolsillos antes de coger la jeringa mientras él me observaba confundido.

—Tengo que inyectarte el inhibidor. —Fue un pensamiento dicho en voz alta. Tenía la adrenalina completamente disparada.

—¿Qué coño es eso? —preguntó Cristianno, frunciendo el ceño.

—Ralentiza los efectos de la escopolamina —añadió Alex—. Nos dará tiempo mientras te llevamos a Prima Porta.

Comentario que cambió el gesto confuso de mi primo a una expresión enfurecida. No me lo iba a poner fácil.

—No pienso largarme. —Ya había imaginado que diría eso.

—¡Cristianno, escúchame...!

—¡No, escúchame tú a mí! —Me interrumpió señalándome con el dedo—. ¡No voy a irme sin Kathia, ¿entiendes?! —Su manera de gritar me estremeció.

—Yo me encargaré de ella —le aseguré. Porque realmente iba a hacer lo que fuera por salvarla. Pero a Cristianno no le importaban mis promesas y me empujó cuando traté de cogerle.

La jeringa rebotó en el suelo.

—¡Suéltame! —gritó antes de comenzar a caminar en dirección a la reyerta.

—Me cago en la puta. —Un gruñido entre dientes. Cogí la inyección y miré a mi amigo—. ¡Alex!

Él asintió con la cabeza. Y después se lanzó a por Cristianno cogiéndole de la cintura mientras yo abría la puerta del furgón. Lo lanzó dentro al tiempo en que le hincaba la aguja en el vientre y derramaba el contenido dentro de su organismo.

—Lo siento, pero esta batalla se ha terminado para ti —le susurré sabiendo que sus ojos azules se habían clavado en mí completamente trastornados.

Alex le soltó y miró a los esbirros que estaban sentados delante.

—¡Lleváoslo a la sede! —ordenó. Y yo cerré la puerta.

—¡MAURO! ¡No puedes hacerme esto! ¡Me cago en la puta! ¡Mauro! —Sus reclamos me hicieron agachar la cabeza.

Ahora no quería entenderlo, pero Cristianno debía comprender que iba a hacer cualquier cosa por salvarle. Cualquier cosa, lo había dicho mil veces.

Y salvaría a Kathia.

—Alex... —Miré a mi amigo. Él ya sabía lo que teníamos que hacer y estaba más que preparado.

Cargó su arma y se la llevó al pecho con una media sonrisa en la boca.

—Te sigo, compañero.

Kathia

Había terminado corriendo por Via Babuino sabiendo que se me escapaba la vida por la boca con cada paso que daba. La respiración me atronaba en los oídos, jadeaba con tanta fuerza que casi gritaba. Las resistencias comenzaban a fallarme, cada vez me costaba más moverme con normalidad, todo mi cuerpo ardía, y mi velocidad había menguado bastante. Pero por suerte también menguó la de mis perseguidores y, con ello, su insistencia en disparar. Lo que agradecí dado que había civiles de por medio.

Por eso me sorprendió tanto que alguien tirara de mí con aquella fuerza.

Me estrellé contra una pared y después caí al suelo con mi oponente notando el forcejeo en mi cuello. La maniobra hizo que las perneras del pantalón se resquebrajaran y me hirieran la piel. También noté un fuerte escozor en la frente, señal de que tal vez me había lacerado al impactar contra el asfalto. Pero no era tiempo de pensar en lesiones superficiales. Y de haber querido tampoco habría podido. Porque de pronto me vi empujada contra el pecho de aquel tipo.

Segundos más tarde me soltó un bofetón volviéndome a tirar al suelo y remató la faena entregándome un puñetazo en el estómago que pude esquivar, pero no evitar. Ese dolor me dejó algo aturdida. Razón de más para no poder siquiera enfocar la vista. Sin embargo, vi mi arma al alcance. Con toda aquella refriega la había soltado, pero fui hábil y pude volver a cogerla.

Aquel puñetero esbirro me capturó de los tobillos y me arrastró de nuevo a él sin saber que al darme la vuelta vaciaría el cargador de mi arma en su pecho.

Su cuerpo se desplomó sobre mí, cubriéndome con su sangre.

Lo empujé como pude, descubriendo que había portado un cuchillo entre las manos con el que seguramente iba a amenazarme. Lo capturé al tiempo en que veía que los demás esbirros se aproximaban y me levanté para echar de nuevo a correr.

Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba cerca de la Piazza del Popolo. Un ramalazo de nostalgia me sobrevino. Allí había empezado todo. Allí me había reencontrado con Cristianno hacia unos meses.

Se oyeron unos disparos. Pero esa vez no venían de atrás. Y me detuve al verle.

Cristianno

Gritar no sirvió de nada. Aquel furgón adoptó una velocidad endiablada y enseguida nos alejamos de la comisaria arrasando con todo lo que veíamos.

Perdí el equilibrio al caer al suelo del vehículo y precisamente ese gesto fue lo que hizo que me diera cuenta de todas mis

carencias. Lo que fuera que Mauro me hubiera inyectado, estaba iniciando una guerra contra la escopolamina que habitaba en mi organismo y me complicaba muchísimo funciones tan básicas como respirar.

Estaba infectado, joder. Y lo notaba. Percibía perfectamente como el virus cabalgaba por mis venas y me robaba la voluntad. Todavía era demasiado pronto para sentir una maldita mierda y eso me llevó a pensar que quizás Valentino no me había administrado un sola dosis, sino la necesaria como para eliminarme en una noche. Porque de lo contrario habría sido capaz enfocar los cinco dedos de mi mano derecha.

Sin embargo siquiera era capaz de controlar la espesa humedad que jugaba en la comisura de mis ojos. No era la amenaza de llanto normal, era impotencia. Tan áspera como una roca. Me hería y atormentaba a partes iguales el saberme incapaz de hacer nada por los míos. Por mi Kathia.

Si resultaba que no había fallado a la hora de pensar que Prima Porta era un objetivo para el Bianchi, quizás nos encontraríamos allí. Quizás podría verla una vez más antes de morir.

Cerré los ojos.

<<Yo solo quería poder pasar el resto de mi vida a tu lado...>>
No era un juego de niños, no era un capricho. Lo había demostrado. Era una necesidad, ella era mi vida.

El calor en mi pecho lentamente me asfixiaba. Trató de indicarme que, por más que pensara en la situación, no podría obviar lo que se estaba desencadenando dentro de mí.

—Grupo tres, hemos localizado a Kathia —dijo de pronto una voz que surgió del retransmisor. Abrí los ojos de golpe—. Se dirige a Popolo por Via Babuino.

Me incorporé como un resorte notando como el corazón me latía histérico sobre la lengua.

—¿Cuál es el grupo más cercano? —preguntó el conductor creyendo que yo no sería capaz de escuchar.

Ciertamente, así debería haber sido, dado que la chapa de metal que me separaba de ellos y el hecho de que no contaba con todas mis facultades deberían haberlo impedido. Tal vez por eso los agentes estaban respondiendo con tanta tranquilidad.

Súbitamente me incorporé apoyándome sobre mis talones y sin dudarle abrí aquella puerta corredera y analicé la zona donde estábamos. Teniendo en cuenta que acabábamos de cruzar el río, las probabilidades de estar lejos de Popolo eran bastante amplias. Pero reconocí la Piazza della Libertà y eso me indicó que solo tenía que cruzar el puente Margherita para llegar hacia mi objetivo.

Los dos agentes se dieron cuenta de la maniobra y empezaron a menguar la marcha entre gritos, lo que agradecí porque eso me permitió saltar sin apenas torpeza. Rodé por el asfalto con los codos bien pegados al torso hasta estrellarme contra unos arbustos. Rápidamente me levanté y eché a correr sorprendiéndome con la velocidad. Apenas me di cuenta del modo en que atravesé el puente. Creo que jamás había corrido de aquella manera.

En ese momento no pensaba en lo que me estaba doliendo moverme o en lo que me costaría empuñar mi arma, solo quería llegar hasta Kathia de inmediato.

Escuché disparos y yo apreté el paso al rodear la fuente de Nettuno sabiendo que todos los civiles correrían despavoridos. Opté por inclinarme hacia la izquierda porque tenía mejor perspectiva de la Via Babuino y podría cubrirme a la perfección. Mientras los esbirros intentaban dar conmigo, yo iría eliminándoles uno a uno y eso me daría la ventaja de poder atraer a Kathia hacia mí sin que corriera peligro.

Pero no conté con la impresión que me daría verla entrar corriendo a aquella plaza. Me puso nervioso avistar que estaba cubierta de sangre, pero no era suya, señal de que había matado sin tapujos. Portaba un cuchillo y el cabello se le pegaba en la cara impidiéndole una visión completa de su camino. Aun así no dejaba de correr. Y eso me mostró una vez más la fortaleza y valentía que la definían, y me seducía. Esa era la mujer por la que estaba

dispuesto a morir, la misma que era capaz de retar a cualquier asesino con tal de ir en mi busca.

¿Qué más podía pedir? Maldita sea, que estúpido iba a ser palmarla si después de todo conseguíamos superar aquello.

Disparé. Primero a uno de los esbirros en la cabeza y después a otro en el pecho. Incluso a mí me sorprendió que mi destreza asomara por entre los síntomas que me atormentaban. Supongo que todo lo que tuviera que ver con Kathia sacaba esa parte más brutal de mí.

Ella se tiró al suelo llevándose las manos a la cabeza mientras yo me mostraba y terminaba eliminando a los siete tipos que quedaban vivos.

Ni rastro de Valentino.

Kathia

Rápidamente se hizo el silencio. Probablemente por eso pude escuchar como el cielo se iluminaba segundos antes de tronar.

Empezaron a caer unas gotas tímidas de agua al tiempo en que me levantaba del suelo y miraba al frente.

Le miraba a él.

Cristianno estaba allí, todavía apuntando a mis espaldas con su arma como si nada de lo que estuviera paseándose por sus venas pudiera influir en él. Aquella visión me hizo creer que, aunque ni remotamente fuera cierto, éramos perfectos invencibles.

Sollocé al mirar sus extraordinarios ojos. Tan solo nos separaban unos cinco metros, pero esa distancia me importó una mierda cuando él bajó el arma y jadeó al mirarme. Había sufrido al sabernos lejos el uno del otro, se había lamentado hasta rayar la histeria. Y sabía lo que era porque lo había sentido. No podía estar sin él, y Cristianno se encargó en silencio de indicarme lo mismo.

Se mordió el labio y después se frotó la cara para eliminar la lluvia que empezaba a caer con un poco más de fuerza. Por un instante quise reír y correr hacia sus brazos aun sabiendo que aquel gesto no significaba nada. Todavía estábamos en medio de aquella guerra, todavía no había terminado. Sin embargo empecé dando un paso y después otro sin saber que aquella era la calma que precedía a la tempestad.

Me detuve como si me hubiera estrellado contra una pared invisible. Había sido incapaz de darme cuenta de que en aquella plaza no estábamos solo nosotros dos. Pero lo que me hirió no fue aquello, sino el modo en que la mirada de Cristianno se apagó. Supo que lo peor estaba por venir.

Valentino había aparecido tras él, capturó su cuello y le clavó el cañón de su pistola en la sien.

Cristianno

Hubiera sido mucho más sencillo vivir aquel momento si no hubiera visto como la mirada de Kathia se desmoronaba. Eso me empujó a creer que habíamos llegado a un punto en que la resignación era absoluta. Pero si alguno de los dos lo hubiera admitido, no habría hecho más que darle voz al puto final que nos esperaba. Y me atormentó. Porque sabía que si moría, no lo haría solo.

—Esta es la noche de los *déjà vu* —intervino Valentino, jocoso—. Hace un momento estábamos en la misma situación, solo que ahora estamos los tres solos y nos está lloviendo encima. ¡Qué dramático! —Terminó sonriendo ampliamente pero sin dejar de presionar mi cabeza con la pistola.

Apretó un poco más mi cuello con su antebrazo. Valentino no era muy fuerte, pero si más alto y eso le daba ventaja. Además de que su fortaleza estaba intacta y la mía se iba al traste, cada vez más rápido.

Ya no estaba seguro de si soportaría consciente por mucho tiempo. El suelo había comenzado a moverse, me sentía demasiado mareado, y mi visión tampoco era mucho mejor.

—Los tres solos —canturreó—. El triángulo amoroso...

Yo apreté los dientes y Kathia prefirió convertir sus manos en puños. La rabia nos estaba afectando a los dos por igual. En la misma medida.

—Jamás existió tal situación —espetó Kathia mientras guardaba el cuchillo en su espalda con un disimulo escalofriante.

—Kathia, mi amor... —lloriqueó él al tiempo en que yo gruñía, lo que provocó su sonrisa y me indicó que el siguiente comentario iba para mí—. Sigues igual de persistente, no te das por vencido —me dijo.

—Es lo que querrías, pero no lo vas a conseguir —respondí asfixiado. Su maldito brazo me ponía muy difícil el hablar.

Valentino acercó sus labios a mi oreja.

—Vas a luchar hasta el final —susurró mofándose de la bomba que me había inyectado hacía poco más de una hora.

—Hijo de puta...

Kathia

Me asombraba que su maldad no tuviera límites. Siempre había creído que existía gente mala capaz de hacer todo tipos de atrocidades. De hecho, cuando conocí a Valentino, de algún modo, supe que su personalidad estaba infestada, pero nunca esperé encontrarme con alguien así. Aquello desmarcaba a cualquiera, no se me ocurría la forma de interactuar con él.

—¿Por qué haces esto? —Le reproché conteniendo un sollozo—. No tienes salida, te has equivocado. ¿Por qué sigues?

Valentino era consciente de que su estrategia no se había podido gestionar al completo. Al huir, él sabía que se había ido al traste su idea de penetrar en Prima Porta y arrasar con todo el mundo.

—Es sencillo —espetó tan serio que incluso me hizo temblar—. Por pura venganza. No voy a tolerar que seáis felices, Kathia. —Ahí estaba la verdad de todo aquello. No era odio o rencor, simplemente le movía una obsesión corrosiva—. Y voy a dejarme la piel e incluso mi vida ¡para terminar con los dos! —Gritó.

Temblé y cerré los ojos un instante sabiendo que las lágrimas no tardarían en surgir. Pero no estaba dispuesta a darme por vencida. Todavía me creía capaz de encontrar una solución. Necesitaba con urgencia volver a tocar a Cristianno, aunque fuera una última vez.

Siempre habíamos sido los dos. Aquella situación venía de antes, eran rencores del pasado que habían desembocado en

aquella guerra. Pero si Cristianno y yo no nos hubiéramos enamorado, las cosas quizás se habrían dado de otro modo.

Sí, siempre habíamos sido los dos... quienes habían movido el odio de todos nuestros enemigos. Cristianno despertando la envidia, y yo siendo creada para una venganza por celos y ambiciones. El resto solo habían sido arrastrados al infierno.

Le miré. Los síntomas empezaban a cambiarle. La debilidad poco a poco le absorbía. Sus ojos... ya no brillaban como de costumbre. Cristianno ya no podía luchar, no tenía fuerzas. Estaba al borde de la inconsciencia, pero aun así, resistía. Por mí... Porque él tampoco estaba dispuesto a terminar de aquella manera.

—¿Qué quieres? —gruñí y eso le llamó bastante la atención al Bianchi, que torció el gesto, interesado.

—¿Me propones un trato? —Cristianno hizo una mueca al escucharle.

—Lo único que te interesa ahora, después de haberlo perdido todo, es separarnos, ¿no? —Aniquilarnos. Pero no tuve valor a decirlo en voz alta—. ¿Qué quieres?

Sonrió de nuevo y le echó una rápida ojeada a Cristianno.

—Tu vida por la suya —me advirtió, dejándome sin alternativa.

—¡Kathia! —gritó Cristianno, agitándose entre los brazos de Valentino, importándole una maldita mierda la pistola que le apuntaba.

Él sabía que Valentino era capaz de disparar y sin embargo le dio igual. Levanté las manos y le rogué que dejara de moverse.

—Shhh, cierra la boca, Gabbana. Deja hablar a los mayores —repuso el Bianchi con burla mientras me miraba de reojo—. Sé que tenéis el antivirus. Puedes salvarle. Le soltaré, si a cambio tú cubres su lugar. Alguien tiene que saciar mi sed de venganza.

Pero sabía que si aceptaba, Valentino de todas formas mataría a Cristianno y después reanudaría sus intenciones de asaltar Prima Porta.

—Ni se te ocurra, Kathia... —jadeó Cristianno porque también se había dado cuenta. Y no pensaba en su muerte o en lo que pudiera

sufrir, sino en que seguramente no tendría oportunidad de salvarnos a todos si moría antes de tiempo. No podría protegernos.

Por eso me frustró mirarle, porque no entendió que iba a seguirle allá donde fuera, hiciera lo que hiciera. Que no iba a darme por vencida, que lucharía hasta dejarme la piel. No estaba manteniendo aquella conversación para ponérselo fácil a Valentino. No era tan estúpida como parecía, joder.

La hoja del cuchillo ardió sobre la piel de mi espalda.

—¡Cállate! —Le grité a Cristianno—. ¡No decidas por mí! —No fue un reproche cualquiera. Lo cargué de saña y rencor, pero Cristianno percibió el ritmo acelerado de mis pensamientos.

Me conocía bien, sabía que había aprendido todo lo que había podido de la mafia. Así que actuaría como tal. Como él hubiera hecho de haber estado en mi posición. Pero necesitaba su confirmación, necesitaba saber que podía seguir hacia delante con aquella maldita locura que tenía en mente.

Había llegado el momento de enfrentarnos cara a cara.

De terminar con aquello.

—Lo que tú digas, amor —susurró. Ahí estaba la respuesta.

Miré a Valentino.

Cristianno

—Hecho. —Aceptó Kathia. Y yo podría haber enloquecido, pero por un instante todo se detuvo y mi mente voló lejos junto a la de ella a un lugar al que nadie, más que nosotros dos, tenía acceso.

<<Soy tu compañera y vamos a terminar esto los dos juntos...>>

Fue como si su voz se hubiera colado en mi cabeza. Como si de alguna manera Kathia hubiera logrado comunicarse conmigo sin moverse del lugar. Aquella conexión entre los dos me llenó de fuerza. Por un instante supe que los síntomas del contagio no podrían imponerse ante la energía que fluía dentro de mí, libre como un huracán.

Cierto, había llegado el momento de saciar uno de mis mayores deseos. Y por primera vez dejaría que Kathia asestara el primer golpe. Lo merecía tanto como yo.

Noté como el pecho de Valentino se hinchaba de orgullo pegado a mi espalda.

—Bien, pues acércate.

Kathia alzó el mentón y le plantó cara. Le retó.

—Primero suéltale —masculló refiriéndose a mí, y eso le hizo bastante gracia al Bianchi.

—Le soltaré cuando sepa que estás a mi alcance. —Extendió el brazo con el que sujetaba la pistola. Esa vez su aliento se derramó sobre mi mejilla procurándome un escalofrío de rabia—. Dame la mano. —Le dijo a ella y Kathia cogió aire con fuerza antes de comenzar a caminar hacia nosotros—. Buena chica, eso es.

Contuve el aliento y apreté los ojos. Estaba concentrándome. Debía tener el control de todos mis sentidos para lo que iba a pasar y no estaba del todo seguro de que pudiera conseguirlo. Pero me di cuenta de que así estaba siendo.

La respiración dominada, todas mis extremidades dispuestas en tensión, mi corazón latiendo a un ritmo estable. Y mi visión... perfecta.

Probablemente después de todo aquello me iría a la mierda, pero me sentí orgulloso de la tregua que me daba mi cuerpo.

Kathia extendió los dedos en dirección al brazo de Valentino. Este no se había dado cuenta de que su mano derecha lentamente se ocultaba tras la cadera y de que la sujeción sobre mi cuello se aflojaba. Estaba más pendiente de la presunción de creerse ganador, de saber que iba a volver a tener a Kathia, que asaltaría Prima Porta, que me asesinaría allí mismo.

—Incluso con esa expresión eres hermosa... —Lo dijo completamente fascinado, dejándose atrapar por la mirada gris plata de Kathia.

Entonces ella sonrió. Y seguramente pensó en la mafia antes de rodear la muñeca de Valentino con sus dedos. No pude ver el

momento en que ella tiraba del brazo y empuñaba el cuchillo. Pero sentí como el cuerpo del Bianchi me empujaba por la inercia de la maniobra y después me liberaba por completo.

Un grito desgarrador.

Al levantar la vista, descubrí a Kathia presionando con ferocidad la hoja del cuchillo con el que había atravesado el brazo de Valentino. Apretaba los dientes y no dejaba de mirarle a los ojos mientras sus dedos empujaban el arma engrandeciendo la herida que empezaba a borbotear sangre sin control.

De pronto, Valentino le soltó un bofetón en la cara tirándola al suelo justo al tiempo en que yo me recomponía y me lanzaba contra él.

Era mi maldito turno.

Era él o yo, pero ambos sabíamos que juntos no podíamos compartir nuestro mundo. Uno de los dos debía morir.

Kathia

Cristianno arrolló a Valentino con un empujón que los propulsó a los dos al suelo, a unos metros de mí, antes de empezar a rodar sin control. El impacto que sufrió el cuerpo de Cristianno me produjo una convulsión que no hizo más que intensificarse al ver como el Bianchi tomaba ventaja de la maniobra.

Empezó a asestar golpes. En el rostro, en el pecho, en el vientre, cualquier lugar que tuviera al alcance. Eso me obligó a ponerme en pie y correr hacia ellos. Cristianno evitaba los puños con una cobertura casi perfecta teniendo en cuenta su vulnerabilidad, pero lo que realmente le proporcionó un respiro fue el hecho de que me colgué de las espaldas de Valentino y le clavé los dedos en los ojos.

Vale que aquello, más que un gesto, era una chiquillada, pero la adrenalina, mezclada con la preocupación y el cansancio, no me dio para más. Aun así valió la pena porque Cristianno le dio un puñetazo en la boca. Gesto que me empujó hacia atrás y terminé llevándome Valentino conmigo. Su cuerpo rebotó sobre el mío, pero no sufrí su peso por demasiado tiempo.

Cristianno le cogió por el cuello del jersey y le empujó hacia un lado antes de comenzar a darle patadas. Valentino padecía, la sangre que empezaba a resbalar de su rostro era buena prueba de ello, pero también resistía. Y le produjo tanta rabia saberse a los pies de un Gabbana que terminó atrapando uno de los tobillos de

Cristianno. Tiró de él provocando que ahora los dos estuvieran al mismo nivel.

Se revolcaron en el suelo, se pegaron hasta la extenuación. Sangre y sudor, quejidos y resuellos. Y cólera tan poderosa como la lluvia que caía, como el aire frío que respirábamos. Todos aquellos años de mutuo odio, incrementado por los hechos acaecidos en las últimas semanas se veían reflejados en la forma tan brutal que tenían de golpearse.

Pero esa no había sido la idea. Cuando me propuse devolver el golpe de imprevisibilidad a Valentino, pensé que Cristianno respondería de forma sencilla. Quizás cogiendo el arma que Valentino había soltado y disparando a matar. Pero ninguno de los dos contamos con que yo recibiría un guantazo, ni que eso trastornaría a Cristianno una vez más.

<<El arma...>>, susurró mi fuero interno llegando a la misma conclusión que...Valentino.

Se había puesto en pie y un fuerte empujón les había alejado un par de metros el uno del otro. Tiempo más que suficiente para que el Bianchi mirara el arma y descubriera que estaba mucho más cerca de él que de mí.

—¡Kathia! —gritó Cristianno advirtiéndome sin saber que yo ya había empezado a correr hacia la maldita pistola.

Él mientras tanto volvió a lanzarse a Valentino. El puñetazo que este recibió lo hincó de rodillas en el suelo, pero no pareció importarle. Insistía en su objetivo. Quería coger el arma y disparar a matar, pero yo iba a llegar mucho antes. O eso creía.

Cristianno

Valentino se arrastró por el suelo con tanta agilidad que me sorprendió teniendo en cuenta el maldito estado en el que estaba su rostro y cuerpo. No había escatimado, había golpeado con toda la fuerza que tenía mientras yo mismo me atragantaba con mi sangre.

Quería matarle con mis propias fuerzas y sabía que podía hacerlo, pero ese era un objetivo que él compartía conmigo.

Dos manos tocaron el arma al mismo tiempo; la de Kathia por encima de la de Valentino. Lo que le proporcionó una ventaja muy desagradable para nosotros.

No lo pensé demasiado. Me lancé a por sus brazos en cuanto vi como empujaba a Kathia con aquella violencia. Ella resbaló por culpa del agua justo cuando nosotros empezamos a forcejear. Él tiraba con resistencia de mí y yo hacia la presión necesaria para mantener sus brazos estirados y evitar así que pudiera disparar.

Pero aquella maniobra de pujanza tan igualada debía deshacerse de alguna manera. Valentino alejó uno de sus brazos y me dio un puñetazo en el vientre. Me contraí obligándome a mantener la postura, y aproveché sus movimientos torpes para arremeter con el pecho. Uno de mis hombros le golpeó en la barbilla e hizo el contrapeso necesario para lanzarme contra él de nuevo al suelo.

El arma se disparó. No, él disparó creyendo que me acobardaría, pero ese gesto solo consiguió que la pistola se le escapara de las manos. Volví a pegarle en la cara. Una y otra vez. Hasta que decidió responder atacando mis costados.

Si hubiera estado completamente sano y en mis plenas facultades, jamás habría pasado por alto un ataque así. Ni tampoco habría terminado bajo su cuerpo. Nos miramos a los ojos cuando capturó mi cuello y comenzó a hacer presión en él.

Miré de reojo el arma. La tenía a mi alcance. Solo tenía que estirar los dedos para cogerla.

Así fue.

Disparé...

...Y la bala atravesó su vientre.

Kathia

Hubiera querido responder con todas mis fuerzas. Pero me quedé mirándoles luchar desde el suelo como si una losa hubiera caído sobre mí. Como si todo el miedo contenido hubiera decidido arrastrarme consigo, en ese preciso momento.

—Cristianno... —jadeé sin apenas voz al ver que iba a ser asfixiado por las manos de Valentino.

Empecé a arrastrarme. Mis uñas se clavaban en el asfalto, mi aliento se convertía en una especie de nube en cuanto se me escapaba de la boca. La lluvia me empapaba, me retenía. Pero no podía importarme, tenía que llegar hasta Cristianno.

Entonces se oyó un disparo.

Y Valentino cayó a un lado.

Todo mi cuerpo vibró con una violencia muy dolorosa. No era capaz de concebir lo que acababa de ocurrir. Pero empecé a entenderlo cuando vi a Cristianno subirse a horcadas sobre el cuerpo agonizante de Valentino.

El modo en que su boca empezó a borbotear sangre me hizo creer que se asfixiaría mucho antes de que Cristianno vaciara el cargador de aquella pistola sobre su pecho. Pero, si fue así, nunca lo sabríamos. Porque Cristianno no dejó de disparar, incluso sabiéndose sin balas.

—¡MUERE! —Gritó desgarradoramente alto. Y yo cerré los ojos por un instante antes de empezar a escuchar el crujir de unos

huesos.

Miré de nuevo. Cristianno estaba golpeando sin control el cadáver de Valentino. Había algo de enajenación en sus movimientos, frustración. Salvajismo. No concebía que su peor enemigo hubiera muerto. Que él mismo le había matado. No se sentía saciado.

Sollocé al tiempo en que volvía a arrastrarme por el suelo.

—Cristianno... —jadeé, pero él no escuchaba. Por primera vez tuve la impresión de estar muy lejos de él. Toqué su muslo—. ¡Basta! —exclamé y eso le trajo de vuelta junto a mí. Me miró con fijeza. Las pupilas habían absorbido por completo el extraordinario azul de su mirada. Le temblaban los labios y no percibía las lágrimas de rabia que se le escapaban de los ojos. Acaricié una de sus manos—. Se acabó, mi amor. Está muerto.

Pero yo tampoco fui consciente de esa realidad hasta que lo dije en voz alta.

<<*Dios mío, se ha acabado...*>> Y empecé a llorar.

—Ven aquí... —susurró Cristianno, que se lanzó a por mí y me rodeó con sus brazos.

Al dejarme atrapar por aquel emotivo abrazo, pude ver a Valentino, sin vida, desangrándose bajo la lluvia. Llevándose toda la crueldad consigo y el recuerdo de saber que una vez fui suya. Que me tuvo entre lágrimas.

Me aferré con fuerza a Cristianno. No quería pensar en ello en ese momento. Esa era la noche en la que iba a comenzar realmente mi vida. Era libre... Era libre de amar Cristianno, de gritar que Enrico era mi hermano, de no esconder lo orgullosa que estaba de pertenecer a una familia como los Gabbana. Iba a ser libre de recorrer el mundo, de soñar junto a mis amigos, de vivir experiencias inolvidables. Y quizás recordar todo aquello cuando estuviera sentada en el jardín de mi casa, viendo correr a mis nietos, aferrada a la mano del hombre de mi vida, sabiendo que lo había compartido todo con él. Cada día, cada instante.

Pero...

...aquella sangre no era solo de Valentino.

—Mi amor... —le susurré a Cristianno al oído. Y él me besó en la clavícula mientras mi corazón se desbocaba.

Se alejó unos centímetros de mí, me miró a los ojos y acarició mi rostro con una de sus manos; la otra seguía sosteniendo mi cintura contra él. Entonces sonrió... y eso aumentó mi llanto. Y también el dolor.

—No llores más, cariño —susurró en mi boca. Sus labios pegados a los míos. Su aliento caliente acariciando mi lengua.

—Lo siento... —Me lamenté.

—¿Por qué dices eso? —preguntó él sin alejarse. Incluso dejó escapar una sonrisilla con la intención de tranquilizarme.

Él pensaba que me disculpaba por no haber sabido reaccionar cuando Valentino estuvo a punto de asfixiarle. Pero se equivocaba.

Se equivocaba. Y lo supo.

Agachó la mirada y ahogó un gemido escalofriante.

Cristianno

La herí al hacer presión sobre el agujero de su vientre, pero me dio igual. Lo que único que quería era taponar aquella brecha por la que se escapaba su vida. Y, maldita sea, se iría entre mis brazos. Moriría pegada a mi boca.

Miré a Kathia notando como me ardían los ojos, como las lágrimas cuarteaban mis mejillas al caer. Nada de lo que había hecho podía deparar un resultado así. Estaba diseñado para morir, incluso para ver morir a mis queridos compañeros, pero no para que ella se marchara antes que yo. No estaba preparado para perder a Kathia, lo había dicho mil veces, pero en esa ocasión la certeza me aniquilaba.

Mis temblores descontrolados se mezclaron con los suyos. Ella me miraba desolada mientras yo le exigía en silencio. Iba a luchar e

intentar resistir, por mí, por su familia, pero ambos sabíamos que eso no bastaría.

—Lo siento... —Me acarició cuando empecé a negar con la cabeza. Su sangre me estaba empapando la mano. Me negaba a aceptar lo que estaba pasando.

—¡¡¡Qué alguien nos ayude!!! —grité de pronto mirando de un lado a otro en busca de cualquier rastro de humanidad.

—No van a llegar a tiempo —murmuró ella y odié saber que tenía razón.

Por eso...

—...Tienes que dejar que vaya a por ayuda —jadeé pensando en la manera de taponar su herida mientras yo buscaba a alguien o robaba un coche. O lo que mierda fuera.

—No quiero morir sola. —Quizás si no me hubiera murmurado en los labios, no habría sentido aquella enloquecedora impotencia.

—¡NO DIGAS ESO! —chillé provocando que ella cerrara los ojos. Me arrepentí de inmediato. Si resultaba que aquellos eran nuestros últimos minutos juntos, los estaba tirando a la basura—. Me cago en la puta... —gemí apoyando mi frente en la suya—. No puedes hacerme esto, Kathia.

Y entonces ella se desplomó entre mis brazos. Ya no soportaba mantener la postura, se quedaba sin fuerzas y yo no podía hacer nada.

—¡AYUDA! —volví a gritar mientras su cabeza se apoyaba en mi brazo. Incomprensiblemente la besé. En la boca, en las mejillas, en la frente.

Con lo poco que tenía de resistencia, Kathia levantó una mano y la colocó en mi pecho. Notó el ritmo endiablado de mi corazón, el modo en que se estaba desintegrando. Ella reconoció mi dolor, lo había experimentado cuando creyó que yo había muerto. Pero no era una situación similar. Kathia iba a morir de verdad. No iba a entender por lo que yo iba a tener que pasar...

—No me arrepiento... —murmuró sin saber que yo ya estaba pensando en el modo de seguirla allá donde fuera—...de nada de lo

que he vivido contigo. De nada.

—Cállate, por favor —susurré en su boca.

—Te quiero... —Siempre que lo decía me estremecía. Que alguien me amara de aquella manera era fascinante. Pero en ese momento aborrecí esas dos putas palabras. No quería oírlas.

—No, no te despidas de mí...

—Déjame...

—¡No! —exclamé parando su insistencia. Comprendía que ella quería dejarme bien claros sus sentimientos por mí y asegurarme de que yo no era culpable de su final, pero se equivocaba. No había sabido protegerla—. No puedes dejarme ahora. ¡¿Qué coño quieres que haga sin ti?!

—Cristianno... —Esa mirada suya... insistía en vivir. Kathia en realidad no quería irse y me molestaba que estuviera aceptando su final.

<<Llévame contigo>>, pensé de pronto.

—Cariño, solo aguanta un poco, ¿vale? —Pero la herida latía cada vez con menos fuerza. Se nos agotaba el tiempo—. Un poco, mi amor.

Apreté los ojos con mi rostro completamente pegado al suyo. Saboreé el miedo, la tristeza, el delirio.

—Es una buena muerte, Cristianno —admitió ella. Su voz muy débil—. Me voy amándote con todo mi corazón.

—No... —sollocé—. No dejaré que te vayas a ningún lado.

—Mi compañero... —Ese fue su último aliento. Y murió con los ojos abiertos, pegada a mi boca, llevándose consigo todo el sentido por el que vivía.

—¡¿Kathia?!

Pero era un necio si pensaba que iba a responder. Sacudí su cuerpo, busqué en sus ojos... Allí ya no quedaba nada más que un cuerpo sin vida. La mujer que me había definido, por la que tanto había luchado, se había ido de mi lado.

—¡NOOO! ¡KATHIA! —Chillé al cielo, pegando su cuerpo a mi pecho como si de alguna forma parte de mi existencia fuera a

resucitar la suya—. ¡No puedes hacerme esto! ¡No puedes dejarme así! ¡KATHIA!

Lloré, grité, temblé, perdí la razón. Y aun así nada de lo que dijera o sintiera cambiaría el hecho. Por mucho que una parte de mi insistiera en que aquello no era cierto.

—Kathia, mi amor... —Mi voz ahora hundida en el lamento y las lágrimas.

Miré al cielo sabiendo que no tardaría en consumirme en los síntomas del contagio.

<<*No la dejes ir, Fabio... No te la lleves*>>, le rogué a mi tío como si fuera mi único Dios.

Kathia

El tacto aterciopelado de la hierba fresca bajo mis pies. Me cosquilleaba entre los dedos y destacaba su verde sobre mi pálida piel. En aquella dimensión, no llovía, no había nubes en el cielo y la intensidad del brillo del sol quiso cegarme tras dejarme apreciar que estaba rodeada de un vasto horizonte.

Escondí mis ojos de aquel resplandor incandescente con la palma de mi mano mientras percibía que ya no necesitaba respirar, que en ese lugar no existía el viento, por mucho que la hierba ondeara y emitiera un dulce sonido.

Pero no sentí confusión. No sentí ni una pizca de miedo o enfado o resignación. Era pura serenidad. Y quizás por eso percibí aquella fuerza invisible que me empujaba hacia la luz.

Ahora, al mirarla, ya no notaba la necesidad de taparme los ojos. No me molestaba su brillo. Sino que me intrigaba, me invitaba a acercarme un poco más y adentrarme en su suave calor. Me ofrecía atravesarlo... y descansar. En la bella y extensa eternidad.

Tragué saliva. Me sentía preparada para emprender aquella aventura, pero distinguí una queja que nacía de las profundidades de mi corazón. Algo de mí sabía que dejaba una cuenta pendiente. Al otro lado.

Cristianno.

¡Kathia! Un alarido lejano completamente devastado. *¡No me dejes!*

Miré hacia atrás buscando esa voz que sufría desgarrada.

Cristianno no me dejaba ir. Y yo recapacité y me di cuenta de que no podía irme, no quería alejarme de él. Debía regresar. Resistir. Tenía que repetirle millones de veces más lo mucho que le amaba. Por eso retrocedí. No, visto desde mi perspectiva lo único que hice fue pretender avanzar hacia el destino que escogía. De regreso a los brazos del hombre que me había regalado el sentimiento más asombroso que alguien pudiera experimentar jamás: un amor absoluto que escapa a la razón.

¡Kathia, por favor! ¡No te vayas! ¡Resiste! La voz insistía cada vez con menos fuerza, mucho más lejana. Debía ir hasta ella.

Sin embargo, caminar no era tan sencillo como parecía. La belleza de aquel prado infinito me atrapaba, quería sentenciar mi destino y, aunque notaba las trazas de resignación pululando dentro de mí, necesitaba regresar.

Tuve un escalofrío. Y de pronto fui espectadora de toda mi vida, empezando por el final, como si de una regresión se tratara.

Vi a Valentino morir de nuevo. Y a Olimpia. A Angelo cayendo al vacío, a mi hermano perdiendo el conocimiento en la terraza del hotel, Eric hundiéndose en un sueño profundo, Mauro encadenado a unas columnas de cemento. Un avión atravesando el cielo mientras mi cuerpo se unía al de Cristianno. Bailé de nuevo con él ataviada con aquel vestido de novia. Y salté al momento de su muerte y a todos los segundos que pasé sin él, todo el dolor que experimenté al creer que mi propio hermano era un maldito traidor.

Vi a Giovanna siendo honesta, a Daniela abriéndome los brazos, enamorándose de Alex. A los chicos, juntos, riendo entre sí. A todos los Gabbana. Incluso vi a Luca y a Erika. Cada uno de los instantes vividos, cada uno de los momentos sufridos y disfrutados. Cada uno... como si fuera a vivir todo de nuevo.

Y entonces le vi a él... Mi Cristianno... Su mirada abrasándome en la lejanía del aparcamiento del colegio San Angelo. En aquel tiempo no entendí que aquella expresión me advertía del amor que

ya se estaba gestando en nuestro interior. Prometía una vida apasionante. De la que no me arrepentía.

Pero hubo algo que no apareció en aquella explosión de imágenes.

Fabio...

Súbitamente escuché las risas de unos niños. Los busqué con la mirada, estaban muy cerca de mí, pero no lograba dar con ellos. Hasta que de la nada aparecieron al tiempo en que aquella hierva se convertía en arena. Poco a poco, el escenario cambió al de una playa que reconocía, que no había visto en años.

—Ese fue el principio, en realidad. —Reconocí aquella voz, y reconocí también lo que quería decir con su comentario. Aquellos niños éramos Cristianno y yo, en mi último verano en Cerdeña. Y daba a entender que por aquel entonces ya nos queríamos.

Miré tras de mí y contuve el aliento. Fabio estaba allí, a mi lado, con una expresión de profunda serenidad en el rostro y desprendiendo un aroma que tanto que enseguida me recordó a Enrico. Me llevé la mano a la boca sabiéndome al borde del llanto. Él no sabía lo que hubiera dado en el pasado por volver a verle con vida.

—Sí, lo sé... Lo veo en tus ojos, pequeña. —Respondió a mis pensamientos.

Pequeña... Era así como me llamaba cuando era una niña.

Se me escapó una lágrima que enseguida se desintegró, y me frustró porque noté que aquel lugar no estaba diseñado para el lamento. No iba a dejarme llorar.

De pronto fui capaz de percibir una brisa. Esta me agitó el cabello dándole pie a Fabio a que me acariciara la mejilla. Me deshice en su bello contacto cerrando los ojos.

—¿Qué haces aquí? —quise saber, en un susurro.

—Me han llamado —admitió.

—¿Quién? —Miró por encima de mí, hacia el extremo por donde habían sonado los lamentos lejanos de Cristianno.

Él le había rogado. A su tío. Sabiendo que este, aunque estuviera en otro mundo, respondería.

Unas nuevas lágrimas desaparecieron.

—Aquí no puedes llorar, Kathia —sonrió Fabio.

—Ya me he dado cuenta.

—Esa es mi niña... —Cogió mi rostro entre sus manos y me besó en la frente.

—Pero realmente no lo soy —suspiré.

Mientras tanto, las olas del mar acariciaban la orilla, los niños seguían jugando ajenos a nuestra presencia.

—Lo fuiste, lo eres —confesó Fabio—. Aunque no corra la misma sangre por nuestras venas. —Ahora lo entendía.

—Helena —jadeé. Porque ese habría sido el nombre que él habría escogido si hubiera podido. Por eso bautizó el antivirus de aquella manera, porque simbolizaba una herramienta que exterminaba todo mal.

—Kathia me parece igual de hermoso.

—Dime la verdad —rodeé sus muñecas con mis dedos— ¿Por qué estás aquí?

—Todo empezó conmigo y contigo termina. —Cierto. Por él se habían desencadenado los rencores y las obsesiones, mientras que yo sería la venganza—. Pero este no es tu lugar, todavía no es el momento.

Me estremecí.

—¿Qué quieres decir?

—Hubiera querido vivir, Kathia —aventuró mirando al cielo. En ese momento, curiosamente atardecía—. Pero las personas tenemos un límite de tiempo, cariño.

Tragué saliva. Fue irremediable imaginarle con Patrizia.

—Si lo hubieras sabido, ¿habrías estado con ella? —Él supo enseguida a quien me refería y me di cuenta de ello por el ramalazo de tristeza que se paseó por sus ojos azules—. Dímelo.

—Habría pasado cada instante de mi vida con ella. —Cerré los ojos al tiempo en que mi corazón se precipitaba—. No tengo un

recuerdo en el que no aparezca amándola, Kathia. Debes decírselo. —Le miré y odié con más fuerza que nunca que estuviera muerto. Maldita sea, no se lo merecía—. Debes decirle a mi familia que les adoro. A Enrico que estoy terriblemente orgulloso de él. Debes entregarle todo el amor del mundo. A él y a mi Cristianno. —Al referirse a su sobrino bajo la voz, señal de la debilidad que sentía por él—. A mi niño...

—Fabio... —Un murmullo asfixiado—. ¿Qué estás diciendo? —En realidad lo sabía, se estaba despidiendo de todos a través de mí porque nunca tuvo la oportunidad.

—Vas a regresar. —Me obligó a darle la espalda sujetándome de los hombros. Justo entonces la visión del horizonte trepidó. Se desató un remolino que levantó un poderoso viento. El cielo se oscureció y empezó a llover.

<<*Roma...*>> Era la ciudad de mis sueños la que se dibuja a través de aquella espiral.

Me encogí topándome con el pecho de Fabio al tiempo en que sentía como la sangre resbalaba por mi cintura. Miré hacia abajo, volvía a estar cubierta de sangre.

—Tengo miedo —tartamudeé. Y las manos de Fabio se hicieron más poderosas sobre mí.

—No lo tengas. No dejaré que te pase nada —me dijo al oído—. Cuida de mi hijo... —Mauro—. Dile que le amo. —Me dio un empujón que me alejó unos metros de él y le miré confundida. ¿Qué significaba aquello?—. Estaré siempre con vosotros.

—Fabio... —le rogué y noté un nuevo empujón. Este me acercó un poco más al remolino. Ya sentía la fuerza engulléndome por los tobillos, la ventisca rodeándome—. ¡Fabio! —grité, pero él solo sonreía.

—Sé feliz. —Leí sus labios—. Sé feliz, mi niña.
Y desaparecí.

Cristianno

No llegué a perder el conocimiento, pero tengo recuerdos muy vagos de lo que pasó realmente.

Sé que no solté a Kathia ni un instante, que la mantuve pegada a mi pecho y que yo no dejaba de rogar, cada vez con menos fuerza. Fue muy difícil mantenerme con los ojos completamente abiertos, la visión borrosa me empujaba a la inconsciencia, pero de alguna manera algo de mí resistía. Tal vez porque vi a Enrico y Mauro y Alex y a mis hermanos aparecer en aquella plaza.

A partir de ese momento todo se desvanecía un poco. Lo recordaba de forma intermitente. El motor urgido de aquella furgoneta. El masaje cardíaco que Enrico le estaba haciendo a Kathia. Su sangre que se derramaba sobre el suelo, que inundaba las manos de su hermano. El contacto de mi primo.

—Todo va a salir bien, ¿me oyes? —Sí, le oí, pero fui incapaz de darle una señal que se lo indicara. Fui incapaz de pedirle que evitara sollozar, que no cayera en el mismo llanto que Alex.

Recuerdo que estiré la mano hacia mi amigo y que él enseguida la cogió y se encargó de ocultar la vista que tenía de Kathia. Pero no pudo evitar que oyera a Enrico blasfemar de impotencia.

Y cerré los ojos, para volver a abrirlos en un pasillo de luces blancas. Escuché gritos lejanos, pasos acelerados, sonidos metálicos. Y las órdenes de Ken Takahashi. Me deslizaban aprisa sobre una camilla. Me administraron oxígeno.

—¡Cristianno, procura mantenerte despierto! —me suplicó el japonés.

Pero a mí solo se me ocurrió levantar la cabeza.

—Ka... Kathia... —jadeé. Creo que fui inaudible.

—Tranquilo, hijo mío. —Aquella era la voz sollozante de mi padre. Mi padre...

Justo entonces me desviaron y me metieron en una sala en la que lo único que llamó mi atención fueron unos pies desnudos.

Volví a cerrar los ojos, volví a abrirllos. Repetí la maniobra una y otra vez, sabiendo que, en las ocasiones en las que tratara de enfocar la vista, notaría el desfase del tiempo. Me alejaría cada vez más de Kathia.

<<*Fabio...*>> Volví a mencionarle. Mi mente insistía en él porque estaba seguro de que podría escucharme, aunque no tuviera prueba de ello. Era algo místico, algo irracional. Posiblemente surgido de mi devoción por él. Y por ella.

—¡Carga a trescientos! ¡Ya! —gritó alguien provocando que desviara la mirada.

La vi...

<<*Mi Kathia...*>>, me lamenté al tiempo en que su pecho se contraía violentamente para volver a desplomarse en la camilla. Los médicos repitieron la maniobra una vez más incitando que la cabeza de Kathia se desviara hacia mí.

Le habían cerrado los ojos. Tenía el rostro demasiado macilento, con los labios agrietados y emblanquecidos, los mismos que había besado hasta ahogarme en la excitación. Los moratones ahora resaltaban más que nunca, la sangre brillaba demasiado vigorosa.

—Kathia... —jadeé, y levanté mi brazo.

Lo estiré hacia ella. Tenía que alcanzarla. En todos los sentidos en los que se alcanza a una persona. No me importaba a donde fuera, la seguiría, aunque eso me condenara al peor de los infiernos.

Mis dedos estaban al borde de acariciar su frente.

<<*Un poco más...*>>, pensé. <<*Un poco más y estoy contigo, mi amor.*>>

Cristianno. Aquella voz surgió de la nada. No era de este mundo. Cerré los ojos.

—Fabio... —siseé sin apenas aliento.

Y supe que si volvía mirar a Kathia, la vería despertar. Era una certeza tan grande como el amor que sentía por ella. Cogí aire y me preparé para el efecto que su mirada gris producía en mí.

—¡Estabilizar! —Volvieron a gritar los doctores.

Empecé a llorar, porque cuando la miré, Kathia ya lo estaba haciendo de antes.

Esa sonrisa débil que me mostró, me entregó la vida.

*Soy Roma.
Soy esa grandeza que habita en cada uno de vosotros.*

TRES MESES DESPUÉS

Mauro

Una fuerte capa de humo ennegrecida me impedía respirar. Taponaba mis fosas nasales, oprimía mis pulmones. Arrastraba un aroma nauseabundo a pólvora y madera quemada. Pero curiosamente no me nublaba la vista.

Enfrente, a unos dos metros de mí, Cristianno agonizaba sobre el cuerpo moribundo de Kathia. Ambos empapados con la sangre que esta había perdido.

Estiré un brazo y deseé poder encontrar las fuerzas para arrastrarme por el suelo e ir hacia ellos; tenía que hacer algo por salvarles, no podía dejar que murieran delante de mí.

Entonces... alguien sonrió. Toda mi piel se estremeció de miedo. Y, aunque no quise hacerle caso, supe qué vendría a continuación.

Alessio apareció sujetando una pistola. Me guiñó un ojo antes de apuntar a la cabeza de Cristianno con el arma.

—Despídete de tu compañero, *hijo mío* —dijo jocoso antes de presionar el gatillo. Aquel ruido atronador se entremezcló con mi grito desgarrador.

Y desperté.

Me incorporé en la cama como un resorte, notando la delgada capa de sudor pegada a mi pecho desnudo mientras estrujaba las sábanas entre mis manos. Jadeaba e incluso temblaba. Siempre que eso sucedía tardaba al menos unos minutos en volver a controlar mis constantes.

Esa maldita pesadilla se había repetido desde hacía semanas. Una y otra vez. En ocasiones incluso me robaba el sueño y ni

siquiera los somníferos me ayudaban a recuperarlo.

Coloqué los pies en el suelo y me froté el cabello al tiempo en que recobraba el aliento. El sol entraba por los ventanales de mi habitación dándole un tono dorado al entorno. Eché una rápida ojeada hacia el otro extremo de la cama, pero, como había supuesto, Giovanna ya no estaba ahí.

A lo lejos, el agua de la ducha caía. Y eso me hizo sonreír. Me alegró saber que le había ahorrado el momento de verme de nuevo en la tesitura de recrear mis tormentos; ella también los arrastraba, a su manera. En realidad, todos teníamos algo que nos atormentaría de por vida.

Habían pasado unos tres meses desde que todo había terminado. Las primeras semanas fueron puro desconcierto. Tuvimos que dar muchísimas explicaciones, no solo a la prensa, sino también al estado. Situación que pudimos controlar excelentemente gracias al cargo de alcalde de Roma que se le había asignado a Silvano. Su gestión de rehabilitación ayudó a calmar los comentarios más odiosos y a convencer a los más escépticos; tanto que a nadie le importó que mi tío decidiera agotar la legislatura que debería haber cumplido Adriano Bianchi. Seguramente hasta repetiría.

Ahora mi familia vivía momentáneamente en la que había sido la mansión de la familia Carusso. La explosión que había provocado la muerte de Alessio destrozó las tres últimas plantas del edificio Gabbana haciendo que el inmueble completo corriera peligro. Y, teniendo en cuenta la zona en la que estaba ubicado, que hubiera un derrumbamiento podría provocar daños muy duros. Así que sería una obra que llevaría meses.

Vivir en la mansión había sido idea de Enrico y Sarah. Allí había espacio suficiente (demasiado quizás) para albergar a toda la familia y además daba mayor privacidad de cara a la prensa y a los curiosos. Pero en mi caso, la estancia fue limitada.

Hacía poco más de seis semanas que nos habíamos traslado a vivir a la casa de Prati que adquirí para Giovanna. En realidad, era

demasiado pronto para nosotros el dar un paso como ese, pero jamás fuimos una pareja normal. Ella no tenía donde ir y yo no estaba dispuesto a alejarme de ella, así que no se me ocurría mejor forma de empezar una vida juntos. De hecho, nos habíamos adaptado increíblemente bien.

Aunque esa extraña sensación neófita, que ahorra placer y aumenta el desconcierto, seguía pululando en el ambiente. A veces, Giovanna temía. Y lo manifestaba ante cosas tan sencillas como ignorar las ganas que tenía de regresar al instituto.

Sobre el tocador, la carpeta con los documentos que tenía que entregar al colegio San Angelo todavía estaban sin rellenar.

Me dirigí al baño y entré con sigilo sabiendo que me toparía con el cuerpo desnudo de mi novia bajo el agua de la ducha. Sus curvas se reflejaban en el cristal cubiertas de vaho y humedad. Siempre que la observaba de aquella manera notaba una fuerte presión en el vientre, una extraña necesidad.

Me acerqué a ella desprendiéndome de la ropa interior y abrí la mampara.

—¡Mauro! —Un gritito—. ¡Voy a tener que ponerte un cencerro! ¡Me has asustado, imbécil! —Exclamó Giovanna con el cabello a medio enjabonar.

—Yo también te quiero, cariño. —Terminé de entrar en la ducha, la cogí de la cintura y capturé su boca.

—Buenos días —jadeó ella.

—Humm, eso está mejor. —Y escondí la cabeza en su cuello más que dispuesto a pasar a la faena. No sería la primera vez que aquella bañera era testigo de cómo hacíamos el amor.

—Eres un guarro —sonrió al notar mi excitación.

—No te equivoques. —La miré arrogante—. No es guarro, sino ardiente.

—¿No tuviste suficiente anoche?

—Que poco me conoces, Carusso.

Continué con mis movimientos, besando su cuello, acariciando sus pechos. Pero Giovanna no iba a dejarme pasar de ahí.

—Estate quieto. —Me apartó—. Tenemos muchas cosas que hacer y apenas tenemos tiempo.

Cierto. Debíamos organizar un viaje a Japón...

—Ni siquiera uno rapidito.

—No. Enjuágame el cabello, anda. —Me estampó su bonita mata de pelo enjabonado en toda la boca al darme la espalda. Fue como un guantazo, pero con divertida elegancia.

—Sí, jefa —sonreí. Esa chica era una traviesa. Comencé acariciando su cabello mientras el agua arrastraba el jabón. Giovanna había inclinado la cabeza y cerrado los ojos, estaba disfrutando del momento. Creo que aquel era un buen momento para hablarle—. He visto los documentos de la renovación de la matrícula sobre el tocador. Ni siquiera están escritos.

Lo dije con una entonación casual. No quería que se sintiera acorralada. Sin embargo, se le tensaron los hombros.

—Ah, no —tartamudeó.

—¿Por qué? —Yo seguí a lo mío, haciéndome el loco.

—No he tenido tiempo.

—Mentirosa —le susurré jocosamente al oído—. El plazo de entrega termina en dos días. Mi primo, Kathia y los demás ya los han entregado. Y yo también.

Cualquiera no volvía al instituto después de la reja que nos había dado mi abuela (ayudada en exceso por mi encantadora tía). Así que volveríamos a repetir el último curso; exámenes, deberes, madrugones... Fiestas, copiar, hacer novillos. Si lo pensaba de ese modo, empezaba a gustarme.

—Así está bien —admitió ella al ver que terminaba de enjuagarle—. Gracias.

—Giovanna... —la detuve al ver que pretendía marcharse.

—¿Vas a obligarme a decirlo en voz alta, Gabbana?

No, ya sabía lo que se pasaba por su mente. Darle voz a ese pensamiento nos haría daño a ambos. Ella creía que se aprovechaba de mí, que estaba conmigo porque no le quedaba nada, pero eso era la mayor mentira que pudiera existir. No había

razón para decírmelo, yo ya lo sabía. Todo el mundo se había dado cuenta de ello.

—Te lo he dicho —mascullé—. No estás sola, no tienes por qué abandonar tus pretensiones.

—¿Y si esto se acaba?

—¡No tiene por qué acabar! —Alcé la voz. Me molestaba que creyera que si terminaba me lo llevaría todo conmigo, concluiría con la poca estabilidad que ella hubiera podido conseguir—. Y si terminara, me encargaría de darte todas las oportunidades necesarias para que pudieras continuar tú sola. —Esa era la única verdad, joder.

—¿Harías eso por alguien que quiere alejarse de ti o que ni siquiera amas?

Apreté los dientes.

—¿Por quién coño me tomas, Giovanna? ¿Qué clase de monstruo crees que soy?

—Lo siento —suspiró ella, con la mirada bastante húmeda.

Lo último que quería era hacerla llorar. Me hirió ver su fragilidad tan expuesta. Sabía perfectamente qué clase de chica era. Giovanna no se doblegaba, era fuerte y resistente. Podía salir adelante ella sola. Pero temía por mí, por no saber cuánto podía durar aquello.

—Cariño, escúchame. —Le empujé con delicadeza hacia el interior de la ducha—. No se trata de medir el ego, ni recompensar tu muestra de lealtad. —No nos debíamos nada—. Se trata de formar una vida, de caminar juntos hacia una misma dirección. Yo quiero vivir esa aventura contigo. Estoy dispuesto. —Todo dependía de ella. Me acerqué a su oído—. Y si se acaba... Esta es tu casa.

Giovanna contuvo una exclamación al tiempo en que sus dedos se clavaban en mi pecho.

—Pero yo no quiero que termine.

—¡Gracias! —Exclamé antes de sonreírle y alcé las cejas—. Creí que me estabas dejando.

Eso la hizo reír.

—Gilipollas. —La besé.

—Entrega esos documentos, ¿entendido?

—Está bien —aceptó. Y un instante más tarde frunció el ceño antes de mirar hacia abajo—. ¡Oh! ¡¿Otra vez?!

En efecto, el *pequeño* Mauro también quería participar.

—¡Me he emocionado, ¿vale?! ¡Soy un chico de sangre caliente!

—Guarda a tu amiguito de una maldita vez. —Me empujó y salió de la ducha.

—¿En serio vas a dejarnos así? ¿No se te remueve la conciencia? —Me ignoró por completo mientras se colocaba el albornoz—. ¡Giovanna!

—¡Mastúrbate! —La oí gritar y eso me produjo una carcajada.

Terminé de ducharme y me dirigí al vestidor cuando de pronto escuché la voz de mi madre; hablaba con Giovanna en la cocina.

Tragué saliva incapaz de moverme. Había estado con ella miles de veces desde su regreso a Roma. Realmente no había sentido que nada hubiera cambiado entre los dos, seguía siendo la reina de mi vida. Sin embargo... ambos teníamos una cuenta pendiente. Una explicación que acordamos tácitamente comentar cuando ella estuviera preparada. No le había exigido nada, no le había impuesto nada; había decidido esperar. Porque se lo debía, por el respeto y el amor que le tenía tanto a ella como a mi... padre. Fabio.

Pero esa mañana sentí que la espera había terminado.

Bajé indeciso. No, nervioso. Así era. Estaba muy nervioso. Sabía que, en cuanto la mirara a los ojos, confirmaría mis sospechas.

Conforme me acercaba, las voces de mi novia y mi madre se hicieron más fuertes. Me tentó esperar un poco más porque me pareció extraordinario el modo en que se hablaban.

—¡Oh! ¿Quieres un café, Mauro? —Giovanna fue la primera en verme.

—Sí, gracias —dije—. Hola, mamá.

Ella me sonrió como si acabara de toparse con algo realmente bello. Tuve unas ganas locas de lanzarme a ella y darle un abrazo.

—Hola, cariño.

—Aquí tienes. —Giovanna dejó una taza de café sobre la mesa —. Iré a vestirme. Te veo después, Patrizia. —La besó en la mejilla.

—Hasta luego, cielo.

Mentiría si no dijera que el silencio que le siguió a la marcha de Giovanna no fue incómodo. Ni siquiera tuve valor de tomar un sorbo de mi café. Nunca habíamos experimentado algo así.

—Me gustaría que me acompañaras a un lugar —dijo.

—Por supuesto.

Mi madre detuvo su bonito Porsche negro frente a la verja principal del cementerio. Al desviarnos por Tiburtina, ya me había imaginado a donde se dirigía, pero no esperé sentirme tan inquieto.

Ella todavía no había soltado el volante. Me dio la impresión de que en cualquier momento arrancarían y saldríamos de allí. Miraba al frente tras sus gafas de firma mientras un pañuelo rojo oscuro le enmarcaba la cara. Vista desde mi posición, Patrizia Nesta parecía una elegante dama italiana del siglo pasado.

Apoyé mis dedos en su mano e hice un poco de presión para indicarle que no estaba sola. Que fuera lo que fuese lo que íbamos a hacer allí, estaría con ella.

Mi madre sonrió, cogió aire y salió del coche.

La seguí. Fui tras de ella todo el tiempo hasta que me detuve al ver como abrían el panteón Gabbana. Entró tímida, sabiendo que yo me quedaría un poco rezagado, que le daría esa extraña intimidad que quizás necesitaba.

Y agaché la cabeza, porque mirar hacia la tumba de Fabio me resultó mucho más duro de lo que esperaba. Dentro de aquel sarcófago de piedra maciza descansaba el cuerpo de mi padre. Pero no fui el único allí que se sintió conmovido. A mi madre empezaron a temblarle las manos.

—Hoy hace veinticinco años del momento en que miré a Fabio y el suelo pareció moverse bajo mis pies —confesó dejándome completamente sobrecogido. Era 8 de julio—. Íbamos a celebrar el cumpleaños de mi padre en Villa Flora. ¿Recuerdas dónde está?

—Claro qué sí. —Era una enorme casería que mis abuelos maternos tenían cerca de la reserva natural de Castelporziano. Lugar que mi familia siempre aprovechaba para visitar durante el verano.

—Estaba acostumbrada a esas reuniones —continuó—. Me encantaban... —Porque para ella la familia lo era todo.

Ese día llevaba un vestido amarillo claro con finas líneas horizontales blancas y una cinta atada al cabello. Me contó que al verse en el espejo se sintió satisfecha porque era una prenda que había comparado en invierno y todavía no había podido estrenar. Patrizia era así de coqueta; faceta que, desde luego, volvía loco a más de un chico.

Ella era consciente de ello, sin embargo lo ignoraba porque estaba más pendiente de contener ese carácter explosivo que la definía y que tantos quebraderos de cabeza le daban a sus padres; bueno, a día de hoy, todavía lo conservaba.

Ayudó a cocinar, compartió secretitos con su grandísima amiga Graciella e incluso tuvo tiempo para discutir con uno de sus primos.

—¡Si pretendes ser una señorita de la aristocracia, tienes que dejar de comportarte como un camionero! —La había gritado su madre sin hacer ni una maldita referencia al hecho de que, si Patrizia había perdido los nervios, era porque su puñetero primo le había levantado la falda delante del resto de chicos.

Por entonces, a una niña de casi dieciocho años, enseñar las braguitas podía suponerle un trauma, joder.

Llena de furia, echó a correr hacia el jardín justo cuando los Gabbana llegaban a la casería. Y se detuvo a tiempo de ver como un Fabio de veinte años bajaba del coche y se la quedaba mirando con una fijeza sobrecogedora.

Le conocía bien, a todos, se habían criado juntos. Habían ido al mismo colegio, compartían el mismo grupo de amigos. A veces, incluso dormían unos en la casa de otros.

Sonreí con timidez y fruncí el ceño al darme cuenta de que la pausa que había hecho mi madre era mucho más larga de lo normal. Seguramente su mente había volado al recuerdo que tenía de ese momento.

Me acerqué con sigilo y coloqué una mano en la parte baja de su espalda.

—Mamá... —dije bajito. Y ella me sonrió antes de negar con la cabeza.

—Me miró como si no existiera nada más —murmuró—. Fue tan intenso que incluso me sentí desnuda. —Lejos de considerarme avergonzado, noté la nostalgia penetrando en mí tras surgir de su voz.

Me confesó que Fabio fue incapaz de apartar la mirada y que ella jamás había sentido un calor tan agudo en el vientre. Hasta que recapacitó y echó a correr de nuevo. No comprendía que aquello pudiera ocurrirle con una persona que prácticamente consideraba su hermano.

Ni tampoco imaginó que Fabio la seguiría y que se pasarían horas riendo y hablando de mil cosas distintas mientras caía el atardecer de Castelporziano. Se perdieron la comida porque prefirieron perderse el uno en el otro.

Más tarde, cuando su madre dio con ellos, hubo una fuerte discusión y Patrizia terminó aislada en su habitación sabiendo que la madrugada sería eterna; no dejaría de pensar en el menor de los Gabbana.

Ese momento definió lo que iba a ser el amor de sus vidas.

—Me besó por primera vez en la Noche Vieja de ese mismo año —comentó algo avergonzada—. Recuerdo que discutí con él sin motivos —sonrió.

Estaba enfadada porque habían pasado varios meses sin verse, y es que Fabio, por aquella época, cursaba tercero de Bioquímica

en Oxford y tan solo volvía a Roma por vacaciones. Pero estuve acertado al suponer que eso no era lo que verdaderamente la enfadaba. Patrizia llevaba tres meses comprometida con Alessio.

—Le reproché el haberse ido sin pedirme que le esperase. —Acaricié la piedra del sarcófago—. Era muy tímido, no solía hablar de sus sentimientos, por eso se mantuvo callado, y eso me enfadó mucho más. Le empujé, le golpeé... Y entonces él me besó... —Se ruborizó antes de acariciar sus labios con la punta de los dedos—. Supongo que puedes imaginar el resto.

No consumaron esa noche, pero sus bocas no pudieron dejar de tocarse.

—¿Por qué? —pregunté sin más y ella cogió aire.

—Ya era demasiado tarde para echarse atrás. Mi padre estaba realmente encantado con Alessio. En realidad, él era un buen chico, o al menos eso me parecía.

Resoplé indignado.

—Joder, Fabio pudo haber hecho algo... —Podría haber luchado si ella era la mujer que amaba, maldita sea.

—¿Y herir a su hermano? —Mi madre supo qué tono emplear para enmudecerme—. Mauro, cariño, Fabio era leal...

—Eso lo sé muy bien. —Casi gruñí. Deseé que lo hubiera sido un poco menos, de ese modo quizás ahora no habría estado frente a su tumba.

—Pues entonces siquiera deberías plantearte lo contrario. ¿Serías capaz de traicionar a Cristianno por el hecho de estar enamorado de la misma mujer que él?

Apreté los dientes. ¿Cómo iba yo siquiera a plantearme algo así?

—Jamás...

—Nuestros primeros años de matrimonio fueron felices...

Ciertamente, nunca dejaron de amarse, solo que ambos prefirieron mirar hacia otro lado ahora que sus vidas estaban ligadas a las de otros; Fabio también se había casado.

Pero ninguno de los dos pudo resistirse a caer de nuevo. Y esa vez cayeron de verdad, en todos los sentidos. Fueron amantes

durante casi un año, hasta que Patrizia quedó embarazada, de mí. Ese fue el detonante de todo. Hablaron, decidieron que era momento de empezar una vida juntos, que estaban cansados de guardar las apariencias y de desearse en la distancia.

Todo estaba preparado y perfectamente decidido. Sin embargo un buen día, Fabio desapareció sin decir nada. Ya sabía esa parte de la historia, sabía que Alessio le había amenazado con mi integridad, Cristianno me lo había contado. Pero aun así me impactó oírlo de nuevo desde el punto de vista de mi madre.

Ella, en su intimidad, había llorado su ausencia, se había sentido vacía. Y, aunque yo sabía que Alessio también había amenazado a mi madre, no pude evitar preguntar.

—¿Por qué no le odiaste? —Refiriéndome a Fabio. Refiriéndome a la aparente poca resistencia que puso.

—Porque sabía que Fabio jamás habría actuado así de haber podido decidir —dijo con tremenda seguridad—. Era su vida o la tuya... No hay nada que pensar.

—Esa es una carga para mí... —Pensé en voz alta. Y es que si yo no hubiera existido, probablemente habrían tenido alternativa.

—¿Crees que me arrepiento? —Mi madre frunció el ceño.

—No, pero de no haber tenido esa presión, quizás...

—No voy a tolerarte que digas algo así, ¿me has oído? —espetó cogiéndome de la barbilla—. Le amé y le perdí, pero tengo ante mí el mejor regalo que hubiera podido dejarme. Volvería a vivir lo mismo una y otra vez.

Sentí una extraña opresión en la garganta que me invitó a derramar unas lágrimas. Pero preferí abrazar a mi madre.

—Cariño, él te adoraba... —me susurró al oído.

—Lo sé, mamá —murmuré mirando el nombre de mi padre grabado en la piedra—. He sentido ese cariño.

Solo que me hubiera gustado poder disfrutarlo de otro modo.

Eh, Fabio, me debes una vida. Tienes que compensarme por todo el tiempo en que no he podido disfrutarte como mi padre. El

tiempo en que no he podido cobijarme en ti, aprender de tu sabiduría o simplemente alardear de ser tu hijo.

Trata de mirarme bien, daré todo por hacer que te sientas orgulloso de mí, por pensar que mereció la pena lo vivido para dejar un pedazo de ti mismo en este mundo.

Así que más te vale esperarme allí arriba. Quiero bromear contigo sobre lo joven que pareces a mí lado. Y sentarnos juntos para deleitarnos con las vistas de ese horizonte que ampara el lugar en el que estás.

Soy tu halagada descendencia. Soy ese hijo que tanto deseaste y que apenas te dejaron disfrutar. El mismo que ahora te dice: Te quiero muchísimo, papá.

Sarah

Respiré.

Y volví a sentir esa catarsis que se producía en mi interior cada vez que llevaba a cabo tal maniobra. Sucedió cuando estaba a solas conmigo misma, cuando mi fuero interno no se veía entretenido por la belleza de lo que nos rodeaba.

El aire entraba libre por mi garganta y llenaba mis pulmones con delicadeza. Podía parecer una estupidez, pero había aprendido a respirar de nuevo, y me gustaba el efecto que me causaba.

Era casi tan deleitante como las suaves caricias de Enrico sobre mi piel. Y se triplicaba su efecto si miraba hacia el hueco, ahora vacío, que había junto a mí en la cama.

Enrico dormía en él... y todavía, después de varias semanas, seguía sorprendiéndome que su aroma estuviera tan impregnado en las sábanas. Se había convertido en algo extraordinariamente habitual.

Cerré los ojos y acaricié el hueso de mi clavícula mientras le imaginaba. Era mi hombre, era solo mío y ahora nada podía separarme de él. Esa certeza me apabullaba y encendía. Latía en mi interior del mismo modo en que latía el corazón de nuestro hijo.

Tragué saliva y me incorporé. Si pensaba demasiado en mi actual realidad, me costaba conciliar el sueño; al menos hasta que Enrico regresaba, y no estaba segura de cuánto tiempo podía tardar.

Los últimos días había tenido bastante trabajo y llegaba tarde a casa. Debía organizar la oficina para que todo estuviera bien cubierto durante su ausencia. Ciertamente, se percibía una extraña

euforia en cuanto a ese tema, porque toda la familia viajaríamos a Japón.

Noté un latigazo de emoción al pensar en ello. Todo lo que tuviera que ver con mi vida junto a las personas que adoraba, le daba un toque de fascinante conmoción. Quizá porque me parecía cautivador el hecho de estar viviendo junto a todos y cada uno de ellos bajo el techo que una vez amparó tantísima maldad.

Los Gabbana tenían ese don, portaban consigo esa armonía familiar allá donde fueran. Y te absorbía hasta el punto de hacerte formar parte activa de ello. Yo ya era una más, y no podía sentirme más orgullosa.

La mansión Carusso... Mejor dicho, esa formidable residencia, rodeada de una extensísima intimidad, ahora nos pertenecía; y me refería a ello en plural porque todo lo que fuera mío, también era de ellos.

Me gustaba levantarme por las mañanas y compartir el desayuno con Ofelia, Graciella, Patrizia e incluso Antonella y sus chicas. Hablar hasta tarde con mi Kathia y Ying, bromear con Cristianno sobre la torpe seriedad de Diego. Divagar con Silvano o Valerio, disfrutar de la sabiduría de Domenico. Esas tardes en las que llegaban los chicos y organizábamos una velada improvisada. O los días, en los que, sin saber cómo, terminábamos en el jardín jugando como críos; increíblemente, Enrico participaba. Y yo me asfixiaba de la risa por los comentarios de Daniela al ver como su chico se pasaba de bruto o como Giovanna contenía la excitación que le despertaba Mauro con cualquier cosa que hiciera.

Todos compartíamos un recuerdo desagradable; el mismo que casi nos arrebatara la vida de alguno de los nuestros. Siempre tendríamos presente los hechos que una vez nos encogieron el corazón y nos hicieron llorar y formarían parte de nosotros. Pero resultaba que todo el dolor vivido había merecido la pena y tenía recompensa. Esa rutina era buena prueba de ello.

Estiré los músculos de mi espalda y me levanté de la cama. Era más de medianoche y todo el mundo dormía. Quizás por eso me

sorprendió escuchar una sonrisilla lejana al salir a la terraza.

Desde mi perspectiva, pude ver a Valerio sentado a los pies de la hamaca donde Ying permanecía cómodamente tumbada. Ella reía porque él era incapaz de decir en condiciones una palabra en chino. Y, como sabía lo mal que se le daba el idioma, pero lo mucho que se estaba esforzando en aprenderlo, sonreí. Ying había encontrado en Valerio esa persona por la que darse una oportunidad a sí misma. Todavía estaba atrapada en sus traumas, todos sabíamos lo mucho que le costaría pasar página, pero luchaba y se dejaba ayudar.

Poco a poco, se daba cuenta de los sentimientos que el Gabbana tenía hacia ella y empezaba a notar lo recíprocos que eran.

De pronto, una puerta que se abrió para volver a cerrarse. Suspiré. Alguien acababa de entrar en la habitación y no tardaría en sentirle pegado a mí.

Las manos de Enrico empezaron acariciando el filo de mis caderas y lentamente rodearon mi cintura hasta envolver mi vientre. Tragué saliva y eché la cabeza hacia atrás apoyándola en su hombro. Notaba su pecho pegado a mi espalda, percibía a la perfección esa necesidad que tenía de mí mezclándose con la que yo tenía de él.

—¿Has cuidado de mi chico? —me susurró dejando que su aliento resbalara por mi cuello.

Tras llegar al cuarto mes de gestación, ya sabíamos que nuestro hijo iba a ser un niño. Nos lo habían dicho hacia dos semanas. Nunca podría olvidar el momento en que Enrico apretó mi mano y, sin apartar la vista del monitor donde se mostraba la silueta del bebé, pronunció el nombre de su primogénito.

Fabio.

Mi respuesta fueron unas lágrimas de alegría.

—Sí, pero tenía muchas ganas de verte —sonreí dándole un beso en la mejilla.

—¿Tantas como la madre?

—Quizás un poco menos.

Reímos y después Enrico se colocó frente a mí y capturó mi boca con la suya con esa parsimonia que tanto me enloquecía. Era brutal el modo en que ese hombre me atrapaba. Dios, le quería tanto...

—Sé que es tarde para pedirte esto —murmuró con su frente sobre la mía—, pero necesito que vengas conmigo.

—Está bien... —jadeé.

No me extrañó su petición, ni tampoco que quisiera llevarla a cabo a esas horas de la madrugada. Empezaba a conocerle demasiado bien y sabía que había llegado el momento de abrasarme con las reservas de Enrico Materazzi.

—¿No vas a preguntar nada? —preguntó.

—¿Quieres que lo haga?

—Deberías. —Probablemente llevaba razón—. Cabe la posibilidad de que no te guste lo que vas a ver.

—Tus secretos. —Tan protagonista como los sentimientos que compartíamos el uno por el otro.

—Mi infierno. —Un gruñido.

Me alejé un poco de él y cogí su cara entre mis manos.

—Te equivocas. *Nuestro bello infierno*. Llévame hasta allí.

Enrico

Fue repentino.

Al ver como mi despacho en la comisaría general se sumía en la oscuridad tras apagar las luces, supe que había llegado el momento de hacer lo mismo con mis propios demonios.

Mantenerlos despiertos era una tontería. Ya todo había terminado. La ciudad nos pertenecía, nos respetaba y entendía, teníamos prácticamente el control de todo el país. Silvano era alcalde, mi familia y todos nuestros aliados estaban a salvo y completamente reubicados. Y mi hermana compartía su vida con un hombre excepcional.

Todo lo demás eran detalles sin importancia perfectamente controlables.

Atrás quedaba el momento en que la sangre de Kathia resbalaba por mis manos mientras le practicaba un masaje cardíaco. O los gemidos agonizantes de Cristianno al ver cómo la vida de la mujer que amaba se escapaba bajo mis piernas. Bajo mis lamentos.

Había estado tan cerca de perderlos a los dos en una misma noche...

Atrás quedaban los llantos de histeria, el miedo, la resignación, el desconcierto. Las luces del quirófano, el aroma a sangre y pólvora, el sonido de las descargas.

Esos eran recuerdos que permanecerían en mi memoria. Hasta mi último aliento. Al igual que el resto de situaciones que habían definido mi vida.

Sin embargo, ya no era necesario que esas circunstancias sirvieran de alimento al odio que desprendía las heridas de mi alma. Eso formaba parte del pasado, había cumplido con mis propósitos. Todos ellos. Sin excepción.

Sí, había llegado el momento de emprender una nueva travesía. Y Sarah se había dado cuenta casi tan bien como yo. Por eso no se sorprendió al llegar al aeródromo de Ciampino, ni al subir a un jet privado en mitad de la madrugada para atravesar medio país. No mencionó palabra en todo el trayecto. Tan solo miraba por la ventanilla y respiraba profundo cada pocos minutos mientras sostenía mi mano.

Me tentó preguntarle, insistirle en que me contara lo que se paseaba por su mente, pero era de sobra evidente. Se estaba preparando para lo que yo pudiera contarle, con todas las consecuencias. Hecho que me estremeció hasta resultarme imposible poder permanecer dentro de mi cuerpo.

Pero, de pronto, dejé de pensar en ello y me concentré más en la enormidad de mis sentimientos por aquella mujer.

Cuando la conocí en Tokio, esa noche dejó de ser una cualquiera para convertirse en el momento más excepcionalmente asombroso que experimentaría jamás. Con solo una mirada suya enseguida supe que había sido atrapado por completo. Sin embargo no imaginé que llegaría a compartir tal cohesión con ella. Habíamos llegado al punto de entendernos a la perfección sin necesidad de hablar.

Volví a mirarla. Se había quedado dormida en una pose en la que su vientre se marcaba un poco más de lo normal. Empezaba a notársele la prominencia; allí dentro se estaba gestando la vida de mi hijo.

Aterrizamos en Milán con mi mano sobre su barriga y mis ojos devorando su tranquila belleza. Eso despertó a Sarah y se removió intimidada en el asiento. Sonreí, me gustaba causarle aquel descontrol.

Al bajar del jet, nos esperaba un vehículo. Me despedí del chófer y tomé asiento frente al volante en cuanto supe que Sarah ya estaba en el interior. Salí de allí, todavía en silencio.

—¿Y ahora? —pregunté mientras atravesábamos la ciudad.

—¿Te incomoda tanto silencio? —Me entraban unas ganas locas de reír cuando Sarah se hacía la arrogante. Esa faceta no era nada suya.

—Me incomoda que estés conjeturando —admití y ella mordisqueó uno de sus nudillos.

—En realidad estaba pensando en apuntarme a clases de ganchillo con Ofelia. —Alcé las cejas, incrédulo—. No me gusta en absoluto, pero creo que sería divertido.

—¡Ja! Ganchillo, eh —bromeé y no esperé que ella se acercara tanto a mí.

—Ganchillo —susurró convirtiendo aquella simple palabra en algo completamente erótico. Sentí un latigazo en la ingle.

Me mordí el labio y resoplé una sonrisa mientras Sarah regresaba a su asiento con gesto pícaro. De no haber sido por el motivo por el que estábamos allí, habría detenido el coche y habría colocado su cuerpo a horcajadas sobre el mío. Le habría hecho el amor de una manera un poco salvaje, murmurándole delicadas indecencias al oído.

Pero me contuve y suspiré tratando de volver a la conversación.

—Mientras no me hagas ir al trabajo con alguna prenda. —Sarah me dio un golpecito en el brazo.

—No desprecies mis muestras de amor —se quejó.

—Preferiría que me quisieras un poco menos.

El interior de aquel vehículo se llenó con nuestras sonrisas antes de que la verja de aquella explanada asomara ante nosotros.

Habíamos llegado a nuestro destino.

Detuve el coche y apreté el volante.

—Gracias. —Un gemido.

—¿Por qué?

La miré.

—Por ponérmelo tan sencillo... —Tragué saliva y volví la vista hacia el lugar donde debería haber estado mi casa de no haber ardido una madrugada de junio—. Hace mucho que no vengo a este lugar.

Bajamos del vehículo y nos acercamos a la verja. Yo sabía que Sarah empezaba a atar cabos, pero terminó de confirmarlo todo cuando vio la placa de cerámica que había pegada en uno de los muros.

Materazzi.

Contuvo un gemido.

—Era la casa de tus padres. —Me pareció más un pensamiento dicho en voz alta que un comentario.

—Así es... —Cogí aire al abrir la verja y entrar en el perímetro.

—Enrico...

—No hablaré de las traiciones. —La interrumpí. Sarah no quería ver cómo me hería a mí mismo—. De eso ya estás bien informada. Tan solo... —Dudé—...necesito contarte aquella noche. —Y de pronto noté como unos dedos se enredaban con los míos.

Disfruté unos segundos del contacto antes de adentrarme un poco más en el terreno.

Habían retirado los escombros del que una vez había sido mi hogar y, en su lugar, se había plantado nueva hierba y unos árboles que resultaban intimidantes en la oscuridad.

Jamás se edificaría de nuevo en aquel terreno. Por muy codiciada que fuera la zona, aquella enorme explanada se quedaría vacía de por vida, representando el santuario de mi familia biológica.

Caminé hacia los árboles sabiendo que Sarah me seguía de cerca.

—Ken Takahashi me dijo una vez que en Japón algunas familias tiene por costumbre plantar un árbol cuando fallece un ser querido —expliqué sorteando los troncos—. Así se aseguran de que su alma siempre esté con ellos. Recuerdo que me quedé muy callado y miré a Fabio.

Este me regaló una sonrisa. Había entendido bien lo que se me había pasado por la cabeza. Una semana después había diecisiete árboles plantados en la llanura. Cinco representando a los componentes de mi familia, uno en honor a nuestro perro y once representando al servicio.

—Este es mi favorito... —Señalé el tronco de uno de los árboles—. Simboliza a mi hermana Bianca.

Lentamente, al ritmo suave de mis palabras, me dejé absorber por mi pasado.

Aquel 22 de junio me caí por las escaleras del jardín principal al ver como mi hermana se bajaba de su coche. Me hice dos brechas en las rodillas y un pequeño corte en el labio. Pero ni eso ni las histéricas carcajadas de mis hermanos Ricciardo y Enzo me importaron.

Solo podía pensar en llegar hasta ella. Bianca.

Llevaba cuatro meses sin verla, no había pasado un día en que no maldijera su bonita ambición de estudiar medicina en Berlín, porque ello provocaba estar lejos de ella. Bianca era la mayor. Tenía diecinueve años y se describía con una personalidad «revolucionaria». Solía llevar su cabello rubio trenzado, quizás por eso me sorprendió que luciera una melena tan corta.

—¡Enrico! —Exclamó y enseguida echó a correr en mi busca—. Vosotros dos, callaos de una vez. —Le reprendió coqueta a nuestros hermanos.

Y yo les miré presuntuoso y me reí de ellos sabiendo que no tardarían en seguirme. Nos divertíamos muchísimo juntos.

—¡Oh, Dios mío, estás sangrando! —Volvió a exclamar Bianca.

—¿Dónde están tus trenzas? —protesté—. No me gusta ese peinado.

—Yo también te he echado de menos. —Fue su forma de quejarse por la bienvenida.

Me lancé a ella y le di un abrazo. Pero noté algo extraño en su cuerpo. Bianca siempre había sido bastante menuda, me extrañó su corpulencia. Aun así, me pudo más la sensación cautivadora de su contacto.

—Vamos, te curaremos eso —me sonrió.

Un rato más tarde, mostraba mis heridas de guerra a mis hermanos mientras Bianca saluda a nuestros padres. Sin embargo, no fue una bienvenida cálida. Desde el salón, podíamos escuchar a la perfección la discusión entre mi madre y mi hermana.

—¡Es una locura! —Gritaba mi madre—. ¡Ni siquiera estás casada! Además, ¿quién es ese Dani?

—Se llama Dennis, mamá, y hablas como si estuviéramos en el siglo pasado. ¿Qué tiene de malo?

—¡Leonardo, ¿estás escuchándola?!

—Prefiero ignorar las estupideces. —La voz robusta de mi padre le dio seriedad al asunto—. Hablaré con el doctor.

—No voy a abortar, papá —se quejó mi hermana y a mí me costó deducir el significado de esa palabra. Por eso miré a Ricciardo.

—Bianca va a tener a un bebé —me susurró con paciencia, pero para entonces mi respiración ya se había contenido.

Mi hermana dio un portazo y salió de nuevo al jardín. La vi tomar asiento en las escaleras y enterrar la cara entre las manos con mucha exasperación. Me dirigí allí con sigilo.

—¡Ey, pequeñajo! —Advirtió forzándose en cambiar el gesto—. ¿Qué haces ahí? —Fui hasta ella y me senté entre sus piernas—. No creces ni a tiros, colega.

—No tengo prisa en hacerlo —dije preocupado porque mi cuerpo pudiera herir al bebé que había en su vientre.

—¡Bien dicho!

Me di la vuelta y la miré de frente.

—Si tienes un bebé, ¿podré seguir viéndote?

No quise disimular el miedo que me producía alejarme de ella. Bianca era la persona más preciada para mí.

—¿Pero qué dices, Enrico? —Me abrazó—. ¡Claro qué sí! Tú eres mi favorito, lo sabes.

—Ese Dennis nunca te querrá como te quiero yo —le susurré al oído, apretándome fuerte contra ella.

La noche cayó y el enfrentamiento entre mis padres y mi hermana no pareció transcender durante la cena. Es más, comentamos anécdotas y nos reímos de las payasadas de Enzo. Aquella fue la primera vez que trasnoché. Por eso al notar el aroma a madera quemada me sorprendió tanto estar en mi habitación. Seguramente mi padre me había llevado hasta allí.

Al colocar los pies en el suelo noté un extraño calor hirviendo en la planta de mis pies. Por el filo de la puerta se colaba un humo grisáceo que me encogió el corazón. A priori, creí que se trataba de una pesadilla muy vívida y me llevé las manos a los ojos. Me concentré en contener los temblores que me producía el miedo, pero el olor a quemado empezaba a asfixiarme. Y escuché un fuerte estruendo.

Gemí y me lancé a la puerta. Tenía que proteger a mi familia, tenía que proteger al bebé de mi hermana. El pomo abrasó mi mano, pero logré abrir la puerta, sin saber que terminaría estrellándome contra la pared. Las llamas me habían empujado y se colaron en mi habitación. Iba a ser imposible salir.

—¡Enrico! —La oí gritar. Bianca—. ¡Enrico, cariño!

—¡Bianca! —Eché a correr—. ¡Bianca!

Me dieron igual las quemaduras que me estaban provocando las llamas del pasillo al atravesarlas. Mi hermana me necesitaba... O quizás yo la necesitaba a ella y por eso corría tan desesperado.

La vi. Estaba junto a la puerta de la habitación de nuestros padres. Se había atado un pañuelo a la cara y espantaba las llamas con una sábana. En ese momento, escuché unos gritos. Alguien se estaba abrasando y me aterrorizó que se tratara de alguno de mis hermanos o mis padres.

El fuego crecía a mi alrededor. Los cimientos de aquella casa se tambaleaban. Íbamos a morir, estaba seguro de ello. Y de pronto un

nuevo fogonazo. Algo se desprendió del techo justo cuando mi hermana me levantó del suelo y me apartó del lugar donde cayeron los escombros. Hubiera sido aplastado si no llega a ser por ella. Pero eso no fue lo que más me importó. Su rostro... Su hermoso rostro, estaba herido. Las ampollas de sus mejillas resaltaban.

—No respires sin esto, ¿de acuerdo? —Se quitó el pañuelo de la boca y lo colocó sobre la mía.

—¿Y tú? —protesté.

—Yo estoy bien.

—Tenemos que rescatar a mamá, papá y...

—Ellos ya están a salvo, cariño. —En realidad supe que me había mentido, pero algo de mí quiso creer esa verdad—. Vamos. Tenemos que saltar.

Me empujó hacia el alfeizar de la ventana. Pero le fue imposible gruñir de dolor. Al tiempo, las llamaradas nos rodeaban, desesperadas por capturarnos; era tan enorme la luz que desprendían que me cegaron. Me aferré con fuerza a los hombros de mi hermana. Ella no iba a decirme que la mitad de su cuerpo se había quedado atrapado en los escombros.

—Tienes que saltar —se esforzó en sonreír.

—No vienes conmigo, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. —Dios mío, la odié tantísimo en ese momento.

—¡Mentirosa! —Aparté sus manos para volver a entrar en la casa. Pero Bianca me retuvo bien.

—Enrico... —gimió ella mientras sus lágrimas se mezclaban con las mías sobre mis mejillas.

—¡No, no, no!

—Lo siento mucho, cariño.

Entonces me empujó y se me cortó el aliento al estamparme contra la hierba humedad de mi jardín.

Bianca me observó con una sonrisa en los labios hasta el último instante. Hasta que las llamas la engulleron.

Sarah se llevó las manos a la boca al tiempo en que yo apretaba los dientes. Había empezado a sollozar al ver que mi mirada también se humedecía mientras mis dedos se clavaban en el tronco del árbol que representaba a Bianca.

—Estuve tres días inconsciente... —murmuré—. Lo primero que vi al despertar fue el rostro de Fabio. No dijo nada y supe que, en cuanto lo necesitara, podría enterrar mi cabeza entre sus brazos. Supongo que por eso rompí a llorar. —Me pellizqué el entrecejo y fruncí los labios creyendo que de esa forma podría detener mi ansiedad—. A partir de entonces fui incapaz de separarme de él.

Súbitamente, miré a Sarah. Fue como si una parte de mí me empujara a aferrarme a la realidad. Temí quedarme atrapado en mis recuerdos.

—No ha habido día en que no tuviera presente ese momento. Él los mató. —No fue necesario mencionarle porque Sarah supo bien que me refería a Angelo Carusso—. Y, por si no fuera bastante, más tarde me arrebató a mi hermana y a Fabio. Todo lo que he hecho, toda mi vida la he dedicado a mi venganza.

Agaché la cabeza, me acuclillé en el suelo y acaricié la tierra.

—Ahora ya podéis descansar en paz —susurré.

<<Ahora ya os he vengado.>>

Sarah se acuclilló frente a mí y me obligó a mirarla cogiéndome de la barbilla.

—Y tú también —musitó y la abracé dejando que mi cuerpo temblara y mis lágrimas cayeran sin tapujos.

Se mantuvo callada, me abrazaba con fuerza y besaba mi sien cada pocos minutos, atándome a ella, atándome a mi nuevo presente.

Me alejé despacio y besé sus dedos antes de esconder mi mano en uno de los bolsillos de mi pantalón. El oro brilló sobre la palma de mi mano un instante antes de que Sarah lo viera.

—Fabio rescató este anillo —jadeé sin apartar la vista de sus ojos grises—. Es lo único que me queda de mi hermana. Ahora quiero que lo tengas tú.

El corazón se me disparó, me latía tan deprisa que creí que se me saldría del pecho. Me oprimía el vientre y me abrasaba en la garganta. Era una emoción tan perturbadora como extraordinaria.

Se lo entregué. Sarah tembló al extender sus dedos.

—Dios mío... —sollozó.

—¿Te atreves a compartir el resto de tu vida conmigo?

Ella sonrió nerviosa entre lágrimas y jadeos.

—¿Tú que crees? —Y resoplé una sonrisa, sincera y nostálgica al mismo tiempo.

—En realidad, yo soy el único que debería estar de rodillas y todo ese rollo... —Sarah se lanzó a mí, tirándonos al suelo, y me besó.

—Te quiero. Muchísimo. —Lo mencionó mirándome a los ojos, volviéndome loco y robándome el poco control que pudiera tener.

—Soy completamente tuyo desde el primer momento, Sarah —le aseguré, frente a frente, manteniendo su cintura pegada a la mía—. Completamente tuyo, mi amor.

Seremos tú y yo

Kathia

Aquella mañana, la primera tras haber mirado a Cristianno bajo las estrellas de un cielo japonés, tuve la certeza de que al despertar todo mi cuerpo estaría bañado por la luz del sol. No sería una sensación inédita, ni tampoco distinta de otras ocasiones. Pero me causó una reacción que cerca estuvo de hacerme llorar. Quizás porque sentí que ese sería el primer día viviendo mi vida exactamente como quería.

Desde luego, en las últimas semanas, había experimentado la calma y lo que era sentirse desprovista de miedo y dolor, aunque todavía rondase cierta inquietud. Muy despacio, había ido habituándome a la normalidad; tomar un café, sentir la curiosidad por realizar un quehacer trivial, disfrutar de un momento improvisado. Pero, en ocasiones, cuando me deshacía de la ropa y veía la cicatriz en mi vientre, me era inevitable reproducir los momentos en los que temer era el motor de mi universo.

Cuando eso sucedía, levantaba la cabeza y observaba mi reflejo en el espejo. Casi siempre, Cristianno aparecía tras de mí y sonreía porque sabía que ese gesto me traía de vuelta a mi nueva realidad junto a él y a todas las personas que amaba.

Que esos recuerdos formarían parte de mí toda la vida, ya lo sabía. Que a veces sentiría debilidad y el peso de aquellos días aumentaría su protagonismo, también lo sabía. Pero que me había

convertido en una nueva mujer, dichosa y satisfecha, era algo que todavía me costaba asimilar.

<<*Deja que el tiempo cure lo que nada más puede hacerlo.*>>
Ken Takahashi sabía bien lo que decía cuando elegía hablar.

Tal vez ese consejo fue lo que me empujó a disfrutar como nunca de ese calor del sol sobre mi piel desnuda.

Cristianno

Había cogido la costumbre de observar a Kathia mientras dormía. La oía respirar hondamente, un aliento cálido surgiendo por entre sus labios. De vez en cuando tenía pequeños espasmos. Entonces acariciaba su vientre y notaba como su piel regresaba a la calma bajo mi contacto. Había sido así desde la noche en que casi fallece entre mis brazos.

Por eso mis padres comprendieron a la perfección mi deseo de viajar a Japón, llegando incluso a compartirlo conmigo.

No moví a toda mi familia de Roma para fingir un casamiento que ya no era necesario ni pretendía rescatar a Kathia. De hecho no necesitaba nada que certificara mi relación con ella porque la habría amado de todas las maneras. Pero quería darnos la oportunidad de experimentar el simbolismo del sentimiento que compartíamos. Se trataba de algo meramente alegórico tan necesario para mí como respirar o estar junto a Kathia. Una ratificación de que todo había terminado y ahora podíamos decidir cómo iba a ser nuestra vida. Acto que podía aplicarse a cualquiera de los míos.

Ese puente forrado de pétalos sobre un río suave bajo una luna creciente fue el escenario que vio el momento en que Kathia me besaba y susurraba en mis labios «Gracias por elegirme», como si conocerla no hubiera sido mi mayor recompensa.

Fui incapaz de tocarla esa noche. Permanecimos tumbados en aquel futón^[1], mirándonos el uno al otro, asombrándonos en silencio

de la multitud de momentos que todavía nos quedaban por vivir y que experimentaríamos con placidez.

Ahora nuestros deseos, nuestras ambiciones, nuestras decisiones no tenían margen de tiempo. Éramos jóvenes. Éramos libres. Y éramos dueños de nosotros mismos.

Es justo decir que pensaba precisamente en eso cuando dejé una pequeña nota para mis padres y Enrico en la recepción de aquel hotel en la ciudad de Nikkō^[2]. Después regresé a la habitación. Vi a Kathia despertar. Y me la llevé conmigo.

Kathia

Cristianno no sabía a dónde nos llevaría aquella carretera. Simplemente conducía. Y farfullaba de vez en cuando al notar como el vehículo se le escoraba hacia un lado, señal de lo complicado que le resultaba conducir con el volante en la derecha.

Sonreí porque me gustaba el modo en que se le fruncía el ceño cuando se ofuscaba y, al mismo tiempo, empeñaba en algo.

—¿Te parece gracioso? —rezongó.

—Bastante.

—Me gustaría verte conducir a ti, monada.

—Recibiríamos una clase magistral de botánica. —Soltó una carcajada.

Miré al exterior. Por un instante me pregunté cómo sería sacar el brazo por la ventanilla y dejar que el viento se colara entre mis dedos mientras mi cabello se sacudía y mis ojos engullían la exuberante naturaleza.

De pronto escuché el chasquido de un mecanismo electrónico. El techo de aquel coche estaba abriéndose y el aire inundó el interior con elegante violencia.

—¿Por qué no lo pruebas? —sonrió Cristianno, observándome de soslayo.

No dudé ni un instante. Encogí las rodillas en el asiento, me enderecé y abrí los brazos dando la bienvenida a la sensación de liberación. Me sentí privilegiada, libre. Completamente conectada a esa tierra, a mí misma... A Cristianno.

Él sonreía abiertamente y disfrutaba de mi reflejo en el parabrisas. Acercó una mano a mi pierna y la rodeó con cuidado mientras yo cerraba los ojos. Me acerqué y besé la curva de su mandíbula.

La espesura del bosque que nos rodeaba aumentó. La copa de los árboles prácticamente ocultaba el cielo.

—Para el coche —murmuré y, casi al instante, Cristianno obedeció.

No teníamos límite de tiempo. Podíamos hacer lo que nos diera la gana. Así que abrí la puerta y eché a correr. No buscaba huir, ni esconderme, tan solo disfrutar de mi propia autonomía. Del hecho de hacer cualquier cosa en cualquier momento.

—¡No te oigo seguirme! —le grité a Cristianno.

Segundos más tarde, tenía sus brazos rodeando mi cintura y su cuerpo ejerciendo una fuerza que nos lanzó sobre la espesa hierba.

Nos besamos durante horas. Luego reanudamos la marcha para volver a parar una decena de veces más. Nos reímos a carcajadas, compartimos tabaco, comimos tirados en el suelo, hablamos de todo y nada. E incluso dejamos que nuestros gritos se perdieran en la nada. Simplemente fuimos Kathia y Cristianno.

—Tengo algo para ti —le dije al incorporarme. Nos habíamos tumbado sobre el capó de nuestro coche. Atardecía en aquella silenciosa y solitaria carretera.

—¿Ah, sí? —No disimuló su curiosidad. Lo que me puso un tanto nerviosa.

Cogí un sobre del bolsillo de mi vestido y lo coloqué sobre su pecho.

—Hoy es tu cumpleaños —susurré. Aquel sábado de julio Cristianno cumplía diecinueve años.

—Kathia...

Le detuve. Ya sabía lo que iba a decirme y, por mucho que yo fuera su mayor regalo, eso no iba a calmar mis ganas de entregarle algo.

—Cállate. Y ábrelo —le ordené.

Cristianno se tomó su tiempo antes de ver una llave reposando sobre la palma de su mano. La observó concentrado, asimilando todo lo que simbolizaba.

Lo habíamos hablado. Queríamos buscar un lugar que compartir, nuestro propio refugio, pero también sabíamos que disponíamos de tiempo para dar con algo que nos convenciera a ambos.

—Enrico me ayudó a prepararlo. Hemos comprado el edificio completo —admití porque Cristianno sabía perfectamente a qué lugar me refería. Aquella llave abría la asombrosa y elegante finca en Via Frattina, propiedad de mi hermano hasta hacía unos días—. He pensado que, cuando regresemos a Roma, podríamos iniciar las reformas. Sé que te gustan los espacios grandes. —Pero Cristianno no decía nada, tan solo me miraba con fijeza—. Tienes que decir algo, cualquier...

—*Aishiteru* —me interrumpió de pronto.

—¿Qué significa? —pregunté nerviosa.

—Te quiero. —Y entonces me besó y lo hizo como si no hubiera podido hacerlo en mucho tiempo.

Cristianno

No era difícil imaginarme viviendo bajo el mismo techo que Kathia, ciertamente llevaba haciéndolo desde hacía unos meses. Pero no dejó de sorprenderme el hecho de tener en mi poder la llave que nos llevaría a compartir un mismo lugar, los dos a solas. A partir de ese momento, nuestra convivencia sería diferente, sería solo nuestra.

Ese pensamiento me persiguió hasta que entramos en la ciudad de Nagano. Misteriosamente, allí hacía un poco más de fresco en

comparación a Nikkō. Supongo que se debía a que ya estaba anocheciendo.

No estábamos allí porque yo lo hubiera decidido. En verdad, si ese hubiera sido el destino que llevaba en mente, habría tardado unas tres horas en llegar desde que salimos. Sin embargo, habíamos pasado casi todo el día en carretera; divirtiéndonos como adolescentes y deseándonos como amantes.

Nunca había sentido el libre albedrío de esa manera. El arrancar el motor de un vehículo y dejarte llevar sin límites. Desde luego aquel viaje permanecería en mi memoria el resto de mi vida.

Atravesamos la ciudad, sin saber muy bien lo que hacíamos allí. Pero no importaba. El rostro de Kathia bien merecía la pena. Observaba todo con tal devoción que me tentó pasarme meses recorriendo el país de aquella manera. Le fascinaba la tierra nipona, y me encontré con que yo también había sido hechizado.

No nos costó encontrar un hotel. De hecho dimos con uno que disponía de baños termales y te metía de lleno en las raíces de la cultura japonesa.

—Podría acostumbrarme a esto... —susurró Kathia ante las extraordinarias vistas que teníamos desde los ventanales de nuestra habitación. Que hablara en ese tono de voz mientras el vapor que desprendía el *onsen*^[3] privado que teníamos en el jardín se arremolinaba en sus tobillos, hizo que la atmósfera se tornara demasiado erótica.

—¿Sabes cuáles son las normas de un baño termal? —Mi aliento acarició su nuca. No la toqué, simplemente me acerqué con mucho sigilo.

—Dímelas. —Pero ambos sabíamos que ella las conocía. Aunque no había participado en la conversación, Kathia entendía suficiente inglés como para saber lo que nos había dicho la encargada de aquel lugar mientras nos guiaba hacia la habitación.

—Hay que lavarse bien... —Rocé la curva de sus caderas... antes de introducirse en el agua... completamente desnudos. —Aquel pequeño jadeó que liberé se mezcló con un suspiro de Kathia.

Hice una poca de presión en su vientre al rodear su cintura. Ella inclinó la cabeza hacia atrás—. Dicen que el agua está muy caliente...

—¿Ah, sí? —gimió ella al notar mi boca sobre su cuello. Las ganas por devorar su cuerpo empezaban a volverme loco.

—Sí...

—Tendremos que... probarlo.

—Exacto.

Se alejó y fue desprendiéndose del vestido conforme se dirigía al baño. Pude ver la curva del final de su espalda antes de que desapareciera tras regalarme una mirada que me enardecíó.

Kathia

Una hora más tarde, salí de aquel baño con un fino albornoz blanco cubriendo mi piel. Apenas había luz. Tan solo la débil luminiscencia que desprendían los pequeños candeleros del jardín que colgaban del cenador sobre el *onsen*.

Cristianno ya estaba en el agua. Con los brazos apoyados en el bordillo de roca y los ojos cerrados. Aquella imagen suya, tan apacible y arrolladoramente sensual me cerró la garganta y disparó mi pulso. Casi me creí incapaz de caminar.

Sin embargo me pudieron las ganas de tenerle cuanto antes. Así que avancé, algo tímida, pero ansiosa por estar con él. Todavía tuve un poco más de tiempo para observarle sin que él se diera cuenta. La curva de la elegante musculatura de sus hombros, la terriblemente erótica forma de su clavícula y su pecho. Su boca entreabierta. Su respiración profunda y lenta. Ese extraordinario contraste entre lo japonés y Cristianno se grabó a fuego en mí.

—Hola... —Ya sabía que estaba allí. Y abrió los ojos estremeciéndome con su resplandor.

Me engulló con la mirada. Llegó hasta el último rincón de mi cuerpo, despertando mis necesidades más primarias. Esa noche

haríamos el amor hasta perder el aliento.

Me detuve al filo del agua.

—No vas a darte la vuelta, ¿verdad? —Quise saber refiriéndome al hecho de desnudarme ante él.

No me avergonzaba que me viera desnuda (conocía muy bien mi cuerpo), pero de pronto noté cierto pudor. Supongo que era debido a la creciente e íntima excitación que se respiraba entre ambos.

Cristianno empezó negando con la cabeza.

—No. —Me gustó que fuera tan tajante.

Sonreí. Y tiré del lazo de mi cintura. El albornoz se abrió con lentitud mostrando una línea de piel que iba desde mi cuello hasta el inicio de mi pubis. La potencia que desprendían los ojos de Cristianno aumentó considerablemente al ver como yo me hacía con la costura de la prenda y me deshacía de ella sin apartar mi mirada de la suya.

Totalmente desnuda, dejé que él me examinara mientras descendía al agua. Cristianno contuvo las ganas de saltar sobre mí mordiendo el labio.

—Lo sobrellevas bien —bromeé. Él no era el único que podía disfrutar de mi desnudez. La suya comenzaba a ser consciente de mi cercanía.

—Ni de coña —afirmó con una bonita sonrisa.

Acepté la mano que me entregaba y me dejé llevar por su inercia. Cristianno apoyó mi espalda en su pecho, dejándome atrapada entre sus piernas.

—¿Qué les has dicho a tus padres y a mi hermano? —comenté asimilando el fuerte ardor de aquel agua.

—Que voy a escaparme contigo —me dijo bajito, descontrolándose, y me dejé de contemplaciones al darme la vuelta y besarle. Ese instante exigía nuestro contacto, ya hablaríamos cuando saciáramos la incitación.

Cristianno rodeó mi torso con sus brazos y me apretó contra él permitiéndome sentarme a horcajadas sobre su regazo. Se me cortó

el aliento al notar la exquisita suavidad con la que su endurecido miembro acarició el centro de mi cuerpo.

—Nunca me acostumbraré a esto —murmuró mientras besaba mi cuello y rodeaba uno de mis pechos.

—¿A qué? —gemí arqueado la espalda para darle espacio.

—A estar contigo de esta manera. —Porque todas las veces eran como la primera vez, notando el mismo fuego enloquecedor que nos abrasaba cuando decidíamos tocarnos o simplemente mirarnos. Ese deseo fervoroso que insistía incluso en la distancia.

—No quiero que lo hagas —jadeé capturando su cabeza entre mis manos—. Quiero que pierdas el control siempre que te bese. —Clavó sus dedos en mis caderas y tiró de ellas hasta pegarme a las suyas.

—Cuidado con lo que desees, Kathia... —Podría haber alcanzado el clímax con el modo que tuvo de nombrarme, tan provocador y siniestro. Mirándome a los ojos, sus dedos se deslizaron por mi piel y me hicieron contener una exclamación al sentirlos—. Aunque no te tocara, perdería el control contigo, mi amor.

Comenzó a acariciarme. Primero formando círculos lentos y después entrando y saliendo de mí. Aumentaba la presión cuando nuestras miradas se encontraban. Me sostenía para que el deseo no me empujara. Creo que podría haberme desmayado por la tremenda necesidad que se estaba estableciendo entre mis piernas.

—Cristianno... —Su boca absorbió mis gemidos.

—¿Lo notas? —Por supuesto que lo notaba, pero...

—...No es suficiente. —Estaba empezando a retorcerme del placer, temblaba, me asfixiaba y deseaba más y más de él—. Sabes que... que quiero más. —Tartamudeé.

—¿Cómo lo quieres? —Su lengua perfiló mi garganta—. Dímelo, Kathia.

—Ah, de todas las maneras. Hasta que ya no... no me queden fuerzas.

Entonces me cogió de las caderas y me levantó a pulso. Conmigo en brazos, completamente aferrada a él, nos sacó del agua, entró en la habitación y me tumbó en el futón. Al principio creí que sus movimientos serían intensos, pero me equivoqué. Cristianno decidió tomar las riendas y disfrutar de aquel momento lentamente, hasta desgarrarnos.

—¿Te haces idea de lo preciosa que eres? —siseó observándome con devoción. Eso me arrancó un sollozo. Tiré de él, cogiéndole del cuello.

—Te quiero —suspiré con cierta agonía.

Ahora le entendía cuando me decía que al mencionar esas dos palabras no se sentía satisfecho, y es que no terminaba de mostrar la inmensidad de nuestros sentimientos.

Esa vez, cuando abrí las piernas y permití que Cristianno se acomodara entre ellas, no hubo preámbulos ni intrigas con las que jugar. Ni él quiso que fuera un sexo corriente, ni yo se lo exigí. Tan solo entró en mí con una delicada profundidad hasta saberse completamente dentro. Luego me embistió arrancándonos un gemido a los dos que nos catapultó a las estrellas.

Tenía la definición de mi existencia entrando y saliendo de mi cuerpo, a su antojo, a su ritmo. Enloqueciéndome.

Cristianno Gabbana era mi perfecto e íntimo universo.

Cristianno

Decidí consumirme en sus ojos plata, entregárselo todo hasta que ninguno de los dos supiera donde empezaba uno y termina el otro. Tenernos de ese modo definía todas nuestras ambiciones y deseos. Nuestro mundo.

Kathia se aferró a mi espalda, con fuerza, apretando sus caderas contra las mías. No quería que hubiera espacio entre nosotros y eso provocó que mis embestidas fueran incluso más intensas.

Me pausaba, procuraba que me sintiera lento y por completo. No buscaba simplemente hacer el amor. Quería que fuera algo mucho más poderoso. Una declaración absoluta de mi devoción por ella. Y Kathia se dio cuenta. Quizás por eso empezó a llorar entre gemidos descontrolados y jadeos temblorosos. Me acerqué un poco más. Su corazón se estrellaba contra sus costillas e impactaba en mi pecho con violencia. Pero no le sucedía solo a ella. El mío también había adquirido un ritmo endiablado. Notaba como una fina capa de sudor sustituía la humedad de nuestros cuerpos y se nos pegaba a la piel, el calor aumentando hasta quemarnos. Cada caricia estremeciéndonos y sus lágrimas pegándose a mis mejillas.

No me detendría porque Kathia no quería que lo hiciera y yo no concebía apartarme de ella.

Si alguien me hubiera dicho que vería a la mujer de mi vida llorar por culpa de mi contacto, habría creído que eso era imposible.

Temblé al mismo tiempo que Kathia, y entonces estallamos. Llegué al orgasmo, dentro de ella. Mientras la miraba a los ojos y dejaba que su boca absorbiera hasta el último de mis quejidos.

Perdí la cuenta del tiempo que estuvimos abrazados. Solo fui capaz de concentrarme en el modo en que mi cuerpo volvía a la calma rezagado en el interior de Kathia mientras ella dibujaba mi espalda con la yema de sus dedos.

Era el momento perfecto para saborear aquella sensual calma. Sin embargo mi mente quiso volar y lo hizo sin control. Volviendo al principio. Al día en que la vi con el uniforme de San Angelo por primera vez y algo de mí enseguida supo que la amaba. Me tentó reír al recordar su arrogancia de entonces, y luego me tentó llorar y enfurecerme al verla cubierta de sangre.

Acerqué mis dedos a su vientre y acaricié la cicatriz, y como si de una película se tratase, repasé involuntariamente cada uno de los instantes vividos hasta llegar a esa habitación japonesa.

—Prométeme una cosa, Gabbana... —murmuró Kathia buscando mi mirada—. Prométeme que será eterno.

Mis promesas... Absolutamente todas mis promesas se cumplían.

—¿Acaso lo dudabas, Materazzi? —Había sido creado para estar con ella—. Tú eres y serás mi única compañera.

<<*Será eterno... y un poco más, ¿verdad, Fabio?*>> Besé a Kathia sabiendo que mi pensamiento había sido escuchado.

Gracias por todos estos años,
por todos esos momentos.
Pero, sobre todo, gracias por darme la
oportunidad de conoceros.
Y por estar ahí.

Mafiosos por siempre.

Os espero en la siguiente aventura.

¡Os quiero!

Alessandra ♡
Neymar

19-05-2016



ALESSANDRA NEYMAR, nació en Jaén en Julio de 1987 y vivió su infancia en Barcelona. A la edad de catorce años, regresó a su ciudad natal donde continuó con sus estudios y empezó a despuntar en la literatura, creando pequeños guiones entre amigos y dándole vida a las historias que más tarde marcarían los inicios de su carrera profesional.

Escribió su primera novela dramática a los diecisiete, que no vería la luz debido a una enfermedad que arrastró durante los siguientes tres años. Ya recuperada, decidió optar por empezar una historia más fresca, contemporánea y que mostrara su absoluta pasión por Roma. *Mírame y Dispara* (o, como ella prefiere llamarla, *Bajo el cielo púrpura de Roma*) nació una noche de insomnio. Mezclaría el deseo, el amor prohibido y adolescente y la mafia, y le abriría las puertas del mercado editorial otorgándole el premio ELLAS Juvenil Romántica en 2012.

Diplomada en guion cinematográfico, se considera amante del universo de *El Señor de los Anillos*, de la mitología nórdica y de la historia bélica europea y asiática. Adora la música de cine, en especial Alexandre Desplat, y las series *Vikingos*, *Sherlock* y *Los Originales*.

En la actualidad, vive en Valencia y sigue centrada en su carrera como escritora y guionista.

Notas

[¹] Del jap. *futon*. Colchoneta de algodón que sirve como asiento o como cama, típica del Japón. <<

[2] Ciudad de Japón que se encuentra en las montañas de la prefectura de Tochigi, en la región de Kantō <<

[3] Tipo de balneario de aguas termales de origen volcánico que se encuentran en Japón. <<